

REVISTA
DE
HISTORIA
MILITAR



Año II

1958

Núm. 2

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO
SERVICIO HISTORICO MILITAR

REVISTA
DE
HISTORIA MILITAR

Año II

1958

Núm. 2

REVISTA DE HISTORIA MILITAR

PUBLICADA POR EL

SERVICIO HISTORICO MILITAR

DEL ESTADO MAYOR CENTRAL

CONSEJO DE LA REVISTA

DIRECTOR: D. Fernando Fúster Vilaplana, Coronel de Estado Mayor.

JEFE DE REDACCIÓN: D. Juan Priego López, Coronel de Estado Mayor.

REDACTOR: D. José Manuel Martínez Bande, Comandante de Artillería.

» D. Juan Manuel Zapatero López-Anaya, Capitán y Doctor en Historia.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MARTIRES DE ALCALA, 9. — MADRID. — TELEFONO 47-03-00

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España y extranjero, 150 pesetas anuales.

Número suelto, 75 pesetas.

SUMARIO

	<u>PÁGS.</u>
Viriato, Sus teatros de operaciones, por ALFREDO KINIELÁN DUANY	9
El problema del Alcázar de Segovia ante los nuevos descubrimientos, por JUAN DE CONTRERAS, MARQUÉS DE LOZOYA	23
Una exploración militar española en California en 1808, por DONALD C. CUTTER	41
El Dos de Mayo de 1808. Aclaraciones, por ANICETO RAMOS CHARCO- VILLASEÑOR	59
«La famosa azaña de Agustina de Aragón, «La Artillera», por FRANCISCO LANUZA CANO	89
La expedición carlista del General Gómez en el año 1836, por JOSÉ A. YA- QUE LAUREL	117
Bibliografía	141

N. B.—Las ideas expuestas en los artículos publicados en esta revista reflejan únicamente la opinión personal de sus respectivos autores.

Depósito Legal M. 7.667.-1958

C. BERMEJO, IMPRESOR. — J. GARCIA MORATO, 122. — TELEFONO 33-06-19. — MADRID

Se conmemora este año el CL Aniversario de la iniciación de nuestra llamada *Guerra de la Independencia*.

La REVISTA DE HISTORIA MILITAR no puede menos de asociarse con entusiasmo al recuerdo de aquellas luchas gloriosas en que nuestro pueblo se atrevió a desafiar el poder hasta entonces incontrastable de las armas napoleónicas.

A tal fin, se publican en este número dos notables artículos, en que se estudian respectivamente, la jornada del *Dos de Mayo* y la singular proeza de *Agustina de Aragón*, aportando sobre estos memorables episodios importantes aclaraciones.

No se descuidan tampoco en el presente número otros interesantes temas de nuestra historia castrense, tratados también con maestría por plumas prestigiosas.

A los autores de unos y otros trabajos agradece cordialmente esta Revista su valiosa colaboración, deseando que su ejemplo cunda entre los escritores españoles y extranjeros aficionados al género histórico que en nuestras páginas se cultiva.

VIRIATO

SUS TEATROS DE OPERACIONES

por ALFREDO KINDELAN DUANY
Teniente General
De la Real Academia de la Historia

Está por escribir la Historia de España. La que conocemos está plagada de confusión, de errores y de inexactitudes; por efecto conjunto de varias causas, especialmente el haber sido escrita por plumas extranjeras, enemigas nuestras. Las que no lo fueron, bebieron en tales fuentes adversarias y, además, las más ignoraban la psicología del pueblo español, y hasta su Geografía. Los nuestros fueron, hasta el siglo XIX, meros copistas que trasladaron a sus libros los errores y aun las calumnias de los otros; lo que parecía una aceptación tácita de los mismos. Lo hacían probablemente de buena fe, sin darse cuenta del daño que hacían a su país y a la verdad histórica. Bien conocido es el que causó, sin proponérselo, el Padre Bartolomé de las Casas.

Las cosas van cambiando mucho en estos años; pleclaros historiadores, nacionales y extranjeros, amantes de la justicia y de la verdad, se han dedicado a realizar una labor reivindicadora, bien documentada; enalteciendo a España y rectificando errores e injusticias históricas.

No trato, en este artículo, de corregir un daño ni de reivindicar una figura histórica vilipendiada, sino, tan sólo, de rectificar un puñado de errores; trayendo a Viriato a su verdadero teatro de operaciones, desde el erróneo a que la pseudo historia lo llevara hasta hoy.

Las grandes virtudes de este héroe han sido unánimemente reconocidas por Tito Livio, Polibio, Floro, Eutropio, Diodoro, Velejo Patérculo, Justiniano, Silvio Itálico, Orosio, Valerio Máximo, Cicerón, Appiano y otros varios escritores griegos y latinos; todos lo elogiaron. Diodoro escribió: «Era justo en la repartición de lo ganado; recompensaba a cada uno, según su mérito, sin reservarse para él ninguna porción de bienes. Así los lusitanos le eran fieles y le honraban como salvador y bien-

hechor.» Y más adelante precisa: «Su sencillez igualaba a su valor. Triunfador, muchas veces, de los romanos, no se le vió jamás cambiar de armas, de vestido o de género de vida; siempre como en su primera batalla, de suerte que el último de sus soldados parecía más que él» (1).

Cicerón lo alaba: «Era sobrio, continente, dormía poco, soportaba cualquier género de trabajos y peligros y jamás se dejó arrastrar por los placeres» (2). Justino dice de él: «En todos los siglos, los españoles no han tenido un General tan grande como Viriato» (3); Frontino también le alaba. «Varón de calidad acérrima», le llama Floro; «Rómulo español», Silvio Itálico; «Aníbal de los bárbaros», Appiano.

Era, en cierto modo, superfuu tal reconocimiento de virtudes. Mantener a raya durante casi tres lustros a las legiones romanas, venciendo a sus mejores generales, hasta obligarles a firmar pactos vergonzosos; tener Roma que acudir al soborno y al asesinato, como único medio de acabar con él, son suficientes testimonios de la valía sin par de un guerrero, del que dice, acertadamente, el docto historiador Arenas: «Logró, en un época tan pródiga en grandes figuras, como los Scipiones, los Gracos, los Catones, Aníbal y Asdrúbal, hacer que exalten sus méritos todos los historiadores adversarios; debió ser de gran talla y méritos sobresalientes, para merecer pasar a la posteridad.»

Es verdad que, tan unánimes como en la loa, lo están los escritores latinos en tildar de ladrón a nuestro héroe. No merece la pena refutar este calificativo; extraño modo de robar, sin afán de lucro personal; sin reservarse una sola moneda de lo ganado en buena lid. En todo tiempo, es sabido, que lo que para el vencedor fué lícito botín, fué para el vencido despojo oprobioso.

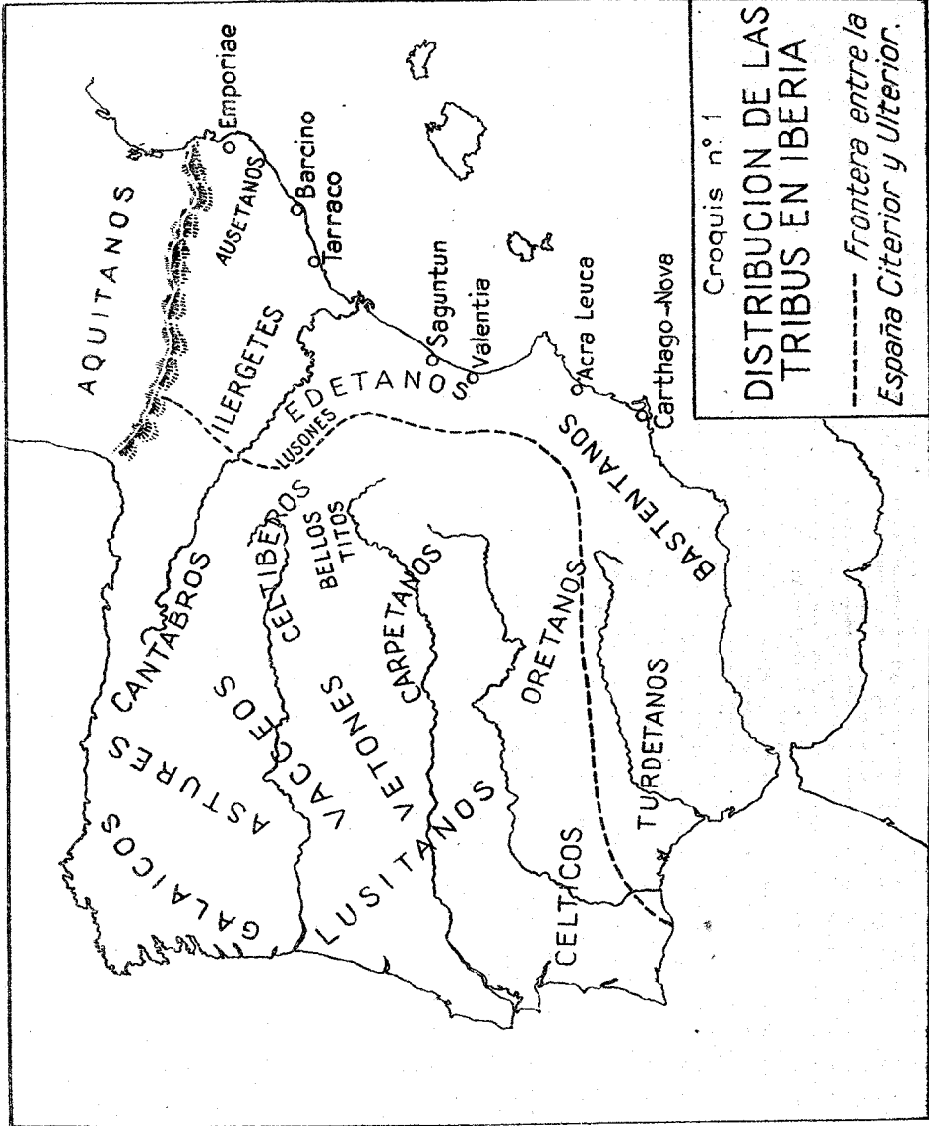
En contraste con la unanimidad en apreciar sus cualidades reina la mayor discrepancia en cuanto a su nombre. *Borianzos*, le llama Diodoro; *Buriatzos*, Suida; *Ouriatho*, Estrabón; *Uriatho*, Appiano; otros *Viriatus* o *Viriato*. Sea cual sea su verdadero nombre, lo que está fuera de dudas es que fué el más grande de los caudillos que osó enfrentarse con el poderoso enemigo romano; superior a Vercingetorix, a Arminio, a Cesaros, a Caros, a Retógenes; sólo Aníbal se le puede comparar.

Es posible que, del texto de este artículo, se deduzca que Viriato nació en la Lusitania Celtíbera del Mediterráneo y no en la portuguesa

(1) *Excerpta de Virtutibus et vitiis*, págs. 592, 593, 497 y 498.

(2) CICERÓN: *De officiis*, Ib., II, tit. 2.º

(3) JUSTINO: *Historia*, pág. 44, núm. 1.º «In tanta soeculorum serio nullus illis dux magnus propter Viriatus.»



del Atlántico. Tal cosa, ni quita ni pone gloria a la figura del caudillo, ni tampoco a ninguna de las dos naciones hermanas que hoy comparten la Península Ibérica, habitada en aquellos remotos tiempos por tribus, cuyas fronteras no coincidían con las actuales hispanoportuguesas. No tema la suspicacia de algún portugués que yo intente usurparles su más preciada joya. ¿Para qué? Bien está donde está. Para mí, como para el inclito Oliveira Martín, tanto monta Portugal como España; son de una y de otra las glorias de nuestra común protohistoria, y aun otras muy posteriores. No voy, por tal razón, a profundizar en el tema del lugar de nacimiento, que no es el de este trabajo.

PROTOHISTORIA IBÉRICA

Mi vocación por los estudios históricos y mi amor a España, combinados, me llevaron, naturalmente, a sentir especial predilección por los de la historia de mi Patria —tan interesante— y, dentro de ella, por sus comienzos; por su protohistoria, que se inaugura con aquella magnífica epopeya de las luchas hispanorromanas, que llenaron los dos últimos siglos de la Era Antigua y medio de la Nueva. Epopeya que puede compararse en grandeza con las posteriores de la Reconquista y de la conquista de América.

Si se quiere buscar las esencias del alma de un pueblo, hay que ir a encontrarlas en sus mismas fuentes históricas, hasta los orígenes creadores de la nacionalidad. Los pueblos muestran sus verdaderas esencias, sus cualidades, en el ingenuo, magnífico, impudor de su infancia.

En varias conferencias, así como en libros y revistas, he exteriorizado mis preferencias por esos temas; proclamando mi opinión de que el español de hoy es un celtíbero, apenas mestizado por el cruce con fenicios, romanos, godos, bizantinos, árabes y bereberes. He aquí razonada y justificada mi preferencia por esta parte de la Historia de España, en que me ha permitido rectificar algunos errores que encontré en la misma.

Uno de ellos trato de rectificar en este artículo: el del verdadero teatro de operaciones de las guerras que sostuvo Viriato contra Roma, que la mayoría de los historiadores, antiguos y modernos, sitúan en territorio portugués, a causa de un error inicial en alguna de las fuentes clásicas.

De un estudio desapasionado y cuidadoso de los textos antiguos que hasta nosotros llegaron, se deduce que toda la actuación guerrera

de nuestro héroe se desarrolló en la Celtiberia, sin que haya la menor constancia de que, en todos esos años, fuera una sola vez a Portugal, ni aún para una corta vacación; ni que se aproximase a menos de cuarenta leguas de la actual frontera hispanoportuguesa; no habiendo traspuesto en sus correrías el meridiano de Talavera de la Reina. Pudo nacer en la costa del Atlántico; aunque sorprende un poco que, en aquellos tiempos, en los que los hombres pasaban toda su existencia en su propia tribu, apareciera un guerrero lusitano atlántico en plena Celtiberia, a 700 kilómetros de su país natal; y que fuera aclamado caudillo de un nutrido contingente de celtíberos. Esto tal vez explique el error geográfico sufrido por muchos historiadores, situando el teatro de la guerra en Portugal.

Al seguir, en las antiguas fuentes, el curso de las operaciones, se tropieza con dificultades insuperables, de explicación imposible. Estas desaparecen, en cambio, por completo, si admitimos la existencia, en los últimos siglos de la Era Antigua, de una Lusitania Celtíbera, mediterránea, distinta de la atlántica; ubicada en tierra aragonesa, hacia Molina de Aragón, sin conexión alguna con su sinónima occidental.

Alargaría con exceso este artículo que yo tratara de explicar cómo se produjo tal coincidencia toponímica. Pudieron ser los celtas de la segunda invasión —siglo IV a. J. C.—, en su marcha hacia el Oeste, los que dejaron huella de su paso por tierras aragonesas, dando nombre a una tribu; para luego repetirlo en otra del proceso invasor. Pudo ser también, que en la marcha en opuesto sentido, de Occidente a Oriente, realizada por los cartagineses para rechazar a los romanos, que se habían apoderado del litoral mediterráneo, alguna tribu diera, nostálgica, el nombre de su tierra de origen al lugar en que se estacionaron. Cabe también, por último, que su aparición obedeciera a una deportación, por castigo o por recompensa, para dar mejores tierras a los deportados. A este caso alude, posiblemente, Tito Livio, cuando dice: «No lejos de Colenda, habitan unos celtíberos, a los que, años antes, cuando Mario luchaba contra los lusitanos, había instalado allí, dándoles tierras; con aprobación del Senado.»

Que existió tal Lusitania Celtíbera lo prueba el testimonio unánime de varias fuentes veraces contemporáneas de aquella época; pero como era muy pequeña, fué absorbida por otras tribus colindantes; mientras la atlántica adquiría considerable extensión, hasta el punto de abarcar el territorio que hoy ocupan las provincias de Cáceres, Badajoz, Salamanca, Zamora y las dos Beiras. Esto explica que escritores romanos

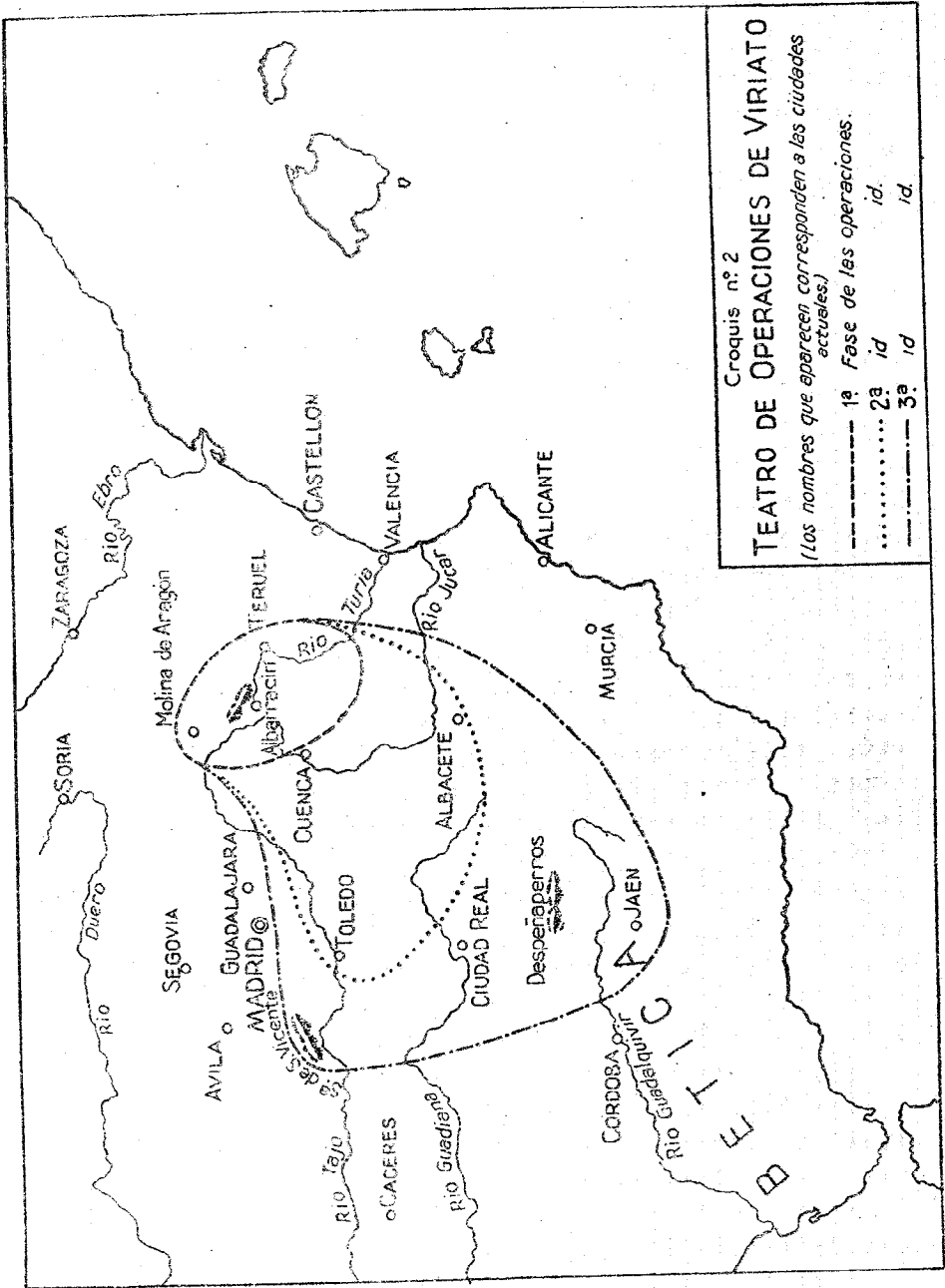
que escribieron dos o tres siglos más tarde, con gran ignorancia de la Geografía Ibérica, no encontraron más que una Lusitania, y en ella situaron los hechos de Viriato, sin preocuparse de su inverosimilitud. Introdujeron, así, una confusión que había de perdurar durante veinte siglos.

El primero que luchó—y luchó a conciencia—para destruir esta equivocación, fué un docto catedrático del Instituto de Guadalajara—que lo había sido mío, años antes, en Badajoz—; el cual publicó un libro titulado *La Lusitania Celtibera*, repleto de argumentos de innegable fuerza probatoria. Desdichadamente, el libro tuvo poca difusión; recogiendo, sin embargo, su tesis Ballesteros en su *Historia* y la Enciclopedia *España-Calpe*.

Al repasar los dos libros de Arenas, el que acabo de citar y el siguiente: *Viriato no fué portugués, sino celtibero*, me duele el ímprobo trabajo de investigación que tuvo que tomarse para acopiar tantos argumentos acreditativos de que Viriato no guerreó contra los romanos en Portugal, sino en la Celtiberia. No los citaré yo aquí por su mucha extensión y, sobre todo, porque uno de ellos es irrefutable, y por tanto huelgan los demás. Documentos fidedignos, históricos y geográficos nos aseguran, con rara unanimidad, que, al iniciarse la guerra de Viriato y algunos años después, los romanos no habían puesto el pie en el actual Portugal, que sólo conocían por confusas referencias. Consta, por otra parte, que desde que el sabio y prudente Cónsul Catón ensanchó considerablemente la zona de influencia romana, en el 197, los límites de ésta se mantuvieron invariables hasta la rendición de Numancia, en el 133, siguiendo la línea que está marcada en la figura 1.^a. Es innecesario probar que las luchas hispanorromanas del siglo II (a. C.) se riñeron en la Celtiberia. Lo contrario supondría trasladar la ciudad de Numancia a la costa atlántica, cosa que nadie osó.

EL TEATRO DE OPERACIONES (croquis núm. 2)

Las luchas contra Roma, iniciadas por los celtiberos entre el año 160 y el 150 a. de C., de las cuales las de Viriato constituyen un episodio destacado, tuvieron lugar en una región de la Celtiberia Ulterior u Occidental, el terreno de la cual aparecía más abrupto que el de la Citerior u Oriental; por ello, sus habitantes eran más pobres y más incultos, pero también más duros y sobrios, mejores guerreros. Basta comparar las sólidas murallas de sillería ciclópea de Tarragona y de Ampurias, con los débiles



Croquis nº 2
TEATRO DE OPERACIONES DE VIRIATO
 (Los nombres que aparecen corresponden a las ciudades actuales)

— 1ª Fase de las operaciones.
 2ª id.
 - - - - - 3ª id.

muros de tapial de Numancia, para apreciar la diferencia en recursos y en conocimientos.

No toda la Ulterior fué teatro de operaciones en las guerras hispanorromanas del siglo II a. J. C., sino una parte de la misma. El principal teatro comprendía la totalidad de la actual provincia de Soria y la mayor parte de las de Zaragoza, Teruel, Guadalajara y Segovia; su perímetro pasaba aproximadamente por Segorbe, Aliaga, Montalbán, Zaragoza, Magallón, Aranda, Segovia, Arévalo, Sigüenza y Uclés. Respecto a Viriato, cuando las cosas marcharon bien, extendió éste su zona de operaciones por Castilla la Nueva y Andalucía. En la zona inicial—montañas de Alhama de Aragón—se desarrolla casi toda la vida conocida del caudillo. Allí inicia sus luchas, allí muere. Parece mentira que historiadores, como Masdeu y Lafuente, hayan aceptado, sin comprobarla, una afirmación atribuída por Appiano a Floro, causante de toda la errónea interpretación que se ha dado a las guerras de Viriato.

La pérdida de valiosas fuentes contemporáneas puede, tal vez, excusar el error. Consta se ocuparon de las luchas en la Celtiberia, con extensión, casi todos los escritores de aquella época, entre ellos Polibio y Tito Livio, de los que se perdió gran parte de la obra. Lo que de ella conocemos lo es a través de compendios o párrafos copiados por historiadores posteriores. De la de Diodoro, también se perdió parte. Sólo llegó íntegra la de Appiano, pero es prudente compulsarla con la de otros autores, ya que no siempre resulta veraz y desconoce la geografía peninsular. Afirma, por ejemplo, que «al Este de la península habitan los Galo-celtas y al Oeste, los Iberos y los Celtíberos».

Voy a permitirme una digresión, histórica-geográfica, conducente a orientar el lector respecto a la entrada de España en la Historia Universal en la época de las Guerras Púnicas, en las que nuestra patria fué teatro de operaciones y los españoles combatieron a favor de uno y otro beligerante. En esta escuela de guerra, nuestras tribus, naturalmente bravas, aprendieron táctica y se hicieron enemigos peligrosos.

La primera Guerra Púnica estalló el año 264 y finó el 240. El 226 se firmó un tratado, por el cual Roma se desentendía por el momento de Iberia. A Cartago, en cambio, interesaba ésta como base avanzada de partida para la genial maniobra de envolvimiento flanqueante de Aníbal. La segunda Guerra Púnica comienza el 218 y fina el 201. Completaré estos datos cronológicos con otros geográficos.

En contraste con la pérdida de las fuentes históricas han llegado íntegras hasta nuestros días las geográficas de la misma época, escritas

por Hesiodo, Fileas, Esteban de Bizancio, Stamilcon, Damasta, Scillas, Eufenion, Eforo, Piteas; y la mejor de todas, la llamada Periplo Masaliota, de autor desconocido (¿Eutomines?), escrita a fines del siglo VI (a. C.) y recopilada en verso, por Avieno el IV, con el título de *Ora Marítima*. Cerramos aquí la digresión.

LAS GUERRAS DE VIRIATO

Como toda insurrección digna de este nombre, la que sostuvo Viriato contra Roma tuvo las cuatro clásicas fases: a) Levantamiento y consolidación; b) Crecimiento y extensión superficial; c) Apogeo; d) Declinación. En las que tiene éxito favorable, el momento final es la Victoria. La zona de operaciones fué extendiéndose en las tres primeras fases, sin romper el cordón umbilical con la genitora.

El siglo II (a. C.) fué inquieto y activo en la Península Ibérica. Desde el año 193 reinaba un estado de inquietud y revuelta en la Bética, la región más romanizada y pacífica de la Península; al principio son sólo algaras esporádicas de las tribus insumisas contra las sometidas; las cuales algaras llegan, por fin, a coordinarse bajo la dirección de dos caudillos: Púnico y Cesaro, en el año 154.

El Cónsul Marcelo, hábil político, firma, el 152, un tratado de paz con los adversarios; pero sus cláusulas son violadas por los Cónsules llegados de Roma en el 150: Lúculo y Galba. Este, que fué cruel y sanguinario, convocó, en un lugar, para acordar las condiciones de un armisticio, a los habitantes varones de tres ciudades de la sierra de Idúbeda (montes de la cordillera Ibérica), y degolló a 7.000 de los 10.000 allí congregados. Uno de los que escaparon de esta alevosía fué Viriato, según testimonio concordante de varios escritores. Lúculo hizo una cosa parecida en Cauca—Coca—, degollando a traición a los que se habían rendido.

Los huídos, y otros que se hicieron solidarios en la sed de venganza, buscaron refugio en las fragosidades de las sierras celtíberas. Tras ellos marchó el Pretor Vectilio, obligándoles a acogerse a un recinto murado, sito en las Parameras de Molina de Aragón, en la tribu de los Lusones o Lusitanos, entre las fuentes del Jalón y las del Tajo. Asegiados allí, llegaron al trance de enviar emisarios al Pretor para que les fijara condiciones de capitulación.

En este triste momento, Viriato les ofrece salvarlos si le prometen obediencia; les levanta la moral y les hace recobrar la perdida esperan-

za, aclamándolo ellos por caudillo. Rompe Viriato, altanero, las negociaciones con Vectilio y, cumpliendo su palabra, les salva; rompiendo el cerco en una salida ofensiva; se dispersan luego, señalándoles Viriato, como punto de concentración, el poblado de Tribola o Turbola, capital de la tribu de los turboletas. Esto sucedió al comenzar el año 148.

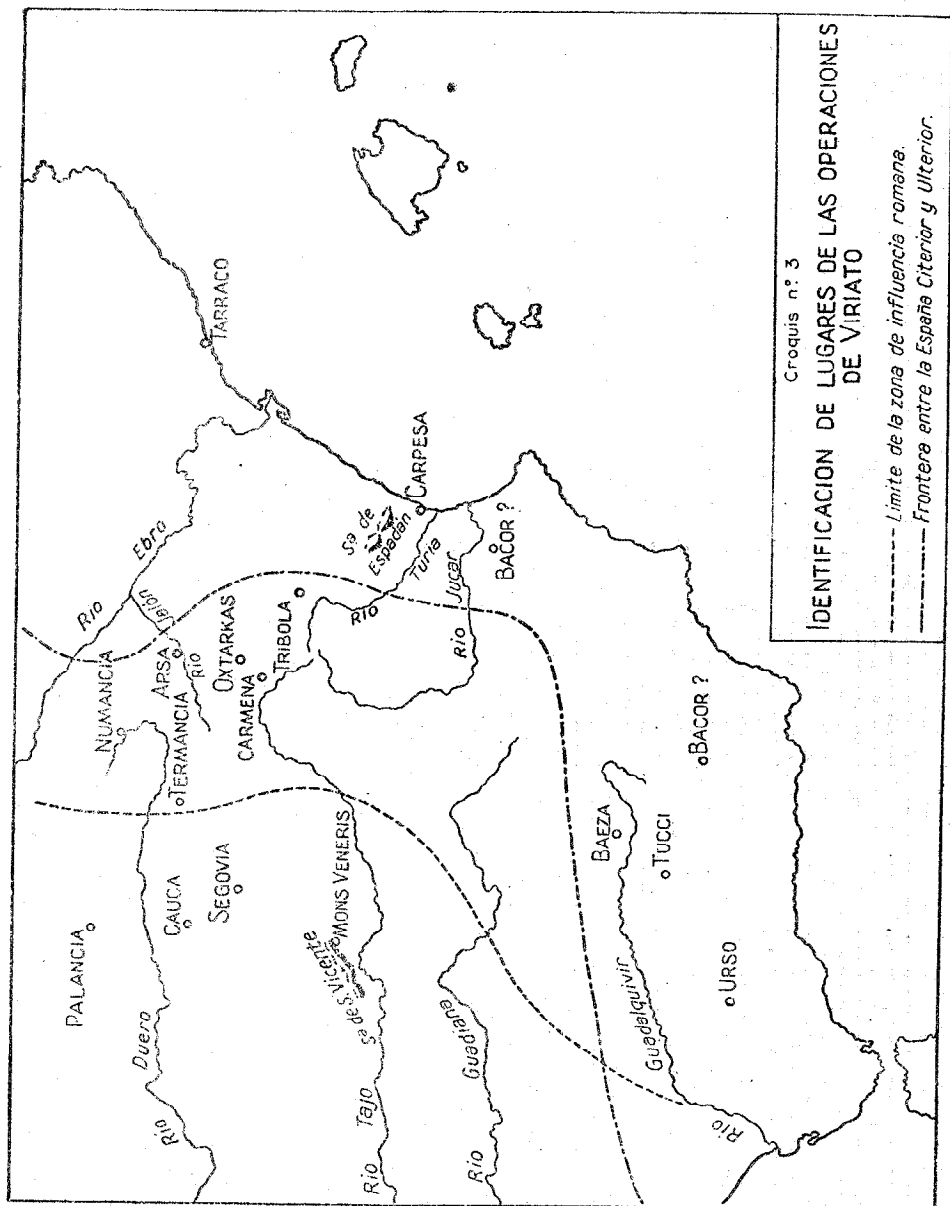
Marcha Vectilio contra Tribola. Viriato se apresta a recibirlo en una ventajosa posición, cercana al poblado, y lo derrota, causándole mil bajas de caballería y cuatro mil de infantería, por menos de un millar de su parte. Le obliga, en consecuencia, a retirarse y buscar refugio en Carpesa, cerca de la costa mediterránea. Al abrigo de sus murallas pasa el invierno.

Al llegar la primavera del 147, Vectilio pide refuerzos a las tribus aliadas de Roma; la de los bellos y la de los titos, le envían cinco mil guerreros. Viriato derrota a este refuerzo antes de incorporarse, y enseguida a las legiones de Vectilio, quedando éste prisionero; o muerto, según algunos autores.

Preocupada Roma por el cariz de los acontecimientos, envía, el año 146, al Cónsul Plaucio al frente de numeroso ejército. Viriato le presenta batalla apenas desembarcado; pero, ante la superioridad numérica y de armamento, hace una retirada estratégica, para hacerse fuerte en un reducto natural, Mons Veneris, situado a unos trescientos kilómetros al Oeste. Allí, cuando termina de reorganizar sus tropas, le sigue Plaucio, quien le presenta batalla; Viriato acepta y gana, lo que obliga al Cónsul romano a retirarse, con muchas pérdidas: «A invernar, en pleno verano», según ironiza un cronista.

Ninguno de los dos Cónsules llegados el año 145, Claudio Emiliano y Nigidio, osa enfrentarse, en campo raso, con el caudillo celtíbero, quien los hostiga continuamente. Entonces, Scipion mueve su gran influencia en Roma para lograr se nombre Jefe de la Citerior a su hermano Fabio Máximo. Este, sabio y prudente, desembarca en la Bética y pasa allí todo el primer año de los dos de su mando. En el 144 pretende atravesar el Puerto de Despeñaperros; mas, encontrándolo fuertemente defendido por Viriato, libra un combate de tanteo y se retira.

El pretor de la Ulterior, Quincio Pompeyo, hombre frívolo y enredador, hartado tiene que hacer con la reciente sublevación de los numantinos, por lo que elude combatir contra Viriato, fracasando ante Termania y Numancia. El relativo descanso lo aprovecha nuestro héroe para ensanchar sus dominios, haciendo incursiones en la actual provincia de Jaén. Esta época es la de máxima gloria y poderío de Viriato. Fracasa



en su propuesta de que lo acaten como único jefe todas las tribus sublevadas; pero al menos consiguie establecer cierta coordinación de esfuerzos. Curio y Apuleyo, dos régulos aliados, le prestan el servicio de atacar por retaguardia a las tropas romanas, cuando se retiran hacia el Sur; lo que permite al lusón derrotar al Cónsul Serviliano y hacerle firmar una paz en Tucci, tan vergonzosa, que el Senado no la ratificó (año 141).

Le reemplaza al año siguiente su hermano Cepión, quien, tras un combate de vanguardias en Arsa, comprendiendo que no puede vencer a su adversario por las armas, acudió a la felonía de sobornar a tres traidores: Audax, Ditalcon y Minuro, y hacer que éstos lo asesinen mientras duerme: ¡Gran baldón para Roma!

LAS OPERACIONES EN EL MAPA (fig. 3.ª)

En el año 152 era pretor de la Hispania Citerior Marco Atinio y de la Ulterior Claudio Marcelo. Del primero, dice Appiano que obtuvo señalados triunfos, luchando contra los lusitanos, en Oxtarkas y en el país de los vetones, firmando con ellos un tratado de paz. ¿Dónde estaba situada esta tribu? No hay en toda la Península más nombre parecido, en su fonética y en su ortografía, que el del poblado celtíbero de Otzakas, del que se han encontrado monedas; las que, por su similitud con las de Bilbilis y Escárvicas, prueban que debía encontrarse entre el Tajo y el Jalón, en la tribu de los lusones. Corrobora esta situación el que, cuando Galba, sustituto de Atinio, apenas desembarcado en Tarraco, marcha contra estas tribus sublevadas, ha de recorrer treinta leguas; distancia que separa la costa de Albarracín y Molina. Floro dice también que «Galba luchó, con adversa fortuna, contra los lusones» y Appiano, que se apoderó de Carmena «y del país de los Vetones». La citada ciudad o poblado, hasta la época del Poema del Cid, sin cambiar de nombre, estaba situada en la Paramera de Molina de Aragón.

Los poblados con los que Galba cometió la felonía, consta, por Orosio y Eutropio, que se hallaban por aquella misma región, en la serraña de Idubeta. Los supervivientes de la matanza, al huir, buscarían probablemente un refugio próximo y seguro en las fragosidades de una sierra. Ninguna más a mano que el nudo de Albarracín o los montes de Molina. De allí los sacó Viriato, dándoles como punto de reunión Tribola o Turbola. Así se llamaba la capital de los Turbuletas; tribu situada al Poniente de Sagunto, muy cerca del Teruel moderno.

Vectilio, derrotado, se refugia en Carpesa: «ciudad amurallada, próxima al mar». No debía estar tampoco muy lejana de Tribola, pues una tropa castigada busca el más cercano asilo; a mayor abundamiento está comprobado que los contingentes enviados por los titos y los bellos, colindantes con los lusones, acuden en seguida en socorro del aliado romano. Próximo al Turia existe todavía un pueblo llamado Carpesa, que puede ser el lugar que buscamos.

Dedícase Viriato a extender la insurrección; pero al saber que había desembarcado Plaucio, con un gran ejército consular, acude a presentarle combate hacia la sierra de Cabal o la de Espadán. Derrotado, se retira, rompe el contacto con el enemigo y se fortifica en un reducto natural, Mons Veneris, sito, probablemente, en la Sierra de San Vicente, próxima a Escalona. Allí derrota a Plaucio. De las dos siguientes etapas consulares poco sabemos, porque los historiadores romanos pasan sobre ascuas tan vergonzoso período. No pueden omitir lo del tratado de Serviliano, ni dar cuenta de las correrías del Celtíbero por la Carpetania y la Orotania: del voluntario silencio escápanse algunos nombres: Segovia, Palencia, Baeza, Urso.

Fabio Máximo, después de un año de preparación, en el segundo de su consulado, avanza contra Viriato, quien se refugia en la fortaleza de Bacor o Baicor, que algún autor sitúa cerca de Baza y otros próxima a Enguera, en la actual provincia de Valencia.

El poblado de Tucci, que tantas veces sufre los horrores de la guerra, cambiando de dueño, por las fuentes que conocemos y por sus monedas, sabemos estaba situado donde hoy está la ciudad de Martos (Jaén). Allí la sitúa el itinerario de Antonino. Por último Arsa, teatro de un encuentro de vanguardias, parece deber situarse no lejos de Calatayud.

Murió Viriato vilmente asesinado, casi en el mismo sitio en que ocho años antes iniciara su gloriosa carrera, en plena tribu de los lusones. Su sepulcro habría que buscarlo en alguna de las muchas cuevas existentes en Villacabras, los Villares, o algún otro pueblo del Señorío de Molina; donde tal vez se encontrarían también ruinas de su altísima pira funeraria, alrededor de la cual riñeron cuatrocientos gladiadores solduris, como homenaje póstumo de una fidelidad superadora de la muerte. La de los juramentos de los devotis o solduris.

Con los datos que hemos podido comprobar, hemos situado, en el croquis número 2, la marcha de las operaciones de Viriato en sus fases sucesivas. Sin garantizar la exactitud en los detalles, creemos el conjunto bastante aproximado.

EL PROBLEMA DEL ALCAZAR DE SEGOVIA ANTE LOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS

por JUAN DE CONTRERAS
MARQUÉS DE LOZOYA

Catedrático de la Universidad Central
De las Reales Academias de Historia y Bellas Artes

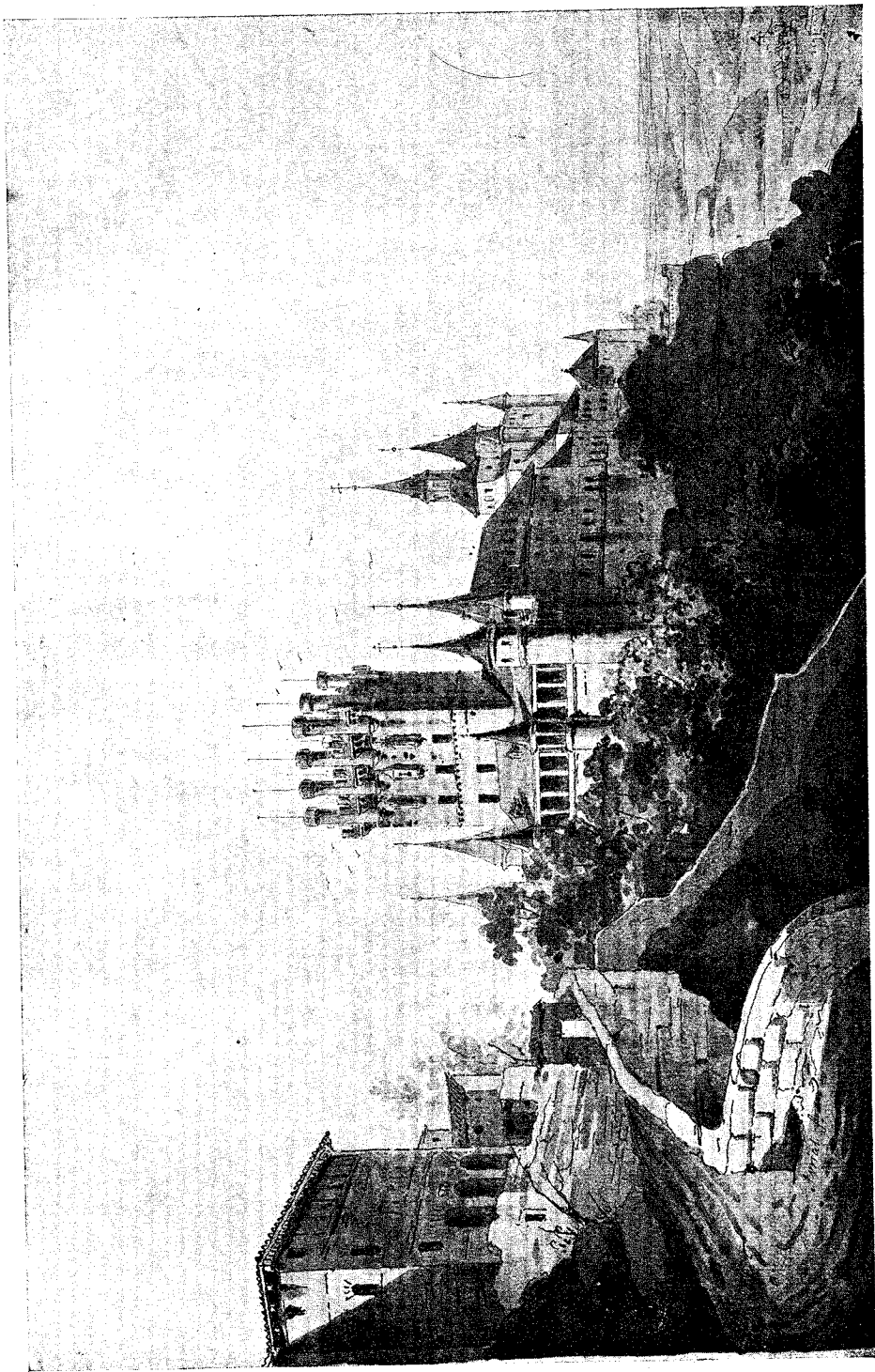
I. EL ALCÁZAR MEDIEVAL

Sin duda en los cruzados del centro de Europa que venían a combatir en España contra los moros, los alcázares musulmanes de las ciudades conquistadas produjeron una fuerte impresión de maravilla que se tradujo en la frase proverbial *chateaux en Espagne*, que tenía quizás un sentido más hondo: el de un sueño de imposible realización. Un escritor francés, René Bazin, hace notar el fuerte contraste entre esta idea preconcebida y la austeridad de las ruinas que coronan los alcores peninsulares y a las cuales los españoles llamamos castillos. «Estas grandes ruinas—hemos escrito en otro lugar—son algo aparte de lo que en el centro de Europa se llama *castillo*. Parece como si la palabra tuviese significado distinto a uno y a otro lado del Pirineo. En Francia, en Inglaterra, en Alemania, el castillo es elemento característico en un paisaje suave, de tonos tranquilos, donde los bosques, las praderas y el agua remansada son componentes imprescindibles. El castillo, en estos países, se ha habitado siempre, a costa de reparaciones continuas y, generalmente, de una restauración total, en el tiempo y según la manera de Viollet-le-Duc; las torres conservan sus chapiteles en *ettignoir* y no falta en su conjunto perfil ni detalle alguno, auténtico o restaurado. En cambio, los castillos hispánicos recortan sobre el cielo la silueta de sus torreones desmoronados, a los cuales el sol presta tonalidades de una riqueza incomparable. Hace siglos que están deshabitados, y desde entonces la mano del hombre no ha añadido nada en ellos, sino que ha con-

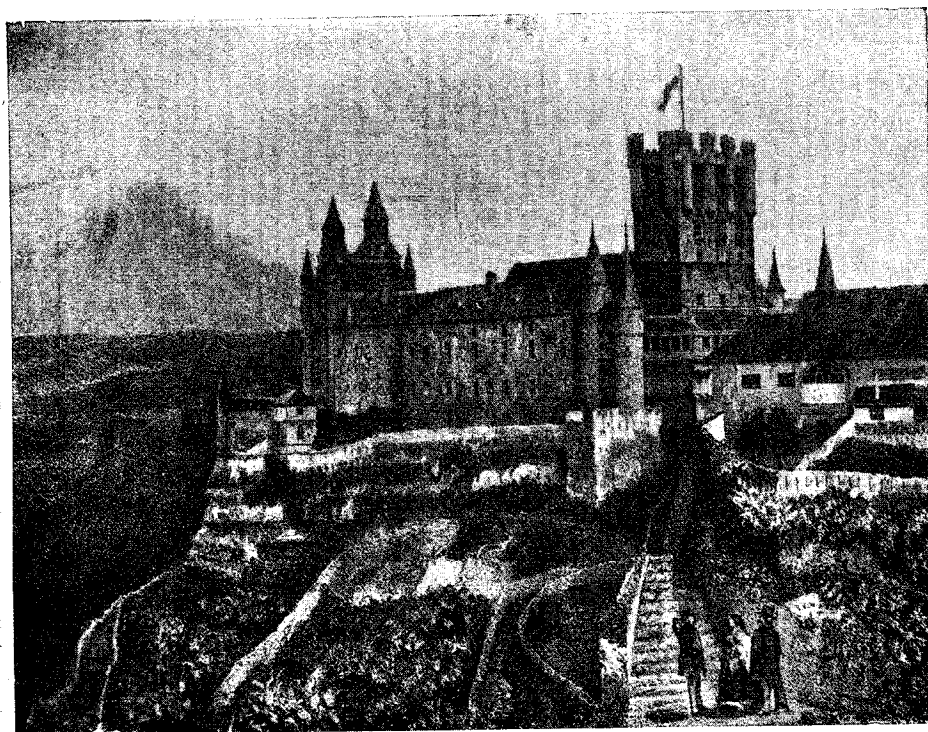
tribuído a la acción destructora del tiempo. El castillo en España es, a veces, un paredón a punto de derrumbarse o un montón de escombros, pero su situación admirable, su leyenda, su nombre, prestan a estos vestigios un encanto independiente de su belleza arquitectónica.»

En este concepto, el Alcázar de Segovia constituye una excepción. Por una serie de circunstancias adquirió la silueta romántica de los más evocadores entre los castillos alemanes y, dañado gravemente por un incendio en el reinado de Isabel II, sufrió una restauración «a fondo», también según el sistema del famoso tratadista francés del gótico, que acentuó el romanticismo de su línea. Aun antes de esta circunstancia, el Alcázar fué el tema predilecto de los dibujantes extranjeros que recorrían España en la primera mitad del siglo XIX, como David Roberts. Aún hoy, la estampa de la fortaleza-palacio, vista de proa, dominando las alamedas del Eresma, es uno de los paisajes más divulgados en la propaganda turística de España. Pero acaso este prestigio escenográfico de su silueta ha apartado el interés de los arqueólogos de la vieja morada de los Reyes de España. Corre la leyenda de que el Alcázar fué totalmente destruído por el incendio y rehecho al final del siglo XIX, y esto es totalmente falso. El incendio destruyó lo que el fuego puede destruir: las techumbres de madera, salvo en alguna de las torrecillas más apartadas del cuerpo del edificio que conservan todavía su cubierta original; dañó gravemente las yeserías de los frisos de la época de los Trastamaras, de los cuales quedaron importantes vestigios, pero en su estructura general, el castillo quedó casi intacto y la restauración alteró sus elementos en menos proporción que las realizadas en la residencia real de Windsor o en la ciudadela de Carcasona.

Desde su reconstrucción, el Alcázar venía destinado a depósito de los legajos del Archivo General Militar, y las extensísimas estanterías cubrían totalmente los detalles ornamentales que respetaron el incendio y los restauradores. Después de la pacificación de España en 1939, el Ministerio de la Guerra cedió al de Educación Nacional la vetusta fortaleza, que había de estar administrada y regida por un Patronato compuesto por elementos de ambos Ministerios y representantes de la ciudad y provincia, presididos por el General Jefe de la Artillería de la Región. Con los fondos del Patrimonio Artístico Nacional y bajo la dirección del arquitecto don Javier Cabello, comenzaron los trabajos de restauración de las salas de la crujía norte, suntuosamente decoradas por los yeseros moriscos de los Trastamara, que han recobrado en gran parte su antiguo esplendor. Pero, además de la categoría artística que se ha



Vista general del Alcázar por el ángulo Nordeste, antes del incendio, dibujada por José María Avrial en 1837 (Real Academia de San Fernando).



Vista general del Alcázar por el costado del Mediodía, antes del incendio de 1862
(Litografía de Francisco Javier Parcerisa).

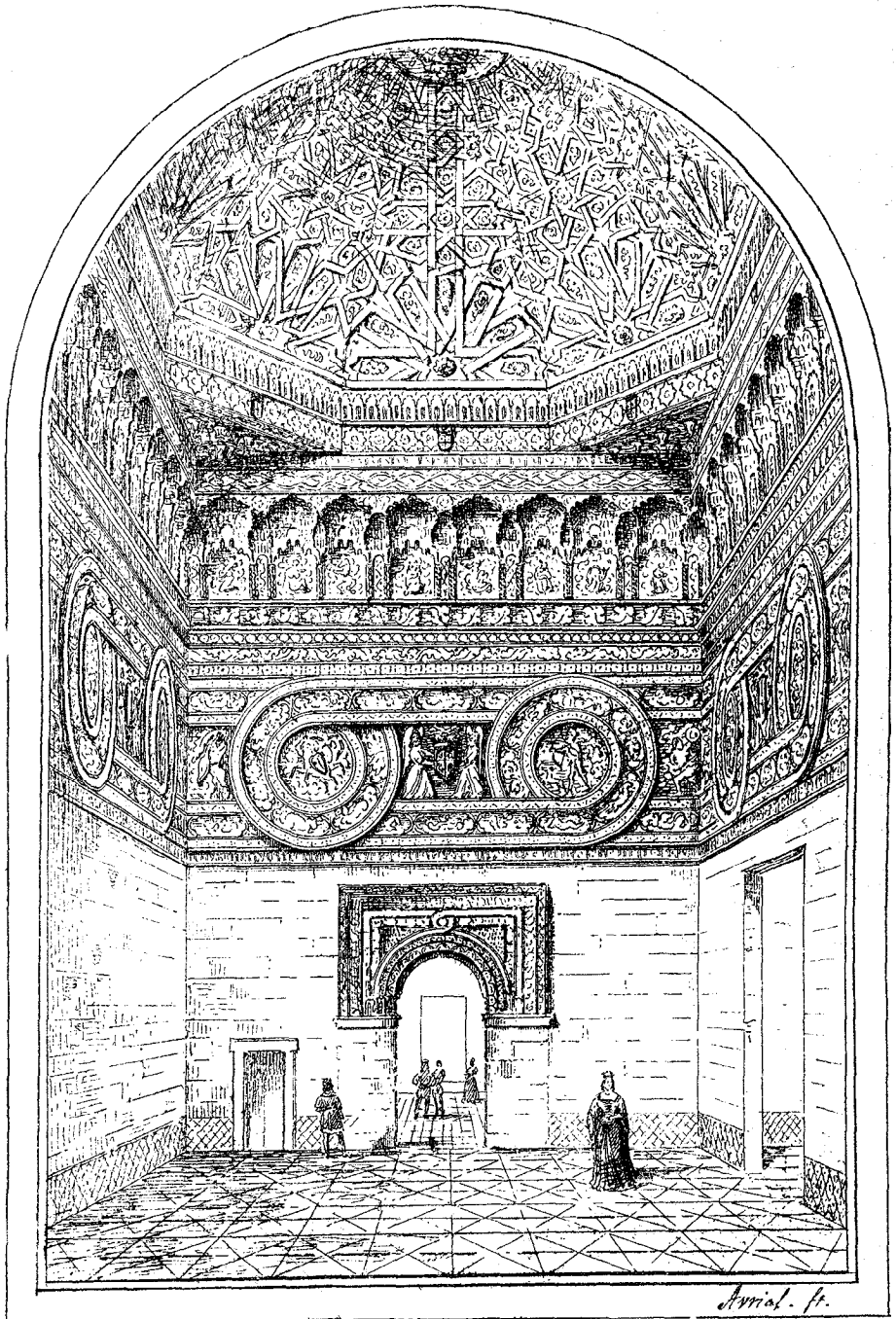
devuelto al monumento, la restauración ha tenido la ventaja de hacer posible un estudio arqueológico del mismo que permita hacer más claros los jalones de su historia.

Sin duda, desde que plantas humanas hollaron la roca sobre la cual Segovia se asienta, los primeros pobladores escogieron como resguardo aquella fortaleza natural de escarpas cortadas a pico y casi rodeadas por las corrientes de dos ríos que confluyen en su vértice: el Eresma y el Clamores. En los tiempos en que la meseta central estuvo dominada por los celtas, Segovia sería una *citania*, como Numancia o Segeda, pero de este tiempo no permanecen en la ciudad sino algunas toscas esculturas de toros o de berracos. Los romanos ocuparon sin resistencia esta *citania*, que les fué siempre adicta y cuya posesión les interesaba extraordinariamente por ser una estribación avanzada de la sierra, que domina el ancho valle del Eresma hasta que, unido con el Adaja, desagua en el Duero. Yo he sostenido la teoría de que el famoso acueducto, cuya magnificencia es inexplicable en una ciudad que no conserva sino muy pobres vestigios romanos, fué construído para abastecer los albiges de aquella fortaleza inexpugnable, pero cuya debilidad consistía en la absoluta carencia de agua. De la dominación romana pudiera ser que permaneciese en el Alcázar algún vestigio. La peña caliza sobre la cual se asienta la fortaleza está labrada por la parte que mira al mediodía, como si fuese un muro, y esta muralla natural ha sido despiezada imitando una fábrica de sillería regular. El despiezo parece muy antiguo, a juzgar por su deterioro, y es difícil atribuirlo a otra época. Durante mi larga permanencia en Italia he buscado inútilmente en los monumentos romanos restos de una labor semejante. Únicamente en el teatro de Claudio, hoy entre las dependencias conventuales de San Juan y San Pablo, en Roma, vi grandes sillares despiezados imitando una fábrica de mazonería, y en el enorme santuario de Palestrina, recientemente descubierto, piedras en las que se ha imitado una labor de *opus incertum* o de mampostería. Si mi hipótesis se confirmase, el castillo romano no sería otra cosa que una adaptación de la roca, que es ya una fortaleza natural a la que los ríos sirven de foso, complementada por algunas construcciones accesorias.

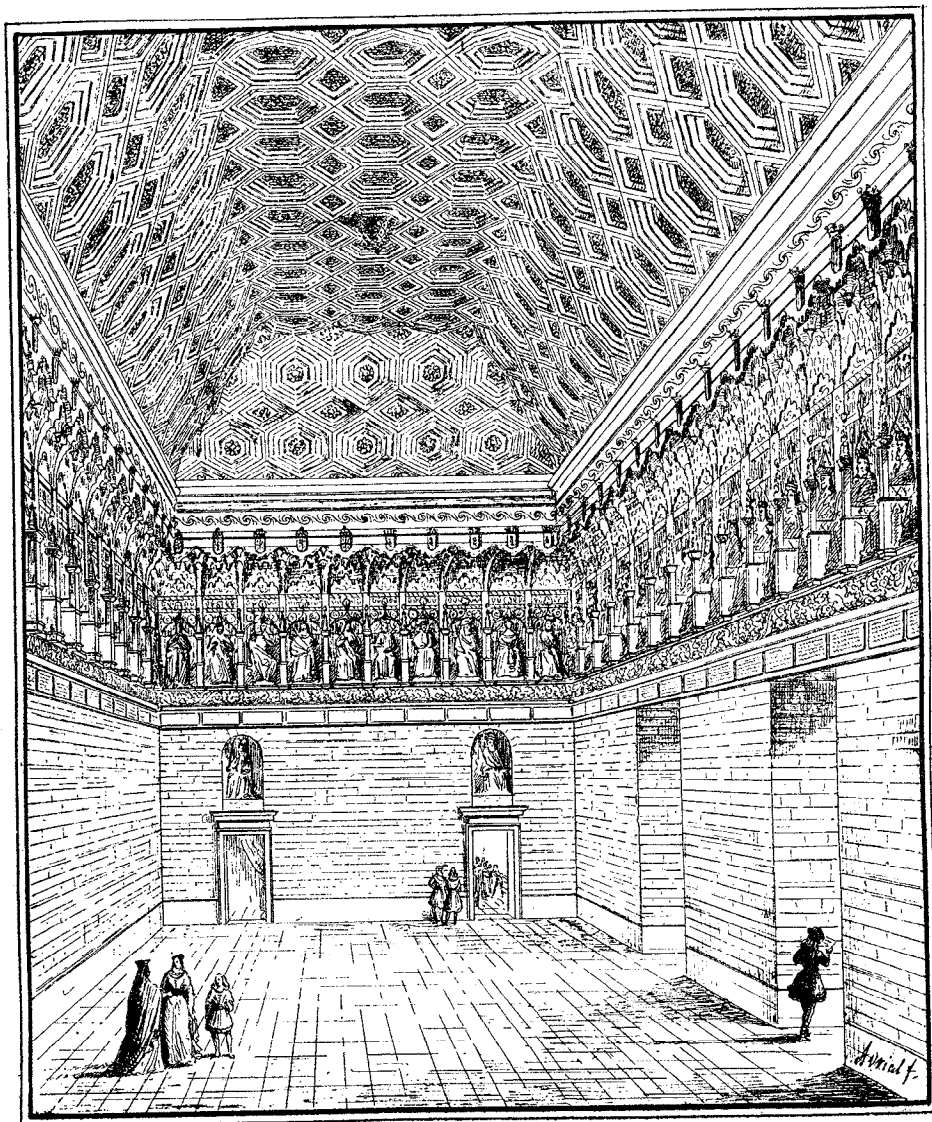
Un castro, obra casi de la naturaleza, sería aquel paraje durante la dominación visigoda y durante la efímera ocupación musulmana de la ciudad, de la cual no queda otro vestigio que un bello capitel del período califal encontrado en una casa de la Canonjía, a pocos pasos del Alcázar, y que pudo pertenecer a una mezquita situada donde estuvo luego la catedral románica, en la explanada de aquél. De los primeros años de

la reconquista tenemos testimonios escritos referentes a la fortaleza, pero ningún resto arquitectónico. El cronista Diego Colmenares, en su famosa *Historia de Segovia* (1636), copia un documento del archivo de la Catedral que él atribuye a Alfonso VII el Emperador y que es, en realidad, de su padraastro el Batallador, rey de Aragón, que dominaba entonces la ciudad. Se trata de una carta fechada en Fresno de Cantespino en diciembre de 1122, por la cual el monarca cede al Obispo una heredad situada *sub Castro super Ripam fluminis Leredmae*; esto es, bajo el castro, a la orilla del río Eresma. Esta es la primera mención escrita que encontramos de la fortaleza. Casi en los mismos términos se refiere a ella otra donación semejante de Doña Urraca, la Reina, en el otoño de 1123. Treinta y dos años más tarde, en 28 de enero de 1155, Alfonso VII el Emperador concede al Obispo y al Cabildo de la nueva catedral una huerta bajo el castillo, junto al río—acaso la misma de las donaciones anteriores—; pero es curioso que el documento no emplee ya la palabra castro para designar a la fortaleza, sino que por primera vez la llame Alcázar, que es el nombre que había de prevalecer. La palabra, de origen árabe (*alcazar*, de *al caesar*, casa del César), significa palacio donde moraba el rey. Sin duda entre ambas fechas se han realizado obras importantes que han convertido el rudo castillejo en morada real.

Creo haber recorrido el Alcázar por todas partes, y no recuerdo haber encontrado en el edificio nada que deba fecharse a mediados del siglo XII. Pueden, si acaso, remontarse a esta época algunos vestigios de un recinto exterior, por la parte que mira al Clamores. A mi juicio, lo que subsiste más antiguo en el palacio-fortaleza, lo que es todavía la parte fundamental del Alcázar, no del todo desvirtuado por las reformas a fondo de épocas sucesivas, ha de atribuirse a los últimos años del siglo XII o a los primeros del siguiente, según el estilo arquitectónico de transición del románico al gótico empleado por los monjes-arquitectos del Cister. Los elementos constructivos y decorativos de este estilo pueden apreciarse perfectamente en la crujía norte, pues la parte que mira al mediodía debió de ser alterada totalmente en la restauración de Felipe II. Del reinado de Alfonso VIII «el de las Navas», que hizo en Segovia algunas estancias y la favoreció con generosos privilegios, pueden ser las dos plantas superpuestas, edificadas sobre la roca, hacia la parte del Eresma, amplísimo semi-sótano abovedado propio para alojamiento de tropas y servidumbre, y, sobre ellas, la crujía, compuesta de un gran salón con un gabinete a cada extremo—que es lo que en la Edad Media constituía un «palacio»—, que tiene entrada directa por el patio



La Sala del Sollo, antes del incendio, dibujada por José María Avrial, en 1837 (Real Academia de San Fernando).



La Sala de los Reyes, antes del incendio, dibujada por Avrial en 1837 (Real Academia de San Fernando).

principal. Daban luz a este gran salón cuatro ventanas geminadas, con parteluces con capiteles del tipo cisterciense—como lo son todos los conservados en el Alcázar—, los cuales abrían a una ancha terraza con vistas admirables sobre los sotos del Eresma—«Paraíso terrenal», para los antiguos segovianos—. Esta terraza, que quizás un tiempo fué adarve, estaba cubierta por un tejado sostenido por fuertes pilares de sillería, que aún pueden verse en la «sala de la galera», embutidos en el muro con que posteriormente se cerró aquella parte.

Del gran impulso constructivo de hacia el 1200, según el estilo del Cister, serían también las dos grandes torres que defendían hacia naciente y hacia poniente los dos extremos de la nave de piedra que es el Alcázar, a la manera de castillos de proa y de popa. Estas dos torres tenían como misión, la de poniente, la defensa contra los peligros del campo y, la de naciente, contra los riesgos, que fueron en la Historia más reiterados, que venían de parte de la ciudad. La torre del naciente quedó embutida en el robusto castillo de los Trastámara, que hoy llamamos «Torre de Juan II», y aún se advierte, al exterior, algo de su traza. La torre del poniente, que se viene llamando «del Homenaje», se conserva casi íntegra, sin más alteración que las que produjeron las reformas de Felipe II y de los restauradores del siglo XIX. Es un cuerpo rectangular, que ostenta, en los cuatro ángulos, gallardísimas torrecillas suspendidas sobre bien labradas ménsulas en forma de trompa. Del aspecto de este castillete, antes de las reformas de Felipe II que le dieron su romántica traza actual, tenemos un curioso testimonio en un grafito de los muy interesantes que el ocio de pajes o de soldados dejó en el intradós de las ventanas geminadas del gran salón de la primera crujía. Este rudo vestigio nos presenta la torre en su aspecto actual, pero rematada, tanto en el cuerpo principal como en las torrecillas, por almenas. Los ajimeces que daban luz a las estancias de la fábrica rectangular fueron descubiertos por los restauradores después del incendio, pero, según el criterio de Viollet-le-Duc, se sustituyeron por copias esmeradamente labradas. Como todos los de la fortaleza, están cobijados en el hueco abierto en el grueso muro por arcos dispuestos en forma de ángulo muy abierto, de dibujo muy característico de la arquitectura cisterciense. Los grabados y las fotografías del Alcázar anteriores al incendio de 1862 dejan ver, coronando la torre del Homenaje, el agudo chapitel añadido por Felipe II y que fué acertadamente suprimido por los restauradores, que devolvieron al viejo edificio su graciosa silueta.

Solamente permanece intacta, al interior, la gran estancia que ocupa

toda la planta terrena y que sirve y ha servido siempre de sala de armas. Es un vestigio precioso de la fortaleza medieval, morada de tantos reyes. De planta rectangular muy prolongada, está cubierta por una bóveda de medio cañón apuntado, que se apoya sobre una imposta. En los muros menores, frente a frente, rompen el grosor de la fábrica sendos arcos triangulares que cobijan ajimeces de bella proporción. La estancia es una de las que el incendio dejó intactas y aún se notan en los muros los signos de cantería. A la parte del poniente está el ingreso a la cámara de planta semicircular que corresponde al saliente de la torre, cubierta con primorosa bóveda de cuarto de esfera. Son también del gran impulso constructivo de hacia el 1200 las torres de planta circular que flanquean la llamada «de Juan II» a la parte de nacimiento. La que mira a la parte del Norte, que quedó intacta después de la catástrofe de 1862, conserva todavía al interior su curiosa decoración de pinturas moriscas.

Así, pues, a mediados del siglo XIII, el Alcázar sería una fortaleza de planta muy alargada de Este o Oeste, defendida a estos lados por dos torres principales y con estancias en torno de dos patios. De estas estancias conocemos solamente las de la crujía Norte, pues las del mediodía fueron totalmente rehechas en la gran reforma de Felipe II. Las dos extensas plantas de semisótano darían amplio acomodo a soldados y servidores. El salón principal de esta crujía que mira al Eresma fué, sin duda, el que da entrada a ella desde el gran patio, el cual tuvo vistas directas al umbroso valle. Ha quedado con escasa luz, convertido en una dependencia secundaria en virtud de obras, de las cuales luego hablaremos. Un documento fechado en Segovia a 16 de mayo de 1391 se refiere a un juicio entre Pero López de Ayala, el famoso Canciller, y el concejo de Orduña, «estando... dentro del alcázar de la dicha ciudad en la sala del Palacio maior». Esta sala es, sin duda, aquella a la cual nos referimos. En la Edad Media se llamaban «palacios» a estos conjuntos de una estancia principal flanqueada por dos gabinetes. Este «palacio», y sin duda el resto de las estancias, estaban decorados con aliceres de pintura morisca en rojo sobre el blanco estuco. Se conservan, en las cuatro aberturas del muro que fué exterior y que forman aposentillos con sus poyetes de piedra flanqueando los ventanales geminados, restos de estas pinturas con lacerías y atauriques. En lo que es ahora «sala de la Galera», decorando los postes que sostenían la cubierta de la terraza que hubo en aquel lugar, aparecieron en las obras de restauración restos bien conservados de pinturas moriscas, con aves

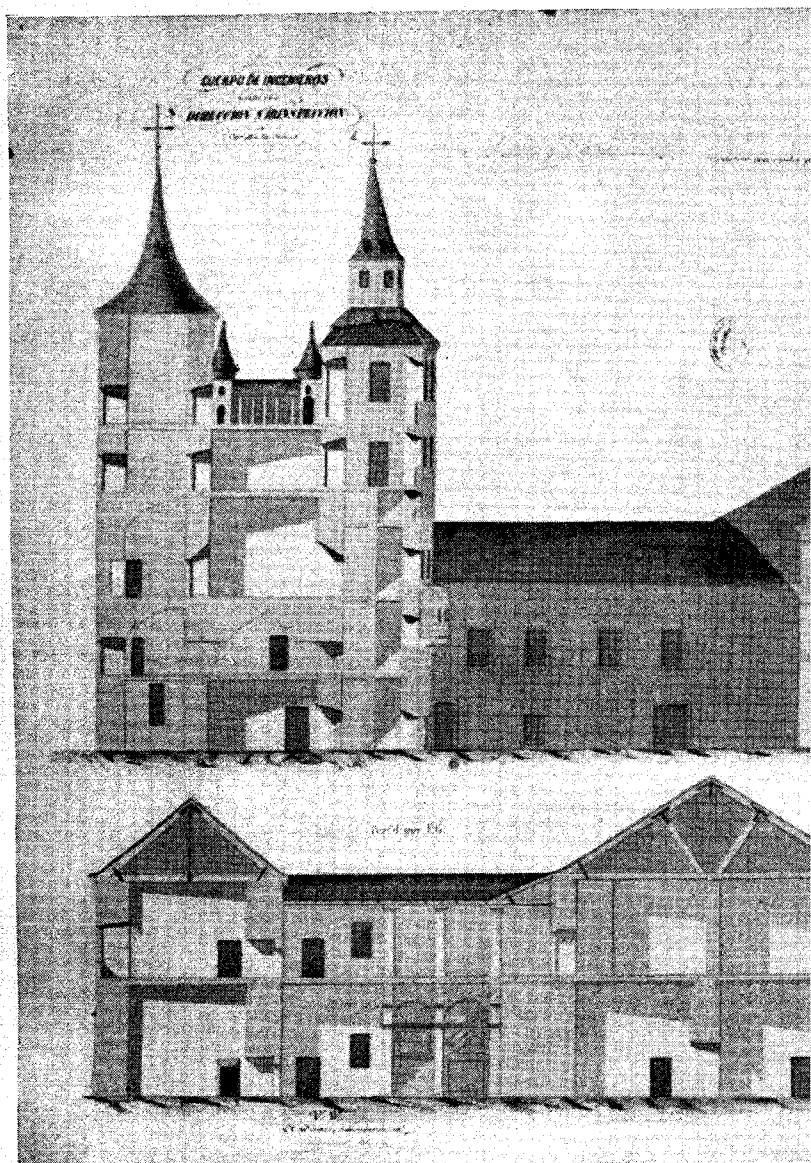
zancudas recortadas en el estuco blanco sobre un fondo rojo. En la torrecilla del Nordeste a que nos hemos referido, se conserva también la decoración pictórica con temas heráldicos de castillos y leones. Es un tipo de ornamentación pictórica, debido sin duda a artífices moros, frecuente en palacios y castillos de la meseta central. El conjunto más importante está precisamente en Segovia en la llamada «Torre de Hércules», de arquitectura análoga a la del Alcázar, y en ella se reproducen asuntos de batallas, de torneos y de banquetes, con lacerías y temas animales y vegetales en un estilo tan semejante a la decoración de la residencia real, que hace pensar en las mismas manos.

Una leyenda que corre por Castilla desde el siglo xv, en que la consiguan diversos autores, contribuye a explicar, en cierto modo, la historia posterior del Alcázar. Refiere que estando en la fortaleza el rey Alfonso X con su corte, engraido por su sabiduría profirió la blasfemia de afirmar que a *consultarle el Criador, de otra suerte fabricara el universo*. Castigo de tanta osadía fué un rayo que conmovió la fortísima fábrica y obligó al monarca, humillado, a hacer penitencia. Pero es curioso que en el cronicón contemporáneo de Cardeña, publicado por el P. Flórez, se lean estas líneas: *Era de MCCXCVI años (1258) fundiose el palacio de Segovia con el rey don Alfonso e con muchos de sus ricos omes e con obispos, e murió hi... e maestre Martin de Talavera dean de Burgos; fueron feridos muchos obispos e ricos omes, e fincó el rey sano, e esto fué el día de sant Vitores a ora de yantar, cinco dias por andar del mes de agosto*. Hubo, pues, una catástrofe que el pueblo interpretó como castigo divino y que originaría, probablemente, obras de reconstrucción. Lo cierto es que en el mismo siglo XIII se verifica en el Alcázar una transformación importante que los recientes trabajos de restauración permiten ahora estudiar. Si los reinados de Alfonso VIII y de San Fernando habían sido para Castilla de una gran paz interior, esta paz comienza a turbarse en los últimos años de Alfonso X, con las contiendas entre el rey y su hijo don Sancho, y las alteraciones continuaron en las minorías de Fernando IV y de Alfonso XI. Si en épocas apacibles era explicable el carácter palaciano del muro norte, perforado por grandes ventanales geminados, no era posible mantener este sistema en tiempos de guerra y menos cuando comenzaba ya a emplearse la artillería, que, situada en los fronteros alcores del Parral, podía causar en el palacio fáciles destrozos. Se cerró la antigua terraza por el lado Norte con un alto y fortísimo muro perforados por saeteras de excelente construcción, y la sala del antiguo «palacio maior» quedó sin vistas

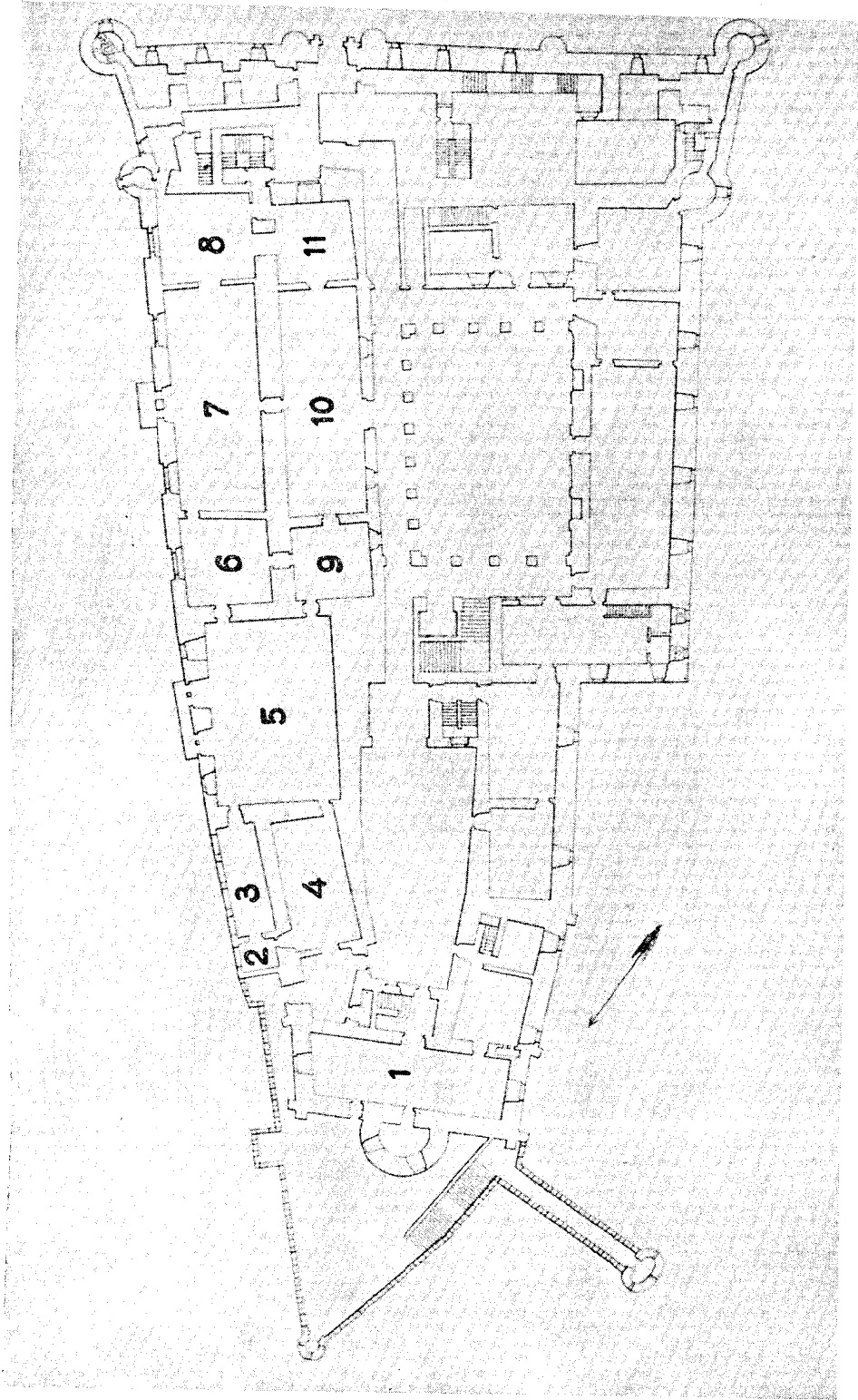
exteriores y sin más luz que la que venia del patio. Los inútiles ventanales se tapiaron y tapiados han estado hasta que, primero por el incendio y luego por la actual restauración, han sido descubiertos.

Después de las turbulencias del siglo xiv renació la paz, a comienzos del xv, con la sabia política del regente Fernando de Antequera. Catalina de Lancaster, viuda de Enrique III y curadora del niño-rey Juan II, hizo del Alcázar la habitual residencia de la corte, por la seguridad que ofrecía la fortaleza y por la salubridad del clima segoviano. Pensó entonces la reina que la crujía resultante entre el nuevo muro exterior y el muro antiguo, por la parte del Norte, podía dar lugar a una serie de estancias más amplias que las del viejo «palacio maior» y así, por su orden, Diego Fernández, vecino de Arévalo y vasallo del rey, dispuso un nuevo palacio en análoga disposición que el antiguo, esto es, un gran salón flanqueado por gabinetes. La decoración de esta gran sala central, que se llama «de la Galera» por la forma de nave invertida que tuvo su artesonado, destruído en el incendio de 1862, se llevó a cabo, según la inscripción que corre por el friso, en 1412. El fuego destruyó, como hemos indicado, la techumbre, pero dejó intacto el rico friso de yesería de los dos lados mayores del rectángulo. Este friso ofrece grandes semejanzas con los restos que se conservan en el castillo navarro de Olite. La corte de Navarra y la de Castilla, en estrecha relación entonces, mantenían un continuo intercambio de artistas y parece muy verosímil que interviniesen en el friso de la Galera los yeseros moriscos de la cuadrilla de Lope de Tudela.

Años más tarde, en las postrimerías del reinado de Juan II (1452), el príncipe don Enrique hizo decorar suntuosamente por yeseros y alfarjeros una de las dos estancias menores: la del lado Oeste, que, por los adornos de la techumbre, recibió el nombre de «sala de las Piñas», y el mismo don Enrique, ya rey, encargó a la cuadrilla morisca de un Xadel Alcalde el ornato de la saleta del lado opuesto (sala del Solio o del Pabellón) en 1456. El desdichado Enrique IV, amantísimo de la ciudad de Segovia, prolongó hacia poniente la crujía con las salas «de los Reyes», «del Cordón» (1458) y «del tocador de la Reina». Es posible que el mismo Juan II en las postrimerías de su reinado comenzase la construcción del gran castillo de planta rectangular que, dominando el hondo foso, defiende el Alcázar por la parte de la ciudad, pero sin duda fué continuado en el reinado de su sucesor y terminado en el de los Reyes Católicos, cuya cifra ostenta en una de las almenas. El arquitecto, por lo menos en las plantas superiores, fué, sin duda, Juan Guas,



«Perfiles del Alcázar de la ciudad de Segovia sacados con cinta por el Cor.¹ g. dibujo la del 5 de julio de 1862, esto es, cuatro meses d



Plano del Alcázar de Segovia, según el libro de este título del Coronel de Artillería E. Oliver-Copóns (Valladolid, 1916), en el que hemos dibujado los números correspondientes a las principales habitaciones: 1, Sala de Armas; 2, Tocador de la Reina; 3, Sala del Cordón; 4, Capilla; 5, Sala de Reyes; 6, Sala de las Piñas; 7, Sala de la Galera; 8, Sala del Solio o del Pabellón; 9, Sala de Fernando VII; 10, Sala del Palacio Viejo; 11, Sala de la Chimenea.

que residía entonces en Segovia, y cuyo estilo se revela en los antepechos adornados de escamas de las torrecillas que forman en torno del adarve gallarda corona.

Así llegó el Alcázar a las postrimerías del siglo xv convertido en un palacio «de las mil y una noches». Acaso ninguno en Europa podía rivalizar con él en esplendor, y se explica el asombro de los viajeros, como León de Rosmihal, al desfilar por aquella serie de salones cubiertos por techumbres doçadas en las que agotaron su primor los carpinteros moriscos, sobre frisos en que se confundían el barroquismo del gótico en su agonía con los recursos decorativos del oriente. Según los inventarios que se conservan en el archivo de Simancas, cubrían los muros tapices góticos traídos de Flandes, con la historia de Alejandro Magno, o guadameciles dorados y repujados. En la sala de armas se alineaban los arneses de lucicante acero y en las racámaras más fuertes y recatadas se guardaba un tesoro fabuloso de piezas de oro y de plata, enriquecidas con esmaltes y pedrería. En una de las cámaras se guardaban los instrumentos músicos, adornados con marfiles y maderas preciosas, de la capilla Real, para la cual los músicos y los poetas de la corte compusieron el «Cancionero del Alcázar de Segovia», que ha publicado hace pocos años monseñor Higinio Anglés.

II. LA RECONSTRUCCIÓN DE FELIPE II

El Alcázar de Segovia, teatro de importantísimos sucesos en el reinado de los Reyes Católicos, debió de quedar un tanto abandonado en el de Carlos V, que en el tráfigo agotador de su vida apenas tuvo tiempo de hacer en él alguna brevísima estancia. Sirvió, sin embargo, de residencia a su hermano el futuro rey de romanos Fernando I, según se deduce de un párrafo del cronista Colmenares. Felipe II, en cambio, tan aficionado a los sitios reales en torno de Madrid, residió en la vieja fortaleza de sus antepasados en diversas ocasiones y la dedicó particular atención. Yo he llegado a pensar si en algún momento el rey Prudente intentase hacer de Segovia una Corte veraniega. Parece que en un arrabal de la ciudad quiso establecer la ingente fábrica de El Escorial: «El rey—escribe el cronista Colmenares—, determinado a fabricar un templo admirable para veneración del culto divino, sepulcro de sus Imperiales padres, y gloria de la nacion Española, quando las convezinas assolaban tantos, aviendo escogido sitio en la llanura de S. Christoval, arrabal de nuestra Ciudad, distante media legua al Oriente, mandó echar

los niveles y tantear los cimientos.» El martes 29 de septiembre de 1562, el mismo rey, deseoso de ver las cosas por sí mismo como solía, se presentó en el lugar, y aunque le satisfizo, diversas razones, especialmente la existencia en la misma ciudad de otro monasterio de jerónimos, el de El Parral, le hicieron desistir del intento. Segovia fué la ciudad escogida por Felipe para sus cuartas nupcias con Ana de Austria, que se celebraron en el Alcázar, con pompa extraordinaria y asistencia de muchos príncipes, prelados y grandes, el martes 14 de noviembre de 1570. Colmenares nos describe detalladamente la ceremonia de la boda, que tuvo por teatro el «Cuarto principal» o «Cuarto del cierzo», bajo los techos moriscos de los Trastamara. El rey con su acompañamiento salió de su cámara (que sería la sala llamada «del Cordón») a la sala «de Reyes», donde en un estrado alto, debajo de un majestuoso dosel, esperaba la reina. Terminado un previo besamanos, en la misma sala bendijo el matrimonio el cardenal arzobispo de Sevilla. Después de la ceremonia el magnífico cortejo desfiló por las salas «de las Piñas», de «la Galera», de «El Pabellón» o de «El Solio», de «la Chimenea» y de «El Palacio viejo» hasta salir a los patios y desde ellos a la capilla, donde se celebró la misa de velaciones. Consecuencia de esta preferencia de Felipe II por la ciudad fué el que algunos de sus principales auxiliares, el cardenal Espinosa, Gonzalo Pérez y Francisco de Eraso, adquiriesen en ella suntuosos palacios.

Aun antes de comenzar su reinado y luego desde su misma iniciación, estando el rey en los Países Bajos, entre las gravísimas dificultades de la política y de la guerra, se ocupó de las obras del Alcázar con la minuciosidad que ponía en todas sus cosas, y más en las fábricas, a las cuales era tan aficionado. Sus reformas a fondo cambiaron totalmente el aspecto de la fortaleza medieval, si bien el rey tuvo cuidado escrupuloso de que se conservase la magnífica escenografía del siglo xv y de que fuese restaurada con el mayor primor. Aun cuando en estas obras, que duraron todo lo que el reinado, interviniesen los grandes arquitectos de la Corte: Juan Bautista de Toledo, Juan de Herrera, Francisco de Mora y Gaspar de Vega, entre otros, no podemos descartar la gestión directa del mismo Felipe II, que dió a la arquitectura española de su tiempo su sello personal de elegante austeridad. «Miércoles catorce de Octubre deste año—escribe Colmenares, refiriéndose al 1586—llegaron a nuestra Ciudad el Rey, la Enperatriz su hermana, viuda del Enperador Maximiliano II, Principe Don Felipe, Infanta Doña Isabel y mucho cortejo, a ver el renuevo que en el Alcacar se hazia, renovando sus arme-

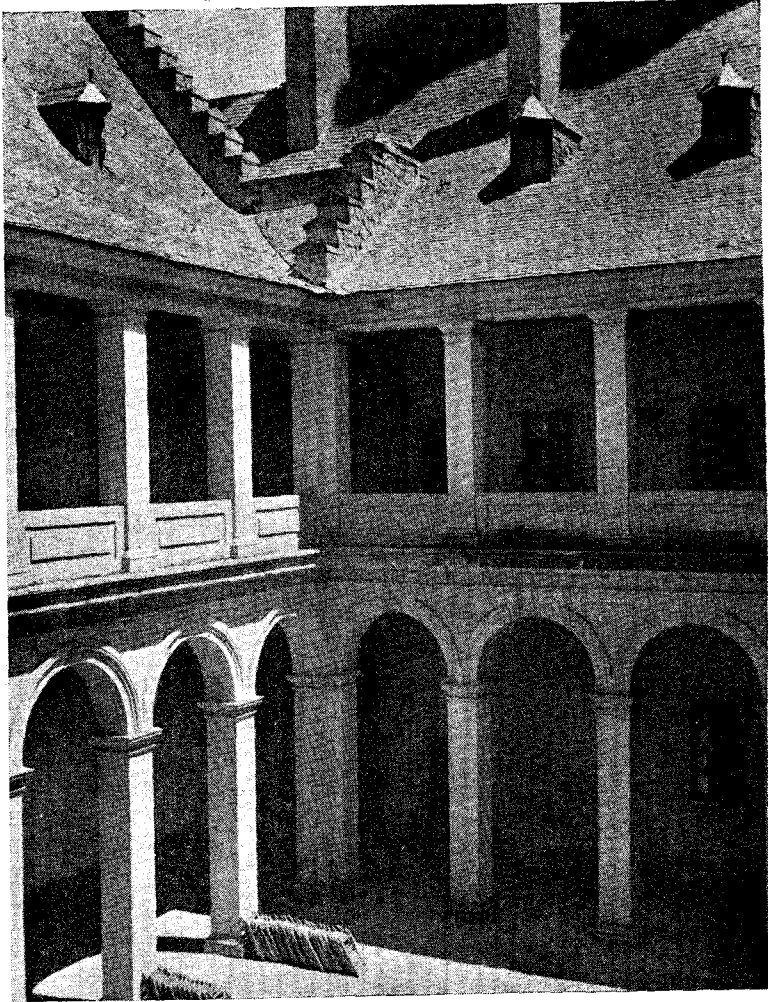
rias, y salas; principalmente la de los Reyes; donde se añadieron los Reyes Católicos, y su hija Doña Juana, última de la casa de Castilla, enpicarraronse sus techumbres, y chapiteles, con gran adorno, y duración de la fábrica.» Y es curioso el que, al ordenar que fuesen cubiertas con chapiteles de pizarra, según los que había visto en los castillos de Flandes, las torres cilíndricas de la fortaleza medieval, acentuó su goticismo y dió al conjunto su silueta de palacio de cuento de hadas. Felipe II, tan ferozmente clasicista en El Escorial, fué por extraña manera romántico en el Alcázar de Segovia.

Conocemos detalladamente el proceso de estas obras por los copiosos datos que contienen las «Noticias de los arquitectos y arquitectura de España» de don Eugenio Llaguno y Amirola, ilustradas y acrecentadas por don Agustín Cean Bermúdez (Madrid, 1829), y por el libro: «Piedras de Segovia», del erudito segoviano don Juan de Vera (Segovia, 1950). La primera preocupación de Felipe, siendo aún príncipe y en los primeros años de su reinado, fué el estado ruinoso del Alcázar, cuyo derrumbamiento procura evitar valiéndose de la pericia de Gaspar de Vega, maestro de las obras del palacio del Bosque de Valsain. Así, por cédula fechada en Valladolid a 31 de agosto de 1554, ordena al referido Gaspar de Vega que efectúe las obras de reparación necesarias. Algunos años más tarde, encontrándose en Bruselas el 28 de junio de 1556, esto es, poco después de la abdicación de Carlos V, escribe a su hermana la princesa viuda de Portugal, doña Juana, gobernadora del Reino: «El dicho Gaspar de Vega nos ha agora avisado, que ha visto el dicho Alcázar y que conviene repararse en él ciertos chapiteles y otras muchas cosas, por que no se cayan...» El rey ordena que el arquitecto proceda a las obras necesarias. El 13 de abril de 1557 manda al ayuntamiento de Segovia que permita a Gaspar de Vega cortar en sus pinares de Valsain doscientas cargas de madera para las obras de la fortaleza. Desde Bruselas, el 15 de febrero de 1559, Felipe II escribe a Juan Vázquez que, según carta del conde de Chinchón, el «cuarto principal» (esto es, la crujía de los Trastámara, al lado norte) se vendrá al suelo sino se repara inmediatamente. Ordena que Gaspar de Vega o Juan de Vega procedan inmediatamente a las obras necesarias, «que siendo aquella casa y aposento de la calidad que es, no sería razón dejarla caer». El 22 de julio de este año escribe desde Gante que, en vista de la relación del corregidor de Segovia don Diego de Sandoval y de Gaspar de Vega, se den a éste 2.500 ducados para las obras. Sin duda el arquitecto había enviado al rey curiosos dibujos coloreados para ilustrarle sobre la si-

tuación del Alcázar: «Las dos pinturas que habeis enviado de los dos lados de esa casa he recibido y holgado de verias.» En esta carta—y este es dato muy interesante—habla de los pizarreros que habían de ocuparse en las cubiertas del Alcázar.

En esta primera serie de obras se reedificarían las techumbres ruinosas de la crujía de la parte Norte y es posible que entonces—pues uno de los documentos citados por Llaguno se refiere a pizarreros—se cubriesen con conos de pizarra las torres circulares que flanquean la de Juan II. No sabemos como sería antes la cubierta de estas torres, cuya construcción ha de fecharse, a juzgar por las pinturas conservadas en una de ellas, hacia el 1200. Colmenares afirma que revestía la forma de media naranja, y así la representa una pintura del siglo xvii que se conserva en el santuario de la Fuencisla. Todavía en 1571 trabajaba en el Alcázar Gaspar de Vega. Por una cédula fechada en Madrid a 22 de enero, el rey dice a los Contadores Mayores que había mandado allanar y aderezar la plaza delante de los Alcázares (donde estuvo la vieja catedral románica) «y hacer en ellos y fuera de ellos ciertos reparos y edificios conforme a la orden de palabra que para ello dimos a Gaspar de Vega, maestro mayor de nuestras obras en el bosque». En 1573 eran las crujías meridionales de la fortaleza lo que peligraba. «Ya sabeis—escribe Felipe II el 4 de agosto al Consejo de Segovia—que en nuestros alcázares de ella está para hundirse el cuarto que está a mediodía con los corredores del patio»; y ordena se faciliten a Vega 500 cargas de madera.

Pero, además de la necesidad de acudir urgentemente a contener la ruina del vetusto edificio, el rey abrigaba el proyecto de una renovación total del mismo, respetando solamente los muros medievales y la ornamentación apropiada para una corte renacentista. Probablemente Gaspar de Vega reconstruyó según las normas escorialenses las ruinosas crujías del mediodía. Así lo afirma José María Quadrado, que pudo ver el Alcázar antes del incendio. Según Llaguno, entendía en el vasto plan de obras Juan Bautista de Toledo, el primer arquitecto de El Escorial. Parece que el proyecto de conjunto de la adaptación de la fortaleza fué de Francisco de Mora. En una relación de don Vicente de los Ríos (Segovia, 8 de mayo de 1779), que inserta íntegra Llaguno, se lee: «El arquitecto que hizo toda la obra moderna de este Alcázar y de la Casa de Moneda de esta ciudad fué Francisco de Mora, célebre arquitecto del tiempo de los reyes Felipe II y Felipe III. Su patria se ignora, aunque puede conjeturarse que fuese de Segovia...» Ríos apoya su aserto en varios documentos: una relación del veedor Francisco de Ribera, en la



Patio principal del Alcázar, del tiempo de Felipe II, dibujado por Francisco de Mora y construido por Diego de Matienzo



Mirador de la época de Felipe II, construído por Diego de Matienzo, según proyecto de Juan Gutiérrez de la Cotera.

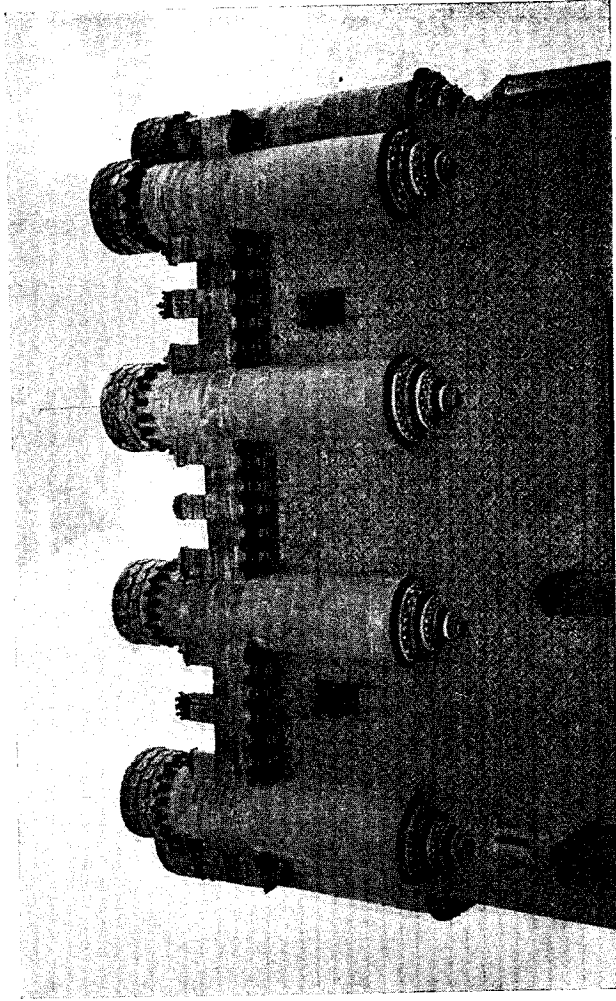
que se reseñan las obras hechas bajo la dirección y con los diseños de Mora, «y son las principales y de más buen gusto del Alcázar y Casa de Moneda»; una certificación firmada por Francisco de Mora en El Escorial, a 31 de agosto de 1598, en que afirma que todas estas obras se hicieron «por trazas e ideas suyas» y por orden de Felipe II, lo cual se confirma en una carta del nuevo rey Felipe III a Juan Bermúdez de Contreras, teniente de alcaide de la fortaleza.

La obra de reconstrucción total no se acometió a fondo hasta los últimos años del reinado. «El mismo año 1587—escribe Llaguno—empezó la reedificación interior del Alcázar de aquella ciudad, y la de la casa de la Moneda». Duraron las obras hasta 1598, y fué Mora quien dió las ideas, trazó los diseños y llevó la dirección de los trabajos. Según el gran historiador de nuestra arquitectura, el mismo Juan de Herrera llevaría alguna parte en la formación del proyecto. «Se debe suponer—escribe—que Mora hizo estos diseños con intervención de Juan de Herrera, pues siendo anteriores al título que en 1591 se le dió de Maestro Mayor de las obras del Alcázar de Madrid, y mandándose en él que comunicase las trazas con Juan de Herrera y observase sus órdenes, no es regular que sin la misma comunicación se pusiesen en práctica las que para Segovia había hecho cuatro años antes.» Según Juan de Vera, el ejecutor de los diseños de Mora fué Diego de Matienzo, maestro de tajista de la iglesia de El Escorial. A 10 de abril de 1592, Matienzo firma escritura para «acer el cuarto al lado del cierço de que tenía hecha postura Pedro del Fresno conforme a la traça de Francisco de Mora», cuya obra había de estar terminada conforme a la referida traza para fin de agosto del mismo año. En 23 de octubre el mismo contratista se obliga «de azer en los Alcázares reales de su magestad questan en la Ciudad de Segovia, la obra del patio principal de piedra berroqueña en su orden baja y sobre ella la alta, con sus basas, pilastras, capiteles, arcos, arquitrabe, friso, cornisa, jambas, plinteles y antepechos», todo de la misma cantera «que la que al presente está asentada y fabricada en el dicho patio». Al mismo Diego de Matienzo, el contratista de El Escorial, se debe la obra quizás más bella y romántica que hay en el Alcázar: la terraza en espolón agudo hacia el poniente, con la fina torre-cilla angular y la que avanza hacia el mediodía en forma de torre albarrana. Así lo cuentan los documentos descubiertos por Vera, según los cuales el referido maestro se obliga a hacer «en los Alcázares Reales de Segovia un mirador de piedra junto a la capilla y delante de la torre de la sala de armas [la que hoy se llama del Homenaje] conforme

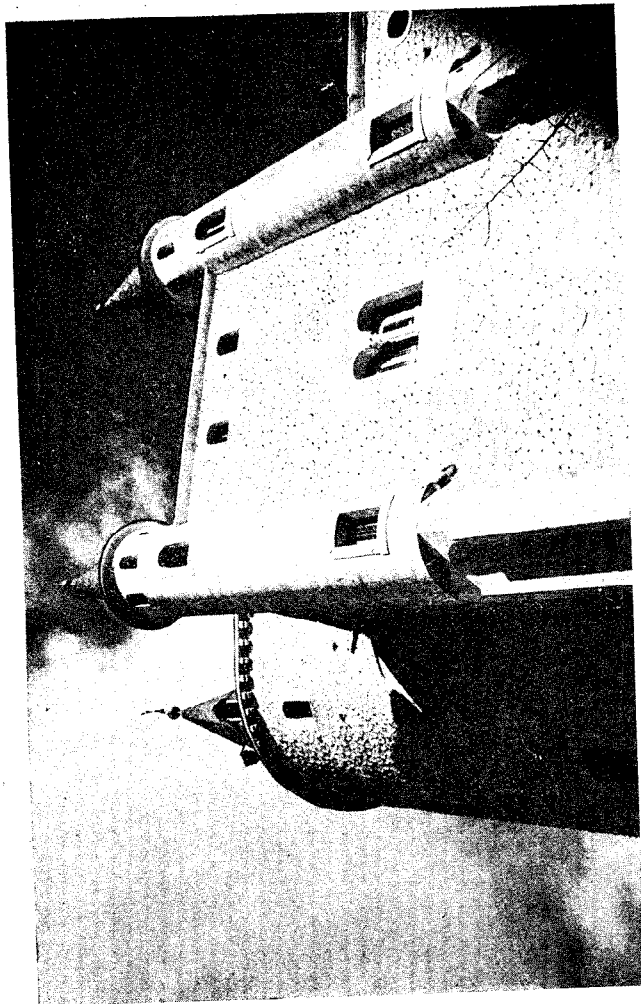
a la traza de Juan Gutiérrez». En el contrato se incluía también la obra que se había de hacer en el tránsito que cierra el foso por la parte norte y cuyo estilo corresponde, en efecto, a esta época.

Al tiempo que se llevaban a cabo estas obras fundamentales, Felipe II se ocupaba de la cuidadosa restauración de los «cubos y almenas de la torre de Don Juan» y de reparar las techumbres doradas de las salas de los Trastamaras. En 1591 el pintor segoviano Juan del Río, vencedor en la competición de Diego de Urbina, se comprometía a redorar casi todos los artesonados. En la sala «de Reyes» la restauración hubo de ser total. Se rehizo el artesonado, que se repartió en casetones exagonales a la romana y se completó la serie de los reyes de Castilla, que corría en torno del friso, en efigies de bulto sedentes en sitiales de coro, con los monarcas que habían reinado a partir de Enrique IV. A la reconstrucción filipina se deben los pasadizos, tan escurialenses, de entrada y de salida del patio principal; la puerta de sillería almohadillada y coronada con las armas reales, sobre el foso, los aliceres de azulejos de Talavera, idénticos a los de las cámaras reales de El Escorial (han aparecido fragmentos *in situ* en las salas de «La Galera» y de «El Pabellón»), la fuerte y bella carpintería, que en parte se conserva, y la guarnición de jambas y dinteles de granito de muchas puertas y ventanas. Los viajeros del siglo XVIII juzgaban lo más importante del Alcázar las obras del tiempo de Felipe II. En cambio el romanticismo del siglo siguiente abomina de la frialdad de las estructuras herrerianas añadidas al castillo gótico. Los restauradores del fin de esta centuria sustituyeron lo que pudieron por *pastiche*s goticistas y fué gran fortuna el que la falta de dinero les impidiese sustituir por una copia del patio del Duque del Infantado en Guadalajara el severo claustro herreriano. La labor de los arquitectos de Felipe II fué, ciertamente, admirable, y no solamente no disminuyó la belleza del viejo edificio, sino que la acentuó con el perfil norteño de los empizarrados. El gran patio y la escalera son de lo más bello que en su estilo queda en España, y en su dibujo se adivina la fina sensibilidad del lápiz de Francisco de Mora.

El Alcázar, a partir de la segunda mitad del siglo XVII, dejó de ser morada de reyes. No sabemos que hiciese estancia en él Carlos II, y los Borbones preferían el ambiente rococó del cercano palacio de La Granja. La torre de Juan II fué destinada, desde su misma fundación, en el siglo XV, a prisión de grandes personajes, como La Bastilla de París, y sus calabozos, seguramente acomodados con tapices, alfombras y muebles, presenciaron la melancolía de muchas grandezas caídas. Carlos III dis-



Torre de Don Juan II, obra de Juan Guas.



Torre del Homenaje, después de la restauración de Bermejo y Odriozola.

puso la instalación en la fortaleza del Colegio de caballeros cadetes de Artillería en 1764. Las grandes salas de la crujía principal se convirtieron en aulas y en ellas explicó matemáticas el P. Eximeno y química el insigne Proust. Daoiz, Velarde y tantos héroes de las guerras del siglo XIX figuraron entre la juventud dorada que alegró con sus travesuras las doradas estancias palatinas. Quizás las obras realizadas para adaptar a su nuevo destino el castillo medieval alteraron algo sus perfiles, como sucedió con el picadero cubierto sobre la terraza «de Reyes», y quizás se cambió algo la disposición de los huecos, sobre todo en la parte del Sur.

III. LA RESTAURACIÓN DEL SIGLO XIX

El día 6 de marzo de 1862, hacia el mediodía, los segovianos vieron surgir de entre las pizarras de la cubierta del Alcázar una densa nube de humo que bien pronto, en virtud del fuerte viento que reinaba, se convirtió en una inmensa hoguera que no pudieron contener los esfuerzos heroicos de los cadetes de la Academia unidos con los vecinos de la ciudad. Parece que la catástrofe se inició en el pequeño camarín conocido con el nombre de «Tocador de la Reina» y que se extendió rápidamente por el bosque de leña seca que era la armazón del inmenso edificio. El cronista don Carlos de Lecea, mozo a la sazón, nos ha descrito su dolor al recorrer, por última vez, las maravillosas estancias cuyos alfarjes dorados, próximos a derrumbarse, reflejaban los resplandores del incendio, que ardió durante toda aquella noche y todo el día 7 hasta que el 8, agotada ya toda materia combustible, permitió apreciar la magnitud de la ruina.

Afortunadamente, por fotografías y por dibujos conocemos perfectamente lo que fué destruido y lo que persistió del palacio de los reyes de Castilla. En general, toda la fortísima fábrica medieval fué apenas alterada y lo mismo sucedió con los patios y pasadizos de la obra de Felipe II. El fuego devoró las techumbres, salvo en algunas de las torres más alejadas del cuerpo principal. Meses después del incendio, sobrevino una nueva catástrofe: el derrumbamiento de la torrecilla angular del Nordeste en la gallardísima corona que remata la torre de Juan II. Una acuarela de don Pedro Pérez de Castro que se conserva en el Museo de La Coruña, nos revela el estado en que quedaron dos de las principales estancias: las salas «de la Galera» y «del Pabellón». En la pri-

mera se salvaron las yeserías de los muros del Norte y del Sur y se perdieron las de los muros menores derrumbados. La sala «del Pabellón» conserva todavía el friso y la portada de yeserías moriscas en los muros del Norte, del Oeste y del Sur. El fuego dejó al descubierto las cuatro ventanas geminadas que comunican las salas «del Palacio Viejo» y de «La Galera», y las de la torre «del Homenaje».

El dolor de la pérdida motivó el que los proyectos de restauración fuesen muy prematuros. En el archivo del Servicio Histórico Militar se conserva el «Plano del Alcázar de la Ciudad de Segovia levantado con cinta después del incendio que tuvo lugar en este edificio en Febrero (sic) de 1862, y proyecto de reedificación del mismo para alojamiento de 100 Caballeros del Arma de Artillería. Por el Coronel graduado Teniente Coronel de Ingenieros Don Ildefonso Sierra y el Comandante Capitan Don Andrés Cayuela». Tanto el plano como el alzado que le acompaña están dibujados y acuarelados con el primor característico de los proyectistas militares de la época isabelina, y en ellos se advierte un gran cuidado en la conservación del edificio tal como estaba antes de la catástrofe. El proyecto está fechado todavía en el año de 1862. La inquietud de los últimos años del reinado de Isabel II, la revolución que se inicia en 1868 y que no termina hasta 1874, la segunda guerra civil, motivan el que la restauración del Alcázar no sea emprendida inmediatamente, como había solicitado el Ayuntamiento el mismo día del incendio. Parece que se intentó la venta de las ruinas como bienes nacionales, pero la Comisión de monumentos logró evitar este dislate (1874). En época más tranquila, en 1881, el Gobierno encargó la formación de un proyecto al arquitecto de la Diputación provincial de Segovia, don Antonio Bermejo Arteaga, y al del Ayuntamiento don Joaquín Odriozola Grimaud. El proyecto fué aprobado, y el 20 de marzo del año siguiente se libraron las primeras cantidades para el comienzo inmediato de las obras, que estaban virtualmente terminadas en 1896.

La empresa era desmesurada para dos modestos funcionarios provinciales, y es admirable el acierto y la pericia con que la llevaron a cabo. Ningún otro arquitecto de su tiempo en Europa les hubiese superado. Bermejo y Odriozola acentuaron la bellísima silueta del Alcázar, dando mayor esbeltez y gracia a los perfiles y haciendo más rápida la vertiente de las techumbres. Suprimieron en la torre «del Homenaje» el chapitel que coronaba la escalera herreriana y el techo empizarrado de la «galería de moros», delante de la torre de Juan II, con lo cual se pudo admirar en toda su altura esta magnífica construcción militar. Los erro-

res de ambos arquitectos fueron los de su tiempo, erudito y pedante. Los resabios románticos que aún permanecían les enfrentaron con las obras herrerianas, cuya belleza no supieron comprender y sustituyeron puertas y ventanas de fines del siglo XVI por poco afortunadas imitaciones del gótico francés del XIII. Por el afán de renovar cambiaron cosas que debieron ser conservadas. Los ventanales geminados de la torre del Homenaje se rehicieron con piedras nuevas y lo mismo algunas de las bellas garitas de la torre de Juan II.

De este aspecto de obra demasiado terminada ha surgido la leyenda de que el Alcázar fué destruído por el incendio de 1862 y totalmente reconstruído. Recientemente, en un folleto de propaganda de los castillos españoles, leímos al pie de una fotografía de la famosa fortaleza este letrero: «El Alcázar de Segovia; reconstrucción romántica.» Esto es totalmente falso. El castillo de Alfonso VIII permanece en su integridad y se conservan apenas alterados la torre de Juan II, el patio dibujado por Pedro de Mora y los frisos moriscos de los Trastámara. Sería preciso un estudio a fondo, aprovechando los elementos que la restauración reciente ha dejado al descubierto, de la estructura del que es, sin duda, el más bello de los castillos españoles.

UNA EXPLORACION MILITAR ESPAÑOLA EN CALIFORNIA EN 1808

por DONALD C. CUTTER

Profesor de la Universidad de Southern, California

Entre los exploradores más notables del Valle Central de California sobresale Gabriel Moraga, soldado californiano. En 1806, siendo alférez de la Compañía de San Francisco, hizo el primer recorrido del Valle, del Río de San Joaquín, la mitad meridional del Valle Central; en 1808, siendo de la misma compañía, verificó el reconocimiento inicial de la parte del norte del Gran Valle, confiriéndole el nombre que aún conserva de Sacramento. El diario de esta exploración épica, al Norte, posee gran valor y significación histórica, y aquí se presenta redactado para publicación con notas amplificadoras. El documento original está en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, entre los papeles Cowan. El permiso para publicar este documento, notable en la historia de California, fué otorgado por el director de dicha biblioteca, doctor George P. Hammond.

Los preparativos de la importante expedición de Moraga son poco conocidos; sin embargo, los pasos que condujeron a que el pabellón de España penetrase en el Valle del Río Sacramento, y las razones que existieron para ello, son claros. Después de la ocupación de California en 1769, la lucha para sostenerse era tan absorbente que quedaba poco tiempo para actividades tales como exploraciones de parajes lejanos. Se limitaban los descubrimientos a los valles del litoral, y la exploración secundaria de tierra adentro quedaba reducida al conocimiento de que, al otro lado de la Sierra costera, existía un gran valle ocupado por indios, animales salvajes y tulares (1).

(1) La voz «tular», significando *Scirpus lacustris* y *Scirpus totora*, se refería a la región del valle que estaba inundada y pantanosa. La palabra tiene dos aplica-

Las primeras visitas accidentales a los dos extremos de la parte del valle perteneciente al Río San Joaquín dieron por resultado poco más que el reconocimiento de la existencia del valle. En cuanto a una exploración extensa, hubo que esperar la solución de los problemas más urgentes de la estabilización de California como provincia fronteriza.

Hasta que los primeros fundadores de la Alta California hubieron desaparecido de la escena o cesado como activos partícipes en su desarrollo, no hubo suficiente crecimiento de población para permitir la realización de exploraciones. Ya no había posibilidad de utilizar los servicios del coronel Pedro Fages, teniente José Joaquín Moraga, capitán Fernando de Rivera y Moncada, fray Junípero Serra, teniente de navío José Cañizares ni otros muchos, quienes con sus energías y conocimientos hubieran podido llevar a cabo la exploración del interior. Había de corresponder a la segunda generación hispanocaliforniana el descubrimiento de los territorios interiores.

En 1806 un conjunto de circunstancias permitió continuar la exploración del interior, y en los quince años siguientes de dominio español fué una actividad frecuente de las tropas de guarnición. Quizás fué importantísimo, en el asunto de exploración, la llegada, en 1806, a Monterrey del gobernador de las Californias, el teniente coronel José Joaquín de Arrillaga; por su experiencia de muchos años de servicio en la frontera, por sus exploraciones y combates contra los indios y por su gran deseo de mantener ocupada constantemente la tropa, ordenó inmediatamente, después de su llegada a Alta California, una inspección completa del interior, realizada por cuatro expediciones exploradoras. Gabriel Moraga capitaneó la más amplia de las entradas de 1806, que comprendía el Valle del Río San Joaquín, desde el río Cosumnes, por el Norte, hasta la parte más extrema del sur del valle. Mandaron las otras tres los oficiales Luis Argüello, Francisco Ruiz y José Joaquín Maitorena: el primero exploró la Sierra Madre, el segundo la parte sur del Valle de San Joaquín y el último reconoció el interior de California, desde el presidio de San Diego hasta la misión de San Luis Rey (ahora Oceanside).

Otras circunstancias fortuitas permitieron la posibilidad de este trabajo explorador, porque en 1806 había suficientes tropas en California para guarnecer los presidios, cumplir con los varios servicios desta-

ciones: una genérica, tratando de la región entera; y la otra específica, refiriéndose a cualquier pantano.

cados, como escolta de misión o de pueblo, correo, recua, guardia de prevención, Rancho del Rey, etc., y aún para dejar un sobrante de soldados para la exploración. La partida se formaba llamando soldados de los distintos presidios para reunirse y formar la partida exploradora, y fijando las fechas de salida y regreso, para evitar que el regreso de una fuese posterior a la salida de la nueva partida. Además, ya había en California frailes franciscanos en mayor número del mínimo necesario para mantener la gran cadena de misiones, como resultado de la llegada a California en dichos años de un grupo nuevo de franciscanos del Colegio de San Fernando de Méjico. Esto permitió que se mandase un misionero como capellán y diarista de cada uno de los cuatro grupos de 1806.

Eran varios los motivos para las exploraciones tierra adentro. Las exploraciones iniciales, en su mayor parte, habían sido accidentales. Una fué resultado del deseo de evitar el obstáculo de la bahía de San Francisco, que inicialmente se consideraba como un impedimento a los planes de ocupación de California, buscando una comunicación por tierra hasta la costa norte de la bahía.

Otras expediciones al interior obedecieron al deseo español durante toda la época de efectuar el enlace por tierra entre Monterrey y Santa Fe, las capitales de California y de Nuevo Méjico. Algunos visitantes extranjeros que entraban en la provincia entendían que esto era el único motivo para la exploración del interior. Basta decir que los californianos tenían mucho interés en un enlace por tierra con Nueva España mejor que el que les llevaba por los desiertos de Sonora y Colorado y por las rancherías de los indios Yumas, bastante hostiles a los blancos.

Evidencian los grandes descos de propagar el Santo Evangelio entre los numerosos paganos del Gran Valle, la participación de los religiosos en la exploración del interior.

Los franciscanos querían extender sus actividades misioneras, cuyo último fin era el establecimiento de una cadena de misiones tierra adentro, semejante y geográficamente paralela a la que ya existía por la costa. La posibilidad de extender sus labores apostólicas les estimulaba. Tanto en 1806 como en 1808 el motivo dado para esfuerzos exploradores era el de buscar parajes para misiones y el de ponerse en contacto con los indios.

En algunos de estos reconocimientos se hicieron ensayos para levantar planos de los sitios visitados, recoger diferentes datos geográficos y sobre todo, enumerar y localizar las rancherías de indios del interior.

Estas noticias hubieran sido muy útiles en los planes de expansión o en los esfuerzos para atraer a los naturales a las misiones ya existentes.

Como los contactos entre indios y blancos se hicieron frecuentes y el sistema misional manifestó señales de debilidad, se efectuaron varias salidas con el fin de buscar cimarrones (indios fugitivos de las misiones).

Además, los indios que ayudaban a los apóstatas eran objeto de investigación. Por tanto, las exploraciones se convirtieron cada vez más en expediciones de castigo en el territorio de la gentilidad.

Gabriel Moraga, jefe de la expedición al río Sacramento en 1808, desempeñaba el oficio de alférez de la Compañía del Presidio de San Francisco, y anteriormente había servido, al menos dos veces, como jefe de reconocimientos militares. En 1805 o a primeros de 1806 verificó una salida al Valle del Río San Joaquín por su parte central y meridional, pero limitándose a la zona oeste, con excepción de la región de Tulare Lake. Durante el otoño de 1806, acompañado por el reverendo padre franciscano Fray Pedro Muñoz, Moraga recorrió el Valle del San Joaquín en toda su extensión de Norte a Sur. De modo que en 1808 Moraga iba a emprender su tercera expedición tierra adentro.

Nacido en el Presidio de Fronteras en Sonora, en la frontera del norte de Nueva España, en 1767, Gabriel Moraga era hijo y nieto de oficiales de frontera. Su padre, el teniente José Joaquín Moraga, llegó a California como segundo en mando de la expedición colonizadora del capitán Juan Bautista de Anza.

Gabriel, niño, acompañó a su madre, María Pilar de León, a California en la expedición colonizadora de 1781 del capitán Fernando de Rivera y Moncada, y faltó poco para que perdiera la vida en la matanza hecha por los indios Yumas, quienes quitaron la vida al comandante Rivera y a otros muchos soldados de la expedición.

Fué su primera experiencia de un largo viaje, y tuvo lugar cuando Gabriel tenía catorce años de edad.

Al cumplir dieciséis años Moraga se enganchó en el ejército de California como soldado de cuero, cuyo nombre se derivaba de los vestidos protectores militares de cuero de oveja. Entre 1783 (su filiación) y 1806 sirvió en varios cargos, incluyendo el de escolta de misión, comisionado del pueblo de San José de Guadalupe y fundador y comisionado de la villa de Branciforte, cerca de la misión de Santa Cruz. Hasta 1806 había ganado alguna notoriedad luchando contra los indios, pero su fama más duradera fué como explorador. En su petición de retiro, este «Colón de las Sierras», presentó en su hoja de servicios 42 expediciones y campa-

ñas durante sus cuarenta y un años de servicio militar en California. Entre ellas, además de las ya mencionadas, al Valle de San Joaquín y ésta al Valle del Sacramento, había: a) dos expediciones al delta de los ríos de San Joaquín y de Sacramento en 1810; b) una batalla contra los indios de Suisun, de la que resultó su ascenso a teniente en 1810; c) dos expediciones contra los indios Mojaves en 1816 y 1819; d) tres visitas a los establecimientos rusos de Bodega y Fuerte de Ross; e) varias defensas del pueblo de Los Angeles contra invasores indios; f) varias salidas para apaciguar la gentilidad comarcana al presidio de San Francisco.

Alto, moreno, de cuerpo bien formado, gozaba Moraga de una reputación como el mejor soldado californiano de su época.

En 1808 Moraga ya había servido dos años como alférez, cuando le designaron para la expedición a los ríos del Norte. Una carta del gobernador, teniente coronel José Joaquín de Arrillaga, al comandante de San Francisco, Luis Argüello (2), preparó el terreno para la exploración. Se deseaba que Moraga con un pequeño destacamento de soldados de la Compañía de San Francisco partiese de la misión de San José para ver si podía hallar parajes a propósito con bastantes gentiles para una nueva fundación de misión. Otro fin de salida era apresar a cimarrones y buscar rancherías de indios (3).

No se asignó sacerdote a la expedición, porque era un grupo pequeño, compuesto por el comandante, un cabo, once soldados y un intérprete indio, como mínimo. A pesar de la falta de misionero, en toda ocasión Moraga puso nombres religiosos a los sitios descubiertos. Por falta de escribano, Moraga actuó como su propio diarista.

Sin embargo, el ejemplar del diario que mandó al gobernador no fué escrito por él, pues tan solo lo firmó al final con su nombre y rúbrica. La letra no es suya, porque Moraga era más práctico en las lecciones de campaña y en la técnica de exploración que en el arte de escribir. En efecto, el historiador californiano, Hubert H. Bancroft, creyó que Moraga era analfabeto. No es cierto: al contrario, existen entre los documen-

(2) Soledad, 13 de septiembre de 1808, en Provincial Record, MS., vol. XII, pág. 283, en la Biblioteca Bancroft, Berkeley, California.

(3) Gobernador al Comandante de San Francisco, Monterrey, 5 de octubre de 1808 en *ibidem*, vol. XII, pág. 282. No hay indicación alguna en el diario de Moraga de haber procurado tomar cimarrones. Sin embargo, hizo una lista de los números de rancherías que encontró por las orillas de los ríos descubiertos.

En su realización se atuvieron a la forma normal de los reconocimientos.

Su armamento consistía en un fusil, cartuchera y lanza larga, y para la defensa se vestían con sus *cueros*, hechos de cinco capas de piel de oveja, siendo lo bastante gruesos como para impedir la penetración de las flechas de los indios. Además llevaban una *adarga*, escudo de cuero de forma ovalada hecho de dos capas de cuero. Para protegerse contra las malezas del camino los soldados tenían puestas polainas de cuero y sombreros a la andaluza.

Llevaban a cabo sus faenas exploradoras estableciendo sus reales en distintos parajes y mandando destacamentos pequeños en varias direcciones. De esa manera Moraga y sus soldados exploraban las orillas de los ríos, yendo río arriba y río abajo según lo permitían las posibilidades. Dado que los sitios sin agua no servían para la fundación de misiones, las áreas entre los ríos se cruzaban rápidamente. No se presentó un terreno propicio por sus condiciones, y en sus fines primarios la exploración casi no tuvo éxito. Es de lamentar que Moraga no haya dado más detalles sobre la situación de las rancherías de indios ni de su población; sin embargo, la exploración fué satisfactoria para su época, porque pasaron trece años hasta que se verificó la segunda exploración de Valle de Sacramento.

La expedición de 1808 se diferenciaba mucho de los reconocimientos famosos en el interior de Norteamérica, en que no era desfile majestuoso, como los de Vázquez de Coronado, Hernando de Soto y Juan de Oñate. Moraga y sus subordinados anduvieron mucho mejor preparados para sus faenas y desempeñaron su labor sin publicidad. Ahora, finalmente, el diario de Moraga recibe su publicación merecida.

Diario de la Tercera Expedición Echa por el Alférez Don Gabriel Moraga, de orden superior del Señor Gobernador de la Provincia Don Josef Joaquin de Arrillaga¹ a los Rios del Norte²; Verificada en el mes de Septiembre de el año de 1808.

Septiembre.

El día 25 de dicho mes, salí de la Misión de San Josef³, con un cabo, y once Soldados al reconocimiento de los Rios del Norte a fin de ver si se encuentra algun Sitio bueno para en caso que se proporcione alguna fundacion de Misión; y Haviendo caminado como 6 leguas al Norte hicimos noche en el Valle del mismo Nombre de San Josef⁴, sin Novedad.

Día 26. En este día salimos del dicho Paraje caminando entre el Norte, y Oriente; y como á 12 leguas⁵ yegamos a la laguna del Blanco⁶

¹ El teniente coronel José Joaquín de Arrillaga llegó a California en 1806 como gobernador político-militar. Aunque tenía cincuenta y seis años había demostrado gran interés en campañas y exploraciones durante toda la vida. Nació en Aya, Guipúzcoa, y había servido no solamente en Sonora, Texas y Baja California, sino también en Alta California. Al llegar a California mandó salir cuatro expediciones militares para explorar tierra adentro, una de cada uno de los presidios de California (San Diego, Santa Bárbara, Monterey y San Francisco) acompañadas por un fraile franciscano como capellán y diarista. (Para más datos biográficos sobre Arrillaga, véase: HUBERT H. BANCROFT: *History of California*, vol. II, págs. 204-07.)

² El título del diario es ambiguo. No se puede acertar si quiere decir «tercera expedición al norte» o «tercera expedición de Moraga», que por casualidad se dirigió al norte. A pesar de la ambigüedad, es mucho más probable que sea la tercera expedición de Gabriel Moraga. Existe un diario del reconocimiento de Moraga en el Valle del San Joaquín en 1806, escrito por Fr. Pedro Muñoz, titulado: «Diario de la expedición hecho por don Gabriel Moraga, alférez de la compañía de San Francisco, a los nuevos descubrimientos al tular... 1806, MS., en el Archivo de Santa Bárbara, Vieja Misión, Santa Bárbara, California.» En el diario de Muñoz hay varias referencias a una salida anterior de Moraga en 1805 o en la primavera de 1806, probablemente la última. Así la expedición de 1808 parece con toda probabilidad ser la tercera de Moraga, más que su tercera salida a los ríos del norte.

³ La Misión de San José fué fundada en 1797; se empleaba con frecuencia como punto de partida para exploraciones del interior.

⁴ El Valle de San José es el Livermore Valley de hoy. Eso se ve claramente en el Plano Topográfico de la Misión de San José, MS., circa 1824, en Archivo de las Misiones, vol. II, en la Biblioteca Bancroft.

⁵ Aunque la legua no era distancia fija, sino que tenía variación de una parte a otra y de persona a persona, la legua de Moraga medía el término medio de 2,75 millas, poco más o menos, equivalentes a 4,43 kilómetros.

⁶ La Laguna del Blanco existía algunos kilómetros al oeste del Brazo del Oeste del Río de San Joaquín. Hay mención de la laguna en Ramón Abella, «Diario de un

Orillas del Río del Pezcadero⁷ y habiendo pasado un brazo de dicho Río hicimos noche, sin Novedad.

Día 27. En este día, por la mañana, quedandose el Real en donde se puso el día de ayer, seguí con 4 hombres acia el Oriente, y como á dos leguas encontré el Río, siguiendo este para el Sur, como quatro leguas; no se le pudo encontrar paso en esta distancia, y me regresé al Real; En la tarde de este día despache el cavo, con rumbo al Norte, en busca del paso del Río: lo encontró; pero a la Parte opuesta se halló con un tular muy grande y no pudo seguir, y se bolvió al Real sin Novedad.

Día 28. En este día Seguimos el Río Arriva como al Oriente⁸ buscandole paso al Río, y como á seis leguas lo encontramos, aunque bastante hondo, lo pasamos, y como a una legua en unas Lagunas, a las que se le pusieron el nombre de Guadalupe⁹ donde hicimos Noche sin Novedad.

Día 29. En este día Salimos de dicho Paraje caminando al Norte, dejando al Oriente¹⁰ el Río de Dolores, y el de la Merced¹¹, para regis-

registro de los ríos grandes», MS. 1811, en Archivo de Santa Bárbara. Su situación queda bastante bien marcada en un plano del Rancho del Pescadero, en Land Case número 170, Northern District, MS. en el Archivo del Third United States District Court, Post Office Building, San Francisco. En su época la laguna existía entre las poblaciones actuales de Bethany y Tracy, al oeste del río de San Joaquín.

⁷ Río del Pescadero era el Brazo del Oeste del Río San Joaquín en la parte de su delta. El río fué visitado por el padre de Gabriel Moraga, José Joaquín Moraga, en 1776. Recibió el nombre que ya conserva por parte de Gabriel Moraga en su primera exploración del Valle Central. Anteriormente se designaba como el Río de San Francisco, por tener su desembocadura en la Bahía de San Francisco, nombre puesto por Fr. Juan Crespi en 1772. Véase también nota 14.

⁸ Viajando río arriba del Río de San Joaquín y sus afluentes, los diaristas de varias expediciones indicaban su dirección como «este». Este engaño se demuestra en el Plano Topográfico de la Misión de San José. Además, como anejo al diario, Moraga escribió una lista de: «los Rios descubiertos en todo el Valle, y la distancia de uno a otro, y sus nombres, son como se demuestran Empesando a contar de los del Oriente Asaver». Moraga enumera los ríos empezando con los al «este», y comenzando con el Kern River (el de Buena Vista). El engaño de hoy del carácter del Valle de San Joaquín es que corre desde el norte hasta el sur; y actualmente la dirección verdadera del valle yace intermedio entre los conceptos hispánico y anglo-americano, porque corre desde el noroeste hacia el sureste. Más evidencia de este concepto erróneo existe en Fr. Mariano Payeras, «Noticias desde la salida del Presidio de San Francisco hasta volver a él», MS. 1817, en la Biblioteca Bancroft. En este documento hay la noticia de que Moraga afirmó que el Río Sacramento corre desde el norte, mientras el dicho San Joaquín corre desde el este.

⁹ Finnegan Cut-off.

¹⁰ Es evidente que estos ríos están al este solamente considerándolo a la luz de lo dicho en la nota número 8.

¹¹ Pusieron el nombre Dolores durante la expedición de Moraga y Muñoz

trarlos a la Buelta; y como a media legua encontramos el Rio de Guadalupe¹², y caminando Rio Arriva; como á tres leguas pusimos el Real para seguir el Registro: En la tarde de este dia despaché al cavo con quatro hombres Rio avajo, por estar yo un poco malo: Llego dicho cavo, hasta donde se junta este con el de San Joaquin, y solo encuentro unas hermosas vegas bastante empastadas de Sacate verde: todo esto es de este dia.

Dia 30. En este dia sali registrando para la sierra, llegue hasta el pie de élla, y no se encontró nada bueno, solo, una que otra vega: El Rio esta muy hondo, encajonado pero nos dio paso. Esto es lo de este dia.

Octubre.

Dia Primero. En este dia caminamos como al Norte por un Roblar muy hermoso y como a 15 leguas, encontramos con el Rio de la Pasion¹³

en 1806 en conmemoración de Nuestra Señora de los Dolores. Hoy se llama Tuolumne River. El de Merced le nombraron el día anterior en honra de Nuestra Señora de la Merced. El nombre existe conservado en Merced River, Merced County y la población de Merced.

¹² Hoy el Stanislaus River, también visitado en el otoño de 1806 por Moraga, y nombrado en honra de la Virgen de Guadalupe.

¹³ El Río de la Pasión es Mokelumne River. Entre el Stanislaus y el Mokelumne se halla otro río llamado Calaveras. Moraga no hace mención de éste en su diario de 1808. Durante su expedición de 1806, reconociendo al norte del Río Stanislaus, el diarista de la expedición recordó el hecho de encontrarse con un río escaso a que pusieron por nombre el de San Francisco, por haberlo descubierto en este día. En nueve leguas más se dieron con el Río de la Pasión. La distancia total entre el Stanislaus y el de la Pasión (Mokelumne) era por las dos ocasiones cosa de 15 leguas. Es de suponer que habiendo sido realizada la expedición en otoño, el río de las Calaveras estaría bastante seco.

La primera visita al Río de la Pasión ocurrió durante el tránsito de una expedición buscando ruta por tierra al Puerto de Bodega, según el diarista de Moraga en 1806. Esta alusión corresponde a un viaje de treinta años antes hecho por el capitán Fernando de Rivera y Moncada en diciembre de 1776. No existe relación contemporánea del viaje, pero en 1796, el teniente Hermenegildo Sal informó de esta exploración al interior, exponiendo que Rivera visitó y puso nombres de Río de Pescadero (Brazo del Oeste del San Joaquín), San Javier (Brazo Central) y San Miguel (Brazo Principal) y que continuó cinco leguas más al Río de la Pasión, poniendo este nombre. Es más probable que el objeto fuera bien buscar la Bahía de Francisco Drago (Drakes Bay), que la de Bodega, dado que la voz «Bodega» no era de uso común. Sin embargo, Sal, escribiendo en 1796 cuando las ideas de ocupación española de la costa del norte de California tenían como meta establecerse en Bodega, se servía de terminología corriente pero equivocada. Véase: HERMENEGILDO SAL, *Informe... al gobernador*, en «Provincial State Papers», MS., vol. XIV, páginas 13-15, en la Biblioteca Bancroft.

descubierto en la Expedición del año de 1806: todo este día lo caminamos sin agua y no se encontro nada bueno en todo lo andado.

Día 2. En este día no se hizo salida ninguna por ser Domingo, y darle descanso a la cavallada para seguir la marcha.

Día 3. En este día seguí, el Rio arriva para la Sierra, y como á 4 leguas se puso el Real por que para adelante sigue la Sierra, y no ay pasto para la cavallada: En la tarde de este día con tres hombres recorri el mismo Rio por lomerias vajas, y como á 2 leguas le dejé por la parte de Oriente haviendo caminado al Norte, como dos y media leguas; y en todo lo registrado en este día se encontró bastante Arboleda de Pino de Piñon y hize noche para reconocer la mañana del día siguiente ¹⁴.

Día 4. En la mañana de este día subí en una Loma bastante Elevada que está al remate de la lomeria vaja para el Norte, y devisando para dicho Rumbo se advirtió por una llanura esta ser poblada de Robles, y una que otra lomita vaja bastante Empastado todo: Hay un Arroyo con alguna Agua en unas Pozas bastante grandes, y unos dos ojitos medianos de Agua; este Plan se ve que corre del Norte á Oriente; Para el Norte, no se divisa Sierra alguna; para el Oriente, una que otra lomita vaja: si acaso puede haver sierra para uno, ú otro Rumbo; No la he podido ver por la mucha Rumazon que ay: Como á cinco leguas se devisó una Arboleda que Señalava un Rio, que sale entre Norte y Oriente, y saliendo al Valle, Corre al Sur. Me regresé al Real á donde llegué a las doce de la mañana; y luego despache al cavo, con rumbo como al Norueste, a que reconociera dicha Arboleda; y bolviendo como a las diez de la noche y reconocido dicha Arboleda encontró un Rio igual a los citados: En todo lo registrado en este Rio de la Pasión solo se encontraron buenos Planes para Siembras: Madera de Pino, por el Rio arriba, en donde sale de la Sierra; la Agua se puede Sacar del Rio.

Día 5. En este día seguí al Norte, y como á dos leguas se encontro un Arroyo, y algunas posas con Agua; y como á siete leguas se llega al Rio descubierto el día de ayer, y se le puso Nombre de San Francisco ¹⁵: dista este Rio del de la Pasion, como 9 leguas poco mas o menos; esto es lo de este día.

¹⁴ Aquí la expedición de Moraga de 1806 dió la vuelta, debido a un cambio lingüístico de los naturales y la falta de entendimiento entre sus intérpretes; la lengua maidu reemplazó a la de miwok.

¹⁵ Cosumnes River. FREDERICK W. BEECHY, en su *Account of a Visit to California*, 1826-27, pág. 5, indica que la ranchería de los indios Cosumnes se situaba en las orillas o cerca del Rio de San Francisco. En la fecha de la visita de Beechey era imposible que hubiera confundido el nombre de San Francisco con el que anteriormente significaba el Rio de San Joaquín desde 1772 hasta 1806.

Aquí es donde Moraga empezó sus exploraciones verdaderas con algunos de los resultados incorporados en su lista adjunta de rancherías de indios.

Día 6. Este día despache quatro hombres a el Registro Rio arriva hasta donde sale de la Sierra, y le encontraron buenos Planes y Madera de Pino, y Mucha Yndiada: Yo me retiré con dos hombres, entre Norte, y Norueste, y como a cinco leguas, encontré un Rio, que tiene su corriente, de Norte á Sur, y trahe mas Agua, que ninguno de los demas; excepto San Joaquin; es lo de este día.

Día 7. Este día se levanto el Real del Rio de San Francisco y seguimos al mismo Rumbo al Rio descubierto el dia de Ayer, al que se le puso nombre las Llagas¹⁶; y en la tarde de este dia sali con dos hombres, al Norte registrando el Rio arriva, y como a quatro leguas topamos la Sierra¹⁷, y no entré en ella por ser ia muy tarde: En las vegas de dicho Rio se encontraron varios maderos bastantemente grandes, de Palo Colorado¹⁸ y de Pino, de los que trae en sus crecientes; dista este Rio del de San Francisco siete leguas; Es lo de este día.

[Día 8¹⁹.] [Falta este día en el original²⁰.]

Día 9. En este día se levantó el Real, y se mudó al Rio descubierto el dia de Ayer; al que se le puso el Sacramento²¹; se le an

¹⁶ El Río de las Llagas, llamado así en conmemoración de las llagas de Jesucristo, es hoy el American River. La mejor clave para su identificación es la declaración de Moraga que «trahe más agua, que Ninguno de los demás, excepto San Joaquín».

¹⁷ Moraga debe haber explorado aproximadamente desde Folsom hasta Auburn, donde sale el río de la Sierra Nevada.

¹⁸ Aunque es posible que Moraga se refiera al *Sequoia gigantea*, es más probable que «palo colorado» quiera indicar cualquier madera colorada, incluyendo el cedro, tan abundante en la Sierra Nevada.

¹⁹ El diario no tiene anotación de este día. Por ello parece probable suponer que el diario que existe en la Biblioteca Bancroft es una copia contemporánea o una copia en limpio de su diario de campaña. En ambos casos sería fácil omitir un día.

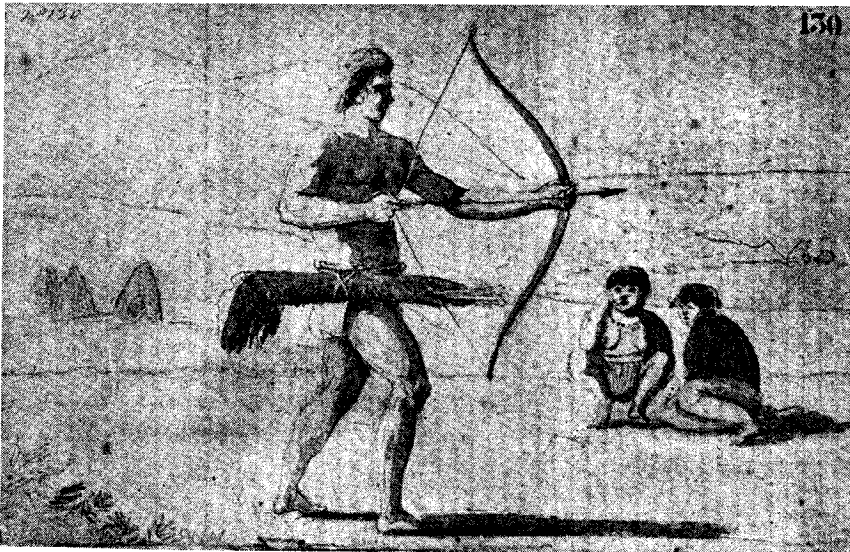
²⁰ La crítica interna evidencia que Moraga pasó el día 8 de octubre explorando, mientras mantenía el real en el American River. También aprendemos que registró el terreno entre el American y el río siguiente y que la distancia entre uno y otros eran 10 leguas (véase la lista de los Ríos Descubiertos). Igualmente sabemos que en este día, completado con las observaciones en el día 14 del mismo mes, descubrió en las orillas del Río Americano once rancherías (véase la lista «Noticias de Rancherías»).

²¹ La voz «Sacramento» se aplicó al que hoy llaman Feather River, el afluente principal del Río Sacramento moderno. El nombre puesto por Moraga en 1808 quedó para la parte de abajo del río. En la confluencia de los dos grandes ríos, el Feather une directamente desde el norte, y por su anchura y por la evidencia de sus derrames parece el mayor. El Sacramento, que entra desde el oeste, es más estrecho, pero de mucha más profundidad. Dos días más tarde Moraga puso nombre de Jesús María aguas arriba al Sacramento moderno. El identificar el Sacramento de Moraga con el río moderno del mismo nombre hizo que errase el historiador Herbert I. Priestley en su obra *Franciscan Explorations in California*, pági-



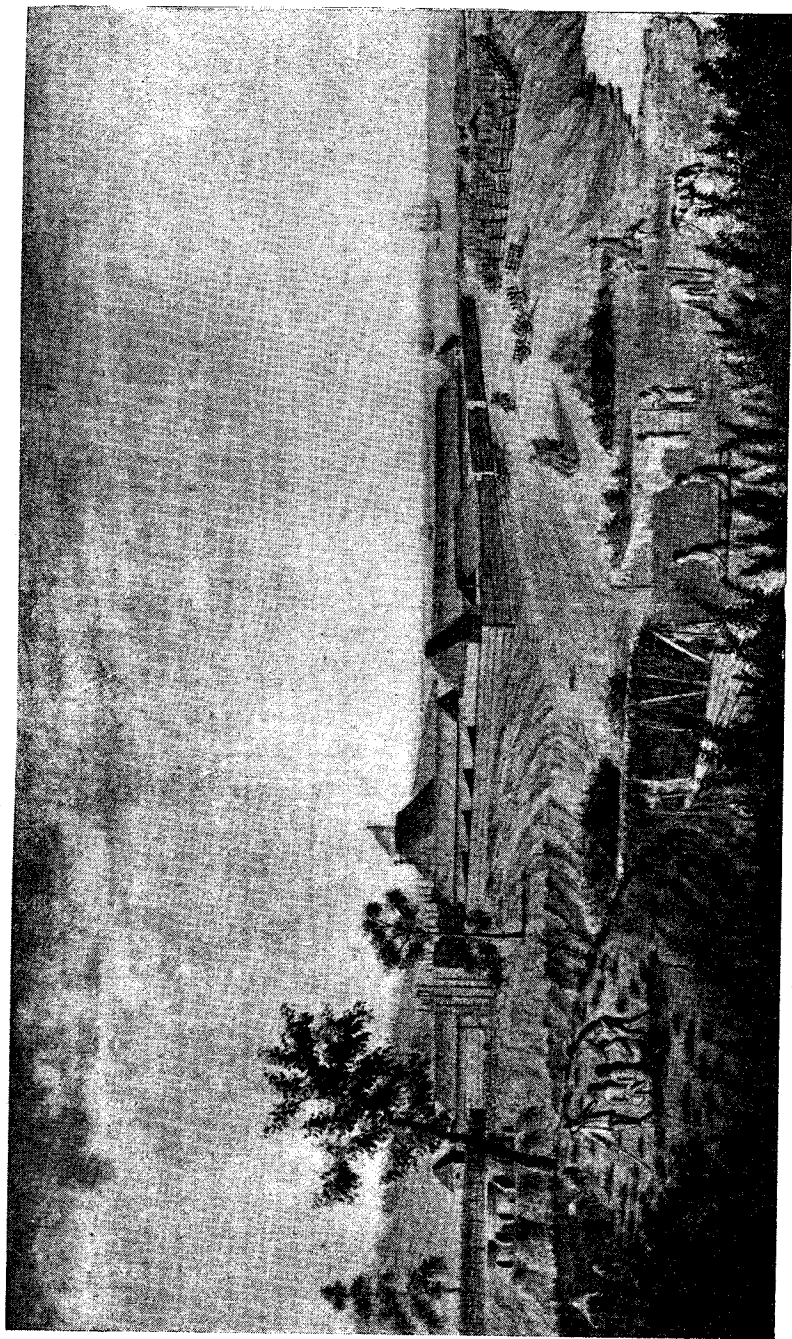
Soldado de Monterrey

(Del album *Descubierta y Atrevida*,
Tomo II, de la expedición Malas-
pina. Colección Gallego y Amar de
la Torre; reproducción del Museo
Naval).



Indio de Monterrey

(Del mismo album y tomo citado antes.)



«Vista del presidio de Monte Rey», según reza la lámina 38 del album antes citado, tomo I.

medido a este Rio de ancho 169 varas²², y desde la una orilla a la otra por parejo, vara y media de ondura; tiene este Rio mucha Gentilidad, y se mostraron enteramente Enemigos; pues en la tarde de este dia, mande tres hombres á vadearlo, y aviendolo encontrado, Pasaron, y viendolos los Yndios de aquella vanda, les hicieron Armas, y hirieron levemente á un soldado rompiendole una ventana de la Nariz de un Pullazo que le tiraron con un palo á modo de Lanza, que uzan con cuchilla de Pedernal; de cuias resultas Mataron un Yndio, y los demas, se tiraron á nado al Rio: Éste Rio se conoce que en el tiempo de sus Abenidas, o Crecientes se estienden sus derrames, segun demuestran sus señales, por la parte del Oriente como legua y media, y por el Norueste como una legua: Es quanto ay que notar en este dia.

Dia 10. En este dia pasamos el Rio, aunque con algun trabajo, y caminamos, como entre Norte, y Norueste, y como á siete leguas encontramos una Sierra en medio del valle²³, y de ay seguí rumbo hacia el Oeste, y como á tres leguas paramos á orillas de un Rio que se encontro Caminando este dia como 10 leguas: En la tarde de este dia, estuvieron con nosotros en nuestro Real 52 Gentiles; estos quedaron de venir por la mañana para guiarnos el Rio arriva; pero no bolvieron: es lo de este dia.

Dia 11. En este dia Seguimos el Rio arriva entre Norte y Norueste, y como á dos leguas se nos presentaron 130 Yndios Armados; entre estos venia uno que medio entendia á un Yndio que andava como Ynterprete²⁴ con nosotros, de la Mision de San Francisco y por este les

nas 100-01. Es mucho más lógico identificar el Jesús María con el Sacramento y el Sacramento de Moraga con el Feather. Charles Wilkes, *Narrative of the United States Exploring Expedition during the Years 1838, 1839, 1840, 1841, 1842*, vol. V, página 190, dice:

It is believed that the Spaniards, when they first explored this country, designated the Feather River as the Sacramento, and gave the true Sacramento the name of Jesu (*sic*) Maria. In no other way, at least, can the error which has occurred in relation to the Jesu Maria be explained; on this supposition, the accounts of it become intelligible.

Otras testiminius—el de Mariano Guadalupe Vallejo, explicando el origen de varios nombres de los condados de California, y el de un soldado viejo, José María Amador, en sus «Memorias sobre la Historia de California», MS., 1877, en la Biblioteca Bancroft—confirman esta identificación, Charles E. Chapman, historiador californiano, en su *Historia de California: The Spanish Period*, hace la identificación correcta.

²² La vara castellana medía 33 pulgadas poco más o menos.

²³ Sutter (Marysville) Buttes.

²⁴ Solían llevar un número de indios como intérpretes. La dificultad de comunicarse parece indicar un cambio de la lengua maidu a la de wintun. En 1808 había algunos indios de habla wintun en la Misión de San Francisco.

able diciendoles que hera lo que querian; y me respondieron; que venian a ver si nosotros Heramos Cristianos, o Gente como ellos, ó si eramos Enemigos de ellos: Se les respondió, que heramos Cristianos, que no hacíamos daño a nadie, y que heramos Enemigos de los que querian serlo nuestros, y que si querian ser Amigos lo seríamos, y si Enemigos lo mismo: A esto preguntaron si no les hacíamos daño, les dije que no; y luego Destemplanaron los Arcos, y se fueron acercando á nosotros hasta sentarse en donde estavamos montados todos a cavallo, haciéndonos señas que nos apeáramos: me apeé yo y quarto hombres; se admiraron mucho de la Cavallada, y nos davan muchos de ellos sus Armas por que los Dejaramos ver nuestros cavallos; no les admití aquella paga, y si que hicieran su gusto de ver los cavallos²⁵: Luego caminando por el mismo Rio segui como 8 leguas; y como 60 Yndios siguieron entre nosotros, con la admiracion de la Cavallada; no se les conocio malicia alguna: estos nos dijeron, que aquel Rio no tenia paso, hasta donde ellos tenian andado; que podria tener. Por lo que Determine regresarme de allí, por hir ia como diez bestias Cansadas; este Rio tendra de 25 hasta 30 varas de ancho, de mucha ondura; apenas se le conoce corriente; le hace cantil, en una, y otra orilla: corre al Sur, viene entre Norte y Norueste; se le puso, Jesús Maria²⁶; el valle sigue; como entre Norte, y Norueste. La Sierra del Rumbo al Oeste distara de este Rio, dos leguas; en este intermedio ay otro Rio²⁷, que vimos su Arboleda; pero este nos dijeron los Yndios que tenia buen paso; Pero no llegue a el por los motibos dichos de hirseme cansando las cavallerias, el Bastimento, y el amenazarnos las Aguas, y podernos quedar áyslados. Tamvien me dijeron dichos Gentiles que al otro lado de la Sierra estava el Mar; que no era Rio²⁸; esto es lo de este dia.

Dia 12. En este dia di la buelta para atras siguiendo al Oriente²⁹, y hicimos Noche en unas posas que estan antes de llegar al Rio del Sacramento, como á quatro leguas: es lo de este dia.

²⁵ Debe haber entendido mal las intenciones de los indios. Es evidente que su interés era comerciar para conseguir los caballos.

²⁶ El de Jesús María era la parte superior del Río Sacramento. Véase la nota número 21.

²⁷ Evidentemente es el río contenido en la lista de Moraga como «Río de la Trinidad», a distancia de una legua y media del Río Jesús María. El río indicado, del que no vieron más que los árboles por las orillas, debe haber sido Stony Creek. No es de creer haya sido el Trinity moderno.

²⁸ Moraga y sus soldados subieron por el Sacramento hasta donde está ahora Butte City, o tal vez algo más al norte.

²⁹ El «este» debe ser interpretado teniendo en cuenta el concepto que tenía Moraga de dirección. Quiere decir que Moraga dió la vuelta y se dirigió al sudeste. Chapman se equivocó suponiendo que Moraga verificó su vuelta por Oroville moderno, pues en este caso el explorador hubiera mencionado su encuentro con un río tan grande como Bear River.

Día 13. En este día seguimos el mismo rumbo del día de ayer, y Como á quatro leguas llegamos al Rio del Sacramento³⁰, pasamos y seguimos el camino hasta el Rio de las Llagas descubierto el día 6 en donde hicimos noche sin Novedad.

Día 14. En este día seguimos dicho Rumbo despache al cavo con quatro hombres Rio avajo, y este tubo de vista mucha Gentilidad en sus orillas; no pudo llegar a su desenboque, por el mucho tular: llegamos al Rio descubierto el día quatro, llamado San Francisco; en donde hicimos noche sin Novedad.

Día 15. En este día salimos del Rio de la Pasion, yo me fuy para avajo acia a los Esteros, y no se encontró nada bueno sino un inmenso Roblar: esto es lo de este día.

Día 16. En este día nos encaminamos al Oriente, para el Rio Guadalupe en donde llegamos, é hicimos Noche sin Novedad.

Día 17. En este día seguimos el mismo Rumbo de ayer al Registro del Rio de Dolores, y el de la Merced; que no se registraron en la Subida, por haver passado el Rio de San Joaquin, como doce leguas avajo, quedando estos para la parte del Oriente; en este día llegamos al Rio Dolores, el que se registró y no se le encontró sino uno, u otro Plan mediano: El Rio es abundante de Agua y bastante encajonado: esto es lo de este día.

Día 18. En este día seguimos al Rio de la Merced y se registro para avajo por la parte del Norte, y se le encontraron algunos vajos buenos; si el Rio algo encajonado y poca Madera de Sauz. Es lo de este día.

Día 19. En este día se registró para la Sierra³¹, y al salir de esta, le hacen algunos Planes Hermosicimos, y el Rio no tiene en partes mas que media vara ó tres quartas de Paredon, que me parece facil para Sacarse sus Aguas: Madera hay poca, y es de Sauz, fresno, y Roble: En la Sierra solo llegamos a ver Pino de Piñon: No se pudo ver en la Sierra que esta adelante, por la mucha Rumason que havia. No se á encontrado en todo lo registrado de este Rio un citio bueno en donde se pueda Sentar Abitaciones que no este inmediata al Rio por ser aquellos altos muy arenosos, los Planes lo son de buena tierra, pero estos se conoce que los vaña el Rio en sus crecientes; desde que este sale de la Sierra, hasta distancia de seis leguas; tiene buenos Planos para siembras: La Yndiada se á mostrado muy amigable, haciendonos buen recibimiento: esto es lo de este día.

Día 20. En este día seguimos el Rio avajo hasta donde se junta

³⁰ Parte del Sutter Bypass.

³¹ Hasta la cascada del Merced River. Durante este día murió la madre de Moraga en San Francisco. Véase: «San Francisco, Libro de Misión», MS., pág. 69.

con el de San Joaquín, Registrandolo, y desde las seis leguas que se citan en el día de ayer, son los Planes vajos del Rio, Salitrosos, asta distancia de dos leguas poco más ó menos antes de llegar a San Joaquín; desde ay para avajo son buenos los Planes del Rio, y hay terreno bueno: ay unos hermosos Sauzales pero con el defecto, que no se encuentra una piedra: es todo lo que se á hallado en la Junta de estos Rios; aqui hicimos noche sin Novedad.

Día 21. En este dia pasamos el Rio y seguimos como al Norueste hasta dos leguas antes del Pezcadero; Hay hicimos noche sin Novedad.

Día 22. En este dia nos encaminamos a la Mision de San Josef hasta el Valle de dicho nombre; ay hicimos noche sin Novedad.

Día 23. En este dia llegamos a la Mision de San Josef, concluyendo con la Expedición; sin mas novedad, que la que se nota en el dia nueve del Corriente.

GABRIEL MORAGA
(rúbrica)

Noticia de las Rancherías³² de Gentiles que se an podido ver en el trancito de esta Expedicion assaver

En el Rio de San Francisco	12 Rancherías
En el de las Llagas	11 idem
En el de Sacramento	7 idem
En el Jesus Maria	3 idem
<hr/>	
Son en todas	33

Cuias treinta y tres Rancherías, no se anotan sus nombres por ignorarse; y solo los Parajes donde se hallan cituados estas; sin incluir las que se hallan en los mismos valles, Tulares, y la Sierra; por no haverse visto mas de las señales en lo interior de dichos tulares y las huellas que trancitan para dentro de la Sierra y que dan á conocer la mucha gentilidad que la Puebla.

MORAGA
(rúbrica)

³² La palabra «ranchería» es tan apta para el estilo de población india de California, que es de uso general en antropología e historia, no importa esté escrito en castellano o en inglés.

Los Rios descubiertos en todo el Valle, y la distancia de uno a otro, y sus nombres, son como se demuestran, Empesando a contar de los del Oriente³³ Asaver

	<i>Leguas</i>
Primeramente el Rio de Buena Vista ³⁴	» »
Ydem el de San Pedro ³⁵	» »
Ydem en el de San Gabriel ³⁶	10
Ydem el de San Miguel ³⁷	3
Ydem de los Reyes ³⁸	10
Ydem el San Joaquín ³⁹	5
Ydem el de la Merced	24

³³ Otra vez Moraga demuestra su concepto de que el Valle Central tiene orientación este-oeste.

³⁴ Kern River. Le puso el nombre de Buena Vista el capitán Pedro Fages durante la visita inicial española al Valle Central en 1772. El nombre tenía referencia al lago en que el Kern River desemboca. En efecto, el lago ya conserva su nombre original de Buena Vista.

³⁵ Tule River moderno. En José María Estudillo, «Vista de la Sierra que llaman Nevada de los Tulares... 1819», MS., en Thomas Savage, «Documentos para la Historia de California», vol. II, en la Biblioteca Bancroft, es evidente que el río de San Pedro es el Tule. El plano del teniente George H. Derby, Reconnaissance of the Tulares Valley, 1850, que aparece en el California Historical Society Quarterly, vol. XI, nota el río como «Tule River o San Pedro». Aplicó el nombre Gabriel Moraga en abril de 1806. Otro río, el San Cayetano, que también visitó y nombró en abril de 1806 y que revisitó y halló seco en octubre de 1806, aparece en la Vista de Estudillo. Sin embargo no aparece en la lista de ríos de Moraga.

³⁶ Hoy el de San Gabriel es el Kaweah River. La Vista de Estudillo lo demuestra bien claro. El plano de Derby lo señala como «River Frances o San Gabriel». Le puso nombre Moraga en abril de 1806 y estaba seco durante la inspección del grupo de Moraga y Muñoz en octubre de 1806.

³⁷ El de San Miguel era uno de los brazos de Kaweah River. Igual que al de San Gabriel, le puso nombre Moraga en abril de 1806 y le encontraron seco Moraga y Muñoz en la visita de octubre del mismo año.

³⁸ El Río de los Santos Reyes le nombraron así en honra de los magos y hoy conserva éste en traducción al inglés como Kings River. Hay evidencia de una visita en 1805, cuando le pusieron nombre. La designación sugiere una visita en el día 6 de enero, el de la Epifanía. Moraga y Muñoz también lo visitaron en 1806 y la Vista de Estudillo lo tiene.

³⁹ Se refiere Moraga aquí al Río de San Joaquín en la parte río arriba de su vuelta grande. Lo visitaron Moraga y Muñoz en 1806 y la Vista de Estudillo lo demuestra bien claro.

	<i>Leguas</i>
Ydem el de Dolores	8
Ydem el de Guadalupe	4 ½
Ydem el de la Passion	15
Ydem el de San Francisco	9
Ydem el de las Llagas	7
Ydem el de Sacramento	10
Ydem el de Jesus Maria... ..	10
Ydem el de la Trinidad ⁴⁰	1 ½

MORAGA
(rúbrica)

⁴⁰ Ciertamente no es el Trinity River de hoy, sino Stony Creek (véase la nota número 27). No es de creer que deba ser asociado con Trinidad Head y Trinidad Bay por la costa del norte, a pesar de algún interés español en colonizar esta parte después de su descubrimiento en 1775 y después de la desocupación de Nutka en 1794.

EL DOS DE MAYO DE 1808

ACLARACIONES

por ANICETO RAMOS CHARCO-VILLASEÑOR
Coronel de Infantería, Subdirector del Museo del Ejército

Acaba de cumplirse el ciento cincuenta aniversario del *Dos de Mayo*, fecha sublime de heroísmo y martirio que señala el comienzo de la guerra de la Independencia de España. A lo largo de ese siglo y medio que nos separa de tan memorable acontecimiento, mucho y bien se ha hablado y escrito de él; poco o nada, pues, puede añadirse a lo ya dicho. Sin embargo, es preciso reconocer que, tal vez porque las fuentes de información eran generalmente las mismas, en algunas narraciones se impuso fatalmente el tópico, y en ellas se repetían como indiscutibles verdades meras y caprichosas suposiciones u opiniones no contrastadas y a veces no exentas de pasión. Modernamente ello es una verdadera excepción, pues la más exquisita objetividad y, en lo posible, el más sólido fundamento presiden los relatos del *Dos de Mayo*; pero, pese a ello, no creo sean del todo inoportunas estas *Aclaraciones*, pensadas y escritas con el mejor deseo, aunque, seguramente por propia incompetencia, no con el debido acierto.

I. EL LEVANTAMIENTO FUÉ UN ACTO ESPONTÁNEO

Se ha insinuado en algunos relatos, y en otros hasta llegó a afirmarse, que el levantamiento del *Dos de Mayo* fué un acto premeditado, consecuencia de una detallada preparación, y el propio don Rafael de Arango, testigo y actor de los hechos que se desarrollaron en el Parque de Monteleón, al hacer mención de la llegada a él de los capitanes Daoiz, Velarde y Cónsul y subtenientes Carpeña y otro de nombre no

recordado, en un folleto escrito veintinueve años después, supone existía entre ellos un anterior acuerdo al decir: «... pero sí tengo muy presente que por el modo de abocarse estos oficiales de artillería, particularmente Daoíz y Velarde, me pareció no haber sido ésta su primera entrevista del día» (1). Sin embargo, las aseveraciones de otros dos artilleros que vivieron las inquietudes de aquellos días y, como jefes y amigos de Daoíz y Velarde, supieron de sus íntimos pensamientos, al igual que el desarrollo mismo de los sucesos, prueban carecen de fundamento esa suposición y aquellas insinuaciones y afirmaciones.

El capitán de Artillería don Pedro Velarde Santiyán, de gran inteligencia y probada cultura, prestigio indudable del Cuerpo y secretario de su Junta Superior Económica, juntamente con el exento de Guardias de Corps (2) don José Pacheco y el capitán de Infantería don Francisco Javier Cabanyes, abanderado de Guardias Walonas y persona reputada por su ilustración y valer, fué comisionado por el Príncipe de la Paz, que en mucho le consideraba, para saludar en Buitrago a Murat, en marcha hacia la Corte, entregarle una carta y ver de penetrar en sus intenciones. A su regreso a Madrid, luego del motín de Aranjuez y casi coincidente con la entrada de las tropas francesas, comprende claramente las miras de Francia, ya vislumbradas durante su permanencia en el Cuartel General del gran duque de Berg en el mencionado pueblecillo serrano. Entonces, la admiración que sentía por Napoleón, innegable genio militar de la época, se trueca, pese a halagos y ofrecimientos de su lugarteniente en España, en verdadero odio, en ansias irrefrenables de venganza. Y en su exaltación patriótica comienza a redactar «un plan de revolución para trastornar, alexar o, si el éxito correspondía, destruir completamente la trama de los franceses», como certificó el 26 de marzo de 1813, en Cádiz, don Francisco Novella, «Coronel del Cuerpo Nacional de Artillería y Brigadier Subinspector de dicha Arma del Departamento de las Islas Filipinas» (3), teniente coronel vocal

(1) *El dos de mayo de 1808.—Manifestación de los acontecimientos del Parque de Artillería de Madrid en dicho día.—Escrita por el Coronel de Caballería Don Rafael de Arango, que entonces era teniente y ayudante interino del Real cuerpo de artillería, y hoy se halla destinado en la Isla de Cuba, su patria.* (Madrid, 1837), página 10.

(2) Como es sabido, el exento o ayudante de Guardias de Corps tenía la categoría de teniente coronel en el Ejército.

(3) Este *Certificado*, manuscrito de doce hojas, es de especial interés para conocer fielmente los antecedentes del *Dos de Mayo*, la defensa del Parque de Montealeón y la personalidad de los heroicos Daoíz y Velarde. Le acompaña y precede

de la Junta Superior Económica en la fecha del glorioso Alzamiento, íntimo amigo de Velarde y todavía más del también capitán de Artillería don Luis Daoiz Torres, jefe de la Tropa de Artillería destacada en Madrid y encargado del detall de ella, oficial asimismo de gran cultura, avezado a la guerra y de carácter sentado y reflexivo que contrastaba con el ardimiento temperamental de su compañero de Cuerpo, heroísmo y martirio.

En breves días las ideas de Velarde cristalizaron en un boceto de proyecto que, en realidad, se limitaba a un simple enunciado de cuestiones, que obligaba a un nuevo y concienzudo estudio y a contar con colaboraciones amplias, leales y eficientes, que no podían limitarse al Cuerpo y con las que todavía no se pensó ni en consultar. «Se reduce—escribe Novella en su *Certificado*—a puntos principales, como eran entablar correspondencia secreta con oficiales del Cuerpo de Artillería de toda nuestra confianza, para que enterados del plan lo pusiesen en disposición de que estallase en todos los Departamentos y otros puntos interesantes de la Península; interceptar la correspondencia Militar de los Ejércitos Franceses; determinar uno, dos o mas puntos seguros, donde deberían reunirse armas, municiones, y efectos como seguros depósitos, y modo de ejecutarlo sin despertar la desconfianza de los franceses; el sistema para entusiasmar las Provincias repentinamente y clase de guerra que deberían formalizar sin intermisión, hasta el completo exterminio de los franceses que habían entrado en España; ultimamente otros puntos que no tengo presente, y en los que desplegaba Velarde todo lo más profundo de sus conocimientos militares, el conocimiento de los hombres, el de la Nación y por donde se reconocía a primera vista el sublime entusiasmo con que había escrito.» No se hablaba nada de levantamientos ciudadanos, ni, por tanto, se mencionaba en absoluto el de Madrid, ni era posible concretar fechas ni cabe suponer pudiera sensatamente pensarse en una tan inmediata realización, tanto más, y en cualquier caso, cuanto que, según afirma Novella y ratifica en su *Certificación*, fechada en Sevilla el 3 de abril de 1814, Navarro Falcón, comandante de Artillería de la Plaza de Madrid y coronel de la Junta

escrito de Novella, elevado a don Martín García Loygorri, que comienza así: «El adjunto certificado que V. S. se ha servido pedirme por oficio del 12 del actual, manifiesta quanto me consta relativo a la vida Militar y política de los capitanes de Artillería Nacional Dn. Luis Daoiz y Dn. Pedro Velarde, en el que va designado el memorable sacrificio que hicieron por la Patria el 2 de mayo de 1808 en Madrid.» (*Museo del Ejército. Segunda Sala de Recuerdos Históricos. Signatura 4.847.*)

Superior Económica del Cuerpo (4), de las ideas de Velarde sólo estaban enterados los citados Navarro Falcón, Novella y Daoíz, el ordenador de Artillería Silva y el comisario Gallego. Si hubiese existido, no ya un plan formal, sino un mero acuerdo de actuación para cierta fecha —la del 2 de mayo—, o al ocurrir determinado acontecimiento—la salida para Bayona del infante niño don Francisco de Paula—, los mencionados, hombres de honor, no hubieran faltado al lugar que para la lucha tuviesen asignado, ni se señalaría en un principio la discrepancia, incluso la viva acritud, entre Velarde y Daoíz en el Parque, donde tampoco, con anterioridad, se habían hecho preparativos para una acción en él o, más ampliamente, en Madrid. Todavía más; cuando Velarde, en su hidalguía y creyendo erróneamente que O'Farril participaba de sus mismos sentimientos, le comunica sin ambages sus ideas y hasta sus proyectos, las inmediatas disposiciones y contramedidas francesas, mandadas ejecutar por el mismo astuto y afrancesado ministro de la Guerra español, destruyeron lo que «aun no era más que un amago, que faltaba mucho para conducirlo al fin». Así escribe Novella, quien luego continúa: «¿Como ha de señalar mi pluma, ni donde buscaré expresiones para dar a lo menos una ligera idea del estado de tristeza, abatimiento, y profundísima melancolía en que nos sumergimos, y con particularidad Daoiz, Velarde y yo?, haciendo un efecto muy singular tal mudanza de cosas, que como sentíamos aproximarse el momento de la explosión, tanto más batallábamos para no quedar envueltos en ella ya que no pudiesemos evitarla. No ignorábamos que la salida a las Provincias nos daría campo para emprender de nuevo los proyectos, pero en Velarde su abatimiento rebentó en un furor desmedido; en Daoiz en una suspensión de espíritu que le tenía soñoliento y arrinconado en su casa continuamente; y en mi produjo una debilidad física que dió conmigo en cama.» Más avanzado su *Certificado*, al dar cuenta de su última entrevista con Daoíz, puntualiza: «Daoiz fue a mi casa muy temprano, la mañana del día 2, con el fin de saber del estado de mi salud, y me indicó que notaba algún mayor movimiento en el pueblo, pero que comprendía que no pasaría a más efectos que los del día anterior, y que si ocurriese alguna novedad de consecuencia me avisaría pues hiva al Cuar-

(4) *Certificación dada por el Mariscal de Campo Subinspector de Artillería en el Departamento de Andalucía Dn. José Navarro Falcón, sobre la heroica hazaña de los Capitanes Dn. Luis Daoiz y Dn. Pedro Velarde en Madrid en el día 2 de mayo de 1808. (Museo del Ejército. Segunda Sala de Recuerdos Históricas. Signatura 4.846.)*

tel y Parque.» Y efectivamente, allí llega cuando, ya terminado el combate ante Palacio y en pleno desarrollo los que ensangrentaban las calles madrileñas, buen golpe de paisanos clamaba ante las puertas pidiendo armas para la lucha. Antes había recibido personalmente del comandante de Artillería, coronel Navarro Falcón, la orden terminante del Gobierno, que le acababa de ser entregada, para que los oficiales y Tropa de Artillera, «como todas las de la guarnición se mantuvieran quietas en sus Cuarteles hasta nueva disposición» (5). Terribles momentos aquellos para el pundonoroso capitán: la disciplina, su cualidad militar más destacada, y el patriotismo, su más limpio sentimiento, siempre unidos, ahora se manifestaban en abierta y dolorosa pugna; en ella, como correspondía a un alma grande y noble, venció al fin el amor a la Patria.

Velarde, al entrar en la sala de la Junta Superior Económica su coronel, le dice con viveza: «*Mi Comandante, vamos a batirnos*»; pero al replicar éste con la orden dictada por el Gobierno, «no contestó otra cosa—escribe el mismo Navarro Falcón (6)—que con seguir repitiendo muchas veces las palabras de *a batirnos, a batirnos, a batirnos*, con las que se levantó de la mesa, transportado de sus deseos de vengar la Patria, o que a lo menos le costase cara a los enemigos la opresión que querían imponerla. Y haciendo que uno de los ordenanzas tomara su fusil, armado él con otro, hizo q^o le acompañara hasta el Cuartel a donde se dirigió». No concreta el comandante de Artillería de la Plaza qué es lo que determinó repentinamente tan gallarda y patriótica acción, de la que hay que buscar su explicación en el más explícito *Certificado* de Novella: «Pocos instantes estuvo perplejo; el estruendo de los fusilazos que sonaban por las inmediatas calles y la gritería del pueblo, el ruido de los caballos que corrían, fué bastante causa para q^o se levantase furioso, como una fiera erida mortalmente, y se precipitase por la escalera, llevándose consigo a uno de los ordenanzas con su fusil, gritando a descompasadas voces: *A morir, a vengarnos*» (7). Esa gritería—vivas patróticos, denuestos contra los invasores, voces airadas pidiendo armas—la producían los patriotas que, luego de batirse en la plaza de Palacio, en la calle Mayor, en la Puerta del Sol, enfrentándose con

(5) NOVELLA: *Certificado* cit.

(6) *Certificación* cit.

(7) Según todos los relatos, Navarro Falcón y Novella incurren en un error, pues los que, electrizados por la actitud de su jefe, espontáneamente le siguieron al lanzarse a la calle, fueron el oficial del Cuerpo de Cuenta y Razón, afecto al de Artillería, Almira y el escribiente meritorio del mismo, Rojo.

denuedo a las fuertes patrullas enemigas, se encaminaban al Parque a armarse. El bravo artillero, aclamado por el grupo que seguía al capitán de Infantería en Reserva Rovira, se dirige con él al cuartel del Regimiento de Infantería Voluntarios del Estado, sito en la misma calle Ancha de San Bernardo, de donde a poco, a eso de las nueve y media, sale una compañía de muy reducidos efectivos que, rodeada con entusiasmo por los paisanos, pero siempre en correcta formación y bajo el mando de sus oficiales naturales, marcha en derecha al antiguo Palacio de Monteleón. Su presencia y serena actitud respalda y hace posible la audaz y viril acción de Velarde y de uno de los oficiales a ella pertenecientes, el heroico teniente don Jacinto Ruiz Mendoza, de rendir y desarmar el destacamento francés, muy superior en número a la compañía española que guardaba el edificio, lo que permite abrir sus puertas a los cada vez más nutridos grupos, y, ya decidido Daoiz, organizar precipitadamente la defensa del Parque.

A él llega al filo de las ocho y media, ya iniciados los sucesos ante Palacio y tras de recibir del gobernador militar y del comandante de Artillería la orden terminante de permanecer la tropa inactiva en sus cuarteles, sin permitírsele mezclarse con los paisanos, el ayudante interino Arango. Las gentes golpean en las puertas pidiendo, furibundas, se les entreguen armas, y un alférez de navío, entrando en el patio, le excita a que así lo haga. «Todavía—dice en su *Manifestación* mencionada, a la que pertenecen las citas que se hacen (8)—me parece sentir las espinas de mi corazón en este paso. Solo y aislado en aquel recinto de honor, contrastado mi juicio con unas órdenes contrarias a mis sentimientos, observado por una fuerza enemiga dentro de casa, oprimido por mi responsabilidad, que me la abultaba no sólo mi juventud inesperta, sino lo complicado y nuevo del lance, y sin haber recibido más noticias que las de aquel marino tan exaltado, ¿qué partido había yo de tomar?» Encarga al animoso oficial de la Armada marche a decir a su comandante el estado en que hallaba, y con disimulo, para no ser advertido por la guardia francesa, comienza a hacer algunos preparativos de defensa. La llegada de Daoiz, primero, de Velarde y la Compañía de Voluntarios, luego, y, más tarde, con escasa diferencia de tiempo, de otros oficiales de Artillería, le exime del agobio del mando, pero, al pensar con algo más de tranquilidad, se abisma en la mayor confusión. «Sacó entonces (Daoiz) de su bolsillo—declara—la misma or-

(8) Páginas 7 a 11, inclusives.



La muerte de Velarde. Bajorrelieve en chapa bronceada que figuraba en la carroza en la que fueron trasladados los restos de Daoiz y Velarde a la Real Iglesia de San Isidro el 2 de mayo de 1814.

(Museo del Ejército. Segunda sala de Recuerdos Históricos, n.º 41.088).

Advertencia
 Sobre la población que hay en Cádiz y Almonte -
 8.º 1807

Si hubiese enemigo que pudiese penetrar en esta zona
 de mar, sin esperanza de recibirlos, tendría inmensa
^{en su cantidad} carencia la población que hay en Cádiz y Almonte, q.º no pudiendo defenderse ni un instante caerían en manos del enemigo. — A este efecto parece seria conven. tener en cada ^{Villa} plaza & con el un oficial, q.º encañ con el cuidado de se sabe con dos ó tres dias de anticipacion, llegada de los enemigos, y entonce se empezaria su obra — La primera de inmensa abriendo los bariles, & vertiendo el saco y echando de nuevo de este como 10 ó 12 arumbres & agua en dos ó tres veces esta agua, q.º también puede de otra del baril, se llevara con sigilo del baril, & quedaria la población absolutamente inutil. — Si no se quisiese inutilizar totalmente la población, ó no hay tiempo p.º hacer la anteced.ª operacion, se practicarían lo referido con solo los bariles del orden superior de cada plaza, los quales gozarian sobre los remates, y ademas se regarían con regaderas, con lo q.º la población no podría ser sin molestarse, y acorriendo tambien inmensa cantidad de alfileres inutil, como lo encañ la plaza 1.ª bariles.

Apuntes autógrafos de Velarde que habían de servir para redactar un plan general para operar contra los franceses.

(Museo del Ejército. Segunda sala de Recuerdos Históricas, n.º 41.003).

den escrita que yo había recibido de nuestro comandante, y me preguntó: *¿Qué quiere usted que hagamos?* Me dió golpe esta perplejidad, a la que respondí *que yo estaba a sus órdenes*: pero después que oí a Velarde y a los otros oficiales del cuerpo explicarse en el mismo sentido, reflexioné que la pregunta de Daoiz a mí había sido la espresión de la batalla y de su espíritu acosado por la gran responsabilidad que pesaba sobre sí, y como encogido por los pocos medios para empeñar una resolución estremada...»

Y con respecto a otros dignísimos artilleros—capitán Cónsul y subteniente Carpeña y otro, señalados por Arango, y capitanes Córdova y Dalp, mencionados por Novella—, por la forma y hora de su llegada, es plausible suponer acudieron al Parque y Cuartel de Monteleón, al fin sede del Cuerpo en Madrid, no por imperativo de una confabulación en la que estuvieran comprometidos y sí en consecuencia, como otros militares a sus respectivos cuarteles, de la propia orden de acuartelamiento, o por espontánea determinación ante los sucesos que se desarrollaban, o porque de ello se hubiera hablado, en previsión de muy posibles acontecimientos, en las íntimas y amistosas reuniones que con frecuencia relacionaban a los miembros de la Artillería, unidos siempre por el más entrañable espíritu de compañerismo.

Porque, desde luego, todos, sin saber el qué, cómo ni cuándo, esperaban *algo*. Lo abonaban el haberse descubierto claramente los proyectos de Napoleón; el cautiverio impuesto a la familia real y con ella al bien amado Fernando; las ofensas que continuamente se inferían a la dignidad de los madrileños. El ejército extranjero es recibido con despreciativa frialdad, que al día siguiente contrasta con el cálido entusiasmo con que se acoge al rey a su llegada de Aranjuez; Murat, que con su gallarda figura, llamativo uniforme y fuerte y lucida escolta, supone va a asombrar y amedrentar al pueblo, sólo consigue provocar la burla y la chirigota; sus tropas se creen en país conquistado y en su desenfreno hacen frecuentes las viles violaciones de mujeres, los robos, destrozos y saqueos, los escándalos y la embriaguez. Los madrileños muestran su hombría ante tanto desafuero; no pocas mujeres se bastan por sí para castigar las ofensas; a pesar de las providencias minuciosas y severas de las autoridades, menudean las reyertas, algunas de trágicas consecuencias, como lo patentiza el que solamente en la segunda quincena de abril ingresaran en los hospitales habilitados para la asistencia de las fuerzas francesas treinta y nueve soldados heridos, a más de los que, muertos, se les trasladó directamente a los cementerios, y

que en los vecinos de Madrid igualmente se registraran bajas, de ellas algunas jóvenes asesinadas al defender su honra.

Mas los incidentes no solamente los origina la aguda fricción de la soldadesca invasora con las bravas clases populares: surge también entre personas de más elevada condición social, y se conocen casos sangrientos, cuales el del cura de Carabanchel de Arriba, quien, exasperado por el proceder de las tropas extranjeras, mata frente a frente de un tiro a uno de sus capitanes, y el del general del ejército napoleónico príncipe Salm Isenbourg y sus ayudantes, todos vergonzosamente embriagados, que apalean en calle del Carmen, hasta dejarle mortalmente herido, a un pacífico e indefenso comerciante. Y Arango, en su *Manifestación* (9), noticia la cuestión suscitada el primero de mayo, en la Fonda Genieys, entre Daoiz y otros dos oficiales españoles y tres oficiales franceses, «desafío que no se efectuó en el acto porque personas prudentes llamadas para padrinos lo aplazaron, persuadiendo a unos y otros que no debían con una riña particular añadir leña a la hoguera que estaba ardiendo».

En un ambiente tan peligrosamente cargado comienzan a correrse noticias, propaladas en hojas clandestinas y por los propios servidores de Palacio, del forzoso traslado a Bayona de los miembros de la familia real. Al amanecer del día 2 de mayo, la presencia ante la Puerta del Príncipe de dos carruajes de camino, equipados y servidos para largo viaje, convence de la certeza de las noticias y de la realidad de los augurios. Sin llamamiento que les estimule, sin organización que les encuadre ni plan que les oriente, al conjuro de su patriotismo, allí se congregan los habitantes de la Corte, no pocos de los pueblos aledaños y los trajinantes y huertanos de ellos que de ordinario a Madrid acudían con sus mercancías. La marcha de la reina de Etruria se acoge con indiferencia; pero ante la inminencia de la salida del tierno infante Don Francisco, la expectación se troca en furia. La plaza es un hervidero; las voces suben de tono; los ánimos se caldean. Algunos gritos que dominan el ya agudo vocerío (el de una pobre vieja: *¡Que nos lo lleven!*; el de un honrado artesano y acomodado comerciante (10): *¡Traición! ¡Traición! ¡Nos han llevado al rey y se nos quieren llevar a todas las personas reales! ¡Mueran, mueran los franceses!*; el de un gentil-

(9) Pág. 6.

(10) Don José Blas Molina y Soriano, figura muy destacada entonces y en otros episodios de este día.

hombre de Cámara del rey desde un balcón de la mansión real (11): ¡*Vasallos, a las armas! ¡Que se llevan al infante!*) exacerbaban más a las masas, que tumultuosamente cortan los tiros del coche, y a pecho descubierta, sin más armas que alguna vieja y mohosa pistola, las bien templadas navajas, bastones, palos y chuzos y hasta los guijarros del suelo, en sagrado arrebató patriótico, se enfrentan con las aguerridas, bien armadas y numerosas tropas de Murat, nada remiso en su cruenta represión.

Así comenzó el *Dos de Mayo*, sublime locura, insensatez gloriosa, grandioso heroísmo, trágico sacrificio que encendió el alma de España y despertó la adormecida pero viva conciencia nacional.

El general Gómez Arce, preclaro historiador de la guerra de la Independencia, publicó en distintas ocasiones algunos muy enjundiosos trabajos, luego reunidos en un volumen que vió la luz con motivo del centenario del *Dos de Mayo* (12). En uno de ellos (13) escribe: «Porque el *Dos de Mayo*, según hemos dicho en otra ocasión, cual ésta solemne y oportuna, no es un acto premeditado, como, por ejemplo, el de la expulsión de los *Treinta* de Atenas o de los franceses de Sicilia, en que Trasíbulo y Prócida conspiran largo tiempo, buscan auxiliares fuera del país, van juntando en el suyo parciales, los arman, e inspirándoles el entusiasmo de su patriotismo, se lanzan al combate que ha de salvar a todos del yugo extranjero. No: el del *Dos de Mayo* es un acto espontáneo, sin concierto ni preparación de ningún género, ejecutado tan pronto como nacido, no en la mente, sino en el corazón de los madrileños, provocados ellos, sí, más que por la jactancia de los soldados huéspedes, por la conducta del general al interpretar y poner en ejecución los planes de su augusto amo el emperador de los franceses.» Luego, en fecha posterior (14), sostiene idénticas afirmaciones: «Esperaba [Napoleón] las bendiciones de los españoles, y cuando no, el miedo de su pujanza; y ellos, como decía después, «desdeñaron el interés, para ocuparse sino en la injuria, se indignaron a la sola idea de la ofensa, se sublevaron a la vista de la fuerza, y todos corrieron a las armas». Ahora bien: el primer chispazo de esa indignación saltó en Madrid, donde, antes que en nin-

(11) Don Rodrigo López de Ayala y Barona.

(12) *Dos de Mayo de 1808* (Madrid, 1908).

(13) *Dos de Mayo de 1808 (Cuadro histórico)*. Publicado el 2 de mayo de 1882 en la «Revista Militar Española», págs. 6 y 7 del vol. cit.

(14) *Napoleón y el Dos de Mayo*, número del 30 de abril de 1893 de la «Ilustración Española y Americana», págs. 96 y 97 del vol. cit.

guna otra parte de España, se comprendieron lo falso e hipócrita de aquel interés, lo grave de la ofensa y las intenciones con que penetraban las fuerzas imperiales e iban estableciéndose en los puntos más importantes de la Península. Que la nación no estaba degradada al punto que suponía el Emperador lo demostró la revolución de Aranjuez, oponiéndose a las cobardes resoluciones de los Reyes padres sugestionados por el favorito, y alzando al trono al que suponía abriendo paso a la aurora de su regeneración social y política. Que no necesitaba ayos ni tutores lo pudo observar Murat en el espectáculo que ofreció la entrada del nuevo Soberano en Madrid, ante un pueblo ebrio del más delirante entusiasmo. Que esa nación era la misma de sus antiguos tiempos, y que no había cambiado en cuanto a su manera de ser, fiera, altiva e indomable, procurando siempre mantener incólumes los fueros de su independencia, se lo demostró por fin, y con elocuencia aterradora, el *Dos de Mayo de 1808*.» Y luego continúa, empleando las mismas referencias históricas que en el artículo anterior: «No es el *Dos de Mayo* una sublevación preparada, en que un pueblo que desea sacudir el yugo extranjero aecha la ocasión más propicia para exterminar a los que quieren imponérselo; no es la ateniense esperando a Trasíbulo para arrojar a los Treinta del Pireo, ni mucho menos la siciliana esperando el toque de vísperas para exterminar a los soldados y agentes todos del de Anjou: es una sublevación espontánea, sin concierto anterior, en que la idea conservadora, innata en el pueblo español, excitada ante el espectáculo de la religión nacional escarnecida, de la monarquía legítima esclavizada y de los fueros populares atropellados, se presenta, crece y desarrolla instantáneamente para el mantenimiento de tan venerados objetos, y cuando no, para vengarlos en la cabeza de sus enemigos.»

Por último, se menciona la autorizada opinión del general Almirante, quien, en su *Diccionario Militar* (Madrid, 1869), escueta y gráficamente afirma que el *Dos de Mayo* «fué un frenesí»: concepto abiertamente antagónico del de plan preconcebido o metódica preparación (15).

II. LA GESTA FUÉ OBRA DEL PATRIOTISMO DEL PUEBLO DE MADRID

El *Dos de Mayo* no fué un motín del populacho, una acción punto menos que exclusiva de los bravos e inquietos manolos (habitantes de los barrios bajos: Rastro, Lavapiés, Puente y calle de Toledo...) y de

(15) Artículo *Guerra*. Primera columna de la pág. 652.

los arriscados y valientes chisperos (vecinos de los barrios altos: Maravillas, Barquillo, San Antón...), como se ha dado en decir y escribir. No. El *Dos de Mayo* fué la digna y viril manifestación del santo sentir de un pueblo dueño de sus propios destinos, que rechazaba la idea de que nadie pretendiera disponer de ellos, dando a la palabra *Pueblo* su justo significado de conjunto de gentes de cualquier posición social unidas por los lazos de vecindad.

Imposible determinar, ni aun con el más amplio margen de aproximación, el número de los que intervinieron en la refriega; pero si existe una referencia de las víctimas de ella, gracias a la labor de concienzuda paciencia realizada por el que fué miembro de la Real Academia de la Historia don Juan Pérez de Guzmán y Gallo, para formalizar el *Catálogo Alfabeto Biográfico de los muertos y heridos el Dos de Mayo en Madrid*, incluido como *Apéndice*—el IV—en su magnífica obra *El Dos de Mayo de 1808 en Madrid. Relación Histórica Documentada mandada publicar por orden del Excmo. Señor Conde de Peñalver, Alcalde Presidente de su Excmo. Ayuntamiento y por acuerdo de la Comisión organizadora del Primer Centenario de su gloriosa efeméride* (Madrid, 1908.)

En dicho *Catálogo* figuran 408 muertos y 171 heridos, 579 víctimas en total, cuya relación no impide el pensar y hasta afirmar fueran bastantes más los heridos, tanto por la no natural proporción de su número con el de muertos (16), pese a los inicuos fusilamientos, cuanto porque hubo casos, repetidos y probados, de heridos que para evitar seguras represalias francesas no acudieron a los hospitales, y en sus domicilios o en los de deudos y amigos se curaban, ya con remedios caseros, bien por el civismo y abnegación de los médicos de Madrid (17).

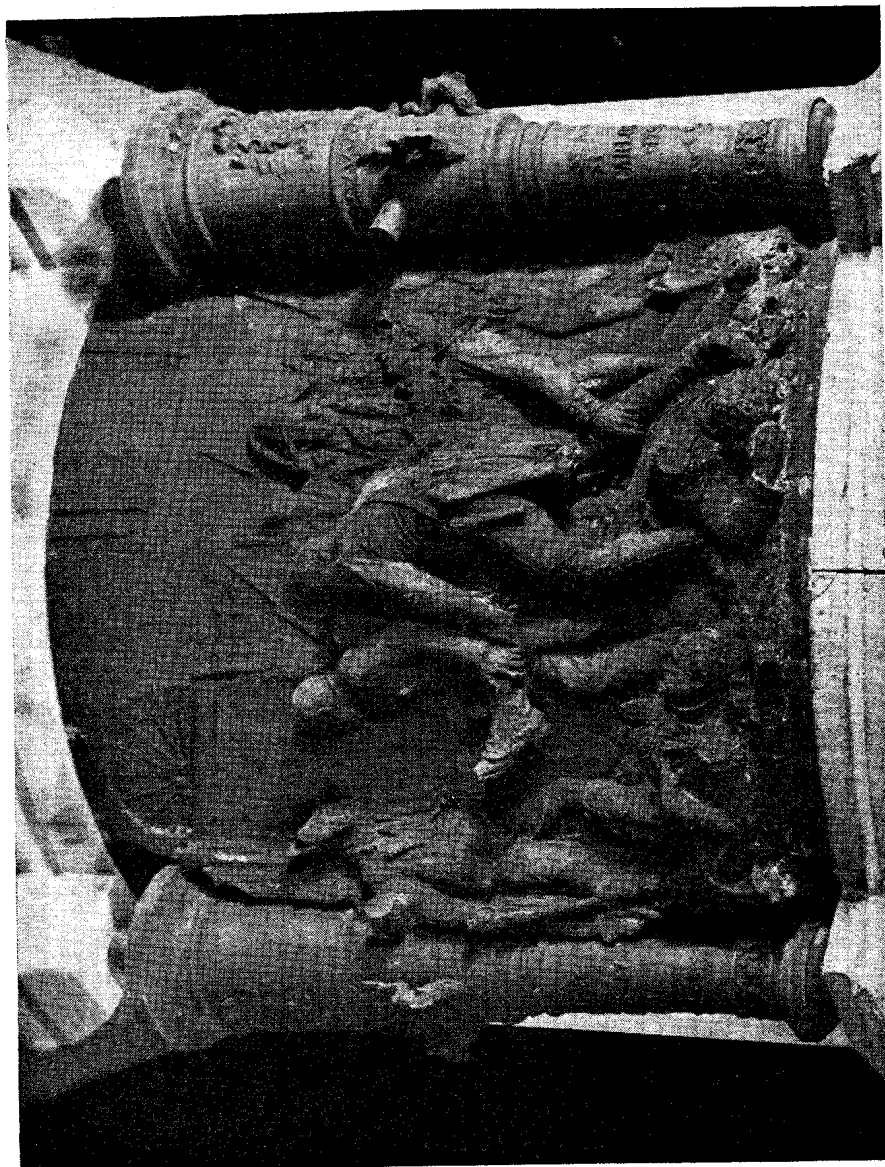
(16) La relación de fallecidos hay que suponerla más exacta, porque aunque hubo familias que consiguieron que a los muertos de ellas se les enterrara en secreto, de cualquier forma tenía que quedar constancia de la inhumación en los libros parroquiales correspondientes. Sin embargo, dada la anormalidad de las circunstancias, es lícito admitir la excepción de enterramientos clandestinos fuera de lugar sagrado, especialmente en campos de las afueras, realizados por las tropas de Murat.

(17) El propio teniente Ruiz, gravísimamente herido y exánime, fué conducido al Cuartel de Voluntarios del Estado. Mas ante el peligro que como defensor tan activo como heroico del Parque le amenazaba por parte de las autoridades militares francesas, sus compañeros decidieron trasladarle secretamente a la modesta casa de huéspedes que habitaba. En ella, cuidado cariñosamente por oficiales y soldados del Regimiento y por su atribulada patrona, recibió la solícita e inteligente asistencia del médico y profesor de San Carlos, don José Rives.

Deducidos de los 579 muertos y heridos, 72 militares, pues más adelante se trata de su particular actuación, las 507 víctimas restantes se agrupan en 410 hombres, 74 mujeres, 14 niños y nueve niñas. De 140 hombres se desconocen sus actividades profesionales; mas hay que llamar la atención que en una parte de ellos—treinta y ocho—se antepone a sus nombres el dictado de *don*, lo que asegura, en aquella época en la que no se usaba caprichosamente de él, que los que le ostentaban estaban en posesión de títulos académicos y elevadas condecoraciones, desempeñaban cargos o destinos de mayor o menor importancia, tenían cierta posición social y clara situación económica, o podían acreditar limpia y señorial ascendencia. En los demás que se concreta su profesión, figuran desde los humildes jornaleros, menestrales y sirvientes, modestos artesanos y trabajadores, y maestros de distintos oficios, hasta los abogados, médicos, profesores y arquitectos, frailes y sacerdotes, dignidades del Consejo Supremo de Castilla y del Consejo Real, y caballeros del Hábito de San Juan y de la Orden de Carlos III, pasando por comerciantes, industriales, banqueros, propietarios, etc. De las mujeres, niños y niñas, sin profesión señalada, llevan el título de *don* o *doña*, 31, 3 y 3, respectivamente.

De los muchos paisanos que intervinieron en la lucha y de ella salieron indemnes, se conocen algunos pocos nombres por figurar en los expedientes que cita y resume Pérez de Guzmán y en diversos y solventes relatos de los hechos. Las profesiones correspondientes a tales personas, en suma cuarenta, confirman la diversidad ya destacada al mencionar las de las víctimas.

También se conocen la presencia en Madrid el día 2 de mayo («en el cual cumplieron con su deber») de los maestrantes de Ronda venidos a la Corte para asistir a la proclamación de Fernando VII y los nombres de tres miembros de la nobleza valenciana, si bien no puede afirmarse claramente cuál pudo ser su actuación en el desarrollo de los sucesos. Gran parte de los presos en la cárcel de Casa y Corte suplican se les permita luchar por la Patria y el Rey, bajo juramento de restituirse luego a la prisión; armados de palos, desarmar al destacamento francés de la plaza Mayor, se apoderan de un cañón y con él hacen frente y causan bajas a todo un escuadrón ligero; consumida la munición se esparcen y continúan la lucha por la ciudad, y a la mañana siguiente se presentan a sus carceleros cincuenta y uno—uno herido—de los cincuenta y cuatro que salieron a combatir: de los tres restantes, uno pereció en la refriega, otro, gravemente herido, yacía en una cama del Hospital



Soldados y paisanos sacan del Parque el cuerpo exánime de Ruiz. Bajorrelieve del pedestal de la estatua del teniente de Infantería Ruiz Mendoza, que se eleva en la plaza del Rey, de Madrid; obra de Benlliure.

General, y el tercero fué el único que faltó a la promesa empeñada y escapó, o tal vez pudo ser de las víctimas que sin identificar se enterraron de misericordia. No como combatientes, sí en aras de una sagrada caridad cristiana, médicos y cirujanos, practicantes y enfermeros de los Reales Hospitales General y de la Pasión, y del de San Juan de Dios, exponen sus vidas en los lugares en que la pelea es más enconada para retirar y curar heridos. Los curas de San Marcos y Santiago, San Lorenzo y Santa Cruz, no se encierran medrosamente en sus parroquias y abnegadamente recorren las calles bajo el fuego de la enfurecida tropa extranjera para prestar auxilio espiritual a los moribundos y recoger los muertos. El convento de las Maravillas, en el fragor de la lucha abre su clausura: el atrio, el templo, la sacristía se convierten en enfermería, donde se hacinan los heridos de ambos bandos, que cuidan con amor y solicitud el capellán y las monjas; y hasta una hermana de velo blanco—novicia—, asomada a una enrejada ventana de la fachada, mordida por la metralla y salpicada de sangre, que mira a la puerta principal del Parque, anima a los patriotas y les echa benditos escapularios (18).

Con respecto a la edad, en el *Catálogo* de víctimas llaman la atención ancianos de ochenta y cuatro, ochenta y dos y ochenta años que matan y mueren con vigor de juventud, y niños hasta de siete años, heridos en los balcones de sus domicilios o caídos en las refriegas callejeras al pelear con conciencia y bríos de mayores.

En resumen, que es verdad rotunda e incontrovertible la afirmación de que el *Dos de Mayo* el pueblo de Madrid, al conjuro del más puro sentimiento patrio, sin exclusivismos de clases, sin distinción de edades, sexo y condición, supo hermanarse, como nunca lo había estado, para luchar y morir en consciente y supremo sacrificio (19).

(18) Datos tomados de la obra de Pérez de Guzmán citada, págs. 417 a 420, 422 y 450.

(19) Además de su repercusión nacional, nacional también debe considerarse el levantamiento, pues en Madrid, cerebro, corazón y capital de la Nación, entonces como ahora con los madrileños se reunían gentes de todas las regiones, para formar, en el castizo ambiente matritense, un todo *sui generis*, progresivo al mismo tiempo que tradicional, hidalgo y cortés, superficial en apariencia y reflexivo en la realidad, alegre e indiferente a veces y grave y apasionado en ocasiones, suma y compendio siempre de los vicios y virtudes de la raza.

Al volver al *Catálogo* de víctimas para llegar a determinar la naturaleza de ellas, se advierte que del total de 579, no se consigna el lugar de nacimiento de 265. Las demás se agrupan así: madrileños (capital y pueblos próximos), 78; castellanos viejos, 35; castellanos nuevos, sin Madrid, 38; leoneses sin Asturias, 22; asturianos, 32; gallegos, 26; catalanes, 5; valencianos, 9; murcianos, 4; vascos, 7; ara-

III. ACTUACIÓN DE LOS MILITARES

«Encerrada en sus cuarteles la tropa española por orden de la Junta y del capitán general don Francisco Javier Negrete, estaba inactiva por obediencia, aunque rebosando en disgusto y enojo.» Así se expresa La fuente en su *Historia General de España* (Madrid, 1888) (20), y tónica semejante preside buena parte de las narraciones relativas al *Dos de Mayo*. Sin embargo, creo injusta aseveración tan absoluta y categóricamente hecha. Ciertamente que existía esa orden de Negrete, y cierto, también, que parte de la reducida guarnición de Madrid, aun con repugnancia, la acató. Pero no lo fué, ni con mucho, por la totalidad de las tropas. Si bien contadísimas y muy reducidas, unidades orgánicas y agrupaciones de servicio se enfrentan con los franceses o ante ellos muestran su simpatía por el pueblo; y cuando se presenta vivo y lacerante para todo buen militar el dilema de ser fiel a la disciplina—una disciplina que hoy, friamente, no puede admitirse como tal—o desleal a la Patria, las colectividades se disgregan y surgen las individualidades, más o menos numerosas, pero nunca como excepción, heroicas unas, distinguidas otras, *activas todas*. Y tales individualidades, miembros del Ejército, parte integrante de él, pregonan con su actuación que la tan decantada *pasividad* del elemento armado, pese a las más adversas circunstancias, fué muy relativa.

En el acto inicial de la gran tragedia que prendió en Madrid crespones de luto y encendió luminarias de gloria, una de las primeras voces que suenan incitando a los madrileños a la lucha es la del gentilhomme de Cámara del Rey y *teniente coronel de Infantería don Rodrigo López de Ayala y Barona*, quien a poco queda mortalmente herido en el balcón del Real Palacio, al que se asomara para animar al indignado gentío. Luchan con singular denuedo en la plazuela de Palacio, en la de Santa María de la Almudena y en las calles inmediatas *don Manuel Calvo del*

goneses, 12; andaluces, 19; extremeños, 5; baleares, 3; ceutís, 1; territorios españoles de América (Perú, Venezuela, Panamá y Cuba), 5, y extranjeros (Austria, Hungría, Alemania, Italia, Francia, Suiza y Polonia), 13. Suman 314.

Corresponde, pues, a la aportación madrileña un veinticinco por ciento de esa suma; y al aplicar por analogía la misma proporcionalidad al número antes dicho de naturaleza ignorada, resultan otros sesenta y seis hijos de Madrid, es decir, 144 muertos y heridos de ella.

(20) Tomo V, pág. 26.

Maestre, capitán graduado de Infantería y oficial de Archivo del Ministerio de la Guerra, que resulta gravemente herido; *don Pedro de la Cámara, oficial de la Inspección de Milicias*; *don Andrés Rovira y Valdeosera, capitán de Infantería en Reserva*, quien, aplastado el levantamiento frente a Palacio, reúne gente para acudir al Parque de Monte-león, donde había de ser una de las principales figuras de su defensa; el arquitecto *don Bartolomé Tejada* y el profesor de Ciencias *don José Alarcón, maestros de la Academia de Caballeros Cadetes del segundo Regimiento de Reales Guardias Españolas*, por ello, con indudable consideración militar. Los *Guardias de Corps* de servicio, que, mandados por el exento *don Pedro de Torres*, no impiden al grupo de patriotas que encabeza José Blas Molina y Soriano llegue hasta la propia estancia del infante don Francisco, luego cierran las puertas de Palacio y, juntamente con los *Guardias Alabarderos* y *algunos de la Española y Walona*, se municionan y sitúan en posiciones interiores, «dispuestos a mantener la inmunidad y custodia de la regia morada con la más viva resistencia, si los franceses intentaran apoderarse del aposento Real» (21).

En el Puente de Toledo, el *capitán de Infantería*, del Regimiento de Málaga, *don Joaquín Fernández de Córdova, marqués de Malpica y Grande de España*, con una *pequeña partida de soldados* y paisanos, intercepta las órdenes de Murat para que se concentre en Madrid la Caballería acantonada en los Carabancheles, detiene a sus ayudantes, y cuando, al fin, llegan a galope los poderosos escuadrones de coraceros, siempre con sus soldados, que también le acompañaron cuando, terminado el combate salió de la Corte con dirección a Extremadura, se une a la gente barriobajera, especialmente mujeres y niños, pues la mayor parte de los hombres ya luchaban en los barrios céntricos, e interviene en los épicos y sangrientos combates en los que, desde los balcones y ventanas de las casas o a pecho descubierto en las calles, el supremo arrebato madrileño, en santa locura, intenta detener el impetuoso avance de los jinetes del general Caulaicourt.

En las puertas de acceso a Madrid *las fuerzas del Resguardo de Rentas Reales*, no incluidas en las del Ejército, pero que con organización y mandos castrenses es justo considerarlas como militares, traban rudos y desiguales combates con las tropas invasoras, principalmente en el Portillo de Recoletos, donde resulta herido de muerte el gobernador del Campo y Resguardo de la Corte, *brigadier de los Reales Ejércitos*,

(21) PÉREZ DE GUZMÁN: *Ob cit.*, pág. 378.

don Nicolás Galet y Sarmiento, quien allí acude para enterarse de la situación y correr la misma suerte de sus subordinados, entre los cuales hay muertos, heridos y prisioneros, que más tarde son fusilados; en la Puerta de Alcalá la intervención enérgica, que en aquellas circunstancias no es exagerado calificar de valerosa, de unos *tenientes del Resguardo* salva la vida de algún otro.

«Una fuerza peleó aquel día en Madrid de la que hasta ahora ningún historiador ha hecho mención siquiera—escribe con su indiscutible autoridad en la materia el académico Pérez de Guzmán (22)—: la *Compañía de Fusileros de los Reales Bosques*, cuyos individuos se batieron, no en cuerpo, sino despersos, disfrazados y confundidos entre la masa común popular.»

El subteniente del Regimiento de Infantería Voluntarios de Aragón don Evaristo San Miguel, jefe de la guardia del puesto de la Red de San Luis, «sostuvo con su gente—dice en sus *Memorias Asturianas del Año Ocho* el cronista de Asturias don Fermín Canella Secades (23)— un fuego muy acertado contra los franceses hasta que, apremiado por fuerzas superiores, se retiró con honor el futuro general con muertos y heridos por ambas partes».

El médico de los Reales Ejércitos don Esteban Rodríguez Velilla, al intervenir bravamente en un combate en la calle Mayor, es herido tan gravemente que muere escasos días después; testigos presenciales declaran haber visto en la calle de Silva a *un capitán de Caballería*, cuyo nombre ignoraban, quien, sin recatarse de las fuertes patrullas napoleónicas, a voces animaba a los vecinos a tomar las armas; el *soldado inválido Juan Vié*, al lado de su hijo, niño de catorce años, se enfrenta en la Puerta del Sol con los Mamelucos, hasta quedar ambos fuera de combate con graves heridas; *otros miembros del Cuerpo de Inválidos*, entre ellos, en la calle Preciados, *el sargento Víctor Modesto* y *el soldado Felipe García*, sobreponiéndose a su inutilidad física, generosamente mueren o vierten su sangre; *don Fausto Zapata Zapata, cadete de Reales Guardias de Infantería Españolas*, cae herido, para morir después, en la pelea que el grupo de que formaba parte entabla en la calle Ancha de San Bernardo contra las tropas de Murat; *el capitán de Voluntarios del Estado don Juan Antonio López de Barañano*, maestro de cadetes del Re-

(22) *Ob. cit.*, págs. 366 y 367.

(23) Mencionado por Fernando de Antón del Olmet en su interesante obra *Aclaración Histórica.—El Arma de Infantería en el levantamiento del 2 de mayo de 1808*. (Madrid, 1908), págs. 161 y 162.

gimiento, «aprehendió en la calle algunos soldados franceses de artillería, encerrándolos en un corralón frente al cuartel, cuando iba a incorporarse al Regimiento el día del alboroto» (24). El *alférez de navío don Juan Van-Halen* y el de *fragata don José Hezeta* se presentan en el Parque antes de la llegada de Daoiz para pedir se armase al pueblo, y luego combaten en sus inmediaciones, resultando herido en un hombro el primero (25). No mucho antes de las diez llega al Parque, ante el cual ya se agolpaba la muchedumbre clamando que se le entregaran armas, el *coronel de Infantería don Francisco Javier Valcárcer*, con la intención de que se armara a aquellos paisanos, para lo cual, a fin de convencer o engañar a su guarnición, que todavía se manifestaba fiel a la orden de abstención en la lucha dictada por el general Negrete, empleó la estratagema de asegurar era mandato del Gobierno, sin que sus patrióticos y arriesgados propósitos tuvieran éxito, pues Daoiz, no obstante la categoría del citado y el cargo que ejercía de sargento mayor de la plaza, ni siquiera quiso recibirlo, sin duda por considerarlo, como en realidad era, un sublevado. El jefe de Voluntarios del Estado, *coronel de Infantería marqués de Casa Palacio*, al faltar abiertamente a la orden del capitán general de Madrid y disponer que una compañía de su Regimiento marchara al Parque, es también un sublevado, al que, además, puede que estimulado, aunque nunca coaccionado, como era de esperar de su brava veteranía, por Velarde, Rovira y Ruiz, se debe el que fuera posible la epopeya del Parque de Monteleón. Asimismo hay que estimar sublevado, o al menos contraventor de la rigurosa orden de acuartelamiento, al *coronel de Dragones de Lusitania don Ramón Avilés*, a quien, tal vez para bregar a impulsos de su patriotismo, pues, además, iba acompañado de su *asistente*, armado, se le ve por las revueltas calles de la levantada Villa y Corte y en la Imperial intervenir, con decisión al salvar la vida de un empleado del gobernador de la Sala da Alcaldes al que, ya herido, los franceses intentaban rematar a cula-

(24) CELESTINO REY JOLY: *El Regimiento de Alava, Sucesor del de "Voluntarios del Estado"*, en donde sirvió Jacinto Ruiz Mendoza, artículo que figura en la obra publicada por la Alcaldía Constitucional de Ceuta. *Jacinto Ruiz Mendoza, 2 mayo 1808 - 2 mayo 1908* (Málaga, 1908), págs. 33 a 36.

(25) ANTÓN DEL OLMET: *Ob. cit.*, págs. 173 y 174.

El bravo marino no figura en el *Catálogo* de víctimas. Es, por tanto, uno de los muchos casos, a los que anteriormente se ha hecho referencia, de heridos que no recibieron asistencia facultativa oficial y pronto pudieron salir de Madrid, pues se sabe que se incorporó al Ejército de Galicia y, con fuerzas de él, tomó luego parte en la desgraciada batalla de Ríoseco.

tazos. *El capitán de Infantería*, destinado en las Reales Guardias Waloñas, don Francisco Javier Cabanyes, que tampoco acató la orden de acuartelamiento, no debía hallarse lejos del Parque y tal vez no fué extraño a las peleas en que ardían las estrechas calles del barrio de Maravillas, supuesto que abonan el encendido ambiente callejero, al que ningún español que se preciara de tal era capaz de sustraerse, y sus elevados y anteriores propósitos de luchar contra los franceses (26), cuanto que prontamente acude a casa de Daoiz, lo mismo que otros amigos y compañeros (27), sabiéndose con certeza que entre una y dos de la tarde se presenta en la parroquia de San Martín en busca de los auxilios espirituales para el ya agonizante heroico artillero. *El capitán de la Cruz* (28), asimismo de Artillería, no fué ajeno a la excitación popular.

Por el *Catálogo* de víctimas se conoce, de manera irrefutable, que con el pueblo intervinieron *activamente*, en las enconadas refriegas que ensangrataron Madrid, no pocos miembros de su guarnición, pues no es sensato suponer que solamente lucharon los que murieron o quedaron heridos, pertenecientes a los *Regimientos de Infantería de Reales Guardias Españolas, Reales Guardias Waloñas, Voluntarios de Aragón y Suizos de Preux* (29), y de *Caballería de Dragones del Rey y de Lusita-*

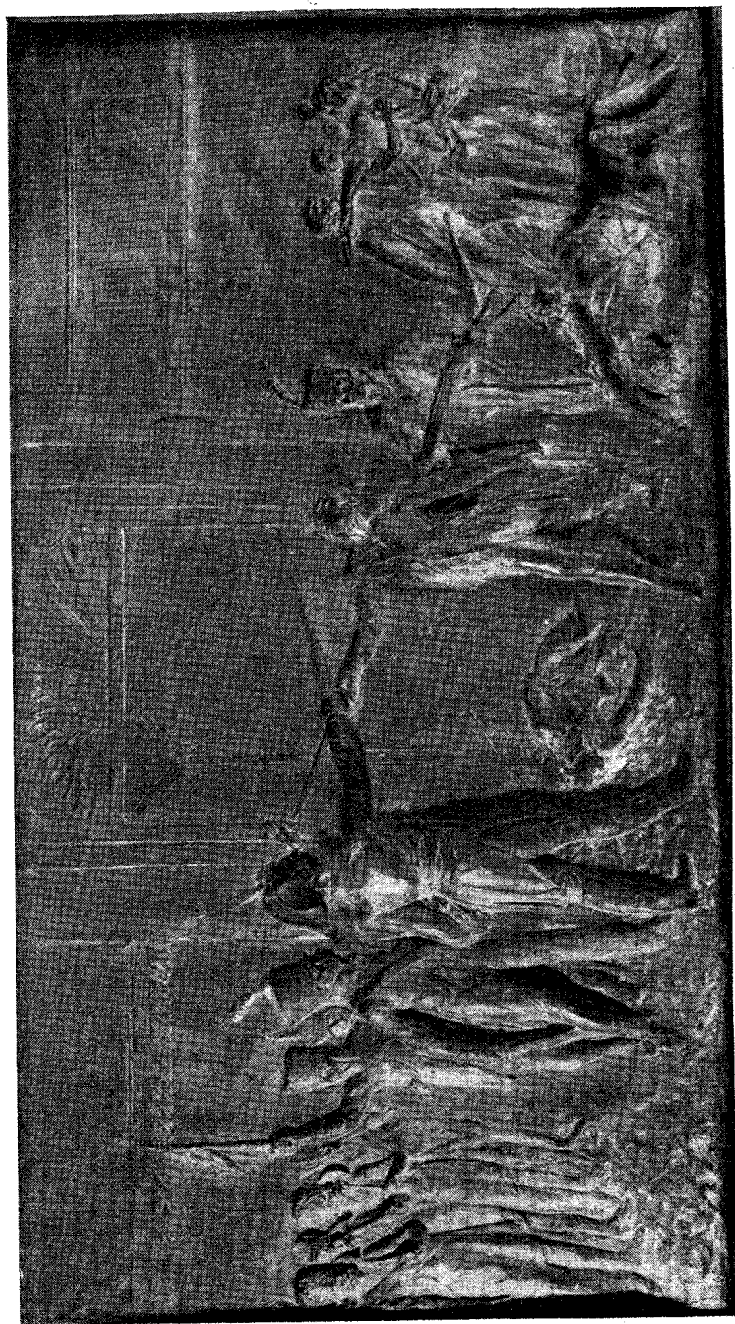
(26) El 30 de abril se dirigió por escrito al gobernador de Cervera, su pueblo natal, solicitando se le tuviera en cuenta para el mando de los tropas de ese Corregimiento al llegar el momento—que en su claro entendimiento estimaba inmediato—de que toda España se levantara en armas, puesto que el proceder del Emperador—decía—«ha llenado de horror a la Nación española y ha excitado sobremanera su justa cólera y venganza». Y terminaba con estas palabras: «... pueda yo, por fin, probar en esta justa guerra mis deseos de derramar hasta la última gota de mi sangre en defensa de la Religión, del Rey y de la Patria».

Tal documento se inserta íntegro por Pérez de Guzmán y fragmentariamente por Antón de Olmet en sus citadas obras, págs. 357, 358 y 166, respectivamente.

(27) *Capitanes de la Secretaría de Estado Mayor de Artillería don Joaquín Osma, don César González y don Francisco de Vargas; oficial de Cuenta y Razón don Manuel Almira*, el asistente del héroe, el o los sacerdotes que le asistieron en sus últimos momentos y *la familia del teniente coronel Novella*, su amigo entrañable y próximo vecino, quien, enfermo, no pudo personarse allí «como pugnaba por hacerlo», si bien encargó a los suyos le cuidaran «como a su misma persona» y «se tomasen las disposiciones que convinieran». (*Certificación* del indicado teniente coronel.)

(28) Hijo del célebre sainetero don Ramón.

(29) Como este Regimiento se encontraba acantonado en Villaverde, es de creer que buen golpe de sus soldados, encuadrados o no por oficiales, acudieron a Madrid para intervenir en la lucha.



La muerte de Daoiz. Bajorrelieve en chapa que figuraba en la carroza en la que fueron trasladados los restos de Daoiz y Velarde a la Real Iglesia de San Isidro el 2 de mayo de 1814.

(Museo del Ejército. Segunda sala de Recuerdos Históricos, n.º 41.018).

que habian entónces en España; ultimamente voy a contar que no tengo presente, y en los que desplazara Velarde todo lo mas profundo de su principio Militar, el conocimiento de los hombres, el de la Nación, y por donde se reconocia a primera vista el sublime entusiasmo con que habia escrito: Dicho Plan lo recogió el Teniente Coronel D. M. G. de Oña, y lo entregó al Sr. Quintana para que se viera en incluirlo en el Memorial que creo no se ha ejecutado.

Creyó Velarde que Gorril pensaba como él, creyó preciso introducirle con este ministro para adquirir noticias que le eran necesarias, y esta proximidad en su persona fue un mal que no protegió Velarde, y quando quiso evitarlo ya no era tiempo; la penetracion de Gorril y su disimulada perspicacia atrajo a mi compañero Velarde hasta el punto de que le confiere sus ideas, y sin admirarse de su arrojado intento meció el ministro su deseo de conocer del asunto, y aun se convida a contribuir en el mismo; con toda aquella sagacidad propia de un diplomático francés y castellano. El resultado que Velarde deviere comunicar con pulso en su plan, y q' deviera tambien comunicar con sus compañeros en todos los paises que diesen lugar a adelantarse por apremiar el efecto, y tener formado un buen concepto de Gorril, al menos que no dudara de su fama de ser Español y querer como tal en la ocasion que aguraron las Cortes nuevas; se descubrió al ministro con quanto havia escrito y pensado; y con un mano feitar a donacion aprobó todo, y aun de palabra añadió reflexiones e ideas que acabaron de enganar a Velarde para creer prevenido a su favor a Gorril. Pronto tubo el desengaño, se advirtieron disposiciones y precauciones por lo francés, y pero mandadas executar por el mismo ministro, que clara y evidentemente se hicieron palpables, y sin querer oponerle abiertamente ni demostrar se sabia todo, destruyeron de un golpe y con finura lo que conocian que aun no era mas que un engaño, y q' faltava mucho para conducirle al fin. Se compararon tambien a disposición de los Gorril, se

Hoja del Certificado autógrafo del teniente coronel Novella, relativo a la vida militar y política de Daoiz y Velarde y a su sacrificio el 2 mayo de 1808.

(Museo del Ejército. Segunda sala de Recuerdos Históricas, n.º 40.987).

nia; de Granaderos de Marina; del Cuerpo de Inválidos, y del Resguardo de Rentas Reales. Guardias de Corps, sosteniendo a veces acaloradas reyertas, intentan libertar, y en una ocasión lo consiguen, a algunos desventurados que eran conducidos a los lugares de los fusilamientos.

Y en los postreros momentos de la lucha en el Parque, cuando los atacantes ya casi a quemarropa van a disparar sobre los agotados defensores, aparece la gallarda figura del noble realista francés *don Claudio Ana de San Simón, marqués de San Simón y conde de Rasse*, leal siempre a España, su patria de adopción, y *teniente general del Ejército español*, quien valientemente pasa por debajo de los fusiles franceses e impide la descarga que amenazaba a los maltrechos españoles.

En el indefendible y extenso Palacio de Monteleón—cuartel de Artillería, Parque y Almacenes y Museo Militar—se polarizó la lucha. De ella, que duró tres largas y angustiosas horas, fué alma y nervio el Ejército; en ella la dirección fué militar. Junto a infantes y artilleros, siempre hermanados, el elemento popular peleó con igual supremo arrojo. Y así fué posible que Pueblo y Ejército, de consuno, escribieran con su sangre una de las más bellas páginas de nuestra Historia.

No es este lugar para narrar esa epopeya; solamente se pretende destacar numéricamente y en algunos casos de manera nominal la intervención en ella de los militares, quienes, en contra de los designios de las autoridades superiores, unieron al soberano gesto de lo heroico la grandeza de un consciente sacrificio:

Guarnición del Parque (Artillería): un capitán (Daoiz), un subteniente (Arango); 14 cabos y artilleros (30) y un maestro de coches (paisano militarizado); total, 17.

Oficiales de Artillería, no destinados en el Parque: seis (capitanes Velarde, Cónsul, Dalp y Córdova, teniente Torres y subteniente Carpeña).

Compañía del Regimiento de Infantería Voluntarios del Estado, número 36: un capitán (Goicoechea), dos tenientes (Ruiz y Ontoria), un subteniente (Bruquera), tres cadetes (Pacheco, Rojo y Vázquez y Afán de Ribera), 33 «plazas de fusil» (31) y un soldado asistente; total, 41.

Jefe y Oficial de Infantería no pertenecientes al Regimiento dicho: teniente coronel Pacheco (exento de Guardias de Corps) y capitán Rovira (del batallón de Milicias Provinciales de Santiago de Cuba).

(30) Opinión más generalizada; excepcionalmente se ha escrito fueron 16.

(31) Las narraciones consultadas coinciden en este número; salvo una, que consigna 40, y otra, que lo eleva a 60.

Cuerpo de Cuenta y Razón: un oficial (Almira) y un escribiente (Rojo).

Las bajas del personal militar, que semejantes circunstancias a las aducidas al tratar de las de los paisanos autorizan a pensar se elevaron en mucho a las que figuran en el *Catálogo* de víctimas, y desde luego afirman el número muy superior de combatientes del Ejército, englobados muertos y heridos y distribuídas por Armas y Cuerpos, son:

Infantería: Reales Guardias Españolas, un cadete (Zapata) y dos soldados; Reales Guardias Walonas, cuatro soldados; Regimiento Voluntarios del Estado, un teniente (Ruiz), un cadete (Vázquez y Afán de Ribera) y 17 soldados; Regimiento Sevilla, un soldado (32); Regimiento Voluntarios de Aragón, dos soldados; Regimiento Suizo de Preux, cinco soldados; Ministerio de la Guerra, un capitán (Calvo); sin destino en la guarnición, un teniente coronal (López de Ayala) y un capitán (Rovira). Total, 37.

Artillería: Junta Superior Económica, afecta al E. M. del Cuerpo, un capitán (Velarde); guarnición del Parque, un capitán (Daoiz), un cabo y seis soldados. Total, nueve.

Caballería: Guardias de Corps, dos mozos de caballos (33); Dragones del Rey, tres soldados; Regimiento Pavía, un soldado (34); Regimiento Lusitania, un soldado. Total, siete.

Cuerpo de Cuenta y Razón: un escribiente (Rojo).

Capitán médico de los Reales Ejércitos, uno (Rodríguez Velilla).

Cuerpo de Inválidos: un sargento y seis soldados. Total, siete.

Marina: un alférez de navío (Van Halen) y tres granaderos. Total, cuatro.

Resguardo de Rentas Reales: un brigadier (Galet) y seis individuos. Total, siete.

Total general, 73.

IV. OLVIDO. OMISIÓN. INJUSTICIA

Las cuatro figuras señeras de la defensa del Parque de Monteleón brillan con luz propia; las hazañas de cada una de ellas bastaría a ele-

(32) Seguramente con permiso en Madrid, pues su Regimiento no pertenecía a la guarnición.

(33) Sin ser en puridad soldados, estaban encuadrados en la especial organización militar de ese Cuerpo.

(34) Le es de aplicación lo mencionado en la nota 32.

varlas individualmente al pináculo de la gloria. Pero para que la gesta tuviera lugar era preciso que, bajo el signo común del patriotismo y del honor, vigorizados moral y materialmente por algunos compañeros de armas y el pueblo sin excepción, aunaran sus voluntades y esfuerzos, vertieran juntos su sangre. Y Daoiz y Velarde, Ruiz y Rovira, generosamente lo hicieron. Unidos, pues, en la lucha los cuatro dignos oficiales, unidos debieran estar en el recuerdo y veneración de los españoles y en las páginas de nuestra Historia. Mas incomprensiblemente no ha sido así.

Velarde muere en el Parque; Daoiz, ya herido y apoyándose trabajosamente en un cañón, sublimiza su proceder al retar a Lalande, que airadamente recrimina su actitud, y caer moribundo, no por obra del débil acero del coronal francés, al que llega a herir hasta tres veces, sino atravesado por las espadas y bayonetas de oficiales y soldados galos, quienes, incitados por su maltrecho jefe, alevosamente intervienen en el desafío para convertirlo en vil asesinato (35). Tal vez estas circunstancias, y, desde luego, el valor y sacrificio de que en todo momento hicieron gala, calaron profundamente en el corazón de los españoles coetáneos, y sus sentimientos de admiración, fielmente recogidos en narraciones verbales o escritas y que plasmaron bellamente en obras poéticas, pictóricas y escultóricas, llegaron a nuestros días. Hoy, al mencionar el *Dos de Mayo* o el *Parque de Monteleón*, espontáneamente asoman a los labios con admiración los nombres de Daoiz y Velarde.

Con Ruiz no ocurrió eso. Su proceder no estuvo en ningún momento por bajo del de los dos esclarecidos artilleros; pero su recuerdo, el de su hazaña, el del angustioso calvario que, herido de muerte, mas sostenido por su fortaleza espiritual, hubo de recorrer hasta rendir ignoradamente su vida en Trujillo, quedaron como difuminados en la mente de los españoles de aquellos tiempos, y ello, naturalmente, influyó en la obra de los historiadores que entonces y en épocas posteriores encauzaron la opinión. Ibáñez Marín, en un reducido pero enjundioso artículo, *La Pos-*

(35) En contraposición con esta actitud, es justo señalar la hidalguía del también coronel francés conde de Mantholón, prisionero en la lucha, pero tratado con toda clase de miramientos, quien al ser liberado y tomar como más antiguo el mando de las fuerzas de ocupación del Parque, no solamente permitió la retirada de los restos de la compañía de Goicoechea, sino que impresionado como militar y caballero por la grandeza de ánimo de los que mantuvieron tan brava defensa, autorizó la retirada del cadáver de Velarde y de los cuerpos exánimes de Ruiz y Daoiz. Tampoco se opuso, si bien con cierta condición, de la que por cierto el beneficiado hizo caso omiso, a la salida del subteniente Arango.

teridad y su Justicia (36), tras algunos párrafos que ilustran sobre el particular (37), dice así: «Existía, además, por lo que a la personalidad del teniente Ruiz se refiere, otra razón poderosa que conspiraba para que su gloria no brillase con toda su intensidad, pese a las nobles indicaciones que en loor de su nombre habían hecho artilleros esclarecidos. Y esa razón la indica con su habitual discreción uno de los historiadores más sesudos de nuestra Santa lucha: el alemán Schepeler. Schepeler, luego de presentar en las primeras páginas de su obra el heroísmo del modesto teniente de Infantería, juntamente y al lado de la gloria imperecedera de Daoiz y de Velarde, hace ver que, por la circunstancia de no haber muerto Ruiz en el acto, en el Parque y en Madrid, su fama estuvo un tanto olvidada. Y realmente, la indicación del historiador es exacta. La muerte del soldado, con ser siempre digna de loa por la propio naturaleza del sentimiento que la provoca, tiene cambiantes y produce ecos varios, según las circunstancias que la rodean... Muriera Ruiz Mendoza por el balazo primero o por el segundo, en aquellos instantes en que su heroísmo pujante arrastraba y enardecía a los decididos como a los tibios, y su nombre se hallaría desde entonces en la cumbre de la gloria. Felizmente, para la verdad histórica y para la pureza de su nombre, hoy están sus hechos conocidos, contrastados y loados.»

Si bien no de la manera rotunda que el ilustre escritor militar supone, así fué en efecto, aunque para ello se precisaran muchos años y el noble ahinco de generosas voluntades. Porque es lo cierto que las anteriores omisiones, o la fría parquedad al tratar del héroe, crearon un ambiente que llegó a desdibujar la recia personalidad del infante, al que generalmente se presenta como un mero auxiliar, situándole en plano secundario. Y se llegó, y el error frecuentemente persevera en

(36) Incluido en la publicación del Ayuntamiento de Ceuta, ya citada, *Jacinto Ruiz Mendoza*.—2 mayo 1808.—2 mayo 1908, págs. 31 y 32.

(37) «La proeza viril, espontánea y generosa del teniente D. Jacinto Ruiz Mendoza, reconocida y proclamada primeramente por Autoridades ilustres del Cuerpo de Artillería, tuvo por enemiga a raíz de la homérica lucha del Parque de Monteleón, la balumba misma de la *Independencia, guerra y revolución de España*. En aquel tráfago de pasiones y de sangre, el tiempo y los sucesos constituían vorágine permanente que devoraba los actos más briosos y levantados. Pero, tras aquel bregar cruentísimo contra las legiones invencibles del titán corso, vino en nuestra vida interna otro período de enconos y de choques para la implantación del régimen constitucional. Y como en la gestación, también cruenta, de ese período, actuaban con singular relieve, ya en pro o ya en contra, los hombres mismos de las campañas de 1808 a 1814, resultó de ello que la opinión abandonó con su grato recuerdo y con su aplauso a los paladines de la libertad y de la honra de la Patria.»

algunas narraciones modernas, a ignorar hechos que glorifican al bravo y modesto teniente de Infantería: acción decisiva y audaz para desarmar a la compañía francesa que guardaba el Parque; serenidad y desprecio del propio sufrimiento al ser herido por primera vez; arranque para frustrar y desbaratar el avance francés en un momento esencialmente peligroso; rasgo ejemplar de compañerismo y épica defensa hasta el final.

«Completa la tetralogía heroica de *actores* personales un héroe mucho menos popular que los anteriores, si bien su actuación resultó definitiva en los sucesos, de los que fué el promotor material, como Velarde, el exaltado, fué el instigador moral, Daoiz, el rebelde, consciente de homérica muerte, y Ruiz, el intrépido continuador de la defensa y compañero ejemplar.» Así se expresa el comandante de Artillería del S. de E. M. De la Plaza al mencionar en un notable trabajo (38) al capitán de Infantería en Reserva don Andrés Rovira. Efectivamente, este infante que lucha en la plazuela de Palacio, reúne a los dispersos, los agrupa y anima y tiene la inspiración, cuando marchan camino del Parque, de detenerse ante el edificio que ocupaba la Junta Superior Económica de Artillería. Allí, los vivas a España y a Fernando VII, los denuestos contra los franceses y las voces pidiendo armas, griterío que tiene por fondo el seco estampido de los fusiles y el ronco sonar de los cañones de las tropas de Murat, deciden, como se ha dicho, a Velarde. Al acuerdo de los dos oficiales, quienes tal vez antes no se conocían, se debe el que se dirijan al cuartel de Mejorada, considerando indispensable la intervención de los infantes que allí se alojaban, ya que conocían la presencia en el Parque de una fuerza francesa y no ignoraban que la escasa guarnición española todavía permanecía fiel a la orden del capitán general de Madrid (39). En él, actúa con acierto en la organización

(38) *La defensa del Parque de Monteleón*, publicado en el número 71 (diciembre de 1945) de la revista «Ejército».

(39) No creo sea inoportuno recordar que el cuartel de Mejorada estaba situado en la calle Ancha de San Bernardo, en el número 83, entre las iglesias de Monserrat y San Hermenegildo, mientras que las oficinas de la Junta Superior Económica se hallaban instaladas en el número 44 de la misma calle, frente al que fué Noviciado de los jesuitas, y que, por tanto, para llegar a ese cuartel, Velarde, Rovira y los grupos de paisanos hubieron de dejar atrás la calle de San José (hoy de Daoiz) y luego desandar el camino para tomar la indicada vía que conducía a la entrada principal del Parque. Es decir, que el hecho de que los dos capitanes, con indudable clarividencia, se decidieran a alargar el recorrido normal, con la natural pérdida de tiempo, que podía ser aprovechado por los franceses para reforzar la guardia del Parque, evidencia, como lo probaron a poco los hechos, que no es ni con

de la defensa, pelea con ardor hasta el final de ella y, ya aplastada la resistencia, herido, consigue escapar. Quien en pocas ho.as escribió tan bella página, sólo por excepción en alguna narración es mencionado y, en consecuencia, su nombre es hoy desconocido para la generalidad de los españoles.

El cadete don Juan Manuel Vázquez y Afán de Ribera entra en el Parque con su compañía de Voluntarios del Estado y en el puesto que se le asigna lucha y muere. Por la modestia de su empleo y porque pronto le llegó la muerte no puede decirse fuera una figura estelar en la gran tragedia de la defensa del Parque; por su entereza en la pelea, por su serenidad en el tránsito, por su tierna edad, sí cabe suponer debió inspirar entonces las mayores simpatías entre los testigos de los hechos, como hoy indudablemente las inspira en cuantos saben de su sacrificio. Sin embargo, es lo cierto que, incomprensiblemente, las narraciones callan, y hasta el propio Pérez de Guzmán, tan minucioso en sus descripciones, nada dice sobre el particular; hasta omite su nombre, cuando cita los de los otros dos cadetes y todos los oficiales de la compañía, y sólo incidentalmente lo menciona en una nota relativa a los niños muertos en las calles y, naturalmente, en la fría relación del *Catálogo* de víctimas, aunque incurriendo en error con respecto al lugar en que murió. Pero la Infantería puso noble empeño en que no se borrara el recuerdo de aquel niño de doce años, de familia acomodada y noble ascendencia, orgulloso al vestir el blanco uniforme con peto carmesí de la Infantería de línea de España, que, manchado por su propia sangre, había de ser digna mortaja de un héroe, y le dedicó una bella lápida en mármol y bronce, que hoy se conserva en el *Museo del Ejército*.

Don Rafael de Arango, teniente de Artillería, según él, o subteniente, como le nombra el coronel Navarro Falcón en su *Certificado*, en un caso u otro ayudante interino del Parque, en las varias veces citada *Manifestación*, de la que es autor, dice en su comienzo que la defensa «la sustentaron no más que 22 artilleros entre oficiales, sargentos, cabos y soldados, y unos 80 paisanos, contra numerosos cuerpos de franceses aguerridos que atacaban sucesivamente»; y luego, más adelantada la lucha, contestando a su propia pregunta: «¿Cuántos y cuáles eran ya los sitiados?», escribe: «Eran Daoiz y Velarde... Eran mis otros tres compañeros, que estaban en la expedición del nuevo tremendo ataque, los mismos que

mucho exagerado el sustentar se estimaba absolutamente indispensable la ayuda de las fuerzas de Infantería vecinas de Monteleón.

según de Portugal.
 No solicita el expediente
 ser preferido a nadie ni hacer
 ostentacion de un sero q. qual
 quiera otro oficial buerco he
 cho en igual, y circunstancias,
 tampoco manifestar q. la grave
 herida, q. aun tiene recibida,
 fue efecto de una cosa q. de
 las vicissitudes de la guerra
 militar, pero si de un acto q.
 V. C. como tan noble, fuerte y
 generoso (y a quien tantos
 motivos tiene p.ª vivir de un
 modo) se dignase mandar
 q. se le hiciera de una orden
 Certificacion, o qualquiera otro
 documento, p.ª autorizarle a
 llevar a quel distintivo, o qual
 quiera otro q. V. C. quisiera
 sensible en consideracion
 a su corto merecim.^{to}, pudiendo
 estar V. C. bien persuadido

Fragmento del escrito autógrafa de Ruiz solicitando autorización para usar el
 Escudo concedido a los que desde Portugal habían desertado para acudir a la de-
 fensa de su Patria.

(Museo del Ejército. Segunda sala de Recuerdos Históricas, n.º 41.013).

Do. a q. nada imbelis con may
 interes, q. buscar ocasion. Don
 de acreditar el uso de sacrifici-
 os por la oracion, el Rey,
 Peligro, y esta Provincia.

Cuartel Real de Badajoz
 4. de Oct. de 1808.

Exmo. Sr.

Excmo. Sr.
 Don Juan Ruiz y
 Mendizábal
 Comd.

estuvieron siempre firmes y elevados a la altura, no fácil de cumplidos subalternos de aquellos capitanes, era yo haciendo mi papel de ayudante. Eran diez entre sargentos, cabos y soldados de artillería que se portaban como por honor y patriotismo. Eran los poquísimos paisanos restantes harto acreditados de buenos españoles. Tales eran los elementos de que se componían unos cincuenta o sesenta pechos descubiertos y fatigados, que esperábamos el asalto de mil y quinientos veteranos, frescos y provistos de todas armas y municiones.» Y como ya ha indicado, al mencionar la entrada en el Parque de Velarde y otros tres oficiales de Artillería, que «entró también un capitán de granaderos del estado con tres subalternos (de lo que debido es nombrar a don Jacinto Ruiz) y unos 40 soldados», sin que pudiera fijar en el momento de escribir «los que llegaron antes o después», y casi al final consigna que «la compañía de granaderos de Estado se retiró lisa y llanamente», surge imperiosa una interrogante: ¿Qué hizo la compañía de Voluntarios del Estado durante la heroica defensa? En la prosa extraña del folleto de referencia se encuentra el siguiente párrafo: «El destacamento francés desarmado se colocó en un rincón del patio en que se creyó seguro, bajo la protección de la compañía del Estado, que se mantuvo inmóvil sin disparar un tiro en todo el día, muy a pesar de sus oficiales y soldados: pero debo decir en justicia que si el capitán cumplió cabalmente la orden de *no unirse a los paisanos*, tampoco los contrarió de ningún modo».

Ante tales afirmaciones y otras semejantes contenidas en el desgraciado folleto de Arango, en las que se falsea evidentemente la verdad y hasta alegremente se injuria a unos heroicos soldados y oficiales, a aquellos modestos, bravos y patriotas *blanquillos*, como en el argot militar de la época se llamaba por su blanco uniforme a los infantes de línea, cabría preguntar: ¿Tan distraído estaba ejerciendo sus no complicados menesteres de ayudante interino que no se dió cuenta de la acción de la compañía de Voluntarios del Estado, ante la que rindió sus armas el dos veces más numeroso destacamento francés, ni que este fué encerrado en las caballerizas y aquélla distribuída entre las débiles tapias y pabellón que flanqueaba la puerta principal y abría sus ventanas a la calle San José (hoy Daoiz), en uno y otro lugar no mezclada, pues ello lleva consigo la idea de confusión, sino disciplinadamente unida a los valerosos paisanos? ¿Cómo pudo ver en el patio inmóviles y sin hacer fuego a los infantes españoles, cuando es lo cierto, y está probado hasta la saciedad, que, unos, con el capitán Goicoechea, desde el edificio que daba a la calle San José, con sus descargas desarticulaban la primera

acometida francesa; otros, en las tapias traseras y aun laterales, en todo momento rechazaron los ataques de diversión de las tropas galas con fuego tan violento y certero que hizo escribir a Novella en su *Certificado* que «la Comp^a del Regimt^o de Granaderos de Estado esparcía la muerte por todos los alrededores del Parque, contrarrestando las medidas que tomaba un enemigo tan superior como astuto, para asaltar por su espalda el edificio...»; que parte de ellos acompañaron a Velarde cuando sucumbió en el patio al pretender salir a la calle; que algunos siguieron a Ruiz en su generoso intento de socorrer a Daoiz; que los pocos que ya quedaban casi sin municiones, lucharon hasta caer su teniente? ¿Se le olvidó, tal vez, al escribir, que Ruiz, al fin infante de Voluntarios del Estado, mandó con acierto y bravura insuperables un cañón, aun después de ser herido la primera vez, y que Goicoechea, al capitular, lo hizo con honra, cuando la defensa era imposible, para salvar dignamente la vida de los que quedaban, él entre ellos, continuando así una acción ya iniciada y que sólo, tras resultar mortalmente herido Daoiz, se interrumpió un breve tiempo al continuar la defensa por impulso de aquel esforzado teniente? ¿No llegó a ver, al finalizar la lucha, los cuerpos sin vida o heridos de la mitad de aquellos soldados a quienes, sin razón, tan mal trataba en su *Manifestación*? ¿No llegó a conocer que al cerrar la noche de ese trágico día, mientras él fuera del Parque preparaba su evasión, un oscuro teniente de aquella vilipendiada compañía, don José Ontoria, auxiliado por el maestro mayor de coches Pardo, conocedor de aquel dédalo de construcciones, patios y jardines que era el antiguo Palacio de Monteleón, por propio impulso y con grave riesgo de su vida, sigilosamente consiguió poner a salvo por una puerta falsa a unos 260 paisanos de los que intervinieron en la pelea y que no pudiendo escapar se habían ocultado en los últimos momentos de la defensa en el desván de uno de los edificios?

Este hecho, documentalmente probado, pregona el rasgo generoso de Ontoria—otro héroe olvidado—, que antes había destacado su bravura en la lucha, y desmiente categóricamente la gratuita aseveración de Arango de que sólo unos ochenta paisanos con veintidos artilleros sostuvieron la defensa del Parque (40). Y las vicisitudes inmediatamente posteriores

(40) El supuesto de que unos 102 hombres, que pronto, según el propio Arango, quedaron reducidos a cincuenta o sesenta, pudieran atender a servir las piezas, defender el perímetro que encerraba una superficie no menor de 617.248 pies cuadrados, preparar las municiones y proveer de ellas a cañones y fusileros, retirar y atender los heridos, etc., es a todas luces descabellado. Varios autores coinciden en

del tan nombrado Regimiento de Infantería Voluntarios del Estado, número 36, patentizan el alto espíritu que animaba a ese Cuerpo, el que, por ello y haber quedado en cuadro como consecuencia de continuas deserciones de oficiales y tropa, fué disuelto el 4 de junio al igual que los Reales Guardias Alabarderos y el Regimiento Suizo de Preux, número 6.

Desbordaría los límites de este trabajo el exponer más hechos, probablemente auténticos, y aducir claros razonamientos demostrativos del escaso fundamento de esa *Manifestación*, escrita fuera de tiempo, por especiales circunstancias de amor propio y pretendida justificación (42). Sin embargo, debe reconocerse que prestigiosos historiadores en ella se basan al escribir sobre este glorioso episodio del *Dos de Mayo*, y con sus nombres le prestan una autoridad de que en absoluto carece. Así, el que fué académico de la Historia, Pérez de Guzmán, en su magnífica y documentada obra, ya repetidas veces mencionada, al seguir fielmente ese incoherente y apasionado relato, se dejó influenciar por él con tan evidente perjuicio de la verdad que llegó a calificar de *apáticas* las filas de los Voluntarios del Estado (43). Apatía es imposibilidad de ánimo,

estimar que el número de defensores civiles (hombres y mujeres), nunca bastante ensalzados, no bajaría del millar.

(41) En la misma noche del 2, muchos soldados abandonaron su cuarteil, descolgándose por las ventanas y escalando las tapias, y marcharon con algunos oficiales a unirse a los ejércitos que en todos los distritos se organizaban, siendo el contingente más numeroso el que tomó la ruta de Galicia y sirvió de base, con otros elementos, para formar el Regimiento de Voluntarios de la Victoria (Conde Clonard. *Historia Orgánica de las Armas de Infantería y Caballería*. Tomo XI. Madrid, 1857; *Regimiento Victoria El Vencedor*.) Luego, se sabe que al finalizar mayo, con el doliente Ruiz, se dirigieron a Extremadura, incorporándose a las Unidades que allí se constituían, el ayudante mayor Romero, el capitán Luna y el subteniente Arce, y que a Santander llegaron y se emplearon en las fuerzas militares de esa provincia el capitán López de Barañano, cadetes Alonso, Alfaro y Madrazo y un número no determinado de soldados.

(42) Antón del Olmet, en su citada obra, y especialmente en su capítulo *Refutación inevitable de la "Manifestación" de Arango*, págs. 147 a 160, trata extensa y razonadamente sobre el particular.

(43) Pág. 403. Pérez de Guzmán cree que el *Elogio* de Ruiz, que conforme al R. D. de 29 de abril de 1891 había de leerse todos los años al comenzar el curso en la Academia General Militar de Toledo y del que fué autor el malogrado y docto capitán de Infantería don Pedro A. Berenguer, estaba «desgraciadamente calcado en la biografía puramente fantástica que publicó en Badajoz y en un periódico titulado *Almacén Patriótico*, un don Pedro Pascasio Fernández Sardino..., que escribió de oídas, con las ponderaciones de la fábula popular, lo que él llamó biografía de Ruiz Mendoza» (pág. 773). Con todos los respetos que me merecen el erudito historiador y su obra, considero que la «fantástica» biografía de «ese» don Pedro

indolencia, falta de vigor. Es a todas luces injusto el tachar de dejados, indolentes, faltos de energía, es decir, perezosos, negligentes, abandonados, flojos, a aquellos soldados que tan brava y activamente actuaron al ocupar el Parque y luego durante su defensa, de la que fueron factor principal. Y es indudable que la equidad rechaza rotundamente el supuesto de impasibilidad del ánimo, o lo que es lo mismo, de incapacidad de padecer, de una fuerza que perdió un oficial y un cadete y, sin merma

Pascasio Fernández Sardino, no un indocumentado, sino «médico de número de los Reales Ejércitos, que trató y asistió, sin duda, al heroico Teniente Ruiz cuando llegó éste gravemente herido de Madrid a Badajoz» (Ministerio del Ejército. Servicio Histórico Militar. *Guerra de la Independencia. 1808-1814. Diccionario Bibliográfico*, vol. I, pág. 204), merece ser muy tenida en cuenta, pues no estaba escrita a impulsos de ningún interés personal y sí a base de los relatos de los compañeros del biografiado que le acompañaron en su viaje y de otros oficiales y soldados procedentes de Madrid, y de las mismas referencias del héroe, hombre modesto como todos le pintan y demuestra un preciado documento autógrafo dirigido al general Galluzo, presidente de la Junta Suprema de Extremadura, que se conserva en el *Museo del Ejército*.

Según nota que al final consigna, Berenguer fundamenta su *Elogio* en la biografía mencionada o *Discurso en elogio de D. Jacinto Ruiz*, que se publicó en el segundo número, meses de junio-julio de 1908, del *Almacén Patriótico de Badajoz*, y luego fué reproducido con el título de *Noticia de lo ocurrido el día 2 de mayo de 1808 en el Parque de Artillería de Madrid, y asombroso valor de los inmortales Ruiz, Velarde y Daoiz* (Madrid, agosto de 1808); la *Oración fúnebre de las víctimas de Madrid en el Dos de Mayo de 1808, que a presencia de SS. MM. y AA. RR. dijo el 2 de mayo de 1817 en la Real Iglesia de San Isidro de Madrid el licenciado D. Antonio García Bermejo, capellán de honor, predicador de S. M. y canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Segovia* (Madrid, 1817); *Certificaciones* de don José Navarro Falcón, don Francisco Novella y don Rafael Goicoechea, y *Noticias biográficas* de Ruiz, Daoiz y Velarde (Las *Certificaciones* de los dos primeros y las tres *Noticias biográficas*, impresas, se custodian y exponen en la *Segunda Sala de Recuerdos Históricos del Museo del Ejército*).

Estudiados esas obras y documentos, a excepción de la *Certificación* de Goicoechea, que sólo conozco fragmentariamente a través de algún escrito, y citadas a lo largo de este trabajo otras obras consultadas, solamente resta, para completar la bibliografía empleada, mencionar las publicaciones: *Memorial histórico de la Artillería española* (Madrid, 1833), de Salas; *Memoria histórica de los principales acontecimientos del día Dos de Mayo de 1808 en Madrid, con expresión de las víctimas sacrificadas, rasgos heroicos, casas allanadas por los franceses, apuntes bibliográficos de Daoiz y Velarde y su exhumación y funerales en 1814, escrita por D. Emilio de Tamarit, Oficial tercero del Cuerpo de cuenta y razón de Artillería y dedicado al Excmo. Sr. D. Francisco Javier de Aspiroz, Director General del Arma* (Madrid, 1851), y artículos y reseñas que vieron la luz en distintos diarios y revistas, especialmente con motivo del Centenario, inauguración de la estatua de Ruiz y lápida de Vázquez y Afán de Ribera y traslado de los restos del primero.

de su elevada moral, sufrió, partiendo de la opinión más generalizada de integrarla treinta y tres plazas de fusil, un 48,48 por 100 de bajas, si se parte de las que registra el *Catálogo* de víctimas (44), o un 54,54, si se tiene en cuenta las consignadas en un extracto del Historial del Regimiento de Infantería de Alava, número 56, hoy 22 del Arma, sucesor del de Voluntarios del Estado (45).

En cualquier tiempo, en toda ocasión, una tropa castigada con tan elevado porcentaje de bajas, y que en las más adversas circunstancias lucha hasta consumir las municiones, hubiera sido aureolada con el dictado de heroica. En este caso, sólo ha merecido la amargura de un olvido que pregona la lápida que campea en el muro de la parroquia de San Justo y Pastor, antigua iglesia del derruido convento de Maravillas. Pero dejo que el punto final de estas *Aclaraciones* lo ponga el siguiente párrafo del diplomático Antón del Olmet (46): «...Y, sin embargo, por uno de esos fenómenos á primera vista inexplicables, por no existir una sola razón fundamental para ello, es lo cierto que la figura y aun el nombre de Ruiz desaparecieron de la vista y del oído de la multitud, borrándose su memoria durante más de medio siglo, á tal punto que en la lápida de mármol colocada últimamente el día 2 de Mayo frente á la puerta de Monteleón para conmemorar la Defensa del Parque, por el Círculo de Bellas Artes, se dice: «A los héroes populares que el día 2 de Mayo de 1808, auxiliando á los soldados de los inmortales Daoiz y Velarde, perecieron aquí por la independencia de la patria», no mencionando siquiera, con injusticia que exige reparación, pues que no ha podido ser cometida con un propósito deliberado de agravio, ni al inmortal Ruiz ni á los heroicos soldados de Infantería, que, acaudillados por él, dieron su vida ó su sangre en aquel mismo lugar, peleando por la libertad de España...»

(44) Siete muertos, fallecidos en el acto o luego a consecuencia de las heridas recibidas, y nueve heridos.

(45) REY JOLY: Art. y ob. cit., pág. 44. Siete muertos y once heridos, aunque no es aventurado suponer un mayor número de éstos, ya que el estado de algunos les pudo permitir retirarse con los restos de su compañía y curarse en el cuartel sin pasar por los hospitales, donde estaban expuestos a represalias francesas. Tales represalias no es de extrañar fueran temidas, porque se sabe ciertamente del caso de un soldado, aprehendido en ignoradas circunstancias y «fusilado en la Montaña del Príncipe Pío, después de haberse batido bizarramente en el Parque al mando de D. Jacinto Ruiz», como reza el *Catálogo* de víctimas (núm. 274, pág. 682).

Esta víctima no ha sido tenida en cuenta al calcular los tantos por ciento indicados en el texto.

(46) *Ob. cit.*, págs. 21 y 22.

LA FAMOSA HAZAÑA DE AGUSTINA DE ARAGON, «LA ARTILLERA»

por FRANCISCO LANUZA CANO
Coronel de Artillería

La revolución de España en 1808 es un cuadro interesante, y los sucesos ocurridos con este motivo en la capital de Aragón merecen ser descritos con cierta particularidad, para poder observar a los seres humanos en situaciones en que sus almas se ven violentamente agitadas y, por lo tanto, puestas en movimiento todas las facultades del hombre. Pero si volvemos la mirada a los años de la invasión napoleónica, en el ámbito de lo pretérito, sin la crudeza que da a los hechos el ser presentes, encontramos una mujer, AGUSTINA ZARAGOZA, cuyo recuerdo nos hace vibrar con el vigor de la raza. Su famosa hazaña, empero, llega a nosotros deformada por la fantasía.

Para estudiarla con rigor histórico, hemos buscado datos entre los legajos que yacen encarpados en los archivos de España, país más dado a realizar hazañas que a escribirlas, porque en la forma cómo los hombres tergiversan la voluntad ordenadora del Estado, es donde se halla la expresión de la existencia; y en los archivos, donde la ley choca con la vida, es donde se encuentran las apetencias, las ambiciones, los pequeños orgullos y los profundos resentimientos vinculados a los hombres.

* * *

En una amarillenta pero tersa y bien conservada hoja de uno de los infolios de Bautismos, de la parroquia de Santa María del Mar, de Barcelona, consta que el día 6 de marzo de 1786 fué bautizada una niña a la cual se impusieron los nombres de Agustina, Raimunda y María.

Aquella niña bautizada en el templo que después de la catedral es la iglesia más grande de la ciudad condal, fué la incomparable mujer que

la Historia registra con el nombre de AGUSTINA DE ARAGON, y el pueblo zaragozano bautizó con el remoquete de LA ARTILLERA.

La fe de bautismo, copiada literalmente y traducida del catalán, dice así:

«6 marzo 1786

En dicho día, mes y año he bautizado a Agustina, Raimunda, María, hija legítima y natural de Pedro-Juan Saragossa, obrero, y de Raimunda Domenech, cónyuges. Padrinos: Juan Altarriba, armero, y Agustina Vilumara, mujer del padrino.— Ramón Alber y Juliana. Presbítero y Subvicario.»

En el año 1747, otro Pedro-Juan Saragossa, payés de Fullea, y María Labastida, del mismo pueblo y unida al anterior por legítimo matrimonio, tuvieron un hijo al que impusieron los nombres de Pedro, Juan, Francisco y Ramón. Y por la misma época del siglo XVIII, un honrado albañil llamado Onofre Domenech, que estaba casado con María Gasull, tuvo con esta una hija que se llamó Raimunda.

Al correr el tiempo, río de acontecimientos, corriente impetuosa que con paso lento nos trae el futuro, Pedro-Juan Saragossa y Raimunda Domenech, al llegar el año 1772, se unieron en matrimonio y de él nació LA ARTILLERA.

La partida de matrimonio de los padres de Agustina Zaragoza, traducida del catalán, es como sigue:

«Día 8 de agosto de 1772. Yo, Ramón Pellicer, Presbítero y Vicario de Fullea, Arzobispado de Tarragona, hechas las acostumbradas amonestaciones en la presente iglesia, habiendo examinado a los abajo nombrados contrayentes en los rudimentos de Doctrina Cristiana y haberlos aprobado, después de leerles la previa Monición y estando presente en calidad de testigos: Salvador Margoret, alcalde, y José Cantó, todos del presente pueblo de Fullea, y habiendo confesado y comulgado los contrayentes, he asistido al matrimonio que han celebrado por palabras de presente Pedro-Juan Saragossa, soltero, payés del presente pueblo, hijo legítimo y natural de otro Pedro-Juan Saragossa, difunto, y de María Saragossa y Labastida, viuda, y la honrada Raimunda Domenech Gasull, cónyuges, todos del presente pueblo de Fullea, y entendido el mutuo consentimiento, los uní en matrimonio, fueron velados y el mismo día firmaron capítulos matrimoniales en poder de Ignacio Buñol, ciudadano honrado de Barcelona y No-

tario público de la villa Montblanch, día 17 de mayo de 1772.— Ramón Pellicer, Vicario.» (1)

Fulleda, pueblecito donde nacieron los padres y los cuatro abuelos de Agustina, es un lugar de la provincia y partido judicial de Lérida, que pertenece a la diócesis de Tarragona y al Ayuntamiento de su nombre. Como en Fulledda no se habla más que catalán, en él se expresaban los antecesores de la heroína y, asimismo, en lengua catalana expresó sus primeros deseos la que andando el tiempo sería una mujer excepcional.

Siendo aún una niña, pues sólo tenía diecisiete años, se casó con un apuesto mozo que era cabo segundo del Primer Regimiento del Real Cuerpo de Artillería, de guarnición en Barcelona.

La partida de este matrimonio es la siguiente:

«En la ciudad de Barcelona, y en el día diez y seis de Abril de mil ochocientos y tres; Yo, el infraescrito, he asistido al Matrimonio celebrado por palabras de presente entre partes de Juan Roca, Cabo 2.º de la Brigada del 1.º. Regimiento del R.º. Cuerpo de Artillería, natural de Masanel de Cabrenys, del Obispado de Gerona, hijo legítimo y natural de los consortes Ferriol y Rosa Vilaseca, de parte una: Y Agustina Zaragoza, soltera, natural de esta Plaza, hija legítima y natural de los consortes Pedro y Raimunda Zaragoza, de parte otra; siendo presente por testigos Alberto Dalmau, fabricante de medias, y Jaime Motas, artillero. Ministro Dn. Manuel Jordana.»

Juan Roca Vilaseca, primer marido de Agustina Zaragoza, había nacido en el año 1779; y cuando tenía diecisiete de edad, es decir, en 1796, ingresó como artillero en el Regimiento citado. En seguida fué destacado al vecino reino de Portugal, en el cual permaneció acantonado hasta 1797. En 1801, cuando la «Guerra de las naranjas» (2), volvió a Portugal y tomó parte en las acciones de guerra que se indican en su hoja de servicios. Hecha la paz con la nación vecina, regresó a Barcelona, conoció a Agustina, se enamoró de ella y se casaron. Poco después de

(1) Las mujeres casadas en Cataluña ponían en primer lugar el apellido del marido. Por eso en este documento la abuela de Agustina no figura con su verdadero apellido.

(2) La «Guerra de las naranjas» se llamó así, porque en la sostenida contra Portugal en el año 1801, que fué muy breve, el Príncipe de la Paz, Generalísimo del ejército hispano-francés, en el primer parte que dirigió al Rey, decía: «Las tropas, que atacaron al momento de oír mi voz, luego que llegué a la vanguardia, me han regalado de los jardines de Yelves, dos ramos de naranjas, que yo presento a la Reina.»

su matrimonio ascendió a cabo primero; y el día 18 de octubre del año 1804 fué promovido a sargento segundo. En este mismo año, viviendo en la capital del Principado, Agustina tuvo el primer hijo de Juan Roca.

En la hoja de servicios de éste, cerrada en fin de diciembre del año 1816, se leen los siguientes informes:

REAL CUERPO DE ARTILLERIA - DEPARTAMENTO DE BARCELONA
PRIMER BATALLON DE TREN

DON JUAN ROCA: Subteniente de la Segunda Compañía del expresado Batallón.

Sus servicios y circunstancias: las que abajo se expresan y ha justificado con patentes, certificaciones y otros documentos.

EMPEZÓ A SERVIR			LOS EMPLEOS QUE TUVO	LOS HA SERVIDO		
Día	Mes	Año		Años	Meses	Días
18	VI	1796	De Artillero.	6	2	>
18	VIII	1802	De Cabo Segundo.	>	8	22
10	V	1803	De Cabo Primero.	1	5	8
18	X	1804	De Sargento Segundo.	5	11	13
1	X	1810	De Sargento Primero.	4	7	13
14	V	1815	De Subteniente del Primer Batallón de Tren con la antigüedad de 23 de julio de 1815.	1	7	18
			Por abono de esta última campaña con arreglo a la Real Orden de junio 1815.			
Total hasta fin de diciembre de 1816.				26	6	2

EJERCITOS Y CUERPOS DONDE HA SERVIDO

Extremadura, Cataluña, Isla de Menorca, siempre en el Real Cuerpo de Artillería.

FUNCIONES EN QUE HA JUSTIFICADO HABERSE HALLADO

En el acantonamiento de Portugal, en el año 1797; en el segundo, en el año de 1801, acción de 20 de mayo en Ronches, Sitio de Campo Mayor, Puerto Alegre y Castell de Vi; en la Batalla del Bruch, el 14 de junio de 1808; en el Exto. de operaciones del Llobregat y delante de la línea en el Campo de Esplugas, en las acciones de los días 25 y 26 de noviembre de 1808; sitio de Barcelona, siempre

a la disposición de sus Xefes, hasta la Retirada del 16 de diciembre del citado Campo de Esplugas, y la del día 21 del mismo día, mes y año, en Molins del Rey; en las acciones de Aragón, en la de María, Montorrite y Belchite, los días 15, 16 y 18 de junio de 1809; en la acción de 21 de septiembre de 1810 en el Campo de Tarragona; en esta acción se resistió valerosamente desmontando un cañón de a 8 de los Enemigos, q^e estaba situado en la Baxada del Col Blanch; sufrió todo el sitio de las Islas Medas desde el 6 de noviembre de 1811, hasta últimos de enero de 1812.

NOTA : No ha usado de Real Licencia.

Ha justificado.
 Capitán Ayudante Mayor.
 Manuel Ruvanera
 (Rubricado)

Juan Roca.
 (Rubricado)

INFORMES

CONDUCTA	Buena.
VALOR	Lo tiene.
CAPACIDAD	Tiene.
APLICACION	Idem.
TEORICA	No tiene.
PRACTICA	La tiene.
INTELIGENCIA EN LA TROPA	Idem.
DISPOSICION PERSONAL	
SALUD	Robusta.
EDAD	37 años.
CALIDAD	Honrada.
PATRIA	Masanet de Cabrenys. Principado de Cataluña.
ESTADO	Casado.
ES A PROPOSITO	Para los ascensos inmediatos.

Hallo arreglados estos informes.

El Sub-Inspr. del Tren
 Gil Saenz de Tejada.
 (Rubricado)

Pedro Seguí.
 (Rubricado)

Me conformé.
 El Subinspr.
 Joaquín Ruiz de Porras.
 (Rubricado)

En el país de la «jota» existe una copla muy popular que dice:

*De Teruel los Amantes.
De Huesca, Ramiro el Monje.
De la inmortal Zaragoza,
Agustina y el tío Jorge.*

Con ella, los baturros declaran el origen aragonés de tan brava hembra. Sin embargo, Agustina Zaragoza, Domenech, Labastida y Gassull, que estos son los apellidos que de la heroína conocemos, no fué aragonesa sino catalana por los cuatro costados. Como tal, tenía una parte de todo aquello que tienen los catalanes. Sobre todo, tenía mucho de la manera de ser de sus padres, porque «somos tanto, tanto, de lo que fué nuestra madre y a su través de lo que fué el varón que nos engendró y que compartía con ella la lucha vital» (3), que «la vida mortal de los seres humanos está, en gran parte, escrita desde mucho antes de nacer, a través del filtro secular de la herencia que destila, generación tras generación, las calidades típicas de cada una de estas» (4). Tenía, asimismo, algo del espíritu militar de su marido, porque «la convivencia íntima con otro ser humano, cualquiera que éste sea, deja en nosotros huellas que no se pueden borrar jamás, aun cuando nuestra conciencia las olvide» (5). Y, mujer al fin, también tenía una parte de cuanto la rodeaba: ninguna cosa humana le era ajena, y sin desmentir los caracteres de la gente de su origen, en Zaragoza adquirió un estilo aragonés. Pues así como hay un estilo andaluz y un estilo castellano, existe también un estilo de Aragón, enérgico, vivo, conciso y sentencioso. Los aragoneses toman muchas veces como ejemplo el refranero y en ellos domina el anhelo de ser señores de sí mismo y de no sujetarse a nadie. Y, en verdad, en Agustina Zaragoza dominaba el fuerte, indomable e independiente espíritu aragonés.

Conviene advertir que el apellido Zaragoza fué primero Saragossa, como consta en los documentos que hemos presentado. El cambio de la «s» por la «z» es relativamente moderno. En toda la documentación antigua, hasta en el nombre de la capital de Aragón, figura la «s» o la «ç».

* * *

(3) GREGORIO MARAÑÓN: *Ratz y decoro de España*.

(4) Idem, íd., íd.

(5) Idem, íd., íd.

Aunque la mentira hace un viaje en torno al globo mientras la verdad se calza las botas para salir andando, el engaño con que Napoleón pretendió dominar a España no se mantuvo mucho tiempo oculto. El *Dos de Mayo* dieron los madrileños la señal de alarma que cundió por toda la nación, y como en los días de Agosto, en Cantabria se escuchan los cantos de guerra que invitan a la resistencia; la Universidad, el Pueblo y la Iglesia, con sus párrocos a la cabeza, despliegan en Galicia la bandera de la patria que pide defensa; Castilla clama por su rey legítimo; León convoca a sus bravos montañeses; Extramadura pide a Portugal que olvide los odios anteriores y se apriete a España en estrecho abrazo para salvar la independencia de la Península Ibérica; los valencianos hacen sonar las campanas de su Miquelete para agruparse a la sombra del Rat Penat; Andalucía agrupa a sus garrochistas, y Cataluña prepara sus somatenes que se harán famosos en el Bruch. Y de la misma manera que la religión, no el ateísmo, es el antídoto de la superstición, la independencia, y no la esclavitud, lo es de la anarquía, que hubiera reinado en España si en toda ella no se hubiesen unido sus habitantes para luchar contra el invasor. Y es que la independencia tiene mil encantos que los esclavos, aunque satisfechos, jamás conocen. Los españoles, que la aman con pasión, están bien dotados para gozar de ella, por que viven con poco, que es la base indispensable para tener independencia.

Al empuñar las armas el pueblo catalán, Juan Roca, entonces sargento de Artillería, llamado por sus deberes militares, tuvo que separarse de su mujer; y ésta, viéndose sin su marido, a primeros de junio abandonó a Barcelona con dirección a Zaragoza, llevándose consigo, como era natural, al fruto de sus amores, que tenía unos cuatro años.

Por qué Agustina encaminó sus pasos a Zaragoza, es cosa que no sabemos. Hay quien dice que fué porque allí, circunstancialmente, se encontraban sus padres resolviendo una cuestión de intereses; y que éstos, alojados en casa de su otra hija, Elena, casada con el capitán Bacit, la llamaron.

En el Archivo General Militar de España, instalado en el Alcázar de Segovia, en el cual están registrados casi todos los apellidos que existen en la nación, no hemos encontrado ningún Bacit. Por ello, dudamos que tal capitán haya existido.

Aseguran otros que el motivo que la llevó a Zaragoza fué el suponer que allí había ido a parar su marido, del cual no tenía noticias.

Si sus padres no estaban en Barcelona y ella creía que su marido

estaba en la capital de Aragón, lógico es que a tal ciudad fuese huyendo de la soledad en que se hallaba.

Cualquiera que fuese la causa que originó el viaje, lo cierto es —ella lo dice, como ya veremos— que cuando empezaba junio, emprendió la marcha hacia la capital donde se haría famosa. Por el camino se encontró en «la primera escaramuza que padecieron los franceses desde Esparraguera al Bruch», y llegó a Zaragoza cuando la ciudad empezaba a ser atacada por el enemigo.

La efervescencia crecía por momentos en la capital. Todo había entrado en agitación y ya no había lugar para la cordura. Y puesto que las noticias que se recibían de otras provincias anunciaban un levantamiento general, Palafox comunicó a las personas que empezaron a prestarle sus luces, que hablaran claro. Así, don Basilio Bogiero, padre escolapio que había sido preceptor de los hijos del Marqués de Lazan, a quien se cree autor de las proclamas que lanzaba el Capitán General, inflamó el ánimo de los aragoneses suscitando especies que sólo podían conducir a la efervescencia y aumento del odio contra los usurpadores y tiranos.

Como el levantamiento en las provincias crecía, aun cuando los enemigos ocupaban las plazas fronterizas y habían decretado rigurosas penas para los militares que se fugasen, diariamente se presentaban en Zaragoza oficiales de todas las graduaciones y algunos soldados. Así, el 26 de mayo, la Compañía de Fusileros constaba ya de 50 Oficiales, 11 Sargentos, 21 Cabos y 168 Soldados. Y la de las partidas de reclutas, aunque diseminada por la provincia, contaba con 5 Capitanes, 23 Subalternos, 41 Sargentos, 3 Tambores, 70 Cabos, 383 Soldados y 157 Reclutas. Además, de diferentes Cuerpos, el día 28 de mayo habían llegado a la capital 5 Capitanes, 9 Tenientes y 5 Subtenientes. Con esta débil base, se comenzó a organizar los Tercios de voluntarios; y pocos días antes de ser atacada la ciudad por el General Leffevre, es decir, a primeros de junio, las fuerzas que había en Zaragoza eran las que figuran en el cuadro que se inserta a continuación:



Agustina de Zaragoza. Dibujo tomado del natural, por Galbez.
(Colección Iconográfica de la Biblioteca Nacional. Madrid).



El General don José de Rebolledo Palafox y Melci. Grabado de Esteve.

(Sala de Estampas de la Biblioteca Nacional).

	C u e r p o s	Tropa	Caballos
De Cuerpos vetera- nos o del Ejér- cito	Voluntarios de Aragón que se hallaban de bandera, de los dos Batallones ...	300	
	Idem que estaban de partida, de varios Cuerpos	456	
	Reclutas de los Cuerpos de Voluntarios de Aragón	157	
	Dragones del Rey	300	90
	Artilleros y Zapadores	250	
Del nuevo alista- miento	Cinco Tercios de paisanos reglamenta- rios, a mil hombres cada uno	5.000	
	Dos Tercios de Fusileros de a mil hom- bres cada uno	2.000	
	Compañías de D. José Obispo	400	
	<i>Total</i>	8.863	90

Haciendo recobrar al reino su antigua personalidad, Palafox reunió en Zaragoza, en asamblea deliberativa, los cuatro brazos que constituían las Cortes de Aragón, que convocó para el día 9 de junio.

Por aclamación, la Asamblea reconoció a Palafox como Capitán General y Gobernador Militar y Político del Reino y aprobó cuantas disposiciones había tomado, mostrándole el agradecimiento que el país le debía.

Antes de terminar aquella primera sesión de las Cortes, con el mayor entusiasmo se designó el día 14 para que, sin más aviso, se celebrase nueva sesión a las diez de su mañana. Pero la primera reunión fué también la última porque el enemigo no dió lugar a celebrar más, quedando sin efecto los nombramientos para la Junta Suprema de Gobierno, e ineficaces los demás acuerdos. Mas el ánimo de Palafox no decayó por eso, y de momento asumió todo el poder y autoridad, aunque después creó Juntas de carácter consultivo.

Según datos del General Foy, el ejército que Napoleón Bonaparte

había introducido en la Península en el mes de mayo de 1809, era como sigue:

	Batallo- nes	Escua- drones	Baterías	Hombres	Caballos
Al mando del General Junot ...	25	11	11 1/2	24.978	1.771
Al de Dupont	18	11	3 1/4	24.428	4.050
Al de Moncey... .. .	27		2	29.341	3.860
Al de Bessieres	51	10	5	19.036	1.881
Al de Duhesme	10	8	2	12.724	2.033
Guardia Imperial				6.412	3.300
<i>T o t a l</i>				116.919	16.895

Del ejército que sostenía la comunicación de Bayona con Madrid, salió para Aragón el que había de ocupar Zaragoza.

La topografía indicaba claramente el punto de ataque: El Ebro atraviesa de Noroeste a Sureste el Reino de Aragón. Lo más elevado de los Pirineos termina al Norte, y se van degradando y vertiendo sus aguas con mucha rapidez y en corta extensión hasta el expresado río; por lo cual, éste baña el pie de los montes sin que entre ellos ni sus aguas queden valles espaciosos hasta llegar a Juslibol, lugar que está al Noroeste y a media legua de Zaragoza. Al Oeste de Aragón están las sierras que lo separan de Castilla, y vierten sus aguas en el Ebro, a cuyas márgenes quedan valles y llanuras que se extienden desde Tudela, en donde tienen dos leguas de extensión, hasta Zaragoza. La división francesa destinada a operar contra Aragón, mandada por Leffevre, era de unos 5.000 hombres entre Infantería y Caballería, siendo esta última, proporcionalmente, más numerosa que la primera. Esta circunstancia ponía de manifiesto el talento y previsión del jefe superior que había detallado las tropas que iban a embestir a una plaza que no estaba fortificada, porque la Caballería es de gran utilidad contra una ciudad abierta para envolver las cercanías, dificultar las entradas de comestibles y las salidas aisladas, y para entorpecer convoyes. También llevaba la división alguna Artillería. Este ejército, cuyo objetivo era entrar pronto en la capital, y al que sólo podía oponérsele una Infantería formada ocho días antes, no podía dudar en escoger para teatro de la guerra la margen derecha del Ebro. Esta línea de operaciones era la

más corta para llegar a Zaragoza; les proporcionaba caminos cómodos, un canal navegable, abundancia de víveres, llevar cubierto el flanco izquierdo y, sobre todo, unas llanuras en las que su ejército, por la clase de tropas que lo formaban, adquiriría sobre el nuestro una superioridad conocida.

Como los vecinos de Tudela habían cortado el puente sobre el Ebro, los franceses cruzaron el río en barcas, y el día 12 en Mallén, y el 13 en Gallur, batieron a Lazan que intentó cerrarles el paso.

Victorioso el enemigo, avanzó hasta Alagón, en donde encontró al Capitán General de Aragón, que le opuso tenaz resistencia con dos piezas de artillería, 80 dragones del Rey, algunos oficiales y soldados sueltos, y hasta 5.000 paisanos. Pero esta gente, mal disciplinada, no pudo resistir el empuje de los veteranos de Napoleón, y Palafox tuvo que retirarse.

Engreído Lebfèvre por sus fáciles triunfos sobre los hermanos Palafox, el día 14 de aquel junio se acercó a la capital aragonesa en la confianza de no encontrar resistencia seria que le impidiese la entrada en la ciudad, porque «los pueblos en que hay exceso de frailes son fáciles de dominar» —le había oído decir a su Emperador— y porque sabía que Zaragoza no estaba bien artillada. «Los españoles no saben lo que son las tropas francesas; a los prusianos sucedía lo mismo y han pagado muy cara su ignorancia» —decía Lebfèvre—. Pero el desprecio con que los generales galos miraban el poder militar de España, y el concepto desfavorable que tenían de nuestra nación, tuvieron que lamentarlo muy amargamente, pues si en verdad era muy escasa la artillería con que al principio contaba Zaragoza, ignoraba Lebfèvre que los zaragozanos serían para su ejército, lo que Sagunto para los cartagineses y Numancia para los romanos.

A pesar de las derrotas de Tudela, Mallén y Alagón, Palafox rechazó de plano las proposiciones de rendición que le hizo el General francés. Y encargando del mando de la plaza al Teniente de Rey (6), don Vicente Bustamante, con las escasas tropas de que disponía, algunos paisanos y el Capitán de Artillería don Ignacio López, partió para Longares y puerto del Frasno, camino de Calatayud.

* * *

(6) Teniente de Rey: antiguo empleo jerárquico en el Cuerpo de Estado Mayor de Plazas, según la Ordenanza de 1768 (art. 1, tit. 3.º, trat. 6.º). El Teniente de Rey era el segundo jefe de la plaza. (Almirante: *Diccionario Militar*.)

A las nueve de la mañana del día 15, ante la desamparada Perla del Ebro se presentó la división de Lebfevre. Con esta sorpresa, confusos los zaragozanos al ver tan de cerca a las tropas francesas, se reunieron las autoridades para decidir qué partido se había de tomar. Pero cuando la Junta que se nombró comenzaba a actuar, tuvo que suspender la reunión porque un grupo de paisanos, armados con trabucos, se presentó de improviso en el salón donde se celebraba la sesión e hizo salir a todos diciéndoles: «Esta es ocasión para obrar, no para hablar». Y cuando vieron disuelta la Junta, ocuparon los balcones de la sala para hacer fuego al enemigo desde ellos, pues sin duda creían que no tardaría en presentarse.

Mientras esto sucedía, otros patriotas salían a cortar el paso a la avanzada que había destacado Lebfevre.

Los franceses rechazaron con facilidad a los paisanos. Pero como un pelotón de jinetes imperiales penetrara en la ciudad persiguiendo a algunos baturros, todos los de aquel barrio, sin distinción de sexos ni edades, se lanzaron contra ellos, y, dirigidos por el Coronel Torres, junto a la iglesia de Nuestra Señora del Portillo, Virgen a la que todos se encomendaban, les aniquilaron.

Cuando enterraron a los jinetes galos que tan alegremente entraron en la ciudad, todos los habitantes de Zaragoza se aprestaron a la defensa; y las campanas de las iglesias, con su toque de rebato, reunieron a hombres y mujeres, que acudieron a los puntos por donde calculaban que el enemigo intentaría penetrar.

* * *

Antes de hablar de los primeros encuentros con los franceses en la capital, creemos conveniente dar una idea de las inmediaciones y parte de la ciudad, siguiendo al cronista de Zaragoza, Alcaide de Ibieca (7), en cuanto dice sobre este extremo.

Casablanca distaba media hora de la población y desde ella partían dos caminos: real y anchuroso el uno, y más hondo y resguardado el otro, que quedaba a la derecha. Ambos caminos, a unos trescientos pasos de la Puerta del Carmen, situada al Mediodía, se reunían en uno solo y en el punto de su confluencia estaba el convento de los Capu-

(7) AGUSTÍN ALCAIDE DE IBIECA: *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*. Madrid, 1830.

chinos. El resguardo por ambos lados del segundo camino se debía a unos espesos y dilatados olivares. A la derecha y a la izquierda de la puerta citada, ya fuera de la ciudad, existía un paseo que, por la diestra, era recto hasta el puente sobre el río Huerva; por la siniestra, caminando hacia Poniente, estaba el convento de Trinitarios, primero, y después la Puerta del Portillo y el Castillo de la Aljafería; quedando frente a la primera el convento de los Agustinos descalzos. Todos ellos eran crecidos edificios.

La línea de la Puerta del Carmen, a los dos lados de ella, tenía el muro formado por unas tapias bajas del convento de Carmelitas y de las religiosas de la Encarnación, que eran los primeros edificios que había entrando por aquel punto de la ciudad. Después estaba la finca llamada Torre del Pino, que formando un ángulo abrazaba dichas tapias y otras que llegaban hasta la Puerta de Santa Eñgracia. Todo muy endeble.

El castillo llamado de la Aljafería es un edificio cuadrado, hermoso y de buena estructura, que tenía un buen foso, cuya latitud por la parte del camino era de cuarenta varas, y su altura de once; y por el lado del río Ebro tenía treinta y dos y seis y media, respectivamente. Sobre el lado más inmediato a la ciudad, existía un muro guarnecido de aspilleras y de rebellines en los ángulos. En el interior, el castillo ofrecía hermosas habitaciones y excelentes sitios para almacenes.

Al fin de la línea estaba el convento de los Agustinos. Y el camino, desde la puerta, pasado el castillo, se dividía en dos: uno que iba en derechura a Alagón, y el otro a la Muela. A la derecha de la Puerta del Portillo, formando la línea del circuito de la ciudad, la iglesia de este nombre. Seguía el cuartel de Caballería y luego el edificio de la Misericordia. A la izquierda estaban las tapias de las huertas de los conventos de religiosas de Santa Lucía, Santa Inés y Fecetas, que enlazaban con la Puerta de Sancho, frente al Ebro, por donde estaba el camino llamado de San Lamberto, que iba a unirse al mencionado de Alagón y era más profundo.

La situación de Zaragoza era muy mala, porque el enemigo, dueño de la llanura, podía llevar sus columnas por todas partes. En la ciudad, por calles y plazas, no se veía más que gente armada. Entre los paisanos, acalorados, cada uno se creía un general dueño de decidir en todo. Así, a cuantos conceptuaban traidores, los metían en la cárcel. Esta fué la suerte que le cupo al benemérito Coronel de Ingenieros don Antonio Sangenis, porque muy de mañana le vieron estudiar aten-

tamente las tapias y el terreno que circundaba a la ciudad. Tal arbitrariedad privó a la capital, en momentos decisivos para su defensa, de unas luces y talentos que eran insustituibles.

En tal situación, el enemigo decidió atacar a Zaragoza por tres sitios distintos: las Puertas del Portillo, del Carmen y de Santa Engracia. La columna que atacó por el Portillo fué acribillada por un certero fuego de flanco hábilmente dirigido por el Capitán retirado don Mariano Cerezo, que ocupaba el Castillo de la Aljafería. La de la Puerta del Carmen corrió la misma suerte, porque desde los árboles, las tapias y todos los edificios se le hizo un fuego tan eficaz, que diezmó la columna. Los que atacaron por Santa Engracia no fueron más afortunados, pues aunque una patrulla de Caballería llegó a penetrar en la ciudad, todos los que la integraban, tras un cruento combate, perecieron. Tres veces intentaron entrar por esta parte, pero el arrojo y valor de aquellos altivos y nobles aragoneses lo impidieron otras tantas.

Mientras esto ocurría, en las Eras del Rey o Campo del Sepulcro, nombres con que se conocían los terrenos que se extendían delante de las tapias que unían a los Agustinos descalzos con los Trinitarios, también se combatía con encarnizamiento; y Leffevre, lleno de asombro y bramando de ira, no comprendía cómo unos guerreros improvisados deshacían a sus curtidos veteranos, que tuvieron que retirarse al amparo de la noche y dejando en el campo de batalla 500 cadáveres, seis cañones y otras tantas banderas.

Lo más notable de esta acción, que se llamó de las Eras, fué que se obtuvo la victoria sin que hubiera un jefe o caudillo que guiase y aunase los esfuerzos de todos los defensores. Guiados por el instinto y estimulados por el peligro, los aragoneses obedecían por el momento a algunos militares que ejercían ascendiente sobre los más próximos a ellos. Así, aquel pueblo honrado, que poseía las grandes virtudes y el honor que conduce a la victoria, se immortalizó en Zaragoza el 15 de junio de 1808.

De este combate tan milagrosamente ganado, los zaragozanos sacaron la consecuencia de que necesitaban un caudillo por sí, como era de suponer, el enemigo repetía el ataque con más fuerza. Y como ignoraban el paradero de Palafox, los diputados y alcaldes se dirigieron al Intendente Corregidor para pedirle, en nombre de todos, que fuera su jefe.

Se culpó al Capitán General de abandonar a Zaragoza en la mañana de aquel 15 de junio; y su hermano el Marqués de Lazán, tratando de justificar aquella salida, dijo: «El General, hallándose sin tropas, no pudo

jamás esperar en la defensa de una ciudad abierta, cuyas fortificaciones eran ningunas, y sus defensores inexpertos en el arte de la guerra..., de manera que nada, nada, podía lisonjear el buen éxito; por lo que el Capitán General, considerando que si permanecía en la ciudad se exponía a perderlo todo, y que siendo jefe del Reino de Aragón podría hacérsele algún cargo sobre esto, determinó trasladar el Cuartel General y Estado Mayor a la villa de Belchite con ánimo de reunir allí a la tropa dispersa y volver a formar el pie de ejército de Aragón» (8).

Para dirigir los trabajos de fortificación se sacó de la cárcel al ingeniero Sanganis, a quien equivocadamente habían atropellado los paisanos; y los hermanos Tabuenca, arquitectos de la ciudad, le ayudaron en aquella empresa.

* * *

El día 18 de junio se dió principio a las obras de defensa, y de momento se hicieron las siguientes:

Delante de la Puerta del Portillo se construyó un reducto cuadrado, abierto por la gola, de treinta varas de largo. El parapeto de ésta, como el de las demás obras, tenía nueve pies de espesor, y el foso doce de anchura. Adoptáronse estas dimensiones por la calidad del terreno, premura del tiempo y calibre de la artillería que se conceptuó emplearían los sitiadores contra las tapias de la ciudad.

En el Castillo de la Aljafería, además de arreglar los parapetos, se construyó una batería de dos piezas y se apuntalaron los pisos de dos torres que habían destruido las baterías francesas.

En la Puerta del Carmen se construyó una batería para cuatro piezas. Se arrasó un olivar que quitaba vistas y se abrieron aspilleras en las tapias. Por delante se hicieron dos cortaduras con parapetos y fosos, y por detrás, un parapeto con foso hasta la Torre del Pino.

En la Puerta de Santa Engracia se construyó otra batería para cinco piezas. Se cerraron las calles con cortaduras. Se aspilleraron las tapias y los edificios en toda la línea desde la huerta de Santa Engracia hasta el Molino de Aceite, en donde sobre el muro antiguo se instalaron una batería alta y otra baja. Desde este lugar hasta la Puerta del

(8) MARQUÉS DE LAZÁN: *Manuscrito sobre la primera campaña del verano de 1808.*

Sol se aspilló toda la línea. A la derecha de la Puerta se construyó una batería para dos piezas y a la izquierda un reducto para cinco cañones.

En los torreones del antiguo muro y en el convento de monjas del Sepulcro se hicieron las obras necesarias para poner artillería.

En la Puerta de Sancho, en el Arrabal y en otros puntos se levantaron parapetos, se construyeron baterías y se hicieron cortaduras para cerrar algunas calles, mientras otras se protegieron con sacos terreros.

Aunque Lebfevre no pensaba repetir el ataque a la ciudad hasta recibir artillería de sitio, de Pamplona, intimó a los defensores a que se rindieran si no querían ser pasados a cuchillo. Mas la respuesta a esta amenaza fué la que cabía esperar de un pueblo de valientes que no tiene miedo a la muerte; porque si la muerte siempre es espantosa con cualquier traje que se vista, una muerte con honra es preferible a una vida vergonzosa. Pero si Lebfevre no atacó a la plaza, sorprendió, en cambio, a Palafox, a quien se le habían unido el Barón de Wersages, en Calatayud, y su hermano el Marqués de Lazán, en Almunia, con los cuales marchaba en busca del enemigo para librar a Zaragoza de la amenaza que sobre ella pesaba. La sorpresa fué en Epila. Allí, ganándole la mano, el enemigo le salió al encuentro y el 23 de junio le derrotó. Palafox tuvo muchísimas bajas, y este desastre le convenció que no era en campo abierto en donde había que combatir a los franceses, retirándose a Zaragoza pensando que en la ciudad sería más provechosa su ayuda.

Por qué el Marqués de Lazán no estaba tampoco en Zaragoza el día del combate de las Eras lo explicó el mismo, diciendo que «cuando comenzaban los franceses a atacar a las puertas de la capital, recorría varios puntos; y que viendo que llegaba una columna enemiga por la parte del río Huerva, y otra por el opuesto, trató de convencer a los paisanos del Arrabal para que se fuesen con él en auxilio de los que se defendían al otro extremo. Pero que no pudiendo conseguirlo por el pánico que tenían, con unos pocos marchó a la Puerta del Sol. Allí se le incorporó un pelotón de paisanos y se fué en seguida al puente de San José, porque le dijeron que atacaban los franceses. Pero como a poco llegó la noticia de que el enemigo había entrado en la ciudad y apenas se sentía fuego, lo creyó todo perdido y la ciudad tomada, por lo cual decidió retirarse. Pasó el río por el vado, y por una senda muy oculta, a la misma orilla del Ebro, con el Coronel Obispo y algunos

otros Oficiales, se dirigió al Burgo; de allí a Mediana, en donde hizo noche, y al otro día se fué en busca de su hermano» (9)

Don Lorenzo Calvo de Rozas, el jefe elegido cuando Palafox salió de Zaragoza y sin caudillo se triunfó en las Eras, de aspecto tranquilo, casi frío, era el hombre sereno que las circunstancias requerían. Por eso, a las pocas horas de haber aceptado el honor que le habían hecho, sin hacer excepción ni de los religiosos, todos tenían ocupación perfectamente señalada. Pero alarmado por la noticia de que los franceses iban a bombardear la ciudad, al día siguiente de la derrota de Epila mandó llamar al Marqués de Lazán, quien al llegar a Zaragoza tuvo una reunión con las autoridades, en la cual se acordó, por unanimidad, resistir hasta el último extremo. Y para dar mayor solemnidad a tal resolución y sellar con un compromiso el acuerdo, dispusieron para el día siguiente un juramento cívico en la Puerta del Carmen.

Cuando al otro día, 26 de junio, se reunió el pueblo con sus autoridades en la famosa Puerta, hoy monumento nacional, ante la bandera de la Virgen del Pilar, una voz potente preguntó:

—¿Juráis, valientes y leales soldados de Aragón, defender vuestra santa religión, vuestro rey y vuestra patria, sin consentir jamás el yugo del infame gobierno francés, ni abandonar a vuestros jefes, ni a esta bandera protegida por la Virgen del Pilar, nuestra Patrona?

—Sí, juramos —respondió el pueblo entero.

Con este juramento, la moral de todos alcanzó límites insospechados. Y cuando llegó Verdier con refuerzos para atacar a la ciudad y pidió entrada en ella bajo amenaza terrible si no le abrían las puertas, el Marqués de Lazán, en nombre de su hermano, rechazó la proposición con dignidad y como si fuesen fuertes, cuando en realidad aquella Plaza sólo tenía de fuerte la firme decisión de los aragoneses de defender, en una GUERRA DE CASAS, todos los edificios de Zaragoza.

El 27 de junio, Verdier, que fué quien tomó la dirección del ataque, acometió contra los puestos exteriores de la ciudad, y lo hizo con tal ímpetu, que poco faltó para que cayeran en sus manos. Pero si no se apoderó de ellos, no por eso la heroica Zaragoza se vió libre de dolor, por un fatal accidente. Habíase observado que ponían mucho empeño en apoderarse de Monte Torrero, y como en él estaba el almacén de pólvora, apresuráronse los defensores a trasladar ésta al interior de la

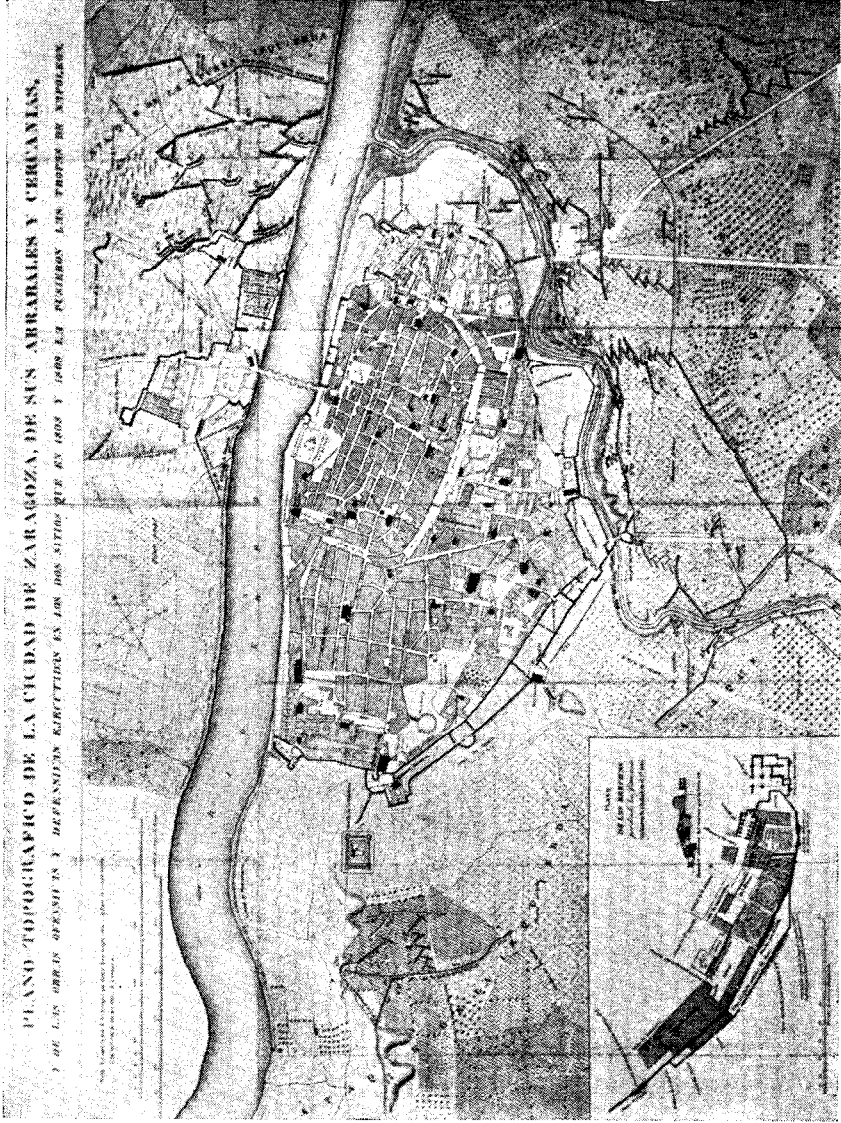
(9) MARQUÉS DE LAZÁN: *Manuscrito sobre la primera campaña del verano de 1808.*

ciudad. Operación peligrosa en manos inexpertas, que probablemente fué la causa que originó el desastre. Alrededor de las tres de la tarde se oyó una detonación tremenda, que hizo estremecer a la ciudad entera, y a la cual siguió una densa lluvia de polvo, piedras, trozos de vigas y diversos materiales. Aterrados los habitantes, huyeron al principio despavoridos, hasta que corrió la voz de lo sucedido: el edificio del Seminario Conciliar, escogido por su solidez para nuevo almacén de pólvora, había volado. Hasta catorce casas contiguas se desmoronaron repentinamente, y a gran distancia se encontraron miembros, completamente deshechos, de los desgraciados que se hallaban en el lugar de la catástrofe. Ante el desconcierto que produjo la hecatombe, muchos hablaron de traición, otros lo achacaron a impericia o a descuido, y lo cierto sólo Dios lo supo. Militares, paisanos y eclesiásticos entraban y salían en el almacén; y como la mayoría no era gente diestra habituada al manejo de la pólvora, no es aventurado atribuir el desastre a falta de precaución. Volaron 200 quintales de pólvora que estaba en barriles, y con tan crecida cantidad el efecto destructor tenía que ser desolador. Seres que todavía conservaban un resto de vida, gemían por el dolor. Algunos, cubiertos de tierra, casi enterrados, pugnaban por salir de los escombros. Otros, en lo alto de casas que no se habían acabado de derruir, presas por el terror, clamaban pidiendo auxilio. Escombros humeantes, hierros retorcidos y voces desoladoras daban al conjunto la más tétrica impresión. Aunque todos los que acudían en auxilio trabajaban con ahinco y gran abnegación, tenían que ser relevados muy pronto porque la atmósfera era irrespirable.

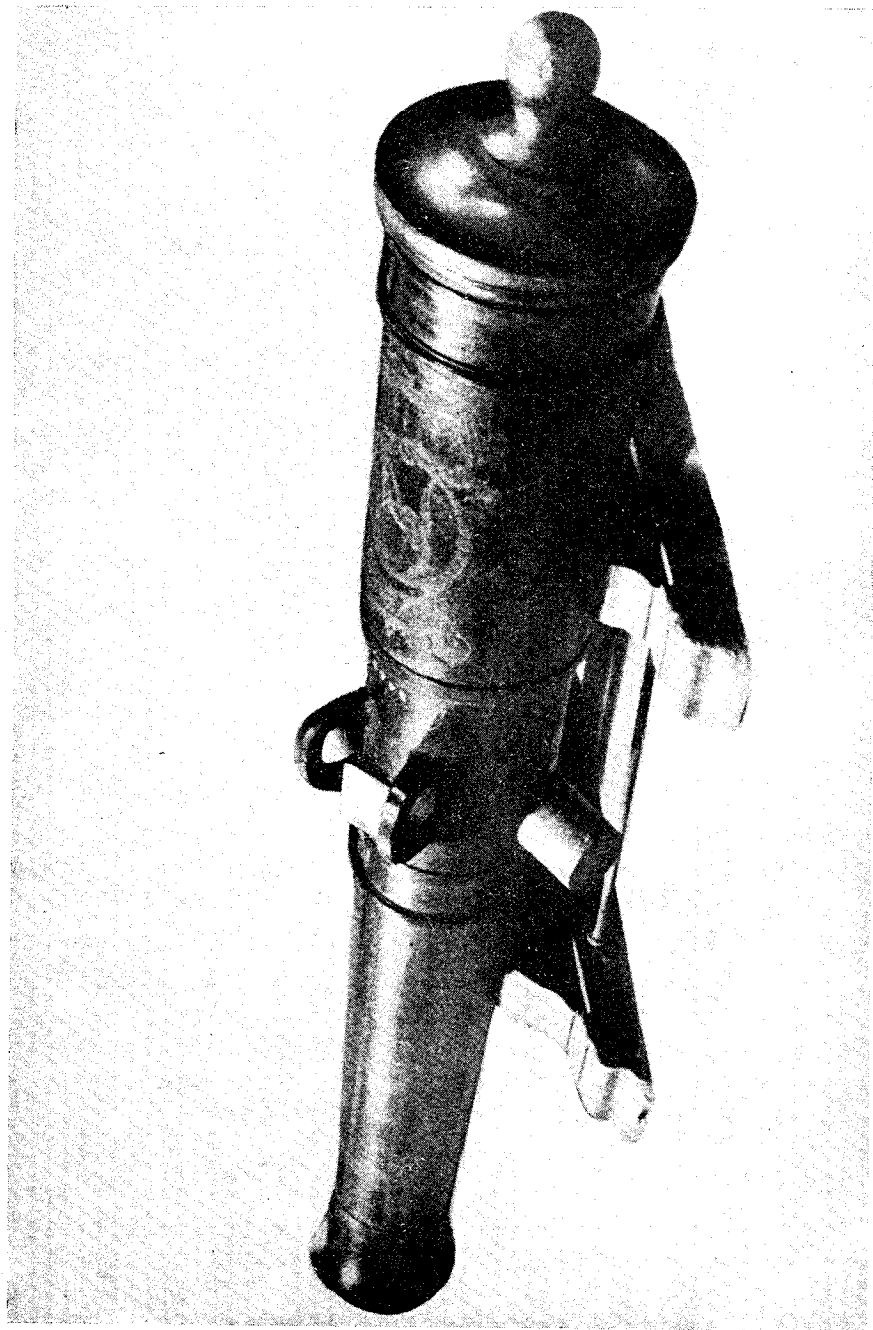
Al día siguiente los franceses ocuparon Monte Torrero, y con las baterías que allí montaron y las que ya tenían en la Bernardona y el Conejar, se dispusieron para un bombardeo en gran escala.

Afortunadamente, además de los que iban llegando a Zaragoza huyendo de las plazas ocupadas por los franceses, lo hizo, procedente de Tarragona, una batería de seis cañones de a 4. En total, se reunieron 67 piezas, que se repartieron por toda la ciudad.

Cuando comenzaba el mes de junio, al sonar en el reloj de la inclinada Torre Nueva la primera campanada de su primer día, comenzó un bombardeo tan intenso, que aunque exaltaba con viril entusiasmo los corazones de los baturros, convertía en ruinas las edificaciones; pues si los primeros disparos fueron a parar a la ribera del Ebro, no tardaron en hacer blanco en los pisos de muchas casas. En un principio muchas familias se instalaron en las cuevas; pero después todos acabaron por



Piano de Zaragoza, que figura en el Suplemento a la *Historia de los dos sitios que pasaron a Zaragoza en los años 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, por el cronista don Agustín Alcaide Ibañeta; Madrid, 1831.



Cañón de 24, fabricado en Sevilla en 1785, de 152 milímetros de libre y una longitud de anima de 3,12 metros. Igual al que disparó Agustina de Zaragoza en la puerta del Portillo.

(Museo del Ejército. Madrid).

contemplar el bombardeo con estoicismo admirable. Sin embargo, la cantidad de proyectiles que caían en Zaragoza era tan grande, que hubo necesidad de improvisar refugios y poner un vigía en la Torre Nueva, inclinada como si pretendiese mirar quién entraba en sus entrañas.

El primero que prestó servicio de vigía fué don José Mor de Fuentes, personaje algo extraño, nacido en Monzón (Huesca), que era «una de las personalidades, en nuestras letras, más representativas del fuerte, indomable e independiente espíritu aragonés» (10). Por no quererse decorar con «las irracionalidades de la rancia filosofía peripatética» —es una expresión de Mor de Fuentes—, había abandonado la Universidad de Zaragoza y se había hecho ingeniero, entrando después en la Marina. En Madrid era «bienquisto entre las gentes, con millares de relaciones en todas las clases sociales, disfrutando a su albedrío la tertulia y la mesa de las clases más principales» (11). Había publicado sátiras contra Godoy y contra Napoleón, y después de ser en Madrid testigo de su heroico DOS DE MAYO, tras no pocas dificultades había llegado a Zaragoza.

Provisto de unos anteojos que habían sido del General Azlor, padre de la Condesa de Bureta, y que le proporcionó esta ilustre y heroica dama, el vate aragonés escudriñaba el campo enemigo, y cada vez que veía el fagonazo producido por el disparo de una pieza enemiga, avisaba con un toque de campana, si la pieza era de las que había en Torrero, o con dos campanadas muy seguidas cuando era de las situadas a la espalda del Castillo de la Aljafería. La labor encomendada a este hombre no fué muy cómoda, porque el primer día de bombardeo a la capital de Aragón se calcula que cayeron sobre la ciudad más de 1.200 granadas y 200 bombas (12).

Con la aurora del día 2 de julio los cañones enemigos reanudaron su actividad, al mismo tiempo que cinco columnas francesas emprendían la marcha hacia Puerta Quemada, Convento de San José y Puertas del Portillo, del Carmen y de Santa Engracia, respectivamente.

Los imperiales llegaron al Convento de San José, pero fueron re-

(10) AZORÍN: *Lecturas españolas*.

(11) J. MOR DE FUENTES: *Bosquejillo de su vida*.

(12) Entre granada y bomba no había más diferencia que el diámetro; o que aquélla se tiraba con obús y ésta con mortero. La granada era un proyectil hueco semejante a la bomba, pero sin asas ni collarín; esfera de hierro fundido, con orificio en forma de trompetilla, por el cual se introducía la carga. (Almirante. *Diccionario Militar*.)

chazados con muchísimas bajas. Desde las casas próximas a Puerta Quemada se les hizo un fuego certero tan intenso, que también tuvieron que retirarse, dejando el suelo cubierto de cadáveres. Pero el enemigo era fuerte y numeroso, y aunque el ardor bélico enardecía a los baturos, su bravura no era bastante para detener a los gabachos, como ellos llamaban a los franceses, que eran buenos soldados. En la batería que defendía el Portillo de San Agustín se sufrió el efecto del fuego enemigo intensamente. Aun cuando en aquella época el proyectil salía de la boca de la pieza poco guiado, y para alcances algo elevados no se podía contar con gran precisión en el tiro, el material de que disponía Verdier era tan abundante y se hacían tantos disparos, que las bombas francesas hacían explosión dentro de la batería del Portillo, produciendo estragos enormes en piezas y sirvientes. Santa Engracia parecía un infierno. Las bombas y granadas del enemigo llovían como gotas de agua. Parte del convento se derrumbó, y las casas de aquella zona temblaban amenazadoramente, desmoronándose por los incendios. Por la Puerta del Carmen el tiroteo era horroroso: fuego desde los árboles, fuego desde las ventanas, fuero arriba, fuego abajo. Los enemigos caían como moscas, y aunque los zaragozanos también pagaban su tributo a la muerte, no desfallecían. ¡Qué abnegación ¡Cuánto heroísmo! Las mujeres corrían por todas partes y se multiplicaban para socorrer a los heridos, a los cuales les conducían al Pilar o a la Seo. Las madres alentaban a sus hijos y las esposas ayudaban a sus maridos. No hay expresiones adecuadas para describir la serenidad y el espíritu de aquella gente.

Agustina Zaragoza, «queriendo alternar con sus mayores defensores, los Artilleros, los anima y exorta a la firmeza; y empieza a hacer este oficio sirviendo tacos y otras provisiones». Aquel día 2 del heroico mes de julio, «al estrepitoso ruido, adelanta sus pasos hacia la batería de la Puerta del Portillo atacada con la mayor furia, pónese entre los Artilleros, los socorre, los ayuda y dice: «¡Animo, Artilleros, que aquí hay mujeres cuando no podáis más!»

«No había pasado mucho rato, cuando cae de un balazo en el pecho el Cabo que mandaba a falta de otro jefe, al cual se le retiró por muerto; y caen también, de una granada y abrasados por los cartuchos que voló, casi todos los Artilleros, quedando por esta desgracia inutilizada la batería y expuesta a ser asaltada: con efecto, ya se acercaba una columna enemiga, cuando tomando el exponente [Agustina] un

botafuego (13), pasa por entre los muertos y heridos, descarga un cañón de a 24 con bala y metralla aprovechada de tal suerte, que levantándose los pocos Artilleros [que quedaban] de la sorpresa en que yacían a vista de tan repentino azar, sostiene con ellos fuego hasta que llega un refuerzo de otra batería, y obligan al enemigo a una vergonzosa y precipitada retirada. En ese día de gloria, mediante el parte del Comandante de la batería, el Coronel que era de Granaderos de Palafox, la condecora el General con el título de ARTILLERA y sueldo de seis reales diarios.»

* * *

El comportamiento heroico de Agustina Zaragoza se desarrolló como acabamos de decir, porque el relato de tan gloriosa hazaña está hecho con SUS MISMAS PALABRAS, tomadas del documento siguiente, dirigido por ella al Rey:

Señor:

Agustina Zaragoza, por otro nombre la Artillera de Zaragoza, se presenta a V. M. y con su mayor respeto expone:

Que a primeros de Junio de 1808 salió de Barcelona con dirección a la capital de Aragón, habiéndose encontrado de paso en la primera escaramuza que padecieron los Franceses desde Esparraguera al Bruch, de donde se retiraron a Barcelona, y pudo la Exponente continuar quando empieza a ser atacada por los Franceses, y queriendo alternar con sus mayores defensores los Artilleros, los anima y exorta a la firmeza; y empieza a hacer este oficio sirviendo tacos y otras provisiones. Los días primero y segundo de Julio empiezan los enemigos el bombardeo contra la Ciudad, y a su estrepitoso ruido adelanta sus pasos acia la batería de la puerta del Portillo, atacada con la mayor furia, pónese entre los Artilleros, los socorre, los ayuda y dice: ánimo Artilleros, que aquí hay mujeres quando no podáis más. No había pasado mucho rato quando cae de un balazo en el pecho el Cabo que mandaba a falta de otro Xefe, el cual se retiró por muerto; y caen también de una granada, y abrasados de los cartuchos que voló

(13) Botafuego se llamaba al palo en que por un lado se colocaba la mecha para dar fuego a la pieza de artillería, y por el otro llevaba un regatón de hierro para hincarlo en el suelo.

casi todos Artilleros, quedando por esta desgracia inutilizada la batería y expuesta a ser asaltada: con efecto, ya se acercaba una columna enemiga quando tomando la Exponente un botafuego pasa por entre muertos y heridos, descarga un cañón de a 24 con bala y metralla, aprovechada de tal suerte, que levantándose los pocos Artilleros de la sorpresa en que yacían a vista de tan repentino azar, sostiene con ellos el fuego hasta que llega un refuerzo de otra batería, y obligan al enemigo a una vergonzosa y precipitada retirada. En este día de gloria mediante el parte del Comandante de la batería el Coronel que era de Granaderos de Palafox, la condecora el General con el título de Artillera y sueldo de seis rs. diarios que ha cobrado en aquella Tesorería hasta fin de Diciembre último, pasando como tal la correspond^{te}. revista de Comisario, y haciendo las demás funciones de su destino.

Posteriorm^{te}. trabajó en esta batería y en las demás a donde cargaban los Franceses, como podrán informar los Comandantes de Artillería D^{na}. José López y D^{na}. Salvador de Osta; los Tenientes Coroneles D^{na}. Pedro Iriarte, Gobernador que ha sido del Castillo en el segundo Sitio, y D^{na}. José Gabriel Moscoso; el Mariscal de Campo el S^{or}. Butrón; y también los Exc^{mos}. S^{res}. D^{na}. Lorenzo Calbo, y D^{na}. Francisco Palafox, y esto mismo atestiguan las gacetas publicadas en Zaragoza, de las quales no ha podido conservar ninguna en medio de sus últimos infortunios.

La Exponente, Señor, no contenta de contribuir sólo a la defensa de las baterías, las ha dexado quando conocía no había riesgo, para auxiliar donde más era necesario con municiones, víveres y demás, visto lo qual por el General, la mandó presentarse en su casa, y la concede los dos escudos de honor con el lema: DEFENSORA DE ZARAGOZA Y RECOMPENSA DEL VALOR Y PATRIOTISMO, como se justifica con los dos despachos que ha podido conservar.

Constante siempre en su valor y entusiasmo patriótico, se tiene en Zarag^a hasta que segunda vez la sitían y atacan los Franceses.

Sería molestar demasiado la atención de V. M. si hubiera de referir todas sus acciones. Pregúntese, Señor, quién hizo los primeros fuegos de la batería de la puerta del Carmen para desbaratar las que los Franceses construían con el designio de batir aquella. Nadie ignora que la Artillera Zaragoza. Pregúntese cómo seportó en la batería el día 31 de Diciembre que no faltará aún en esta Ciudad quien será testigo de que el mismo General por su mano le dió la cinta de honor que usa, cuyo documento perdió siendo prisionera. Pregúntese quién se puso delante de nuestra tropa quando después de tener los Franceses tomado entre otros puntos el Convento de la Trinidad Descalza se trató de dexalojarlos saliendo por una de las troneras de la Misericordia y Puerta del Portillo, y no faltará quien diga que la vió avanzar la pri-

mera, y que sorprendida nuestra Tropa por la salida que el enemigo hizo por un portillo a la espalda del Convento fueron rechazados los nuestros y obligados a retroceder a toda prisa, y que no habiendo podido seguir la Zaragoza por la demasiada precipitación, viéndose ya casi a las manos de los Franceses, no le quedaba más arvitrio que tirarse al foso del cañón puesto en la Misericordia al frente de dho. Convento, de donde la sacaron sus compañeros los Artilleros, continuando después dentro de la Misericordia, proveyendo de cartuchos y piedras a los Combatientes antes de regresarse a la batería donde ya la creían perdida. Pregúntese, Señor, que hizo esta Artillera a los tres o cuatro días que se repitió la misma salida con el mismo objeto y no faltarán millares de personas que confiesen que no habiendo podido conseguirse a causa de hallarse parapetados los Franceses de sacos de arena ocultos dentro de la misma puerta del Convento, tuvieron que abandonar el proyecto con alguna pérdida de una y otra parte, y que deteniéndose la Zaragoza en medio de tanto peligro, quitó a un tambor francés la caja, cogió dos fusiles de los muertos, y lo presenta todo al Comandante de su batería, el referido Coronel que era de Granaderos de Palafox, quien habiendo dado parte de esta acción al General, ofreció S. E. a la Exponente su debido premio; pero esto no pudo tener lugar por la última desgracia de esta Ciudad, digna de llorarse con lágrimas de sangre.

En medio de todo, sólo la cruel peste de que fué acometida podía hacer desistir de su empeño de resistir a tan vil canalla.

Postrada en una cama puesta en el repuesto de un cañón, dentro del Convento de S^a. Agustín, oye la funesta noticia de rendición y de que se acercaban los Franceses; pónese en pie, consigue que la ayuden a vestir, y también a su hijo de cinco años que se hallaba en igual estado, quiere salir huyendo, cae en manos del enemigo, porque hubo quien dixo ÉSTA ES LA ARTILLERA, y la llevaron con otros muchos a la Casablanca. Estiéndese la voz entre los Comandantes franceses que la Artillera Zaragoza estaba prisionera, y se le presentan dos, cuya maldita lengua no entendió, y se dexa comprender por la caridad que después dispensaron. Ésta no fué otra que hacerla andar, sin consideración a su enfermedad, con todos los demás Prisioneros y su hijo, hasta que apiadado uno de éstos, el Ayudante de Artillería D^{na}. Pedro Bustamante, le cedió uno de los dos machos que llevaba, donde fué con su criatura hasta que en Caparroso le robaron el macho, ropa y dinero que llevaba. Imposibilitada ya de esta suerte y temiendo un golpe de algún bárbaro, se presenta al Comand^{te}. francés pidiéndole que la dejara, y no encuentra más apoyo que el permiso de continuar su camino sobre una carreta. Llega a Puente la Reina, y metiéndose entre los demás enfermos del Hospital, es aquí donde consigue que la olviden los Infames, y donde pudo desviarse hasta

llegar a Cervera de Aguilar, en cuyo Pueblo se restableció algún tanto con el socorro de algunas piadosas almas, a quienes conmovían sus desgracias.

Llegada a Olvega perdió a su hijo a la fuerza del contagio, fatiga del camino y falta de recursos para asistencia.

Se presenta en Teruel a aquella Junta y su Gobernador, Dⁿ. Luis Amat, pide pasaporte para el Ejército, y con él se presenta también a los Generales el S^r. Marq^s. de Lazzan y el S^r. Dⁿ. Joaquín Blake, quienes unánimes convinieron en concedérselo para presentarse a S. M.

Señor, en vista de estos y otros hechos de que no puede menos de gloriarse la Artillera Zaragoza con toda la nación, ¿qué no debe esperar de la generosidad con que V. M. sabe premiar el valor y patriotismo más acendrado? Interesa a V. M., interesa a la Nación, interesa a la Exponente, y en V. M. confía.=Sevilla 12 de Agosto de 1809.=Señor=A. L. R. P. de V. M.=Agustina Zaragoza=Rubricado.

Señor:

Atendidos los motivos que van expuestos anteriormente, y la necesidad en que me hallo por haberlo perdido todo siendo prisionera; suplico a V. M. se sirva concederme el sueldo de Capitán efectivo, librándome en su virtud el correspondiente despacho. Sevilla 26 de Agosto de 1809.=Señor=Agustina Zaragoza=Rubricado.

Al margen de este memorial, se lee:

S. M. concede sueldo y grado de Alférez de Infantería.=Fecho en 30 de Agosto de 1809.

Como sobre esta gloriosa mujer se ha escrito mucho con fantasía, veamos lo que dicen otros relatos.

La *Gaceta de Zaragoza*, en su número 67, correspondiente al día 26 de julio de 1808, se expresa así:

«Hasta las mujeres disputan por entrar en las baterías; una de éstas, viendo caer muerto un artillero días pasados, arrojándose a tomar el botafuego, sin que nadie pudiera contenerla, dió fuego al cañón con valor y destreza, habiendo sido tan útil en aquel puesto que no se echó de menos al artillero, cuyo puesto tan útilmente había desempeñado.»

En esencia, lo que dice el periódico de la inmortal ciudad, 22 días después de acaecer el suceso, es lo mismo que cuenta la interesada. Sin

embargo, en un documento que se exhibe en una vitrina del Museo del Ejército, y es una minuta extendida por el general Palafox, se dice:

«Al entrar en la batería observé a una joven de gallarda apariencia y talla elevada dando fuego a un cañón de a 24; y reconviendo al Comandante Marco del Pont por haber permitido entrarse una mujer en la batería en contravención a las órdenes que tenía dadas, me respondió el Comandante enterándome de lo siguiente: esta mujer se llama Agustina Zaragoza, natural del Principado de Cataluña, pero residente en la ciudad desde hace tiempo; joven de unos 22 años y enlazada con conexiones con un Sargento de Artillería, con quien estaba concertado su matrimonio; servía éste bizarramente aquel cañón de a 24, y a la sazón una bala enemiga lo acierta y lo tiende en el suelo; llegaba la Agustina a traerle el refresco y no se le permitió la entrada, contentándose en contemplar a su amante desde la gola de la batería, verle caer y presentarse ella en el mismo sitio fué obra de un momento; arranca del cadáver el botafuego que tenía aún en la mano, llena de heroico entusiasmo dice: **AQUI ESTOY YO PARA VENGARTE**, agita el botafuego y lo aplica al cañón declarando que no se separaría del lado de su amado hasta perder ella también la vida. Todavía la encontró el General en este ejercicio gallardamente colocada al lado del cañón, participando con todos de tan singular sorpresa, en tal grado que en el acto la concedió el sueldo y la graduación de Sargento, las mismas distinciones y premios que tenía ganados su desgraciado amante.»

Parece obvio decir que el relato de Palafox, puesto en boca del comandante de la batería donde acaeció la hazaña, no se ajusta a la verdad: mal podía tener concertado su matrimonio estando ya casada. Además, Agustina no fué a la batería a llevar el refresco a un amante que no tenía. Estaba allí *sirviendo tacos y otras provisiones*, como ella misma lo dice al Rey. Tampoco residía en la ciudad desde *hace tiempo*. Clara y concretamente dice la heroína a Fernando VII que ella llegó a Zaragoza cuando la ciudad comenzaba a ser atacada por los franceses, saliendo de Barcelona a primeros de junio. Y así tuvo que ser, puesto que se encontró «en la primera escaramuza que padecieron los franceses desde Esparraguera al Bruch», que, como es sabido, acaeció el día 6 de junio. Tampoco tomó el botafuego de manos de un sargento. Allí no había sargento: mandaba un cabo «a falta de otro jefe». Ella dice: *Tomando un botafuego pasa por entre muertos y heridos para ir a disparar—descargar—el cañón de a 24*. Debió tomar el botafuego en la gola de la batería, donde estarían los repuestos, que, aun-

que escasos, no dejaría de haberlos, porque cuando pasa por entre los muertos y heridos ya lleva el botafuego, y el cabo a quien sustituye caería al lado de la pieza.

Por si estas inexactitudes fueran poco, don José Gómez Arteche, en su famosa *Historia de la Guerra de la Independencia*, al tratar de la heroína, de acuerdo con una nota autógrafa—según dice el historiador—que le remitió Palafox, dice:

«Agustina tenía de veinte a veinticinco años; era morena, de grandes y hermosos ojos; tenía una viveza sumamente agradable y un aire muy despejado. Amaba a un Sargento de Artillería, que murió en el momento de hacer fuego. Yo fui testigo de aquella escena en el momento que llegaba a la batería, que estaba cubierta de los cadáveres de más de 50 artilleros, tendidos en el suelo, presentando el espectáculo más desgarrador. La joven brillaba en todo su esplendor, aunque envuelta en humo, y me saludó con una desenvoltura igual al valor. En el instante en que terminó el combate, cogí las ginetas del Sargento muerto y las coloqué en los hombros de la amazona, que continuó después peleando en otras ocasiones, siempre exaltada y siempre guerrera. Bien merece algunas páginas de la historia, pues, aun cuando mujer nacida en el vulgo, se ha portado siempre como una heroína.»

Conjeturando sobre las frases del ilustre general Palafox, para no limitarnos a meros papirógrafos o descriptores de papeles, y para velar por la verdad y romper una lanza por el buen nombre de Agustina, diremos que si el general aragonés la premió—según la nota que dió a Gómez Arteche—con unas ginetas (14) de sargento, le adjudicó un amante; aunque es evidente que cuando Palafox dice: *Amaba a un sargento de artillería que murió en el momento de hacer fuego*, no cree que mancha el nombre de la heroína, porque la cree soltera.

Agustina Zaragoza fué una de aquellas mujeres que se distinguieron en la Guerra de la Independencia suministrando agua, víveres, municiones, o aliento y entusiasmo a los combatientes, y empuñando las armas cuando llegaba el caso. Era una mujer honesta que, como demuestra su partida de matrimonio, estaba casada, y tenía un hijo de su marido, que por aquellos días cumplía con su deber en Cataluña, según consta en su hoja de servicios. Todo ello denota una falta de información en Palafox.

(14) Ginetas eran las hombreras que llevaban los Sargentos para señalar esta graduación en la milicia.

En contra de lo que se lee en la Historia de Gómez Arteché, Palafox no presencié la hazaña de Agustina. La heroína dice al Rey: *En ese día de gloria, mediante el parte del comandante de la batería, la condecora el general con el título de artillera y el sueldo de seis reales diarios.* Si las cosas hubieran sucedido como dice la nota de Palafox, Agustina hubiera tenido desde aquel momento la categoría de sargento y no la de simple artillero con seis reales diarios. La prueba definitiva de que Palafox no presencié el disparo que encumbró a la Zaragoza, ni llegó a la batería por aquellos momentos, está en las palabras de Agustina: *Levantándose los pocos artilleros de la sorpresa en que yacían a vista de tan repentino azar, sostiene con ellos el fuego hasta que llega un refuerzo de otra batería.* Si Palafox hubiera estado allí, las cosas se hubieran desarrollado de otro modo, porque él no hubiera consentido que aquellos hombres se acobardaran por el fuego enemigo, aunque éste fuera intenso y mortífero.

Debido, quizá, a los informes de Gómez Arteché y otros historiadores, y al documento de Palafox que se conserva en el Museo del Ejército y es muy conocido, cuando se hizo la película «Agustina de Aragón», el autor del guión fué inducido a error y también presentó a la heroína como una mujer soltera.

Para completar la información sobre el célebre disparo que cubrió de gloria a la ARTILLERA, diremos que el cañón que hizo posible la hazaña era de los incluidos en la denominación de *piezas de ordenanza*. Esta clasificación comprendía:

- Cañones de a 24 y 16, y de 12 y 18, largos y cortos.
- Obuses de a 9, largos y cortos; de a 7, de a 6 ½, sin recámara, y de a 5, largos y cortos.
- Morteros cónicos de a 14, 12 y 7 (en pulgadas corrientes) y morteros de probar pólvora.

El calibre de los cañones se refería siempre al peso de la bala que arrojaban, expresado en libras; y el de los obuses y morteros se expresaba en pulgadas corrientes, no de Pie de Rey como en la Ordenanza de 1718.

Posteriormente a la Guerra de la Independencia, en el año 1861, se dispuso que el calibre de todas las piezas de artillería se expresase con el número de centímetros del diámetro de su ánima.

En el Museo del Ejército se conserva un cañón de a 24, señalado en el Catálogo del antiguo Museo de Artillería con el número 5.480, que

nos sirve para saber exactamente como era el que disparó Agustina de Aragón.

La expresada pieza pesa 6.600 libras; fué fabricado en la Fundición de Sevilla en el año 1785, con cobre procedente de Méjico. Su calibre, exactamente, es de 15,2 centímetros y la longitud del ánima, de 3,12 metros.

Si pocos héroes resisten, sin menoscabo de su fama, la investigación detallada de sus hazañas, AGUSTINA DE ARAGON es uno de ellos; y cuantos más detalles de su historia se conocen, más se destaca su valor heroico y se hace más gigante su figura.

España recibió el beneficio del comportamiento de aquella singular mujer, con el ejemplo que sembró en Zaragoza; porque al prender en toda la nación, siguiendo la ruta iniciada por los madrileños el glorioso DOS DE MAYO, todas las ciudades rivalizaron en patriotismo y fué posible la independencia de los españoles.

En su lucha contra los franceses, Agustina se enfrentó muchas veces con la adversidad; pero al defenderse de ella, no se defendía a sí misma, sino a los que habían de sucederla.

Como ha dicho un distinguido escritor (15), se puede sucumbir como en Simancas o en Santa María de la Cabeza, o salvarse como en el Alcázar de Toledo, pero eso es ajeno al temple y al esfuerzo de los actores que intervienen en la escena. Lo importante es la *voluntad de vencer*, oponiéndose a un destino que se presagia oscuro.

El heroísmo de la ciudad de Zaragoza llevó el fuego a los países del hielo e hizo posible que el *Capitán del Siglo* fuese vencido, porque el ejemplo es el más eficaz de los seductores.

El ejemplo es una lección que todo el mundo puede leer, y el que la aprende no va por caminos desusados: sigue las huellas de los que aciertan.

El verdadero valor de la conducta heroica de AGUSTINA DE ARAGON fué el *ejemplo*, y en tanto que el recuerdo se mantenga vivo, surtirá su efecto el ejemplo.

(15) JOAQUÍN CALVO SOTELO, en un artículo publicado en *A B C* de Madrid, titulado *Los sucesores de Carlsen*.

LA EXPEDICION CARLISTA DEL GENERAL GOMEZ EN EL AÑO 1836

por JOSE A. YAQUE LAUREL

Teniente Coronel de Infantería, del Servicio Histórico Militar,
Correspondiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

CONSIDERACIONES PRELIMINARES. «LOS APOSTÓLICOS.» ZUMALACÁRREGUI. EL GENERAL GÓMEZ.

Las Guerras Carlistas del pasado siglo, a pesar de su carácter predominantemente irregular, constituyen una cantera de útiles enseñanzas, porque fueron contiendas duras y penosas, en las que desde el general hasta el simple combatiente tuvieron ocasión de desarrollar su libre iniciativa. Ello nos anima a estudiar la guerra de 1833-1840, pues en la misma se dieron a conocer, en uno y otro bando, excelentes jefes, que realizaron atrevidas operaciones que han servido a veces de pauta en campañas subsiguientes.

La famosa expedición del general Gómez, que ahora analizamos, realizada a mediados del año 1836, fué una de las más sobresalientes de tales operaciones, porque tuvo además de su significación militar un gran alcance político, al tratar de sumar a toda España a la causa legitimista. Resultó verdaderamente admirable que una pequeña fuerza de menos de 3.000 hombres, con dos piecitas de montaña cargadas en mulos, recorriese la Península de punta a punta, por espacio de seis meses, entrando en seis capitales de provincia, derrotando en varias ocasiones a fuertes columnas del ejército isabelino y haciendo gran número de prisioneros, sin otro auxilio que su valor y sus esfuerzos.

Pasemos por alto, por ser muy conocidas, las causas que produjeron

la contienda que nuestra nación sufrió en aquella azarosa época, pudiendo decirse que, desde que Fernando VII ocupó el trono español, las esperanzas de los enemigos de novedades se pusieron en su hermano el infante don Carlos María Isidro, que empezó a significarse como adversario del régimen liberal, poniéndose al frente del partido denominado de los «apostólicos».

Pero, antes de entrar en el objeto primordial de este trabajo, no estaría de más trazar un ligero bosquejo, para dar al lector una idea aproximada, de la situación militar en el bando del pretendiente don Carlos de Borbón y de cómo fué creciendo el interés por la causa carlista, singularmente en la región norteña, donde la lucha, desde el primer instante, se hizo más violenta y porfiada. Es entonces cuando aparece en escena el gran Zumalacárregui, soldado que como Eguía, Espoz y Mina y tantos otros, procedía de la cantera heroica de nuestra lucha por la Independencia.

El Gobierno liberal, que lo había postergado, tuvo el desacierto de vejarle en su retiro de Pamplona, con lo cual se lanzó al bando de don Carlos, al que de todas suertes le llevaban sus sinceras convicciones. Zumalacárregui comprendió que un ejército como el suyo, escaso, sin armas, sin uniformes, con una disciplina rudimentaria, no podía ser utilizado inmediatamente como instrumento de combate, pues precisaba infundirle un espíritu y dotarle de ciertos medios.

El primer requisito era la total compenetración del caudillo con el suelo en que luchaba y con las gentes que en él estaban radicadas. Su red de espías y confidentes acabó siendo insuperable. Y así, a los dos meses de tomar el mando, el general carlista convirtió en ejército disciplinado a las partidas sueltas de paisanos mal armados de que al principio disponía.

También por entonces se revela otro jefe, hechura del anterior, que sabe realizar una de las más hábiles operaciones de aquella guerra, conocida en la Historia Militar por «La expedición de Gómez»; singular episodio que fué llevado a cabo, a la vez, con gran pericia y con el calor y entusiasmo de una cruzada. Este general se llamaba don Miguel Gómez y Damas; era oriundo del antiguo reino de Jaén, y aunque en sus primeros años se dedicó al estudio de las Leyes, se consagró más tarde a la profesión militar con motivo de la guerra contra Francia en 1808, en la que se alistó voluntario, tomando parte muy activa en la campaña que terminó gloriosamente para nuestras armas en la jornada de Bailén. No prosperó mucho Gómez en su carrera militar, pues solamente era

teniente coronel cuando abrazó la causa legitimista, siendo elevado después por Zumalacárregui al empleo de mariscal de Campo, al apreciar la valía del subordinado. Ni gozó tampoco dentro del carlismo de la reputación correspondiente a las dotes de que dió muestras en el famoso recorrido a través de las tierras de España, ya que su nombre cayó en relativa obscuridad, ignorándose los verdaderos motivos de tan injusta preterición, y aún se asegura que se vió envuelto en un proceso «*por haberse apartado de las instrucciones recibidas de la Superioridad*». Poco después de terminar la guerra, el famoso general falleció en Burdeos, abandonado de todos, y en tierra bordelesa descansan sus restos.

OBJETO DE LA EXPEDICIÓN. FUERZAS QUE LA INTEGRAN. LAS PRIMERAS ESCARAMUZAS. ACCIÓN DE VILLASANTE. GÓMEZ LLEGA A OVIEDO. LAS OPERACIONES DEL GENERAL MANSO. SANTIAGO DE COMPOSTELA Y LEÓN. ACCIÓN DE ESCARO. LA ESTRATEGIA DE TARNA.

El pretendiente al trono español don Carlos de Borbón abrigó el propósito de extender la línea de operaciones de su ejército a otras comarcas, con objeto de abarcar el mayor número de partidarios a su causa. El general don Bruno Villarreal, que sucedió en el mando al conde de Casa-Eguía, se mostró también conforme en llevar la guerra a otros lugares de la nación, con preferencia a Galicia, región que abrigaba elementos de gran consideración para la empresa y a la que sólo faltaba dar impulso, alentándoles. A poco se hizo, en vía de ensayo, una incursión por el interior del país con una fuerza insignificante de 200 infantes y 60 caballos, los cuales, a las órdenes del coronel Batanero, cruzaron el río Ebro el 29 de enero de 1835, llegando cerca de dos etapas de Madrid. El 6 de marzo esta pequeña columna se vió precisada a regresar a las provincias Vascongadas, lugar de su procedencia, teniendo que luchar contra el más cruel temporal de aguas y nieves, perseguida constantemente por numerosas fuerzas liberales. Fué entonces cuando se conoció el buen espíritu que reinaba en el interior de la Península en favor del pretendiente, y ello determinó que en el siguiente año de 1836 se organizase con el mayor sigilo otra División con tropas escogidas, destinada a operar en el Noroeste, según había propuesto Villarreal, para que, fijando allí la guerra, llamase la atención del enemigo y desahogase el Ejército de las provincias septentrionales. La expedición se componía de los Granaderos del Ejército, con muy poca gente,

los batallones 2.º, 4.º, 5.º y 6.º de Castilla, el 2.º y 3.º Escuadrón Provisional, y dos piezas de montaña con 10 artilleros. El total de la fuerza era de 2.700 infantes y 180 caballos, toda ella bajo el mando del mariscal de Campo don Miguel Gómez. Iban también en la columna el brigadier marqués de Bóveda, como segundo jefe; el del mismo empleo don Santiago Villalobos, jefe de la Caballería, y el también brigadier de Infantería don José María Arroyo.

Puesta en marcha la columna desde la villa alavesa de Amurrio, a las dos de la madrugada del 26 de junio, llegó a las tres del 27 al lugajero de la Colina, después de recorrer nueve leguas. Para ocultarse de las vistas del enemigo subió a la Peña de Aro, efectuando marchas y contramarchas que se pueden calcular en dos leguas más de recorrido, llegando los expedicionarios muy fatigados, por lo que hubo que darles dos o tres horas de descanso. Después de esta breve estadía, la columna continuó su camino, no tardando en descubrir las avanzadas de la División que regía el general Tello, comandante general del Cuerpo de Reserva de las fuerzas isabelinas, el cual acababa de tener noticia del movimiento del adversario, yendo seguidamente a su encuentro.

El compromiso para Gómez fué muy grande en aquel momento, pues era mala la disyuntiva que se le presentaba: una situación crítica, si seguía, y la inevitable persecución, si retrocedía. Ante tal apuro el jefe carlista optó, casi a la desesperada, por el partido de los valientes, y en los campos de Revilla y Villasante logró una de sus más señaladas victorias, quedando en su poder 500 prisioneros y causando a su enemigo 170 muertos y 700 heridos, más la pérdida de mucho material. Durante este combate el jefe isabelino, al frente de tres compañías del Batallón de Betanzos, peleó bizarramente como un simple granadero, pero todo fué inútil. Los carlistas dieron una carga simultánea que hizo volver la espalda a la línea liberal, la cual se precipitó sobre la villa de Espinosa de los Monteros. Fué una dura etapa la huída a través de las montañas santanderinas, y se dijo que el general Tello tuvo que apearse de su cabalgadura a las 22 horas de estar montado, sin haber comido ni bebido en todo ese tiempo.

Apercibido Gómez de que el general Espartero, al frente de siete batallones y tres escuadrones, con un total de 6.000 infantes y 350 caballos, le perseguía, avanzó en la noche del 29, amaneciendo en los Caraveos de Reinosa. Esta jornada fué una de las más penosas de la División carlista, por tener que atravesar el río Ebro por desfiladeros casi inaccesibles, teniendo en alguna ocasión las tropas que caminar a rastras

para burlar a sus contrarios. Luego las fuerzas, tomando la dirección de Oviedo por Mataporquera, Herrerueta, Camporredondo, Tarna y La Pola de Laviana, dieron vista a la capital del Principado el 5 de julio, formándose en aquélla el primer Batallón de Asturias, con un efectivo de 320 voluntarios, cuyo mando se dió al coronel don José Durán.

El día 8 los carlistas abandonaron Oviedo, yendo a pernoctar a la villa de Grado, en cuya fecha entraba Espartero en la primera de estas dos localidades al frente de 9.500 infantes y 500 caballos. La expedición descansó el 9 en Grado, observando los movimientos del adversario para caer sobre él si desmembraba fuerzas, a fin de cortar el paso a Galicia; pero al siguiente día tuvo su jefe un aviso del avance con todas sus tropas, apresurando la marcha sobre la villa de Salas, llevando en vanguardia las municiones de guerra, los fusiles y la harina, conducido todo en carretas de bueyes, únicas acémilas del país, cuyo número no bajaría de ciento.

Continuaron los carlistas su marcha en dirección a Lugo, por Grandas de Salime y Fonsagrada, y cruzando el río Miño por ancho vado, permanecieron cuatro horas largas a la vista de la ciudad del Sacramento, y a un tiro de fusil de sus fortificaciones. Los defensores de la capital, en la que se encontraba el general Latre con 3.500 hombres del Ejército y tropas urbanas, nada hicieron para cortar el avance de las fuerzas expedicionarias.

Muy crítica era la situación en el campo constitucional, por lo que Espartero, que llegó a Lugo, dirigió a su Gobierno una manifestación, tan sentida como enérgica, revelándole antecedentes de la expedición carlista, el triste estado de las tropas que le seguían, las causas que lo motivaban y la inutilidad de su empeño por atajar el mal, sin recursos y abandonado de todos. A la vista de tan importante comunicación, el Gobierno, en vez de adoptar las medidas que aconsejaba Espartero, respondió por boca del ministro de la Guerra, don Santiago Méndez-Vigo, con promesas y generalidades que a nada obligaban.

El general Manso, que era uno de los jefes más capacitados con que contaba el Gobierno isabelino, al saber que había sido anteriormente evacuada la capital asturiana por las tropas carlistas, se encaminó a esta ciudad, procurando inspirar confianza y dando aliento a los timoratos. Para ello publicó un bando ofreciendo, en nombre de la Soberana, un completo olvido de lo pasado, si los descontentos tornaban a sus casas, medida oportuna que no dejó de producir sus efectos y que tan en armonía estaba con el carácter conciliador de éste buen militar.

Marcado en tanto el rumbo del adversario Gómez, salió Manso el 16 del citado mes para la villa leonesa de Villablino, situada en el valle de la Lacedana, a marchas forzadas, y en Cangas de Tineo se enteró que un ejército carlista había cruzado el Ebro, pidiendo al Gobierno que cubriese la línea del Duero, que estaba amenazada. El día 18 de julio ocupó Gómez la ciudad de Santiago de Compostela, y allí se proveyó, como en Oviedo, de fusiles, pólvora, monturas, vestuarios de milicianos provinciales y otros efectos de guerra.

El general Espartero al frente de sus tropas se encaminó seguidamente a la ciudad del Apóstol, y todavía pudo su vanguardia alcanzar la retirada enemiga en la salida de la población.

Por Villalba, Mondoñedo, Grandas de Salime, Cangas de Tineo, Puerto de Leitariegos y Murias de Paredes, la expedición daba vista a León el 1 de agosto, en cuya capital descansó dos días, incorporándose a sus filas 200 voluntarios, que formaron un escuadrón titulado «4.º de Castilla», al que fué destinado como jefe el comandante don Victoriano Vinuesa.

El general Gómez creía que batiendo a su implacable enemigo Espartero podría dominar a las demás fracciones contrarias que le perseguían. Brindábale a ello las formidables posiciones enclavadas en el Puerto de Tarna, a cuyo punto quería llevar a su adversario para, esperándole allí, batirle. Le bastarían luego dos compañías de granaderos situadas en la boca del mencionado Tarna para sostener la retirada, encaminándose a tierras de la Liébana, si el enemigo, como era de esperar, seguía sus pasos. De acuerdo con este plan, el jefe carlista abandonó León al amanecer del día 4, llegando a Guardo después de una jornada de siete leguas. Descansó dos días, dando comienzo por Riaño la subida al puerto de Tarna, y siendo sobre la marcha vigorosamente acometido por los generales Espartero y Alaix, que dirigieron sus ataques a la fracción que mandaba el brigadier Arroyo, la cual fué sosteniendo el combate hasta la villa de Escaro, en las montañas leonesas, donde se encontraba el resto de la fuerza carlista. La acción de Escaro fué tan ruda y empeñada como lo exigía el sitio en que se sostuvo y comenzó trepando la masa constitucional por ásperas breñas hasta llegar donde los carlistas se hallaban. Gómez dió parte luego a su Gobierno, anunciando que había alcanzado una gran victoria, ocasionando más de 600 bajas a las tropas isabelinas, sin haber sido las suyas más que 50; en cambio, Espartero aseguró «que la facción de Gómez había quedado completamente destruída», y ni uno ni otro dijeron la verdad. Lo cierto fué

que los constitucionales, trepando y batiéndose de manera admirable, se enfrentaron con las huestes contrarias sin alcanzar una gran victoria en su primer choque. Los carlistas pelearon muy bien, aunque el terreno no permitió otra cosa, y Gómez no pudo manejarse libremente por el temor de perder la poca artillería que llevaba y por el embarazo que la causaba el gran convoy que conducía, formado por cuanto había acopiado y cuya pérdida le hubiera ocasionado gran perjuicio.

En resumen: unos y otros lucharon con valor, y la acción terminó, por el momento, disgregándose las fuerzas sobre lugares prefijados.

EL GENERAL GÓMEZ SE DIRIGE A CASTILLA. SUS PLANES. UNA INFANTERÍA TRANSPORTADA. ESPARTERO ES RELEVADO POR ALAIX. DERROTA DEL GENERAL LÓPEZ EN MATILLA. LOS CARLISTAS ENTRAN EN LA ALCARRIA. DEFENSA DE REQUENA. ACCIÓN DE VILLARROBLEDO.

La columna carlista salió de Cangas de Onís el día 24 por la tarde, a consecuencia de haber llegado el general Espartero a cuatro leguas de la mencionada localidad, por la parte de Oviedo, y el general Gómez aprovechando entonces la ocasión de tener todas las tropas adversarias a su espalda emprendió la ruta hacia Castilla, llegando a Potes el día 16 al mediodía; allí se le incorporó el brigadier Arroyo. Reunidos todos, continuaron por el Puerto de Cabezuela, Piedras Luengas, Cervera del Río Pisuerga y Prádanos de Ojeda, en cuya localidad el jefe carlista creyó oportuno consultar la opinión de sus compañeros sobre la marcha de las operaciones, citándose a una Junta a la que asistieron, además de los jefes que formaban la expedición, los coroneles Fulgosio y Castillo. Presentada por el general la cuestión de si debería volver a los territorios que dejaban o continuar el iniciado movimiento hacia Castilla, fué opinión unánime que se debería operar por el interior de la Península, porque, además de ser esto más acorde con las victorias logradas, se podría encontrar tal vez la oportunidad de fijar la lucha en alguna parte favorable, quedando además el Ejército del Norte más expedito para obrar.

Decidido con esto el plan propuesto, la columna carlista continuó por Herrera del Río Pisuerga, atravesando Frómista, Piña de Campos y Fuentes de Valdepero, hasta dar vista, en la tarde del 20, a las torres de San Miguel y la catedral de Palencia, donde se descansó dos días, gracias a la enfermedad de su perseguidor Espartero; pero al acercarse Alaix, se abandonó la ciudad el 22, apoderándose antes de cuantos carros de

mulas ofrecía el país, y montando en ellos a la Infantería consiguióse hacer más largas las jornadas; logrando con ello dos cosas: llevar más delantera al adversario y quitarle los elementos de transporte. Con este afortunado proyecto, Gómez consiguió sobre su contrario tres jornadas de ventaja.

Encargado por el Gobierno de Madrid para el mando de una División en el Norte, el general Espartero designó como sucesor provisional en Castilla al general Alaix. Gómez continuó por Piñel de Arriba, Pesquera de Duero y Peñafiel, en cuyo castillo se encontraba un grupo de constitucionales, que se negó a rendirse. Prosiguieron los carlistas el 23 por Fuentidueña y Torrecilla, repasando el Duero, y siguiendo por Turégano, Riaza y Atienza para atraer por aquella parte las fuerzas enemigas y hacer una demostración sobre las inmediaciones de Madrid.

Agitados los ánimos por las continuadas victorias carlistas, quiso el Gobierno liberal dar un golpe a la expedición, para así librar a la capital de la nación de la zozobra que experimentaba al ver tan próximas las vanguardias adversarias. Para ello hizo salir una fuerte columna constituida por fuerzas de la Guardia en la dirección de Aranda de Duero, poniendo a su frente al bravo brigadier don Narciso López, *«distinguido por su lanza en la Rivera y admirado por su osadía en los combates»*. Mas noticioso el general Gómez de que su contrario se encontraba el 29 a dos leguas de Sigüenza, dió las órdenes oportunas para emprender la marcha al amanecer del 30 de agosto camino de Bujalaro, en la orilla del río Henares, con intención de atacarlo. Aguardábale en Matilla el general isabelino López con sus fuerzas desplegadas en orden de combate. Hicieron alto las huestes carlistas en espera de que el coronel Fulgoso ejecutase el movimiento que por su derecha había emprendido con dos batallones; y éstos lograron envolver a los constitucionales, a pesar de su buena artillería y de ser regidos por un jefe de prestigio, acostumbrado a vencer.

La derrota fué tan grave para la causa liberal que el Gobierno decidió que el ministro de la Guerra, general Rodil, saliese a campaña para dirigir personalmente las operaciones, situando las columnas destinadas a la persecución del caudillo carlista en los siguientes puntos: Columna Puig Samper en Sepúlveda, en combinación con las de Segovia; en Almazán, la de Manso; en camino, la tercera División del Ejército del Norte, que conducía el general Alaix, y en Alcalá de Henares, un fuerte contingente de tropas de todas las armas como reserva general, refuerzo que había salido de Madrid el 25 del citado mes.



El Mariscal de Campo Don Miguel Gómez

(Del libro de Melchor García Moreno, *Bibliografía e Iconografía del Carlismo Español*).



Retrato, escudo de armas y facsimil de la firma del General don Isidro Alaix
(Del libro de Pedro Chamorro y Baqueriza, *Estado Mayor General del Ejército Español*; Madrid, 1851).

Los carlistas pernoctaron en Esplegares, cerca de Cifuentes, y su jefe concibió entonces el pensamiento de encaminarse a Cantavieja, en el reino de Aragón, para desembarazarse de los prisioneros y los trofeos de sus victorias; al emprender la marcha se enteró de que el capitán general del distrito en que se hallaban, don Evaristo San Miguel, estaba muy cercano a su ruta. Gómez entonces varió de dirección, encaminándose a tierras de Cuenca, pasando por Torres, Terriente, Salvacañete, Alcalá de la Vega, Landete y La Torre y llegando a la importante villa de Utiel el 7 de septiembre, en cuya localidad permaneció los días 8, 9 y 10, que se aprovecharon para construir lanzas, recomponer armas y aprovisionarse de algunos otros elementos guerreros. Allí recibió el jefe noticia de la llegada al día siguiente de sus subordinados el brigadier Quílez, con tres batallones y cuatro escuadrones, y el también brigadier Morales, comandante general de Valencia, con un refuerzo que ascendía a 2.500 infantes y 550 caballos. Como es lógico, estos envíos fueron recibidos con la natural alegría. También se incorporó a la columna el general don Ramón Cabrera, comandante general de Aragón.

Reunidas todas las fuerzas, se convino que acompañarían a Gómez para ejecutar una incursión en la Mancha, amenazar Madrid y aun atacarla si el estado de su defensa lo permitía. Don Ramón Cabrera, lleno de entusiasmo y ardiendo en deseos de gloria, quiso también ir con la expedición.

El día 13 las dos mencionadas Divisiones se encaminaron a la villa valenciana de Requena, plaza defendida por el coronel Albornoz. Los carlistas atacaron infructuosamente con fuego de fusil y cañón a la citada localidad, que se defendió heroicamente. Descansó la expedición en Utiel el 14, y al día siguiente emprendió por Casas Ibáñez la marcha hacia Albacete, para ocultar, sin duda, sus propósitos y no llamar la atención de las fuerzas que guarnecían con efectivos muy escasos la plaza de Madrid. El 17 permaneció en la capital manchega, saliendo el 18 y pasando por La Roda. El día 19 el jefe carlista, teniendo noticias de que su perseguidor Alaix trataba de ejecutar un movimiento envolvente, se acantonó en Villarrobledo, localidad algo separada hacia la izquierda de la carretera de Valencia a Madrid, y hasta allí le siguió su adversario con 4.000 infantes y 350 caballos, situando sus tropas junto a un olivar espeso en las inmediaciones de la villa, donde iban formando las compañías según iban llegando. Reunidas todas, su jefe las arengó, recomendándoles serenidad y confianza, y al toque de diana avanzaron hasta las mismas tapias del pueblo, entrando en él algunas

fracciones que sorprendieron a los centinelas carlistas. El general Gómez, al ver lo que sucedía, salió a caballo en dirección del camino que traía su enemigo. En este tiempo el fuego aumentaba, oyéndose ya dentro de la villa, lo que indicaba que el adversario encontraba resistencia. El jefe carlista dió las órdenes oportunas de defensa, pero siempre marchando en una perpendicular al camino de la Mota del Cuervo, pueblo donde pensaban pernoctar aquella noche. El general isabelino aprovechó la maniobra de su enemigo, y a la cabeza de cuatro batallones y 200 húsares de la Princesa, mandados por el famoso jinete don Diego de León, dió una impetuosa carga, que obligó a los carlistas a emprender la retirada, la cual don Ramón Cabrera sostuvo serena y valerosamente, ejecutándola por batallones escalonados y en dirección a Osa de Montiel. Ello determinó que quedara en suspenso la anunciada marcha sobre Madrid. El día 21 la columna carlista vivaqueó en Villahermosa, pernoctando en Infantas. A la mañana siguiente, a marchas forzadas, cruzaron Villamanrique, durmiendo en Chiclana de Segura. Las sucesivas jornadas fueron Villanueva del Arzobispo, Ubeda, Baeza, Bailén y Andújar, continuando, después de descansar unas horas en El Carpio, a Córdoba, en donde entraron el 30 de septiembre.

La situación en que se hallaba el país era por entonces muy grave. Las exigencias más perentorias rodeaban al Gobierno. Exhausto enteramente el Tesoro, sin crédito, desatendidos todos los servicios, luchando los partidarios de don Carlos en el corazón de España, fermentando la causa de aquél de una manera imponente en Aragón y dejando tras sí hondas huellas en Asturias y Galicia, se reclamaba un esfuerzo inmediato. No era posible que con estos antecedentes preparase el ministro Rodil, sin pérdida de tiempo, una campaña decisiva, como la opinión solicitaba. Se precisaba crear recursos, y para ello se requería tiempo. El 21 de septiembre, considerando el formidable impulso de los carlistas del Bajo Aragón, unidos a los de Gómez, el general Rodil se propuso cubrir la plaza de Madrid, así como las de Cuenca y Toledo, con objeto de hacer imposibles las incursiones por el exterior, estrechando al enemigo y obligándole a batirse. Para este plan contaba el ministro Rodil con 22.000 hombres, a que ascendería el Ejército del Centro, más los 5.700 infantes y 300 caballos que él mismo conducía, con otros 3.500 y 190 caballos que regía Alaix y las fuerzas que mandaba don Evaristo San Miguel, capitán general de Aragón, además de las brigadas de Bermuy y Narváez.

Combinada la operación y dispuestas tales fuerzas a ocupar los luga-

res designados, el plan debería ser puesto en marcha simultáneamente, pero la noticia de la jornada en Villarrobledo echó por tierra estos propósitos, dándose la orden de suspender el movimiento y quedando en observación las tropas, que siguieron en sus puntos de acantonamiento. Mientras tanto el General Gómez se mostraba ufano con su dominación en Andalucía, abrigando el propósito de extender su radio de acción a otros puntos del sur de la Península, ya que su estancia en Córdoba había dado por resultado el aumento de sus contingentes por la incorporación de 2.000 voluntarios, creándose además dos escuadrones con los caballos requisados, uno de los cuales se le llamó de «La Legitimidad».

LA VICTORIA DE ALCAUDETE. LOS CARLISTAS, NUEVAMENTE EN CÓRDOBA.
EL GENERAL GÓMEZ ENTRA EN EXTREMADURA. LIBERTAD DE LOS
PRISIONEROS CONSTITUCIONALES. TOMA DE ALMADÉN.

Decidida la provincia de Córdoba por la Causa de Don Carlos, se disponía la Expedición en la mañana del día 14 a marchar sobre Sevilla, con las Divisiones de Aragón y Castilla, dejando en la capital andaluza la Brigada del Marqués de Bóveda, cuando llegaron hasta el jefe carlista noticias de que el Comandante General de Málaga, Brigadier Escalante, al frente de una numerosa columna, se proponía invadir el antiguo reino cordobés. Gómez decidió entonces encaminarse a Castro del Río, a cuyo punto llegó después de anochecido. No era aún de día cuando los carlistas se dirigieron a cortar el avance de la columna Escalante, que fué avistada al amanecer del 5 en la dehesa de Alcaudete, donde las avanzadas habían tomado las entradas del pueblo. El intrépido don Ramón Cabrera, con dos escuadrones de Aragón y una compañía de Cazadores, dió alcance a su adversario, que le hizo frente. Una vez empeñada la acción resistieron vigorosamente los constitucionales las impetuosas cargas de los carlistas, cediendo al fin abrumados por el número, y siendo perseguidos largo trecho por la Caballería, sin poder rehacerse; salvándose en Martos los caballos y en la vecina sierra los infantes. Cerca de 300 prisioneros hizo en esta jornada el General Gómez, y orgulloso de su triunfo pasó a Cabra, pernoctando el 6 en Lucena; los prisioneros y efectos aprehendidos fueron enviados a Córdoba.

La Expedición llegó el 7 a Montilla, donde se incorporó el Marqués de Bóveda con los elementos de su Brigada y equipajes, además de dos Batallones de los voluntarios realistas de aquella capital, la Junta Supe-

rior y otras personas notables de la provincia que no quisieron exponerse a la saña del enemigo. Esta llegada sorprendió al General Gómez, porque todas sus confianzas estaban contestes en que el movimiento de su contrario Alaix, única fuerza que podía inquietarle, era hacia el reino de Granada; pero el Brigadier Marqués de Bóveda tuvo informes fidedignos de la entrada del enemigo en Bailén, y recelando pudiese caer sobre la ciudad de los Califas, deliberó entonces con la Junta acerca de la resolución a adoptar, decidiendo evacuar la capital cordobesa. El 12 la Expedición entraba nuevamente en la misma, que fué definitivamente evacuada a los pocos días, al tener noticia de que las fuerzas de Alaix, Espinosa y Narváez llegaban al puente de Alcolea. Era propósito de Gómez acercarse a Extremadura por Ciudad Real, dirigiéndose por Villaharta a Sierra Morena, apartándose lo más posible de Despeñaperros por si el General Alaix cubría aquel puerto.

Cuando el día 13 se llegó a Pozoblanco, Gómez licenció a todos los prisioneros que tenía en su poder, exigiéndoles juramento de no tomar las armas contra Don Carlos, haciéndose extensivo el licenciamiento a los oficiales y funcionarios cogidos en los fuertes de Córdoba, con las mismas condiciones; muy pocos faltaron a su promesa.

Mientras tanto seguían activamente las marchas y contramarchas de las fuerzas contendientes, esquivando el general carlista el encuentro con su contrincante General Rodil, quien en su opinión podía tomar dos caminos: el de Despeñaperros o el de Extremadura. En observación de ambos, su plan era internarse por Sierra Morena, continuando el 16 a Villanueva de la Jara y el 17 a Fuencaliente. Allí supo que Rodil se hallaba en Almodóvar con 9.800 hombres, entre ellos la famosa Guardia Real, y en la misma noche vivaqueó en las montañas y sitio de las Navas, tres leguas distante de una de las Brigadas del Ministro isabelino de la Guerra. En jornadas sucesivas los carlistas pasaron por los Pedroches, La Conquista, Pozoblanco, Torremilanos y Alamillo, dando vista a la importante localidad minera de Almadén el 24 de octubre.

Formalizado el sitio de la plaza, sus alrededores fueron vigorosamente atacados. Los sitiados opusieron una fuerte resistencia desde los edificios aspilleros, llenos de trincheras y parapetos; pero por la tarde los valencianos y aragoneses lograron entrar en el recinto urbano por los lados del Este y Sur, mientras que los castellanos llamaban la atención del enemigo por el Norte y Oeste con un horroroso fuego, consiguiéndose que los sitiados capitulasen después de sufrir grandes pérdidas.

CENSURAS DE LA OPINIÓN POR LA ACTUACIÓN DE RODIL. CONSIDERACIONES SOBRE EL PARTICULAR. EL GENERAL GÓMEZ LLEGA A GUADALUPE. DON RAMÓN CABRERA SE SEPARA DE LA EXPEDICIÓN. SE DIRIGE AL MAESTRAZGO.

La toma de la importante localidad de Almadén, como no podía ser por menos, produjo en los medios gubernamentales una profunda impresión. El mismo General Rodil concedió a este suceso una importancia acaso decisiva para la marcha de la guerra. La ocupación de la villa minera, precisamente por las huestes derrotadas poco ha en Villarrobledo, causó una sensación dolorosa en el ánimo del Gobierno, inquietado también por la derrota de los Generales isabelinos Tello, Pardiñas y López.

Perdonábase en buena hora que el General Alaix no hubiera seguido a los fugitivos de Villarrobledo; pasábase por la pérdida de Córdoba; pero no se concebía que, rodeada la Expedición por seis jefes del Ejército a las órdenes del Ministro del Ramo, atravesase por medio, y casi a su vista, embistiese y asediase formalmente un punto interesante fortificado, y deteniéndose dos días en rendirlo, se ufanasen con la presa, sin ser por nadie hostilizado. ¿Por qué el General Rodil no siguió directamente la ruta de la Expedición? ¿Cuáles fueron sus disposiciones sobre el particular?

Ciertamente no se concibe que un militar como el Marqués de Rodil, encanecido y de renombre por su heroísmo en América, que había hecho la guerra en las provincias vascongadas, que había observado la constante movilidad y rapidez de la Expedición, que por su ruta era hija de las circunstancias, la considerase como una *Fuerza fija* en un país, establecida sin otra misión que la de contrariarle. Dígase lo que quiera en su descargo (1), las operaciones contra Gómez no fueron las que convenían al fin que se había propuesto. Con un enemigo que sólo se proponía llevar la guerra a cuantos lugares ofrecían posibilidades de sostenerla, a quien no convenía aventurar choque alguno y sí huirle si no se le presentaban ventajas, privando a la vez de recursos al

(1) «Manifiesto publicado en Lisboa en enero de 1837 por el General Rodil en su defensa ante las acusaciones por su actuación en la Guerra Civil 1833-1839.» Madrid, 1857.

Gobierno y alentando a sus prosélitos, solamente había un plan de campaña: «Alcanzarle y batirle».

Continuó la Expedición su marcha, alzando el campo de Almadén en la noche del 24 de octubre y pernoctando en la del 25 en Chillón. Tomado Puente del Arzobispo por el Capitán General del Distrito, señor Carratalá, y lo mismo los demás puentes, barcas y vados inmediatos, no podía el general carlista contramarchar, emprendiendo entonces la ruta hacia Cáceres, con el fin de cruzar el río Tajo por el puente llamado del Arzobispo o el de Alcántara. Y en efecto, sin pérdida de tiempo, tomaron las tropas aquella dirección, llegando el día 27 a Guadalupe, el 28 a Logrosán y el 29 a Trujillo, donde descansó la columna el día 30 de octubre. En la mencionada localidad se celebró una junta de jefes para tratar de las operaciones futuras, y en particular de una proposición del General don Ramón Cabrera pidiendo ir en socorro de Cantavieja, amenazada por el General don Evaristo San Miguel. Después de haber oído y discutido detenidamente todos los pareceres y observaciones que se ofrecieron al intento, acordaron por unanimidad «que era tan clara y visible la ventaja propuesta por Cabrera, que le autorizaron ir a socorrerla protegido por la División de Valencia, que mandaba el Brigadier Miralles».

El 31 emprendió la Expedición su marcha camino de Cáceres, en cuya capital entraron en la tarde del mismo día, no deteniéndose en ella más que el tiempo indispensable para dar un pequeño descanso a la columna, ya que el principal objeto era ver el medio de abrirse un camino por el Tajo y salir de la falsa posición en que se hallaban metidos, como en un callejón sin salida. A este fin destacó Gómez a la ligera 40 caballos y 30 infantes para que sorprendiesen el puente de Alcántara, pues el del Arzobispo, que estaba más cerca, lo tenía el enemigo en su poder, hallándose muy vigilado.

La partida con tanta oportunidad enviada se apoderó del de Alcántara, y después de un corto tiroteo con los liberales quedaron dueños los carlistas de tan codiciado paso.

El 2 de noviembre salió toda la División para el mencionado punto por Arroyo del Puerco; pero, a poco más de una legua, tuvo noticia su jefe de que las columnas de Rodil y Alaix, a marchas forzadas, caminaban hacia Madrid a protegerlo, porque se hallaba amenazado por las fuerzas del Pretendiente.

GÓMEZ VUELVE A ANDALUCÍA. ENTRADA EN RONDA. DESTITUCIONES DEL MARQUÉS DE RODIL Y DE ALAIX. LOS BRIGADIERES RIVERO Y NARVÁEZ LES SUSTITUYEN. LOS CARLISTAS ABANDONAN LA SERRANÍA. UN MOVIMIENTO ESTRATÉGICO. LA EXPEDICIÓN LLEGA FRENTE A GIBRALTAR.

Por Miajadas y Villanueva de la Serena entraron nuevamente en Andalucía. El día 9 vivaquearon en Constantina de la Sierra y Palma del Río; el 10 cruzaron el río Guadalquivir en barcas, sobre un puente de carros la Infantería y por un vado la Caballería. Desde Palma del Río marchó la Expedición por el puente sobre el río Genil a Ecija, donde descansó el 12, llegando al siguiente día a Osuna. Continuó sin tropiezo la marcha por Marchena y Olivera, alcanzando la ciudad de Ronda el día 16, localidad que antes evacuaron las tropas que la guarnecían.

Mientras esto ocurría, la opinión liberal del país continuaba indignada con el proceder del General Rodil por su poco acierto al no imprimir a las operaciones sobre las huestes de Gómez el esfuerzo y rapidez necesarios, llegando a susurrarse en todas partes que tanto su proceder como el de su colega Alaix se hacía sospechoso para su fidelidad al trono de Isabel II. Ello determinó que el Gobierno destituyera a ambos Generales de sus respectivos mandos, no empleando los trámites reglamentarios, sino por mediación de un simple diputado militar de muy inferior categoría a la de aquellos señores.

De Ronda salió la Expedición el día 19 por la tarde, pernoctando su cuartel general en la villa malagueña de Atajate. Esta salida había sido muy repentina a consecuencia de que el General Rivero, con 8.000 infantes, que eran los que mandaba Rodil al ser destituido, había llegado al mediodía a tres leguas de la ciudad rondeña, a marchas forzadas, para impedir la sublevación de la Serranía que el jefe carlista pretendía hacer con la ayuda de algunas personas de significación afectas al Pretendiente.

Gran sentimiento le produjo tener que abandonar aquella comarca, que tantos recursos y esperanzas le había ofrecido, y en la que el General se había lisonjeado de hacer la guerra en el invierno, pero no hubo otro remedio que despistar a su enemigo Rivero efectuando un movimiento divergente, merced al cual se salvó la columna del peligro que la amenazaba. Llegó el 20 a Gaucín, localidad que Gómez abandonó al siguiente día, encaminándose a San Roque e incorporándose al

grueso de la columna un escuadrón carlista. Al divisar aquélla la del Brigadier Ordóñez, la persiguió hasta La Línea, poniéndola bajo el tiro de cañón de la plaza de Gibraltar, cuyo Gobernador mandó un ayudante para avistarse con el jefe carlista, manifestándole que se vería en la precisión de romper el fuego de cañón si los expedicionarios penetraban en territorio británico.

El día 22 el cuartel general de la 1.ª División entraba en Algeciras, en cuyo puerto sufrieron el fuego vivo de una fragata inglesa, una corbeta portuguesa y varios guardacostas españoles. Se dispararon sobre los carlistas 200 cañonazos, sin mayores males.

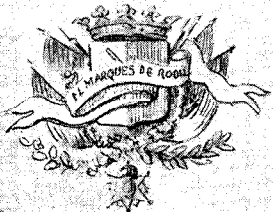
Allí, frente al Peñón, en un día de los claros y hermosos que se ven en aquella región, las tropas del Pretendiente experimentaron, como era natural, gran júbilo y entusiasmo al pisar la parte más meridional de la Península Ibérica, ondeando ante el altivo pabellón inglés las armas y estandarte de Don Carlos de Borbón, acreditando la importancia de los mismos, no reducidos ya a las montañas del Norte, Cataluña y Aragón.

LOS CARLISTAS, EN SAN ROQUE. LA PERSECUCIÓN SE HACE CONSTANTE.
 ACCIÓN DE MAJACEITE. NARVÁEZ Y ALAIX. LA GUERRA DE PIERNAS.
 DISCREPANCIAS EN LOS MANDOS. LA EXPEDICIÓN RETORNA A LAS
 PROVINCIAS VASCONGADAS.

La 2.ª División quedó en San Roque, cubriendo el servicio de La Línea y en observación del adversario Brigadier Ordóñez, que seguía acantonado bajo el tiro de cañón de la plaza inglesa. Sin embargo, la permanencia del General Gómez y sus huestes en la zona fronteriza se iba haciendo por momentos más difícil, debido a las presiones extranjeras de todo orden; por ello, en la tarde del 23 dió aquél la orden de marcha a las dos Divisiones, emprendiéndola con dirección a la villa de Alcalá de los Gazules.

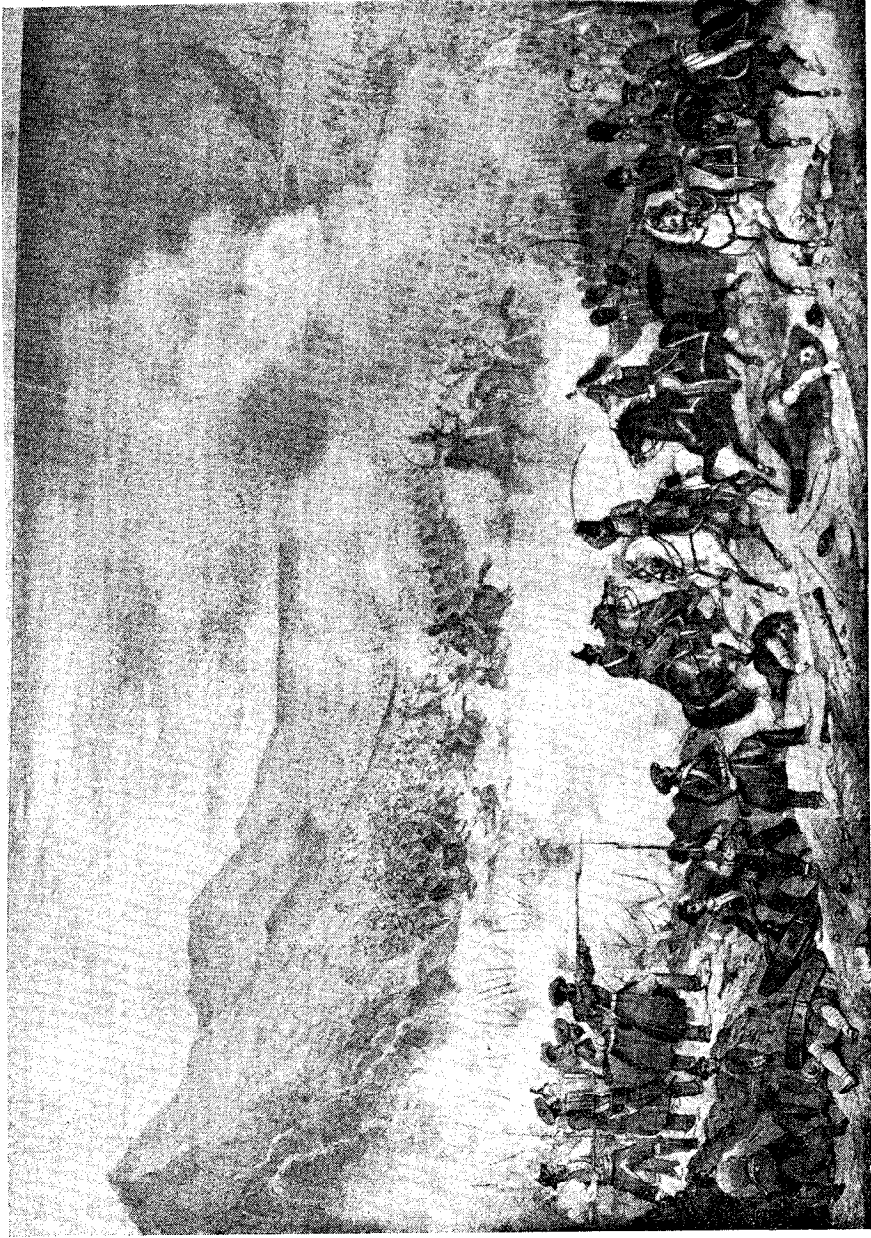
Las confianzas que Gómez poseía de sus enemigos eran las siguientes: el General Rivero vivaqueaba en Jimena; Alaix, en la costa de Málaga; Narváez ocupaba Los Arcos, y los liberales de Sevilla, Cádiz y Jerez, más los marinos, se hallaban con el Brigadier Espinosa en Chiclana y Medina Sidonia.

El jefe carlista, apercibido de la maniobra de cerco que le tendían sus adversarios, y ante la imposibilidad de rehuir el encuentro, envió



José Ramón Rodil.

Retrato, escudo de armas y facsimil de la firma de don José Ramón Rodil, Marqués de Rodil (Del libro de Pedro Chamorro y Baqueriza, *Estado Mayor General del Ejército Español*; Madrid, 1851).



«Derrota del cabecilla Gómez, por el General Narváez en Monte de Maja-aceite el día 25 de No. bre de 1836». Según reza un grabado de la época.

(Biblioteca Nacional. Sala de estampas.)

algunas de las unidades de la vanguardia, al mando del Coronel Fulgoso, para sostener una acción, que tuvo lugar en la confluencia del río Majaceite con el Guadalete, no lejos de Arcos de la Frontera.

El combate comenzó con el ataque de los Batallones de Aragón y Valencia a la línea contraria, y cuando los contendientes llevaban más de una hora de fuego, el jefe carlista recibió un aviso urgente de que Rivero distaba de su retaguardia poco más de una hora, según el punto donde lo dejaron los confidentes y la dirección que traía. La situación de los carlistas era muy difícil y expuesta al fracaso, y entonces su general ordenó la retirada, escalonando al efecto sus tropas; movimiento que se realizó con la mayor rapidez y orden. Los Cazadores del 6.º Batallón de Castilla hicieron un daño horroroso a uno de los escuadrones adversarios, que osado le acometió en un terreno bastante escabroso. Esta fuerza, que luchó con indomable arrojo, iba mandada por el Coronel Mayalde, distinguiéndose igualmente por su bizarría el Brigadier Narváez, viéndosele en todas partes arrojando los mayores peligros. También mereció plácemes por su comportamiento el Coronel Ros de Olano, tan distinguido luego en la guerra que España sostuvo en el imperio marroquí, por los años de 1859 y 1860.

La Expedición llegaba a las 12 de la noche a las cortijadas de Villamartín, a cuatro leguas del General Narváez y cinco de Rivero, esquivando el encuentro y pudiendo rehacerse sin ser exterminada, como se había propuesto el Gobierno de Madrid.

No fué la jornada de Majaceite tan estéril para la causa de Doña Isabel como llegó a asegurar el General Alaix en un escrito que publicó por entonces (2). La enemistad con su colega Narváez le ofuscó al extremo de sentar como cierto que el vencido y derrotado fué éste. No recusará el más afecto a Alaix la propia confesión de parte. «Firmes al principio en sus escogidas posiciones —dicen los carlistas—, mas de repente ordenó Gómez la retirada, y en ella se batió el resto del día, de posición en posición, acometiendo siempre y sosteniéndolas con bizarría.»

Desde Villamartín, donde permanecieron los carlistas el 25, pasaron a Morón, y después a Osuna y Estepa, pernoctando aquí. El 27 entraron en Cabra por el puente de Don Gonzalo, antes de anochecido, en cuya hora se tuvo noticia de que parte de la Caballería de la columna

(2) «Manifiesto de las Operaciones ejecutadas en Andalucía para el exterminio de Gómez.» Madrid, año de 1857. Un folleto en 4.º

Alaix y toda la de Narváez se hallaban en Lucena, una legua distante, y la Infantería de aquél en Zapateros, a dos leguas.

El General Gómez dióse cuenta de lo peligrosa que era su situación, cada día más difícil, porque el adversario iba en aumento, circunvalando sus acantonamientos y sus vivaques e impidiendo con una estrecha vigilancia en los pueblos la salida y entrada de personas sospechosas. Ello originó, como era natural, la falta de confianzas, que muchas veces eran tardías para tomar una pronta resolución adecuada al caso. Así ocurrió al llegar a Alcaudete, pueblo que recorrió acompañado del Coronel Fulgoso, con objeto de establecer la seguridad en reposo de su columna, aumentando las avanzadas, guardias y retenes para no ser sorprendido y montando el servicio con la mitad de sus efectivos. De poco sirvió tal precaución, porque a medianoche el toque de llamada redoblada los reunió precipitadamente, ya que la vanguardia del General Alaix irrumpía en la mencionada localidad por sorpresa, arrollando y dispersando a las huestes carlistas, que se vieron precisadas a toda prisa a dejar el pueblo en dirección de Martos, abandonando en el campo muchas bajas y material de guerra.

La sorpresa de Alcaudete causó una impresión penosa en el ánimo de los expedicionarios. La pérdida moral fué de tanta consideración, que puede decirse que desde aquel momento se convenció su jefe de que para salvarse no había otra solución que volverse reunidos a las Provincias Vascongadas. Téngase en cuenta, además, que la ayuda de los simpatizantes andaluces iba disminuyendo, ya que las levas en aquella parte del país no surtían el efecto deseado. Por otra parte, una vez alcanzado el punto más alejado de la Península, llevando en alto las victoriosas banderas de Don Carlos de Borbón, podía dar por concluida su actuación en el ámbito nacional, no poniendo sus fuerzas en el trance de ser copadas por las numerosas columnas gubernamentales dedicadas a su persecución y exterminio.

Desde este punto de vista, el regreso de la Expedición a sus cuarteles de Amurrio constituía una nueva prueba de la prudencia de su conductor, no exponiendo la pequeña columna a los azares de una amplia diversión en el tecnicismo castrense y dando preferencia «a una guerra de piernas», en el sentido más estricto de esta palabra.

Difícil sería, en verdad, encontrar en el curso de nuestras contiendas civiles del pasado siglo otra empresa más atrevida en su concepción, ni más audaz en su ejecución que la realizada por el General Gómez, no solamente por la amplitud de sus correrías, sino por el tino de que

dió muestras al regresar con escasas pérdidas al mismo lugar de donde partiera.

CONSIDERACIONES SOBRE EL REPLIEGUE CARLISTA. ORDEN Y MÉTODO. EL GENERAL ALAIX PERSIGUE A SU ADVERSARIO SIN DARLE ALCANCE. LA VELOCIDAD EN LAS JORNADAS. GÓMEZ CRUZA DESPEÑAPERROS Y ENTRA SIN MAYORES CONTRATIEMPOS EN LA REGIÓN MANCHEGA. PROSECUCIÓN DE LA RETIRADA.

En el campo de los carlistas produjo una gran decepción la noticia de la retirada de Gómez, quien había hecho concebir a sus secuaces grandes esperanzas sobre el resultado de las operaciones en el centro de la Nación. Sobre este interesante asunto nadie más autorizado que el Gobernador del Cuartel General carlista, don J. Delgado, el cual, en su folleto sobre aquella famosa operación, expuso sus ponderados juicios y atinadas razones acerca de las causas determinantes que obligaron a regresar al punto de partida (3).

«Aunque la pérdida material que tuvimos en Alcaudete—dice el señor Delgado—fué de poca consideración, en lo moral fué de tanta, que desde aquella misma noche me convencí que para salvarnos no había otro remedio que volvernos a estas provincias si, como se veía, no acudían tropas a nuestro socorro. De esta misma opinión fueron casi todos mis compañeros; sin embargo, otros aún pretendían que, haciendo un esfuerzo verdaderamente colosal, se podría reanimar el espíritu de las Divisiones, abatido por el cansancio y la fatiga, sin haber podido parar en más de cinco meses sino instantes, perseguidos constantemente por fuerzas muy superiores y en todas direcciones. A pesar de tantas acciones brillantes y de tantos hechos gloriosos no habíamos podido fijarnos en ninguna parte, ni contestación había tenido el General a las varias comunicaciones que había dirigido al Ministerio, en algunas de las cuales, después de pintar nuestra situación, hacía ver la necesidad en que estábamos de ser apoyados por tropas que hubiesen salido de las Provincias Vascongadas. Los que opinaban por permanecer fuera de ellas pretendían que nos dividiésemos en pequeños Cuerpos o fracciones, y diseminándonos, viese cada Jefe de Sección el medio

(3) «Relato oficial de la Expedición de Gómez», por J. DELGADO. San Sebastián, 1943.

de sostenerse; pero no conocían que este medio de hacer la guerra no está al alcance de todos, y que sólo cierto carácter y genio particular puede sostenerla con buen éxito, y, además, todas las fuerzas que nos perseguían caerían sobre nosotros y concluirían en cuatro días lo que tantos sacrificios había costado.»

Después del aciago encuentro de Alcaudete, Gómez se encaminó a la villa de Martos, distante dos leguas de aquella localidad, reorganizándose sobre la marcha como pudo, y al salir el sol el 30 de noviembre, por Torre del Campo y Menjíbar cruzó el Guadalquivir, alcanzando el mismo día a las 10 de la noche Bailén, donde las tropas vivaquearon. La jornada Martos-Bailén fué de once leguas, ganando cuatro sobre sus adversarios. El 1.º de diciembre, por La Carolina, llegaron a Santa Elena, donde acamparon, no sin temor de que el General isabelino cayese sobre el camino real que llevaban.

El día 2, muy de mañana, abandonaron los carlistas su campamento, pasaron por Despeñaperros y llegaron, por El Viso del Marqués y Santa Cruz de Mudela, a Valdepeñas, ya muy entrada la noche. De esta villa manchega salieron al amanecer del día 3, y dejando la carretera de Andalucía a Madrid, variaron a la derecha, huyendo de la numerosa Caballería liberal que diariamente les iba picando la retaguardia.

Por La Solana y Argamasilla de Alba fué la Expedición a dormir al Tomelloso, pernctando el día 4 en Mota del Cuervo, y en Horcajo de Santiago a la noche siguiente. Llegaron el 7 a Huete, donde se dió un descanso a la tropa, y sobre todo a la Caballería, que también necesitaba herrarse, aprovechando la delantera que sobre su adversario llevaba. La jornada de los carlistas en aquel día fué de quince leguas, mientras que las fuerzas del General Alaix emplearon el día en recomponer la barca de Menjíbar, destruída por sus contrarios después de servirse de ella.

Las fuerzas del Pretendiente abandonaron Huete, con dirección a Buendía, el día 6 de diciembre, y el 9 cruzaban el río Tajo, marchando por Sacedón y Auñón a Torija, localidad situada en la carretera de Madrid a Zaragoza; cruzaron luego Rebollosa, Hita, Cogolludo, Candemios de Arriba, Osma, y pasando el Duero por el puente inmediato a Matanza. Desde este punto, la columna Gómez, a marchas forzadas, llega a Osma, Berzosa, Fuente Ermegil, Huerta del Rey, Retuerta y Covarrubias, vadeando el Arlanzón.

GRAVE INCIDENTE EN EL BANDO CONSTITUCIONAL. DON DIEGO DE LEÓN
Y ALAIX. EL GOBIERNO, ANTE LAS CENSURAS DE LA OPINIÓN. SIGUE
LA EXPEDICIÓN SU RUTA HACIA EL NORTE. TÉRMINO DE LA MARCHA
Y LLEGADA A ORDUÑA. CONSIDERACIONES.

Por aquellos días, y durante la constante persecución de las fuerzas del Pretendiente, ocurrió un incidente dentro de las filas liberales que pudo tener muy graves consecuencias, y que merced a los buenos oficios del Brigadier don Diego de León, considerado por entonces como «*la primera lanza de España*», y del General Rivero se logró evitar. El 13 de diciembre, estando la columna del General Alaix en el Burgo de Osma, se presentó el Coronel Paz con un escrito del Gobierno haciendo constar la extrañeza de que el mencionado General ostentase todavía el mando de la División, de la que había sido separado. El léxico del escrito en cuestión era de una extremada dureza, ya que se apercibía de ser tratado como traidor y castigado como tal, con arreglo a las leyes, en el caso inesperado de desobediencia al real mandato, y disponiendo la entrega inmediata del mando al Brigadier León. Este, rápidamente, se trasladó a Madrid con la representación de todos los jefes de la División, haciendo presente a la augusta Soberana y a su Gobierno que Alaix nunca había sido rebelde, que cumplió la orden de entregar el mando y que si no se separó de la retaguardia de la misma fué porque las tropas, alborotadas en su favor, no consintieron la marcha del jefe, que contaba con tantas y tan justificadas simpatías. El Gobierno, al recibir el escrito del General León, estuvo a punto de comprometer con una medida de rigor la causa que defendía, pero se impuso el buen sentido del bravo militar, «asegurando que la augusta Doña Isabel II no tenía defensores más leales ni más decididos partidarios por el orden que el General Alaix y los jefes cuya representación ostentaba el luego Conde de Belascoáin».

Sigamos con nuestra narración al General Gómez, que al frente de sus huestes llevó a cabo un notable recorrido de más de cuarenta leguas desde Horche a la villa burgalesa de Covarrubias en poco más de seis días. La Expedición hizo alto el 14 de diciembre al llegar a la mencionada localidad, donde el General quiso consultar con los jefes de la agrupación la conducta a seguir, toda vez que, en virtud de la posición en que se hallaban las Divisiones por las numerosas fuerzas que la

perseguían, era de opinión que lo mejor sería internarse en los pinares de Soria, retrocediendo en una oportunidad al interior de la Península, o entrar en las Vascongadas. No fué dudosa la elección entre ambas medidas propuestas. En el último sentido se pronunciaron casi todos los consultados.

A esta ejemplar conducta amoldó el jefe carlista su decisión, exponiendo a la Superioridad las causas que le obligaron al retroceso a los cuarteles vascongados. Y si un Príncipe de Ligne, el famoso militar austríaco, aseguraba que le «era difícil comprender cómo lograba su Ejército hacer una retirada», nuestro modesto caudillo, en el reducido marco nacional, demostraba con hechos que no era tan difícil eso cuando había en los mandos mucha abnegación y valor y disciplina en las tropas.

Abandonaron los carlistas en la mañana del 15 de diciembre la villa de Covarrubias, yendo a pernoctar a Villasur de los Herreros, un pueblecito burgalés al pie de la sierra de Píncola, en el término de Villafraanca de Montes de Oca; y, por San Juan de Ortega, Rojas, Hermosilla, Salas de Bureba y Tamayo, alcanzaron el 18 el puente de La Horadada, sobre el río Ebro, atravesando con buen orden el famoso desfiladero de la Cuesta de Tamayo, a la izquierda del río Oña.

Allí tropezaron con un pequeño destacamento de los constitucionales, encargado de la defensa del paso, destacamento que fué fácilmente arrollado.

El General Alaix, con su columna, siguió a Huerta del Rey, Covarrubias, Briviesca y Oña, sin lograr la derrota de su contrario, renunciando a la persecución después de un infructuoso recorrido.

El General Espartero recibió de su subordinado Alaix un detallado informe, en el que se hacía constar su próximo regreso a Burgos para responder a los cargos que por su actuación en las operaciones se le habían hecho, y cuyo expediente fué sobreseído algunos meses después.

El día 18 siguió la Expedición su movimiento retrógrado, y a una media hora de marcha tropezó con una reducida fracción adversaria que se encaminaba a La Horadada, de cuyo pueblo pensaba apoderarse. Las tropas isabelinas se replegaron sobre la iglesia de Gayangos para repeler el inopinado ataque carlista, y bastaron tan sólo cuatro disparos de la Artillería para que los defensores de la localidad se rindieran sin condiciones, dejando expedito el camino a la columna, que ya de noche y con un tiempo muy lluvioso cruzó el puente sobre el río Nela, alojándose

las fuerzas en Cadiñanos y Extremiana y haciéndolo el Cuartel General en este último lugar.

Ya se iba acercando la columna carlista a la deseada meta, acelerando para ello la marcha todo lo posible, incorporándose el día 19 los Cuerpos acantonados en Cadiñanos y procediendo al difícil descenso de la Peña de Angulo. Los liberales pretendieron entorpecer esta operación con tres batallones que lanzaron al ataque sobre la retaguardia enemiga, favorecidos por una espesa niebla; pero sin éxito.

La vanguardia de la Expedición divisaba al amanecer del 20 la Peña, de Orduña, después del improbable trabajo de la noche anterior al organizar sus huestes, dando término a la jornada en la antigua capital vizcaína, corazón en otro tiempo del carlismo y siempre tan disputada durante las luchas fratricidas del siglo XIX.

El General Gómez, al regresar al punto de partida, llevaba bajo su mando la fuerza de la 1.^a División (1.953 infantes, 293 caballos y las dos consabidas piecitas de Montaña), y la 2.^a División, con 1.200 infantes y 340 caballos.

El tiempo empleado en esta notable Expedición fué de cinco meses y veinticuatro días, recorriendo 4.597 kilómetros por toda clase de caminos.

La opinión pública, al enjuiciar entonces esta operación bélica, lo hizo en diversos sentidos, desde el más favorable al más adverso. Unos la aplaudieron sin reservas, los más la censuraron con enojo; pero es menester reconocer por todos la capacidad de mando que supone conducir a través de toda la Península una masa de hombres, no muy duchos en asuntos guerreros. Ello acredita en el jefe gran mérito como psicólogo y un valor a prueba, al llevar durante medio año la lucha a muchas provincias, tomando por la fuerza varias capitales de la Nación y paseando su osadía por tantos pueblos apenas conocidos en el área nacional.

Algunos consideran que Gómez fué un rebelde al mando supremo, que se desentendió de las órdenes que le dieron, obrando por su cuenta y riesgo y causando con su proceder un grave perjuicio a la causa de Don Carlos.

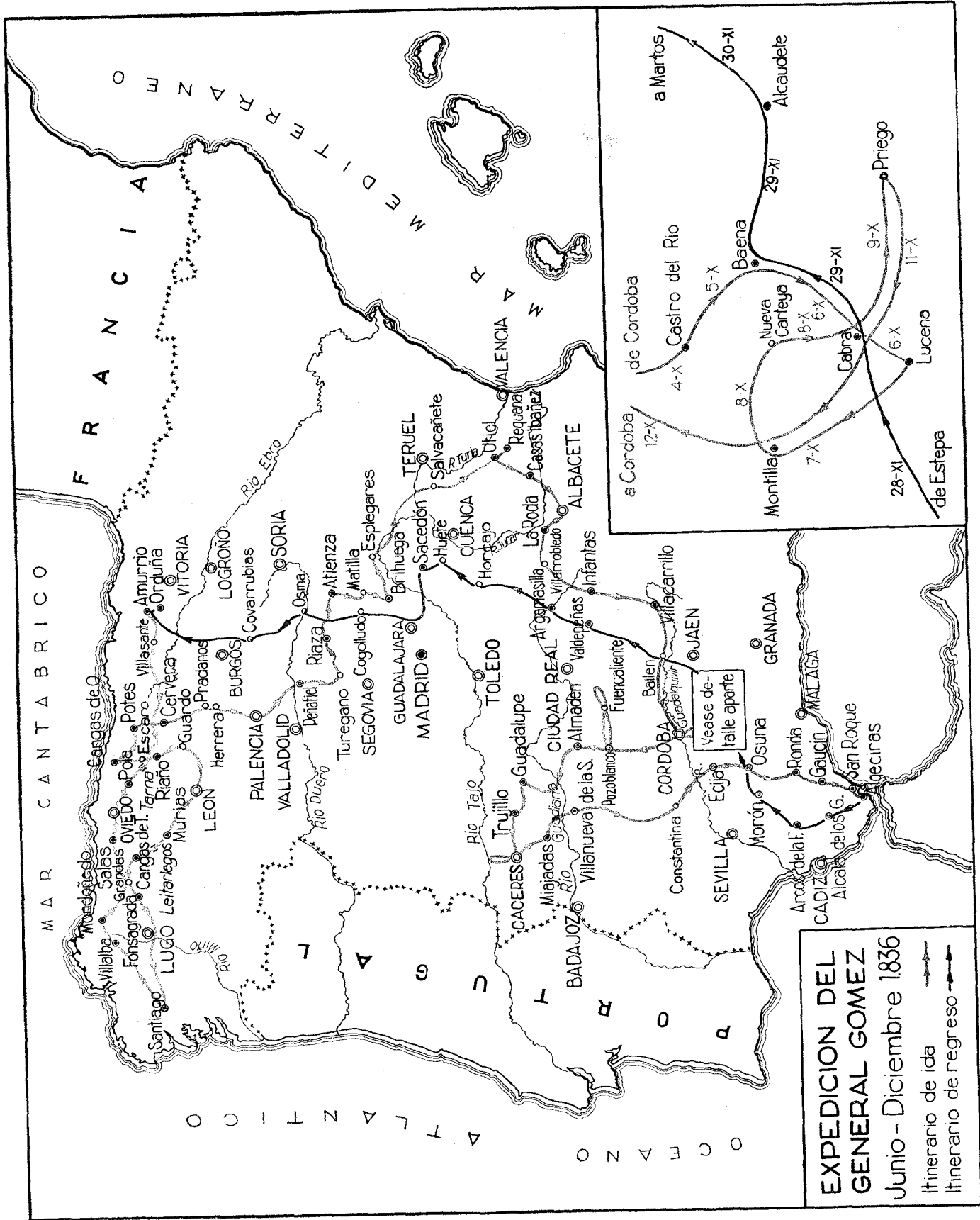
En el campo constitucional del país, las rivalidades políticas y profesionales de los jefes, que francamente se alegraban de los fracasos y derrotas de sus colegas, hicieron grave daño al régimen isabelino, sobre todo en cuanto dilataron su triunfo.

Sencilla ha sido nuestra tarea al examinar viejos papeles de la famosa

Expedición del año 1836, con sus curiosos episodios de éxito y desgracia, sucesos muy lejanos que presentan suficiente enfriamiento para ser manoseados sin peligro y trasladados a la Historia formal y definitiva de nuestras luchas en la pasada centuria.

BIBLIOGRAFIA

- Anales del Reinado de Isabel II.* Javier de Burgos. Madrid, 1850.
La Estafeta de Palacio. Bermejo. Madrid, 1872.
Isabel II, íntima. Carlos Cambroneró. Barcelona, 1908.
Espartero: historia de su vida militar. Flores. Madrid, 1843-1845.
Expedición de Gómez. José de Mazarrasa. París, 1843.
Manifiesto del General Rodil. Madrid, 1857.
Manifiesto del General Alaix. Madrid, 1836-1837.
Relato de la Expedición de Gómez. J. Delgado. San Sebastián, 1943.
Sucesos de Córdoba en 1836 al ocuparla Gómez. Díaz Morales. Madrid, 1837.
Breves observaciones sobre los sucesos de 1836. San Miguel. Madrid, 1838.



BIBLIOGRAFIA

FRED MAJDALANY: *Cassino. Portrait of a Battle.*—Longmans, Green and Co; London-New York-Toronto, 1957; 270 págs. + 12 láminas fuera de texto + 8 croquis + 1 panorámica; 21 cms.; tela.

El autor, Fred Majdalany, de nacionalidad inglesa, es una destacada personalidad dentro del periodismo y la literatura. Durante la guerra combatió en Africa del Norte, Sicilia e Italia, fué herido y condecorado con la Cruz Militar, desempeñando en los últimos meses de la campaña el cargo de instructor jefe de una Unidad de Instrucción de Cadetes.

Empieza el autor haciendo una detallada descripción del terreno que rodea al Monasterio, para seguir con unos retazos históricos que atañen a su fundación y a la de la Orden benedictina, mencionando los casos en que aquella casa religiosa y educadora fué protagonista involuntario de hechos bélicos, llegando al último que ha tenido lugar en nuestros días.

Sigue el texto haciendo unas atinadas observaciones sobre lo que es una batalla moderna. «Una batalla moderna no es un acontecimiento aislado que se produce en un espacio vacío. Es una fase en continuo proceso de integración. Se desarrolla lógicamente como consecuencia de lo que ha sucedido y se relaciona con lo que va a suceder. El comienzo es a menudo difícil de precisar, el fin es rara vez la terminación—a menos que no se trate de la última batalla de una campaña—. Conviene a veces mencionar esta o aquella batalla, pero lo que realmente significa es las operaciones entre esta y aquella fecha. Generalmente, una batalla no tiene identidad hasta que no se la contempla retrospectivamente dentro del contenido de una campaña.» Con relación a la que consideramos, el autor dice: «Con el tiempo, la identidad de Cassino se establece por un estudio de la campaña italiana en conjunto. A causa de la naturaleza del país fué ésta una campaña en la que la iniciativa la tuvo siempre el ejército defensor. Fué el defensor el que dispuso donde aquella se llevaría a cabo. Cassino fué el sitio que los alemanes eligieron para ejercer su máximo esfuerzo defensivo. Retrospectivamente, por tanto, la batalla parece descomponerse en tres partes. Todo lo que ocurrió antes de Cassino fué su preludio; Cassino fué la culminación; todo lo que ocurrió después fué confuso. Porque la batalla de Cassino se convirtió en la batalla por Roma. Dos días después de la caída de Roma, los aliados invadían Normandía

y la campaña italiana pasaba a ser de importancia secundaria. Cassino fué un ensayo del clima de potencia, en el que se luchó hasta el extremo en un momento en que Alemania todavía no consideraba perdida la guerra.» Y más adelante: «Lo que se iba a conocer como la batalla de Cassino puede por tanto decirse que empezó en la noche del 17 de enero de 1944, cuando las fuerzas inglesas del 5.º Ejército americano cruzaron el Garigliano e intentaron establecer un flanco izquierdo de protección, para que tres noches después una división americana embistiese contra el corazón de las defensas de Cassino. Terminó cuando el 4 de junio entró en Roma el 5.º Ejército»...

Estudia el autor el fondo político y estratégico sobre el que se proyecta la campaña de Italia, las diferencias de criterio entre Churchill de un lado y Roosevelt y Marshall de otro, y deduce que en la raíz de los acontecimientos en Italia existieron dos factores tácticos en correlación—la geografía del país y la consecuente ausencia del poder de maniobra—, que unidos a la repugnancia de la estrategia americana a meterse de lleno en la campaña, tuvieron el lógico resultado de la costosa y prolongada batalla de Cassino.

Continúa después el libro estudiando las fases de la batalla, cada una en sí, desde el desembarco hasta su terminación, y las dificultades que presentó al ejército atacante una defensiva apoyada en las excepcionalmente favorables condiciones del terreno y en el acertado empleo de las armas y medios.

Se ve cómo la resistencia dió lugar a que surgieran nuevas modalidades de combate para los atacantes y a bombardeos de violencia hasta entonces desconocida. «Aquella noche el Mando Aéreo anunció llanamente que 142 fortalezas de bombardeo B-17 y 112 aviones medianos de bombardeo habían arrojado sobre Monte Cassino hasta el anochecer 576 toneladas de bombas. El edificio del Monasterio había sido destrozado y se habían abierto brechas en sus muros exteriores, pero a causa de su gran espesor las bombas no habían podido hacer brechas desde la parte superior de las paredes hasta abajo.»

Además de su valor como tal, el libro tiene el de estar escrito por un participante en la lucha, unido esto a una objetividad poco común en trabajos de esta especie, lo que permite al lector formarse una idea exacta de los méritos de las fuerzas contendientes. Hay que notar un fino sentido de observación al estudiar las características de algunas unidades y de sus jefes.

«El Ejército de la India—dice Majdalany—estaba compuesto exclusivamente por voluntarios. Las razas guerreras de la India—los sikhs, punjabis, mahrattas, rajputs y gurkas del vecino Nepal—ingresaban en el ejército porque amaban la vida castrense. Amaban todo lo relacionado con la actividad del soldado: la instrucción el sacar brillo, los uniformes de fantasía. Al revés que el soldado británico o americano, que tiene que ser convencido de que el tiro al blanco y el patio del cuartel son necesarios, los indios gozan mostrando sus proezas como tiradores destacados, soldados de transmisiones, o en el ejercicio de las astucias de campaña que les son naturales. Por esta razón imponían automáticamente sobre

sus oficiales británicos la necesidad de vivir dentro de estas normas. Entre el oficial y el soldado británicos puede existir en general un amable espíritu de elasticidad en materia de disciplina y normas militares. ¡Pero si, sin necesidad de persuasión, el soldado indio hacía cuestión de honor el alcanzar unos extraordinarios méritos castrenses básicos, no porque se le dijera, sino por que amaba la profesión en sus más nimios detalles, el oficial tenía que superarse para no desmerecer! El resultado era que sólo la crema de la oficialidad británica iba al ejército de la India. Las pagas eran mayores: se exigían más altos méritos: sólo se aceptaban los mejores.»

Se usa de la crítica con mesura, lo mismo para unos que para otros: «Puede dejarse a los historiadores oficiales el decidir hasta qué punto fué debido el fracaso aliado en aniquilar el derrotado X Ejército, al cambio de dirección del general Clark cuando la fuerza de la cabeza de desembarco estaba preparando el cierre de la trampa de Valmontone: y hasta qué punto refleja ello la pericia y tenacidad de los hombres de Kesselring, al zafarse de una situación desesperada. Hay una autoridad, de todos modos, a la que le caben pocas dudas sobre esto. Es posible, desde luego, que todos los aspectos de la situación no hayan surgido a la luz todavía, pero en sus reflexiones posteriores a la campaña, el compatriota e inmediato compañero de Mark Clark, el general Truscott ha escrito: «No ha habido nunca duda alguna en mi mente de que si el general Clark se hubiese atendido lealmente a las instrucciones del general Alexander, si no hubiese variado la dirección de mi ataque hacia el Noroeste el 26 de mayo, el objetivo estratégico de Anzio se hubiera alcanzado por completo. El ser el primero en Roma era una pobre compensación para esta oportunidad perdida.»

El libro tiene tal lujo de detalles, que después de leerlo no queda nada por saber de la famosa batalla que tanto costó a los aliados.—L. M. M.

VARIOS ALTOS JEFES ALEMANES: *Batallas cruciales de la II Guerra Mundial*. Prólogo de Cyril Falls. Introducción y capítulos adicionales por Siegfried Westphal.—Luis de Caralt, editor. Barcelona, 1957; 328 páginas + 6 planos + 6 fotos; 18 cms.; tela.

Seis altas personalidades militares alemanas que desempeñaron papeles muy destacados en la última guerra han escrito sobre ella, eligiendo por temas sendas batallas perdidas. Son éstas: la batalla aérea sobre Inglaterra, Moscú, El Alamein, Stalingrado, Francia, 1944, y las Ardenas. Salta a la vista que quizá esta última no debiera ser incluida, por carencia de rango frente a las otras. Con todo, el libro en su conjunto no puede ser más sugestivo.

En el prefacio que el profesor Cyril Falls ha puesto a esta obra toca el tema de la justificación. Y dice: «No se encuentra ausente de estas páginas, pero, en conjunto, se mantiene dentro de límites razonables.» El intento, añade, es virtualmente inevitable.

No es agradable describir derrotas. Pero este tipo de narraciones tiene la ventaja de que siempre se busca en ellas las raíces del fracaso

—pensando quizá en la autojustificación—, lo que las hace altamente aleccionadoras. Porque la historia militar, más que ninguna rama de la historia, intenta extraer experiencias de los errores cometidos en el pasado para procurar evitarlos en el futuro.

Las batallas reseñadas representan otros tantos momentos de la guerra.

En la primera—batalla aérea sobre Inglaterra—, Alemania está aún entera; pero, con todo, carece de poderío para vencer. El general Kreipe, dice: «Los días de la victoria fácil habían pasado.» Ya desde los primeros momentos, la R. A. F. aparecía decidida a todo, causando gran número de bajas alemanas. Los ingleses luchaban con excelentes aparatos y desde bases muy próximas; tenían el «radar», entonces ignorado por casi todos; y la industria trabajaba a presión y a cubierto casi siempre de excursiones enemigas. Las bases alemanas estaban muy lejos de sus objetivos.

Estos objetivos señalados a la Luftwaffe fueron diversos: primero los convoyes marítimos y la R. A. F.; después las instalaciones terrestres de ésta; finalmente la industria aeronáutica, las ciudades y los puertos. «Los hombres que gobernaban la Fuerza aérea alemana carecían totalmente de objetivos firmes y de sólidos conceptos estratégicos.» Las bajas siguieron aumentando. Luego apareció el frente del Este.

El general Blumentritt desarrolla la batalla de Moscú, la primera derrota de los alemanes en tierra, la que señaló el fin de la *Blitzkrieg*. ¿Se desestimó al adversario? Indudablemente. Hitler, en primer lugar; muchos altos mandos y personalidades, luego. Todo hizo que la campaña fuera llevada a cabo con efectivos escasos y un peligroso optimismo. Y, sin embargo, Rusia era algo distinto de lo considerado hasta entonces, y suponía graves problemas de tiempo y espacio: la guerra tenía que resolverse allá, en la inmensidad geográfica, sólo en breves meses.

Tampoco parece ser que hubo buena visión del objetivo principal. Podían aquí marcarse dos opiniones: Brauchitsch y Halder querían, ante todo, destruir al Ejército rojo, alcanzando después los objetivos económicos; Hitler deseaba, por encima de cualquier otra consideración, las tierras feraces de Ucrania, la zona industrial del Donetz, los campos petrolíferos del Cáucaso.

La campaña de los Balcanes, aun siendo breve y victoriosa, retrasó la operación «Barbarroja», que había sido proyectada en un principio para el 15 de mayo. El deshielo, en 1941, fué además, tardío. Empero, el éxito de los primeros días resultó engañoso, y a la larga perjudicial. Sin embargo, y pese al fabuloso número de prisioneros, las tenazas rara vez se cerraban y siempre tenían ocasión de escapar hacia el Este fuertes contingentes de tropas.

Una nueva tardanza se impuso. Cuando ya se adivinaba la total derrota enemiga—al menos en teoría—, Hitler paró los carros ante Leníngrado y disolvió un Ejército acorazado que apuntaba a Moscú. Halder y Brauchitsch se oponían a este plan; Von Kluge se inclinaba hacia él. Luego Hitler volvió sobre sus pasos; pero en el intervalo se habían perdido varias semanas. La gran contraofensiva rusa empezó el 6 de diciembre y duró en realidad hasta abril, desgastando más y más las

tropas germanas. El general Blumentritt considera, sin embargo, acertada la orden del Führer de resistir a toda costa y huir del repliegue. «Creía poder evitar la catástrofe que nos amenazaba ante Moscú. Y debe admitirse que lo logró.» Esa catástrofe hubiera sido la retirada, como le ocurrió a Napoleón.

El teniente general Bayerleim narra la batalla de El Alamein, tan ingrata para Rommel y los suyos: batalla en la que la penuria germano-italiana en todos los órdenes, menos en el espiritual, llegó a extremos inconcebibles. Las escasas fuerzas del Eje, que habían combatido largo tiempo sin descanso, padecían una honda crisis logística. Por el contrario, las unidades británicas estaban magníficamente abastecidas, bien preparadas, dotadas de material abundante y excelente y con una moral elevada, pues presentían que la victoria final sería suya. La movilización general de la industria británica y los crecientes suministros de Norteamérica les favorecían. Los nuevos mandos, Alexander y Montgomery, demostraron hallarse a una altura superior a sus predecesores. La R. A. F. dominaba el aire sin excepción, y el mar era absolutamente aliado; Malta, en manos de los ingleses, constituía un puñal clavado en la espalda de las fuerzas del Eje.

En estas circunstancias, el general Bayerleim pregunta si no hubiera sido más sensato efectuar una larga y oportuna retirada, buscando la reconstrucción del Ejército en posiciones convenientes, mientras se verificaba un desembarco en Malta: pero Hitler había ordenado no retroceder un sólo paso, y sobre esta isla sólo debía actuar la Luftwaffe, como en Dunkerque. La gran ofensiva de Montgomery se benefició del efecto de sorpresa, y el Alto Mando alemán no llegó a saber nunca, ni aproximadamente siquiera, la fecha de la acción y sus líneas generales; la idea táctica del mariscal inglés constituyó, además, una novedad.

De la tragedia de Stalingrado trata—de modo magistral—el coronel general Zeitzler, que considera que los principales objetivos de la ofensiva de verano de 1942—Stalingrado y el Cáucaso en primer lugar, llegando luego hasta la India—eran notoriamente desproporcionados a las posibilidades del Ejército. Además, no bastaba alcanzar los objetivos; era preciso conservarlos.

Así se comprobó claramente a fines de agosto de 1942, cuando se llegó a Stalingrado y se conquistó el Elbrús, en el Cáucaso; la cuerda del arco llegó a su máxima tensión y ya no dió más de sí. Las tropas estaban agotadas, mermadas; su equipo, deteriorado; el armamento, en estado deficiente. Había pocos soldados y demasiado terreno; el flanco izquierdo, cubierto por tropas no alemanas, resultaba larguísimo y muy débil; el envío al frente de hombres, armas y equipos resultaba totalmente insuficiente, y el enemigo era muy superior al del anterior invierno.

Hitler se opuso desde el primer momento a modificar la situación, lo que hubiera supuesto el reconocimiento de yerros pasados; había que acortar el frente o, al menos, prever una futura retirada, pese a que, según todos los informes, el enemigo no sólo había contenido la ofensiva, sino que acumulaba cuantiosos efectivos, particularmente sobre el flanco izquierdo alemán. «Era horrible prever una catástrofe y no poder

hacer nada para evitarlo, viendo cómo la única solución era rechazada por el único hombre con autoridad para hacerlo.» (Sin embargo, en disculpa de Hitler, debe decirse que dos altos mandos militares le acompañaban en su opinión: el mariscal Keitel y el general Jodl.)

Así quedó decretada la destrucción del 6.º Ejército del mariscal Paulus. Con él desapareció «una gran parte de la confianza que el Ejército alemán depositara hasta entonces en su Jefe Supremo».

El teniente general Zimmerman habla de la batalla de Francia de 1944. También aquí el frente atlántico a lo largo de Holanda, Bélgica y Francia se ofrecía extensísimo en comparación con los efectivos encargados de guarnecerlo. Prácticamente no había reservas de consideración, pues en cuanto se contaba con alguna se la mandaba al Este. Los oficiales, tropas y equipos eran de segunda clase; los hombres, maduros, y el armamento, anticuado; las fortificaciones, muy incompletas; la Aviación y la Marina, sumamente débiles.

El desembarco fué una sorpresa completa en cuanto al día y al lugar elegidos. La tesis de Hitler era que el enemigo que desembarcase debía ser derrotado al borde mismo del mar. Acorde con esta idea, no se pensó que el adversario pudiera llegar a establecerse sólidamente, prohibiéndose, en consecuencia, toda retirada y el movimiento de las reservas; cuando se levantó la prohibición había transcurrido un tiempo precioso. Y, como en otras ocasiones, la orden terminante de mantener el terreno a toda costa originó la pérdida de nuevas unidades, que quedaron aisladas y fueron cayendo en su día, sin distraer demasiados efectivos enemigos. La retirada sorprendió, además, a las fuerzas sin líneas a retaguardia a qué acogerse, pues la idea de la defensa al borde del mar convertía en pecado capital tal posibilidad.

La batalla de las Ardenas aparece redactada por el general Manteuffel. Fué en realidad el canto del cisne alemán. ¿Para qué tuvo lugar? Sin duda sólo para prolongar la guerra: otra suposición no cabe. Hitler planteó la batalla con todo cuidado y con toda obstinación: «Para llevarla a cabo estaba incluso dispuesto a sacrificar lo que hasta entonces fuera su principio básico, es decir, que jamás debía cederse un sólo palmo de terreno.»

Destaca en las Ardenas la forma secreta en que fueron llevados los preparativos, con tal acierto e ingenio, que puede decirse que la sorpresa producida resultó absoluta. Ahora bien, esa sorpresa exigía fuese seguida de una gran velocidad para explotar el éxito inicial, lo que requería efectivos suficientes y poderosos; pero Alemania estaba entonces militarmente agotada. Por lo demás, en las Ardenas los resultados fueron incluso contraproducentes; pues aunque detuvo el avance en el Oeste, precipitó y favoreció el aluvión enemigo en el Este, ya que se había montado la batalla sacando tropas de Rusia.

De este libro debemos decir, finalmente, que los relatos son de gran interés; están perfectamente hilvanados, y resultan muy aleccionadores. Siendo de lamentar que no vayan acompañados de gráficos adecuados y que la traducción sea defectuosa.—J. M. M. B.

MANUEL MARÍN Y PEÑA: *Instituciones militares romanas*.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Patronato «Menéndez y Pelayo»). Madrid, 1957; 512 págs. + XXIV láminas + un plano; 21 centímetros; tela.

El autor de este libro declara en el prólogo del mismo no haber pretendido realizar una labor de investigación profunda, sino tan sólo una simple tarea de divulgación de lo realizado por otros. La modestia de esta confesión no quita ningún mérito a la obra. Sobre el tema se han escrito miles y miles de páginas, pero en nuestra lengua no existe ningún tratado de conjunto, y los que hay en lengua extranjera no están al alcance del lector medio.

Milicia en Roma. El pueblo la vivió con verdadero entusiasmo y fe hasta que se inició su decadencia. Basta fijarse que el mando supremo de los ejércitos se ejercía por la autoridad civil, la cual coincidía con la militar. En la Monarquía era el rey; en la República, los cónsules y procónsules. La guerra—se pensaba entonces—no es sino una manifestación de la política exterior, y por tanto debe ser el político el que la conduzca. La intuición o sentido innato del arte bélico que tenían los ciudadanos salvaba todas las dificultades. Fué luego, con el aumento de la potencia militar, el perfeccionamiento de la técnica de guerra y las necesidades de la defensa, cuando surgió el profesionalismo, en una evolución explicable, que recuerda el paso de los ejércitos medievales a los del Renacimiento. También, naturalmente, tuvo que pesar aquí el cambio en las condiciones de la vida. Más, aún en sus peores momentos, la milicia ejerció en el destino de Roma influencia decisiva.

Por eso quizá su estudio interesó siempre a todos, no sólo a los profesionales militares, sino a los investigadores civiles, hasta el punto de crearse verdaderos centros o focos de discusión en torno a muy diversos puntos. Sirva, como ejemplo, el referente al orden de combate, algo exclusivamente técnico, profesional. El señor Marín y Peña señala cómo filólogos y militares se han acusado aquí mutuamente de ignorancia. «Los filólogos tachan a los militares de inhábiles en manejar o en relacionar las fuentes; los militares echan en cara a los filólogos un exceso de fe en la tradición escrita, que les lleva a aceptar, en ocasiones, imposibles o absurdos tácticos.» Ambas inculpaciones—que delatan el interés con que se ve la cuestión—son seguramente justificadas, pues, en rigor, ni los civiles tienen porque ser técnicos en la materia, ni los militares peritos en lingüística. En todo caso se demuestra aquí qué necesaria es la colaboración de unos con otros en determinados estudios.

Como éste, hay en las instituciones militares romanas muchos puntos oscuros, o al menos discutibles. Sirva como ejemplo el de la disciplina, concepto que encajaba perfectamente dentro del sentido de orden, de preocupación por la eficacia de cada cosa que llevaba consigo el romano. La disciplina era necesaria para la victoria, y sin ella se iba al fracaso. Se la consideraba, por eso, como un elemento de la grandeza romana, y en el Imperio se la tenía por sagrada. En sí era algo complejo, claro y

diffícil a la vez, que encerraba un elemento activo: el espíritu de servicio, y otro pasivo: la subordinación, la cual estaba integrada, a su vez, por sentimientos positivos de adhesión a la patria o al Estado (patriotismo y civismo) y al mando, mas el negativo de temor al castigo. Pues bien, este cuadro, tan complejo y, sobre todo, tan moderno, de la disciplina, no impidió que la desobediencia colectiva, el motín, la rebelión y la sedición ensombrecieran con frecuencia la gloria de las legiones.

Algunos autores estiman que esa tradición sobre la disciplina romana es un puro mito, imponiéndose, en este punto, una radical revisión de conceptos. Messer cree que en los triunfos de Roma pesaba, tanto o más que la disciplina, la organización, la técnica, los medios de lucha y los excelentes dotes combativos del soldado. El señor Marín y Peña cree, sencillamente y de modo conciliatorio, que hay efectivamente algo de tópico en la apología de la disciplina romana, pero que ésta fué, desde luego, superior a la de los otros pueblos antiguos, y factor decisivo en las victorias; en esencia, su idea capital pervive hoy en todos.

Salta a la vista, aquí como en otras muchas cuestiones, el sentido práctico del romano, que salvaba muchos baches con un excelente criterio.

Tampoco está clara su capacidad para la Estrategia; «ahora bien—dice el señor Marín y Peña—, supo combinar, mejor que otros pueblos, sus concepciones estratégicas con una sabia acción diplomática, encaminada a ganar aliados o a obtener bases operativas para guerras previstas o previsibles»; lo que, en definitiva, es estrategia política.

Su sabia acción diplomática eludía por sistema la norma del aniquilamiento del vencido, de su destrucción total; en ocasiones se contentaba con la cirugía conservadora de una victoria que respetaba «la esencia y la existencia del adversario»; y ello nunca de modo caprichoso. «Roma—dice Adcock—se muestra implacable cuando teme a su enemigo; en todo otro caso es clemente, y al *debellare superbos* se opone el *parcere subiectis*.» Cartago y Numancia son ejemplos de estrategia de destrucción; la guerra social, las guerras civiles y la lucha contra los vecinos helenísticos, de estrategia conservadora.

En Roma no existía un Cuartel General y algo parecido a un Estado Mayor Central, y la relativa inhibición del Senado la debía crear un cierto vacío en torno a la dirección de la guerra, dejando libres las manos a los generales que, como contrapartida, pechaban con responsabilidades enormes. Fué indudablemente una falta, que suponía la ausencia de unidad y de inspiración común. Pero esas deficiencias, y otras, se compensaban sobradamente con la abrumadora superioridad de medios materiales y económicos, de espíritu y disciplina, de inteligencia y de tesón, que decidieron a su favor campañas en otro caso adversas.

En Poliorcética, Roma suele ser considerada inferior a Grecia, no representando aquélla un progreso apreciable, sino más bien un retroceso; pero también aquí acudían a buscar la compensación justa otras virtudes romanas: el alto nivel alcanzado por la arquitectura, la técnica y las artes industriales, y la habilidad y buen oficio de los operarios. Por ello, el señor Marín y Peña declara la necesidad de revisar igualmente

la idea de aquella decadencia en el arte de defender y expugnar plazas fuertes. En este arte, además, los romanos llegaron a realizar verdaderos cercos de ejércitos en campo abierto, cortando vías de comunicación y abastecimientos e interponiendo fortificaciones de tipo clásico; y llegaron igualmente a realizar enormes alardes constructivos en los *limes*, conjunto de las fronteras dilatadísimas del Imperio, pequeña muralla de China, pero infinitamente superior táctica y estratégicamente hablando.

El autor ha dividido su libro en dos partes. En la primera se sigue un criterio cronológico, marcando las épocas, unas veces las grandes reformas orgánicas y otras las realizaciones capitales, en el campo de la táctica y la estrategia, llevadas a cabo con un instrumento preexistente. En la segunda parte del libro se tratan los asuntos por materias. El doble camino permite diversas visiones parciales, que se completan magníficamente.

Aparte de la correspondiente a cada capítulo, acompañan al libro una nota bibliográfica general, más un «index rerum» y un «index nominum». El criterio de numerar los párrafos, del primero al último de la obra, producen una grata impresión de claridad y orden.—J. M. M. B.

A. A. HOEHLING: *Lonely command (The epic story of the emden)*. Documentary.—Cassell & Company Ltd.; London, 1957; 191 págs. + 4 láminas; 20 cms.; tela.

Mando independiente es el relato de las hazañas del crucero alemán «Emden» durante los primeros meses de la I Guerra Mundial en aguas de los mares del Japón y de la China, y finalmente en el Océano Indico.

El crucero «Emden» formaba parte de una escuadra alemana que operaba en el sur del Pacífico frente a las costas de América del Sur. Aquí su jefe, el capitán Von Müller, es autorizado por el jefe de la Escuadra, almirante Von Spee, para separarse de los demás buques y ejercer el curso aislado del resto de la escuadra. Y es entonces cuando audazmente se sitúa sobre las líneas de tráfico marítimo del enemigo, para destruir y anular la corriente de sus abastecimientos.

En sus audaces correrías hunde veinticuatro barcos mercantes, con un total de ciento sesenta mil toneladas, y dos buques de guerra, enseñoreándose del golfo de Bengala, donde su audacia le lleva a bombardear los tanques de petróleo de la ciudad de Madrás. Después burla a dieciséis buques de guerra de cinco naciones enemigas, que van siguiendo sus huellas a través del rastro que dejan sus víctimas, y penetra en el Estrecho de Malaya, donde hunde un crucero ruso y un destroyer francés. Desde aquí vuelve al Océano Indico, para refugiarse en las islas de la Sonda. En la isla de los Cocos destruye la estación de telegrafía sin hilos inglesa, pero no opera con la suficiente rapidez que le garantice escapar de sus perseguidores.

Es interesante este libro, por ser la narración que hace de modo im-

parcial uno de los oficiales enemigos que acaban con el heroico corso, complementada con otras informaciones que dan veracidad al relato. Aparte de esta cualidad, la lectura de sus páginas nos inclina con simpatía hacia el puñado de esforzados y audaces hombres del capitán Müller, que llevan una incansable campaña para ofrecer a su patria el fruto de su heroísmo.

Este resultado lo consigue von Müller en un conjunto de correrías, viviendo durante meses en precario, sin base de operaciones, carboneardo con dificultades y repostándose de víveres, agua y pertrechos de las presas capturadas. En medio de las dilatadas soledades del océano, sin más orientación que su propio espíritu, cumple su misión con un afecto paternal hacia sus hombres y su barco, que debe dirigir entre tamañas dificultades.

La parte más emotiva de la narración está constituida por las páginas finales, en que se relata el encuentro del «Emden» con el crucero australiano «Sidney», de superior tonelaje y artillería. Y, sin embargo, von Müller acepta el combate, confiado en su capacidad y en la fortuna que hasta ahora le ha acompañado; pero la lucha se entabla con enorme desigualdad y la fortuna no acompaña esta vez al crucero alemán. El «Sidney» logra colocar varios impactos sobre el corsario en órganos esenciales, y desde este momento el combate está perdido. Cuando von Müller se decide a embarrancar sobre la costa del atolón de la isla de los Cocos, tiene entre muertos y heridos dos tercios de la tripulación. Se presencia entonces un innecesario castigo sobre el vencido, pues el «Sidney» continúa inútilmente concentrando los fuegos de sus cañones contra un buque ya varado y que ha dejado hace tiempo de responder al fuego.

Mando independiente es libro escrito con amenidad y será leído con gusto por los profesionales versados en la lengua inglesa, porque las figuras del capitán y oficiales están bien delineadas y nos resultan simpáticas desde el primer momento. Von Müller resulta ser un experto jefe, y un jefe de buque que se enorgullece de no haber jamás causado la muerte de ningún enemigo desarmado, y al que incluso los tripulantes de buques hundidos consideran como hombre humano y cordial, al que ni por asomo se le odia, porque como dicen ellos mismos: «la guerra es destrucción».

El final del libro nos sume en un sentimiento de melancolía al considerar cuán tornadiza es la admiración popular. El regreso a Alemania del capitán del «Emden» pasa entre la indiferencia absoluta del momento y el héroe cae en el anonimato y en el olvido más absoluto en un rincón de su tierra natal.—F. F. V.

ANTONIO OLMEDO DELGADO Y TENIENTE GENERAL JOSÉ CUESTA MONE-
REO: *General Queipo de Llano (Aventura y audacia)*. Editorial AHR.
(Colección «La epopeya y sus héroes»). Barcelona, 1957; 358 pági-
nas + 16 láminas + 3 croquis; 21 cms.; tela.

He aquí una biografía bien trazada de un militar de recia y discuti-
da personalidad, que por su gran patriotismo, destacadas características

raciales y peculiaridades propias, ha entrado a formar parte de la galería de figuras militares contemporáneas.

El general Cuesta Monereo y el comandante Olmedo han trazado de mano maestra la figura del general Queipo de Llano, siguiéndole en las distintas vicisitudes de su vida, que narran y destacan de modo cuidadoso, haciendo de paso una exégesis de las razones que motivaron las decisiones del general Queipo en los distintos momentos de su vida. Los autores no dejan volar su imaginación ni prestan al personaje una mentalidad determinada, sino que examinan su destacada personalidad de modo objetivo y sereno, con una imparcialidad que no se altera a pesar de haber convivido ambos a la inmediación del biografiado desde el momento en que se inicia el Alzamiento de 1936 hasta la muerte del glorioso general.

No resulta tarea fácil explicarse las actitudes y posturas políticas del general Queipo de Llano, que en ciertos momentos dan la sensación de carencia de ideas concretas sobre política y formas de gobierno. Los autores nos dicen que el «General» es un buen patriota, un gran español y un caballero castellano que se enfrenta con la vida con un espíritu de rectitud y justicia pocas veces tan cabal. Las rebeldías de Queipo de Llano nacen de la conjunción de un temperamento nervioso, de un gran sentido de justicia y de su innata inclinación a defender la parte más débil, y sobre todo de un concepto muy elevado de la dignidad. En el general Queipo es normal aplicar estas cualidades a los actos de la vida, y de esta aplicación surge su propia reacción militar y humana que le induce a considerar la justicia o injusticia de las acciones y adoptar actitudes propias. Así es como un día aparece monárquico y al siguiente republicano; un momento es amigo del general Primo de Rivera y luego se alinea con sus enemigos.

Cuando el general se entrega en cuerpo y alma a la República, considera que este régimen ha de salvar a España, y se muestra tenaz en mantenerse como fiel guardián de tal institución, hasta que llega un día a percibir que ésta no responde ya a las convicciones que él tiene sobre lo que debe ser tal régimen. Entonces abandona su ídolo porque le ha traicionado, y marcha al lado de los rebeldes. Así, afortunadamente, tiene lugar el ingreso del personaje en el Movimiento, y éste se enriquece con la aportación de Queipo, que hace factible lo que parecía imposible: que Andalucía quede unida a la Cruzada y que como gran cabeza de puente permita en su día el desembarco de las fuerzas militares de Marruecos en la Península.

Quien lea el libro del general Cuesta y del comandante Olmedo verá pasar por delante de sus ojos la enérgica figura de don Gonzalo Queipo de Llano penetrando en la Capitanía General de Sevilla «dispuesto a todo», haciendo acto de presencia en el Cuartel del Duque para sublevar la guarnición e iniciar el Alzamiento con una energía, dominio y confianza en sí mismo que supo contagiar a todo el mundo; podrá presenciar como el general se entrega con fe a la difícil tarea de ensanchar militarmente su jurisdicción, impulsando y dirigiendo una serie de ope-

raciones militares que le permiten recuperar para la economía nacional el setenta por ciento del territorio andaluz.

Esta biografía, que es historia viva de nuestra guerra en el sur de España, nos ofrece las sorprendentes facetas de un General jefe de un Ejército transformado en locutor de radio, en ciudadano administrador de la cosa pública, en genial precursor de la labor social del actual régimen, en creador de un orden de cosas peculiar que aseguró el abastecimiento de los mercados sin solución de continuidad, tanto de artículos de producción nacional como extranjeros. Toda esta labor se desenvuelve en facetas de genialidad con un sencillez, con una perfección y una eficacia, que son un mérito sobresaliente de este general ilustre, humano, sencillo y cordial.

La biografía del teniente general don Gonzalo Queipo de Llano, que presenta la editorial AHR, será leída por todo militar que quiera enterarse de cómo pudo hacerse el milagro de que Sevilla quedara unida profundamente al Movimiento sin contar con medios suficientes, y también por todas aquellas personas que quieran formar su propio criterio sobre el libertador de Sevilla y su enorme y trascendente labor.

El libro es de lectura agradable, abundan las anécdotas, y una vez comenzado, se lee sin fatiga hasta el final.—F. F. V.

RENÉ D'ARGILE, J. PLONCARD D'ASSAC, JACQUES BEARN, HENRY COSTON, PIERRE-ANTOINE COUSTEAU, HENRY LÈBRE, MICHEL DE MAUNY: *Les origines secrètes de la guerre, 1939-1945*.—Lectures Françaises; París, 1957; 286 págs.; 19 cms.; rústica.

Desde la terminación de la II Guerra Mundial han sido numerosas las publicaciones dedicadas—tanto en América como en Europa— a desentrañar las causas que motivaron aquella gran catástrofe, de cuyas desastrosas consecuencias políticas y económicas no ha podido el mundo reponerse todavía, a pesar de los años transcurridos.

Hasta fecha muy reciente, la mayoría de tales publicaciones se limitaba a estudiar la cuestión desde el punto de vista de las naciones vencedoras, achacando toda la culpabilidad del conflicto a las llamadas «potencias del Eje».

Sólo en estos últimos años han comenzado a parecer algunos libros y folletos en los que se pone de manifiesto la responsabilidad de otras naciones o sectores de opinión en el estallido de la contienda.

A este último grupo de publicaciones pertenece el libro cuyo título encabeza esta reseña, en el cual un grupo de escritores franceses examina desde puntos de vista distintos, pero convergentes, los hechos que desencadenaron la segunda conflagración mundial.

Se trata, pues, de una serie de artículos más o menos extensos en que de modo sucesivo y con abundante acopio de pruebas se expone el influjo que en tales hechos ejercieron las tendencias belicistas de determinados políticos y financieros ingleses o americanos, el judaísmo internacional, la francmasonería y el comunismo.

Los documentos aducidos no son por completo inéditos, puesto que proceden en su mayoría de artículos, memorias, declaraciones y obras diversas, publicados durante la lucha o después de ella, pero ya olvidados o ahogados bajo el denso aluvión de la propaganda de la postguerra.

En todo caso, no se trata de pruebas falsificadas o mutiladas, sino de documentos auténticos, cuyo origen y contextos se hallan plenamente garantizados.

El complejo problema de la culpabilidad de la guerra no queda desde luego en esta obra totalmente dilucidado—entre otras cosas, porque el campo informativo de que se nutren los autores es sumamente restringido—, pero no cabe duda de que con ella se abren nuevas perspectivas de investigación en torno del mismo.

Todo el que desee formarse una opinión objetiva sobre la cuestión debe, pues, leer este libro, que le servirá, al menos, de antídoto contra las publicaciones tendenciosas y unilaterales que acerca de dicho tema se han prodigado tanto, por desgracia, en estos últimos años.—J. P. L.

JORGE CARMONA YÁÑEZ, general de División del Ejército chileno: *Pétain y el Armisticio*. Prólogo del general Kindelán.—Industrias Gráficas Españolas, S. L. Madrid, 1957; 528 págs. + 6 croquis aparte; 25 centímetros; rústica.

No resulta muy acertado el título de este libro, que parece ceñir su contenido a un hecho muy concreto; y sin embargo, ya el solo índice nos dice que se trata, ni más ni menos, que de un vasto trabajo, el cual arranca del final de la I Guerra Mundial, para terminar en el armisticio de 1940 entre Alemania y Francia. Dos momentos que engloban una larga serie de acontecimientos mundiales, bien dolorosos casi siempre y de trascendencia capital. El general de Caballería del Ejército chileno Carmona Yáñez ha escrito así un amplísimo capítulo de historia contemporánea.

Cree este autor que el haber permanecido alejada su patria de las dos contiendas mundiales es un buen título de imparcialidad. Y el prologuista español, general Kindelán, ha dicho a este respecto: «La ardua tarea de historiar el período comprendido entre los dos armisticios, había de corresponder de hecho, antes que nadie, a un militar hispanoamericano... No podía ser un francés, un alemán o un militar de cualquiera de los ejércitos que fueron beligerantes, el llamado a estudiar este período de la historia contemporánea; les faltaría perspectiva histórica, el doble concepto de tiempo y espacio. Les sería, además, muy difícil sobreponerse en sus juicios a la pasión y al rencor.»

Tiempos agitados los que ha estudiado el general Carmona. Entre las dos guerras el mundo cambió totalmente. Basta fijarse en quienes son las grandes potencias: antes de 1914, Gran Bretaña, Alemania y Francia, y sólo después las extraeuropeas Rusia, Estados Unidos y Japón, concurrentes a los mercados y a las zonas de influencia, pero con rango secundario; después de 1945, Francia ha quedado muy afectada econó-

mica, política y militarmente, Gran Bretaña ha perdido su Imperio y Alemania es la gran vencida, mientras los Estados Unidos y la URSS cubren el vacío dejado. Para que un cambio así, casi catastrófico, se haya producido, tienen que haber pasado demasiadas cosas.

«Las dos guerras que destrozaron Europa y le arrebataron su hegemonía—dice el general Carmona—fueron el fruto de causas profundas e inevitables; pero también de causas fortuitas y evitables, en que los intereses materiales del momento, la psicología colectiva de los pueblos, las tendencias ideológicas y el uso arbitrario del poder entregado a ciertos hombres, se mancomunaron para enfrentar el mundo en guerras de extensión universal, con su campo de batalla principal en el corazón de Europa.»

En la primera parte del libro—«Los Tratados»—se estudia el final de la guerra de 1914-1918 y los pactos convenidos que la siguieron. Horas dramáticas para Alemania, superadas gracias a un Ejército no vencido moralmente. Es cuando los Consejos de Comisarios del pueblo, cuando la revolución en Berlín, Bremen, Magdeburgo, Baviera, Sajonia... También es el Ejército el que impide luego, en la Asamblea de Weimar, indirectamente, la unión de los socialistas con los comunistas. «El acuerdo entre el gobierno y el Gran Cuartel General aseguraba el orden y el funcionamiento normal de la República.»

Vino la Conferencia de la Paz y el pacto de la S. D. N.; y al fin, Versalles, originado por un triunfo militar, que quiso engendrar nada menos que un estado de derecho, a pesar de que debía su legitimidad a la fuerza. El general Carmona considera aquí los forcejeos habidos entre las potencias vencedoras, llevadas cada una por sus propias conveniencias, y el contenido del Tratado, con sus aspectos político y militar, las sanciones y reparaciones, y las cláusulas económicas y sociales.

Luego aparecieron los Tratados de Saint-Germain, que impedía la unión de Alemania y Austria; de Trianon, que decidía la suerte de Hungría; de Neuilly, que castigaba a Bulgaria; de Sèvres, sobre el Oriente Medio... Todos los cuales serán alguna vez revisados por la Historia.

Llegamos así a la segunda parte del libro: «Los Tropiezos». La paz era pobre, dificultosa; los pactos arrancados por la fuerza no ofrecían perspectivas risueñas. «Las relaciones internacionales, después de la paz, estuvieron ligadas estrechamente a los efectos de los tratados en la opinión pública, a las dificultades de su cumplimiento, a las perturbaciones económicas, a la miseria producida por la guerra misma y al desarrollo veloz de ideologías políticas nacionalistas o totalitarias, que predicaban la violencia y la revolución.» Alemania, que tanto había pesado en la suerte de Europa ayer, seguía pesando hoy. Creía que su caída era debida a un conjunto de circunstancias desgraciadas, agravadas por la traición: subsistía el sentimiento de superioridad y la voluntad de poder. Por su parte, los vencedores habían perdido la solidaridad.

Surgieron así los primeros conflictos: guerra entre Polonia y Rusia, conflicto italo-yugoslavo, cuestión de la Alta Silesia... Y la Historia fue alumbrándose con hechos nuevos, que estaban en línea distinta a la tra-

zada por Versalles: acuerdo germanosoviético de Rapallo, advenimiento del fascismo; al fin, Hitler en el poder.

Tercera parte del libro: «Los atentados». Todo se tiñe de violencia. Ya en el seno de Alemania comienza la rivalidad entre el Ejército y las S. A. El Ejército es netamente conservador, pero las S. A., y a su cabeza Roehm, juzgan que la fase revolucionaria nacionalsocialista no ha terminado; hay, pues, una discrepancia radical: «En el momento en que se plantea el problema de aumentar los efectivos del Ejército y disolver o privar a las S. A. de toda función militar, Roehm y los suyos piensan que ha llegado el momento de invadir los cuadros del Ejército con sus efectivos, conservando en él sus jerarquías y sus grados. Von Blomberg se opone enérgicamente». En la decisión tomada por Hitler frente a las S. A. tuvo que pesar indudablemente el carácter y el espíritu de los militares profesionales.

El libro trata, con todo detalle, de los pasos que da Europa hacia la catástrofe. Rearme alemán, lucha por la igualdad de derecho, asesinato de Dollfus, asesinato del rey de Yugoslavia, remilitarización de la orilla izquierda del Rin, plebiscito del Sarre, restablecimiento del servicio militar obligatorio en Alemania, conflicto italoetíope, guerra en España...

En la parte cuarta («El derrumbamiento») se consideran, con igual rigor y a la vista también de una documentación de valor grande, la crisis austríaca, Munich, la desintegración de Checoslovaquia y la crisis polaca hasta la guerra. Todo había cambiado sustancialmente. El mundo pudo ver, por ejemplo, como Mussolini, que en otra ocasión movilizara sus tropas en defensa de la independencia del pueblo austríaco, veía complacido como desaparecían las fronteras entre Alemania y Austria. Y veía también—los que sabían ver, claro está—el desplome militar incesante de Francia bajo su política. Hay aquí un informe del general Weygand, de máximo interés, ñechado el 10 de febrero de 1934, esto es, más de cinco años anterior a la guerra. «El ejército de hoy—se dice allí—ha descendido al más bajo nivel. La reducción numérica de todos los mandos, decidida sin consulta del Alto Mando y sin previo estudio de conjunto, la influencia nefasta que sobre los cuadros de reserva ejerce la propaganda antipatriótica, la reeducación de los efectivos, el empeoramiento de las condiciones materiales de vida, lo defectuoso del armamento y material, van forjando un ejército débil.»

La Conferencia de Munich es estudiada con todo detalle. El mundo la recibió con un suspiro de satisfacción. Mas, pese a todas las garantías ofrecidas por Hitler, muy pronto—el 21 de octubre de 1938—daría él mismo una directiva a la Wehrmacht en la que señalaría, entre otras misiones, la de la «liquidación de la Checoslovaquia restante».

Entre el 5 y el 11 de abril de 1939, Hitler forma las primeras directivas para la «Operación blanca», como se llamó al ataque a Polonia. El 23 de mayo comunicaba su decisión a este respecto a las máximas autoridades militares.

El general Carmona toca con cuidado el fracaso de las negociaciones aliadas con Rusia frente al triunfo de von Ribbentrop. «Se ha justifi-

cado—dice—el fracaso de esas negociaciones, o mejor dicho, la lentitud de las negociaciones anglofrancorrasas, por la resistencia de Polonia y Rumania a aceptar el paso de las fuerzas rusas por sus respectivos territorios y por las dificultades de llegar a una fórmula de asistencia a los países bálticos.» La dimisión de Litvinov y el nombramiento de Molotov para sustituirle fué una verdadera bomba; a partir de ese momento nada había ya que hacer.

Por la campaña de Polonia se pasa como sobre ascuas, quizá por su no relación directa con la historia de las relaciones entre Francia y Alemania, verdadera médula del libro. Por eso, en cambio, la invasión de Francia sí es considerada con detalle. Con ella se llega al armisticio de 1940.

El general Carmona considera, al efecto, las dos corrientes que en el momento del derrumbamiento cruzaron Francia de parte a parte; y dice: «Ha sido una desgracia la severidad con que se han juzgado mutuamente ambas corrientes.» Un plebiscito celebrado entonces hubiera dado amplia mayoría a los generales Weygand y Pétain; y en la misma Inglaterra se comprendía muy bien la necesidad de negociar un armisticio. Pero mientras, De Gaulle hacía insistentemente llamadas por la B. B. C. para continuar la lucha en Africa. Eran las dos corrientes.

El estudioso detalle de los trámites que llevaron al armisticio y su firma lo consideramos como una de las páginas más interesantes escritas sobre la historia de hoy.

La cartografía sobre la guerra es insuficiente.—J. M. M. B.

REVISTAS

EJÉRCITO: número 213; octubre, 1957.

En el segundo artículo de la serie *Campaña del Norte: Vizcaya*, el comandante Martínez Bande estudia las operaciones que tuvieron lugar dentro de aquella y en el marco de nuestra guerra de Liberación desde la rotura de la línea exterior de fortificaciones rojoseparatistas hasta la llegada al llamado «Cinturón de hierro».

EJÉRCITO: número 214; noviembre, 1957.

El General Díaz de Villegas considera, en el trabajo *La guerra de Liberación vista desde el lado rojo*, las batallas llamadas de La Granja y Brunete, a base exclusivamente de testimonios del bando enemigo, casi siempre de actores de excepción.

EJÉRCITO: número 215; diciembre, 1957.

En *Historia de tres fundiciones de hierro en los siglos XVI a XVIII*, el comandante Pérez Ruiz trata de las fundiciones de Eugui-Orbaiceta, Liérganes y Sargadelos, con abundancia de curiosos detalles que llevan al lector, a través de una serie de vicisitudes por las que pasaron aquellas, a su final destino.

EJÉRCITO: número 216; enero, 1958.

En el número se pone fin al estudio *Campaña del Norte: Vizcaya*, considerando su autor, Comandante Martínez Bande, las operaciones finales de aquella, particularmente la rotura del «cinturón de hierro» y ocupación de Bilbao, acabando con unas atinadas consideraciones.

REVISTA GENERAL DE LA MARINA: octubre, 1957.

El Teniente de Navío Don Carlos Conejero escribe sobre la vida del «*Alsedo*», viejo buque que intervino en el desembarco de Alhucenas y realizó la travesía del Atlántico en un tiempo, entonces, récord.

REVISTA GENERAL DE LA MARINA: noviembre, 1957.

Algo sobre Banderas es el título del trabajo del Coronel Rivas Fabal, en el que se da un repaso histórico a esta cuestión y se pone en evidencia la conexión existente entre las banderas de las unidades de guerra y las enseñas nacionales.

REVISTA GENERAL DE LA MARINA: diciembre, 1957.

El Capitán de Fragata don Enrique Manera desarrolla el tema *Evolución del Pensamiento Naval y sus momentos de crisis*, con atinadas observaciones.

Don Juan Llabrés, en *El vapor de guerra «Colón» (1849-1884)*, historia la vida de este buque, señalando sus principales vicisitudes; guerra de Africa de 1859, guerra carlista, guerras de Ultramar.

REVISTA GENERAL DE LA MARINA: enero, 1958.

Don Rafael G. Echegaray habla, en *Paso por la Historia de la serie «County»*, de los cruceros llamados Washington, empezados a construir en 1924, muchos de los cuales han sido héroes o víctimas en la Segunda Guerra Mundial.

REVISTA GENERAL DE LA MARINA: febrero, 1958.

J. Rempujó recuerda a un marino de guerra insigne, Don José de Sanz y de Zaldívar, primer director que fué, además, de la Escuela de Ingenieros de Caminos.

REVISTA DE AERONÁUTICA: número 205; diciembre, 1957.

El número inserta la traducción de un trabajo de Sir Robert Saundby, en *The Aeroplane*, sobre «Enseñanzas de la campaña de Suez», revelando como tan pronto Nasser se adueñó del Canal de Suez, se elaboraron planes para una intervención franco-inglesa en Egipto.

AFRICA: número 194; febrero, 1958.

Don Pedro Martín Vargas hace memoria, en *La Pacificación marroquí (1912-1927)*, de los incidentes de la misma, señalando como hay en la acción protectora de España en Marruecos un período que no ha sido abordado en conjunto.

REVUE INTERNATIONALE D'HISTOIRE MILITAIRE: número 19; 1957.

El número está redactado por la Comisión Holandesa de Historia Militar, que ha contado para cumplir su tarea con los ricos archivos de los Países Bajos. El director del Museo holandés del Ejército y de las Armas «General Hoefler», C. A. Hartmans, habla del mismo; sobre *El Comandante Florent comme constructeur de chateaux forts*, J. G. N. Renaud; J. G. Kerkhoven acerca de *¿Les anglais ont-ils fait usage d'armes à feu a la bataille de Crécy?*, tema tan debatido; el Coronel de Ingenieros W. H. Schukking trata de *Menno van Coehoorn (1641-1704) et la «Fondation» qui porte son nom*; la intervención de *Les troupes hollandaises a la bataille de Malplaquet*, es considerada por el Coronel J. W. Wijn; por el Coronel L. Schotborgh *L' expedition de Lombok, en 1894 a las Indias holandesas*; y el Coronel F. J. Molenaar estudia *Le bombardement de l'aérodrome de Schiphol, le 10 mai 1940, et*

les opérations de l'escadre de bombardiers, parties de cet aéropare, ya en la segunda guerra mundial.

REVUE HISTORIQUE DE L'ARMÉE: año 13, número 4; noviembre, 1957.

En la primera parte del número se inserta el trabajo del General Gerin sobre *L'Infanterie française*, el final del dedicado por el General De Cugnac a *Les grandes heures de la Cavalerie française*, el escrito por el teniente coronel Druene acerca de *L'Image au Musée de l'Armée*, y el del capitán J. Labignette *La colonisation de Cap-Breton et le premier siège de Louisbourg*.

La segunda parte está dedicada a la Intendencia militar. Diversos aspectos del servicio son considerados por los Intendentes D. Moulias, Colin, Bernard de Courville, Vergely, Bunel, Feix, Morel, Girad y Kiger.

En fin, en la tercera parte del número se dedica a crónica de libros y revistas.

REVUE MILITAIRE D'INFORMATION: número 292; febrero, 1958.

Lucien Poirier, escribe largamente sobre Alfred de Vigny, sus aventuras militares y sus escritos de recuerdos de la vida de las armas.

REVUE MILITAIRE SUISSE: número 11, año 102; noviembre, 1957.

El General Bor-Komorowski, jefe del Ejército secreto polaco durante la ocupación alemana y héroe de la resistencia que duró hasta la sublevación de Varsovia de 1944, estudia esta última, aportando datos muy interesantes.

REVUE MILITAIRE SUISSE: número 12, año 102; diciembre, 1957.

Inserta este número la segunda y última parte del trabajo del general polaco Bor-Komorowski, a que se ha hecho antes alusión, tan valioso como el primero.

REVUE MILITAIRE SUISSE: número 1, año 103; enero, 1958.

El Coronel E. Gilgen, en su trabajo *L'arme à feu du soldat suisse au XIX et au XX siècle*, y con relación a una exposición de armas de fuego presentada por el Museo de Artes e Historia de Ginebra, estu-

dia la evolución de aquéllas y los constantes e inmensos progresos realizados aquí.

REVUE MILITAIRE SUISSE: número 2, año 103; febrero, 1958.

El Coronel Montfort, en su trabajo *La campagne du Sinaï*, primero de una serie, considera los antecedentes de aquélla, el estudio del terreno, las fuerzas en presencia y el plan y situación iniciales.

MILITARY REVIEW: septiembre, 1957; tomo XXXVII, número 6 (edición española).

En *El desastre alemán en Stalingrado*, el Coronel Herbert Selle, que perteneció al Ejército alemán, testigo de aquél, presenta los sucesos reales y hasta las conversaciones y reacciones de los jefes militares alemanes, en el primero de una serie de dos trabajos.

El primer Teniente, retirado, Vincent J. Fisher, en *El Ejército del Señor Calhoun*, estudia los cambios fundamentales operados en el Ejército de los Estados Unidos, entre 1817 y 1825, luego de recobrar éstos su independencia; cambio que había de influir para siempre en el Ejército de la nueva nación.

MILITARY REVIEW: octubre, 1957; tomo XXXVII, número 7 (edición española.)

Termina el trabajo, ya citado, del Coronel Selle, sobre *El desastre alemán en Stalingrado*. Aquí se considera la prohibición de Hitler de romper el cerco, y se relata la vida dentro de la sitiada y no conquistada ciudad.

El Coronel V. J. Gregory, por su parte, estudia, en *La batalla de Nueva Orleans*, tenida lugar el 8 de enero de 1815, la influencia que ejerció en ella el fusil Kentucky, que cambió su curso a favor de los norteamericanos frente a los británicos.

MILITARY REVIEW: diciembre, 1957; tomo XXXVII, número 9 (edición española).

El Coronel Charles H. Blumenfeld, en *La batalla de Gettysburg*, aborda con todo detalle el estudio de esta importante acción, tenida lugar en la guerra de Secesión americana, considerada como «la batalla más grande que jamás se haya librado en suelo americano».

MILITARY REVIEW: febrero, 1958; tomo XXXVII, número 11 (edición española).

Richard M. Ogorkiewicz, en *La evolución de las técnicas blindadas*, trata de este tema, desde los primeros ataques con carros británicos (15 de septiembre de 1916) a los tiempos actuales, pasando por las fluctuaciones experimentadas durante la primera guerra mundial, las teorías existentes entre las dos guerras, las Panzer, y las tácticas soviéticas, británicas y americanas entre 1939 y 1945.

ARMY: abril, 1958; volumen VIII, número 9.

El General de Brigada Telford Taylor, en su trabajo *Indecisión*, se refiere a los disparates estratégicos de Hitler, después de la victoria de Francia. El artículo está tomado del libro *The March of conquest*, escrito por el citado general.

THE ARMY QUARTERLY: Vol. LXXVI, número 1; abril, 1958.

Kohima, 1879, del teniente coronel E. D. Murray, es un estudio del sitio de Kohima de 1879 por 6.000 nagas cazadores de cabezas.

Hitler y Dunquerque, del capitán Robert B. Asprey, estudia y analiza las causas de la detención ante Dunquerque de las fuerzas alemanas victoriosas, con interesantes y abundantes datos militares y políticos.

Viriato: Sus Teatros de operaciones, por Alfredo Kindelán Duany	9
El problema del Alcázar de Segovia ante los nuevos descubrimientos, por Juan de Contreras, Marqués de Lozoya	23
Una exploración militar española en California en 1808, por Donald C. Cutter	41
El Dos de Mayo de 1808: Aclaraciones, por Aniceto Ramos Charco-Villaseñor	59
La famosa hazaña de Agustina de Aragón, “La Artillera”, por Francisco Lanuza Chao	89
La expedición carlista del General Gómez en el año 1836, por José A. Yaque Laurel	117
Bibliografía	141